
Está Lloviendo
CEO
GRACI ROCHA



GRACI ROCHA

Derechos de autor del texto original copyright © 2022 ESTÁ LLOVIENDO CEO, Graci Rocha

Portada: Graci Rocha
Diseño: Brenda Ripardo

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por ningún medio existente, tangible o intangible, sin la autorización por escrito de la autora.

La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la ley n.º 9.610/98, castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Sinopsis

Derek Preston es un idiota arrogante que no tiene la menor paciencia con la gente; de hecho, no le gusta la gente, y menos aún la que intenta robarle el taxi.

Eva Harris es inteligente, torpe, bocazas y ladrona de taxis. La secretaria ejecutiva ha pasado los últimos años alimentando un amor platónico por su jefe, pero cuando él anuncia que va a casarse, ella queda muy afectada.

Enviada a una convención llena de directores ejecutivos, se ve envuelta en un gran lío después de salvar a una anciana de ser atropellada en una noche lluviosa.

Eva cree que los hombres guapos e importantes no se interesan realmente por una chica de talla grande como ella, pero tal vez el destino tenga planes para enseñarle a quererse y verse a sí misma como la mujer hermosa, creativa y genial que es, incluso cuando los demás no lo hacen.

Entre huir de ejecutivos encantadores y enamorarse del hombre más gruñón que ha conocido en su vida, descubrirá que ser quien es es más importante que estar con quien no la merece.

Está lloviendo CEO es una comedia romántica sobre la aceptación, el amor y la perseverancia, ah, y también sobre besuquearse con el guapo de la habitación de al lado.



Esta es una **NOVELA CALIENTE**.

Una cosa más, hay lenguaje inapropiado para menores de 18 años, así como descripciones del cuerpo humano y de las relaciones sexuales.

La historia fue escrita con técnicas de ficción y de manera natural y fluida, por lo que lo que puede parecer un error para algunos, en realidad fue pensado como una herramienta para que el libro sea agradable de leer, respetando al máximo el nuevo acuerdo ortográfico y las reglas gramaticales, pero permitiendo cierta libertad en nombre de un texto que la entretenga.

Ahora, sí, ¡que disfrutes de la lectura!

Dedicación

Hola, me llamo Graciela, pero mis lectoras, mi familia y mis amigos me llaman Graci, y me alegro mucho de tenerte aquí conmigo. Tengo que decir algunas cosas antes de continuar.

En primer lugar, quiero dar las gracias a quienes me están conociendo a través de este libro. Sepan que mi trayectoria en la literatura ha sido larga y llena de acontecimientos increíbles. Después de muchos años escribiendo para el público brasileño y convirtiéndome en una autora superventas de novelas independientes, finalmente me armé de valor para llevar mis historias a otros idiomas.

Este libro fue escrito con todo mi amor, algunas técnicas, varios brotes de inspiración y muchos baños fríos, porque estos personajes son cálidos y un poco locos.

Espero que esta novela te divierta, te enganche y te dé esperanzas, al fin y al cabo, la literatura tiene todo ese poder.

Así que dedico este libro a ti, lectora, que amas las novelas románticas, las historias de aventuras, los personajes cautivadores y una buena dosis de situaciones que... nos ponen los pelos de punta.

Que disfrutes de la lectura y nos vemos al final del libro, tengo unas palabras más y un bonus especial reservado para ti.

¿Vamos?

Índice



CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
EPÍLOGO
UN POQUITO MÁS...
BONUS



CAPÍTULO 1

San Francisco/California

Si la vida fuera exactamente como queremos, tal vez sería peor que cuando todo sucede sin querer. Al menos eso era lo que intentaba convencerme hasta ese momento. Parada, con cara de tontita, frente a mi jefe sexy, guapo y poderoso, por quien tengo una paixón platónica desde hace tres años. Sí, es totalmente platónica, porque aunque le babearía como un perrito hambriento le babearía a un filete, él nunca me ha visto.

Y ahora sé por qué.

No es que yo sea su tipo, estoy totalmente fuera de sus estándares y ahora está más claro que nunca que a Robert Sampson, mi jefe y director ejecutivo, le gusta precisamente el estándar.

La mujer que está a su lado es todo lo contrario a mí, rubia de nariz respingona, mentón fino, ojos claros y cabello liso sin un

solo mechón fuera de lugar. Y su sonrisa es perfecta, con labios delicados y bien dibujados.

Para empeorar las cosas, Lara es muy simpática. Tanto que llega a ser irritante.

¿Por qué las mujeres superdelgadas y guapas no pueden ser simplemente unas brujas antipáticas? Al menos así sería más fácil odiarlas.

Odiarla.

Ella y el maldito anillo de diamantes que luce con una sonrisa que me hace retorcerme en mi sitio, rechinando los dientes de pura envidia.

— ¿Me has oído, Eva? —pregunta Robert, y salgo del trance casi atragantándome del susto.

—Sí, convención en Miami.

Robert me mira con expresión de lástima, como si fuera una especie de alienígena que no entiende nuestro idioma.

— Tú irás en mi lugar, porque acabo de comprometerme y vamos a pasar el fin de semana en los Hamptons, en Nueva York, para contárselo a nuestras familias.

—Entendido —digo apretando los dientes.

Entendí que se acaba de comprometer con una mujer rica como él, hermosa y súper delgada, que puede usar cualquier ropa y aún así le quedará perfecta, a diferencia de mí, que estoy diez kilos por encima de mi peso y tengo unos pechos que parecen melones, es decir, solo puedo usar camisas cerradas si no me importa sentirme atrapada en globos.

Entendí que nunca tendré la oportunidad de amarlo de verdad ni de ser amada por él.

Él se va a casar.

¿Y yo? Yo iré a la maldita convención de empresarios del sector de la seguridad bélica y armamentística, es decir, una

convención de directores ejecutivos guapos, cretinos y que no ven a una chica como yo.



Pongo mi ropa en la maleta como si estuviera llenando un saco de boxeo con mucha rabia, deseando colgarlo y golpearlo con todas mis fuerzas.

Olivia, mi mejor amiga y compañera de piso, me lanza una mirada de quien no le gusta nada cómo estoy arreglando las cosas, como si adivinara todo lo que pasa dentro de mí.

—Sabes que la maleta y la ropa no tienen la culpa de nada, ¿verdad?

Resoplo, pero no respondo. Después de todo, ¿qué podría decir? El hombre del que he estado enamorada durante los últimos años de mi vida está comprometido y nunca será capaz de verme.

Y yo voy a la maldita convención.

Maldita convención de directores generales. Malditos directores generales.

¡Malditos hombres!

— ¿Puedes parar un momento? —Olivia me coge de la mano y me obliga a mirarla a los ojos—. Sé que estás enfadada, pero pensemos con calma.

— ¿Qué hay que pensar, Liv? Él se va a casar y yo voy a morir sola, sin amor. Los hombres como Robert Sampson no se fijan en mujeres como yo, lo sabes.

— No me vengas con eso, lo que sé es que eres guapa, fuerte, habladora y llena de vida. Si el imbécil de tu jefe no lo ha visto en tres años, que se vaya a la mierda.

Empiezo a reír y dejo que mi mejor amiga me abrace.

—Él no te merece, Eva—, me dice, y yo suspiro.

—Lo sé, pero entonces, ¿quién me merece? ¿Nunca encontraré a un chico que realmente me quiera?

—Claro que sí, lo sé—. Me besa en la mejilla—. Serás un chico guapo, cariñoso y con una paciencia infinita.

— Tú eres la que necesita un hombre con mucha paciencia, yo soy un angelito, muy fácil de tratar —le respondo seria, pero eso solo la hace reír a carcajadas.

— Ya, claro.

— ¿Qué tal si dejas de reírte de mí y me ayudas con la maleta? Ya que tengo que ir a esa maldita convención de directores generales, al menos iré bien vestida.

— Eso, y ataca el minibar, porque si hay algo que se merece ese cretino de tu jefe es un agujero en el bolsillo.

— Y pagar una buena habitación en un buen hotel. — Parpadeo y ella asiente.

Olivia y yo nos conocemos desde el primer año de colegio, en realidad, desde el día en que ella y sus padres se mudaron a la casa de al lado de la mía, teníamos unos seis años o menos. Fue una especie de amor a primera vista y, al día siguiente de su llegada al barrio, ya éramos inseparables.

Fuimos de la mano al primer día de colegio.

Ella era pequeña, tenía una melena rizada que le llegaba casi hasta la cintura y unos ojos oscuros que brillaban en su pequeño rostro. Yo, en cambio, era la niña gordita, con ojos azules que me destacaban como la más diferente de la clase. Para empeorar las cosas, siempre me gustó vestirme con ropa brillante y siempre elegía

las gafas más grandes que encontraba para combinar con el conjunto.

Y por mucho que Olivia siempre fuera la chica dulce y guapa de nuestro dúo, también era la que sufría acoso por ser una empollona y por llevar ropa que ella misma pintaba con estampados de superhéroes o con manchas de tinta, lo que ella sigue llamando hoy en día su arte de expresión. Mientras tanto, yo era la que iba al despacho del director por pegar a los idiotas que hacían llorar a mi mejor amiga.

Siempre ha sido así y probablemente siempre lo será. Olivia es la otra mitad de mi alma, la compañera con la que voy a envejecer y contar recuerdos de los supuestos buenos tiempos y también de los tiempos de mierda. E incluso cuando estemos seniles, seguiremos cogidas de la mano.

—¿En qué piensas? —pregunta ella, subiéndose las gafas por la nariz.

— En lo afortunada que soy por tenerte en mi vida. Así que, si no encuentro a un hombre que me quiera, ten en cuenta que tendrás que aguantarme hasta la menopausia.

—Y después también, ya te he dicho que iré contigo a la misma tumba. —Ella se ríe.

— Mira, eso es un poco morboso, pero me gusta.

—Porque somos dos locas morbosas —dice ella y vuelve a subirse las gafas por la nariz.

— Vale, vamos a afrontar la maldita convención de directores generales. Si tú puedes aguantarme hasta después de la muerte, yo puedo aguantar unos días en una convención estúpida.

—Me gustaría ir contigo, pero mi editor me matará si no entrego el artículo sobre ese ricachón idiota antes del fin de semana.

— Un ricachón idiota y guapo —añado con un gesto solemne.

—Aun así, es un ricachón idiota—, rechina los dientes—. Nunca más aceptaré un trabajo de media temporada, lo que gano no

compensa el desgaste, estoy deseando que termine este contrato ridículo para coger un avión e irme a un yacimiento arqueológico. Mis momias no me dan la lata.

Olivia se licenció en arqueología, pero hasta que consiga un puesto como investigadora jefe o investigadora titular, todavía tiene que aceptar contratos de trabajo temporal cuando está en la ciudad.

El año pasado trabajó en una perfumería y vivía con sinusitis, por lo que este año decidió arriesgarse y solicitar un puesto en una columna de cotilleos de una revista conocida. Consiguió el trabajo y descubrió que odia a los famosos y los cotilleos.

— Entonces, puedes renunciar y venir conmigo. Los directores ejecutivos no me ven, pero eso no significa que nosotras dos no podamos verlos y babear un poco.

Olivia suspira y chasquea la lengua.

— Prométeme una cosa, cuando no estés en esas aburridas conferencias y presentaciones, te divertirás.

— Claro, como si fuera posible. — Cruzo los brazos sobre el pecho, recordando el anillo de diamantes y la sonrisa de Lara Jensen, la novia de Robert.

— Ya basta, Eva, no aguanto más tu mal humor. Ese idiota y abusivo jefe tuyo no merece que sigas sufriendo. Vas a divertirte o tendrás que lavar platos por el resto de tu vida. Y créeme, me daré cuenta si intentas engañarme.

— Está bien, está bien, mandona. Me divertiré.

—Genial, ahora voy a arreglar esta maleta, porque la has dejado hecha un desastre.



CAPÍTULO 2

Los Ángeles/California

— ¡Te odio! —grito, porque es exactamente lo que siento en este momento—. Odio cuando haces estas cosas.

James, mi único amigo y agente, me lanza una mirada que deja muy claro que no cree nada de lo que estoy diciendo, o que no le importa. Probablemente ambas cosas.

— Si yo no organizo estos eventos, ¿quién lo va a hacer? ¿Tú? —replica, aflojándose el nudo de la corbata, con una mirada astuta que me dice que no le importa que las reuniones que siempre hacemos casi siempre acaben conmigo mandándolo a la mierda.

—Nadie —respondo con brusquedad.

—Mira, somos amigos desde hace muchos años y Dios sabe lo paciente que soy con tu mal genio, Derek, pero como tu agente, mi papel es velar por tu carrera y eso significa...

— Significa obligarme a ir a eventos estúpidos con gente idiota que cree que lo sabe todo sobre mí, cuando en realidad no

tiene ni idea de quién soy.

—Exacto. —Se encoge de hombros y reclina la silla hacia atrás, satisfecho.

—Maldita sea —murmuro, y mi agente se ríe.

— Ahora dime una cosa: ¿qué mierda de idea fue esa de volver a vivir en San Francisco?

Resoplo y miro a mi alrededor.

La oficina de James es atrevida, con una pared de piedra a un lado y una vista de Los Ángeles que dejaría boquiabierto a cualquier aspirante a famoso.

Con muebles de alguna marca importante y un estilo minimalista, el lugar es una mezcla de tonos discretos y refinados. Pero no se equivoque, el lujo y la frialdad de la oficina no dicen nada sobre la personalidad de mi agente. Es un crack y, gracias a su talento como agente, me he convertido en un guionista de éxito siendo aún joven.

Para un chico cuyas raíces están en las calles de San Francisco, no puedo dejar de estar agradecido por todo lo que ha hecho por mí.

Por supuesto, trabajé duro, empezando en salas de guionistas[1] y ganando una miseria, para poder comer mientras escribía guiones y más guiones, aprendiendo lo que podía sin poder ni siquiera abrir la boca. Incluso cuando estaba seguro de que las decisiones de la sala eran, como mínimo, clichés de la peor clase.

[2]Mientras aprendía de grandes nombres del cine y las series, también escribía pilotos, sinopsis, argumentos, creaba biblias de series y series de televisión, y me entrenaba tanto como podía. Fue la época en la que más guiones, libros de técnica y cosas aleatorias leí.

En cuanto aprendí la estructura y comprendí lo que quería hacer y adónde quería llegar, empecé a participar en los concursos de guiones más importantes del país. A veces tenía que decidir entre

pagar la cuota de inscripción y comprar comida para la semana, es decir, pasé muchos días comiendo pan seco y bebiendo agua del grifo. Una vez incluso me quedé sin luz...

James estuvo ahí en todo momento, apoyándome, ayudándome con las inscripciones y abriéndome las puertas de salas de guionistas que probablemente nunca habrían aceptado a un don nadie como yo. Así que, por mucho que lo odie en este momento, se me pasará.

Crecimos juntos en el sector y, mientras él llenaba su catálogo de guionistas y escritores con talento, yo empecé a acumular premios y me convertí en una persona de interés.

Todo iba bien hasta ahora. Ya he ganado suficiente dinero para dos o tres vidas, premios que guardo en una caja en el ático, y he ayudado a suficientes instituciones como para convertirme en embajador de alguna sigla de apoyo humanitario. Pero todo cambió porque tuve que ganar la maldita estatuilla al mejor guion original.

¿Por qué tenían que darme esa maldita estatuilla?

Hasta que me dieron ese premio, podía salir a las calles de Los Ángeles sin que un montón de gente me metiera en los ojos sus guiones, que nunca voy a leer para no ser acusado de plagio, y por no ser un maldito agente.

—Porque era insoportable caminar por las calles, la gente no me dejaba en paz —me quejo y James niega con la cabeza—. A cada paso que doy, alguien intenta hacerme leer el mejor guion de mi vida.

Mi agente se ríe, sabiendo que incluso para él las cosas se han vuelto más agitadas después de que ganara el Óscar. Ojalá nunca hubiera ido allí a recoger el premio, ojalá nunca hubiera escrito ese guion.

—Te merecías el premio, fue una gran película, te merecías cada uno de los que has recibido a lo largo de los años —dice, pero yo no respondo—. Ahora hay más, es difícil conseguir otros contratos contigo en San Francisco.

— Lo dudo mucho —digo, levantándome de la silla—. ¿De qué me sirve un maldito Óscar si no puedo vivir en cualquier lugar del estado? En cualquier lugar del país...

— ¿Pero tenía que ser en San Francisco?

— Crecí allí —replico.

— Muy bien, señor listillo, vive donde quieras, pero acostúmbrate a viajar en avión, porque seguirán lloviendo ofertas para eventos y trabajos. Todo el mundo quiere a un ganador del Óscar como guionista principal de algún nuevo gran éxito de Hollywood.

Los dos nos reímos.

— Ahora soy escritor de libros, ¿recuerdas?

— Lo sé. — James cruza los brazos sobre el pecho—. Hasta que se te ocurra otra idea para un guion increíble...

— Bueno, el libro salió hace solo unas semanas y ya estamos en primer lugar, tal vez me convierta en escritor a tiempo completo.

— ¿Y vivir de lecturas y presentaciones? Me gustaría verlo.

— ¡Mierda! Me gustaba más cuando nadie me prestaba atención.

— Lo sé, y por eso te vas a Miami. La gente quiere conocer al autor más vendido del momento y al guionista que ganó el Óscar.

— ¡Nooooo! —murmuro casi lloriqueando, lo que sería vergonzoso si no estuviera desesperado por hacerle cambiar de opinión.

— No importa la carrera que elijas, la gente siempre querrá ver tu cara de pobre. — James se levanta de la silla y se dirige al aparador para servirse una copa de whisky.

—Puedo jubilarme.

— ¿Y qué vas a hacer? ¿Pescar? No, espera, vas a ser uno de esos viejos con gatos, plantas y libros por toda la casa, que no abre la puerta y pincha los balones de los niños solo por ser un tipo malo.

No vas a acabar con tu carrera solo porque no te gusten las personas.

— Gente y amor, no lo olvides —le robo el whisky que acaba de servirse y le doy un gran trago—. Está bien, iré al maldito seminario sobre carreras, a la presentación y todo eso, pero no me pidas nada más.

— Olvídalo, ya he programado tres programas y un programa matutino c[3] .

— Te odio de verdad.



Derek

CAPÍTULO 3

Miami/Florida

Cruzo la puerta exterior del aeropuerto internacional de Miami y una ola de calor me golpea la cara y me envuelve en un aura sofocante. Miro el abrigo del traje colgado de mi brazo y siento las gotas de sudor brotar rápidamente en mi espalda, arrepintiéndome inmediatamente de haberme vestido con tanta formalidad.

¿Quién no sabe que Miami, incluso al final del verano, sigue siendo muy calurosa?

Al parecer, yo no lo sé.

La gente pasa a mi lado apresurada, entrando en el aire fresco del aeropuerto e ignorando la frenética vida del exterior y el azul intenso que decora el cielo. Todos quieren escapar de los treinta grados que parecen intensificarse debido al asfalto frente a la zona de embarque y desembarque de taxis.

Respiro hondo y doy unos pasos, tirando de mi maleta con ruedas. Hay una especie de organización social en forma de fila que respeto solo por obligación. Gente de todo tipo, la mayoría vestida

con algo mucho más agradable que yo, levantando la mano y llamando al próximo taxi o esperando el coche de la aplicación.

Espero pacientemente mientras me aflojo la corbata, sin ganas de buscar mi móvil en algún lugar de la maleta y pedir un Uber. Sí, metí esa mierda en la maleta cuando descubrí que solo así me libraría de los mensajes y las llamadas.

Todo porque mi vida ha dado un vuelco en los últimos meses.

Mientras se producía la película que me valió el Óscar, pasé un tiempo sin inspiración, y no, no tiene que ver con lo que me hizo odiar el amor y a todos los seres humanos del mundo. Bueno, no los odio a todos, solo a ella. Principalmente a ella.

Estuve sumido en un bloqueo estresante durante casi dos meses y medio, ni siquiera los borradores tontos o los ejercicios de escritura creativa funcionaban y ya estaba al borde de una crisis nerviosa cuando James me miró muy serio a la cara y me dijo: «Escribe cualquier mierda, yo vendo hasta piedras».

Esa misma noche, me senté frente al ordenador y empecé a escribir lo que se consideraría mi primera novela. Bueno, la primera publicada, porque, para ser sincero, escribo historias desde que tengo uso de razón.

Después de mostrarle las primeras páginas a mi agente, no me dejó en paz, entusiasmado con la trama y pensando que el hecho de que el protagonista fuera un vendedor estafador, capaz de vender hasta piedras, le servía de inspiración, un excelente agente capaz de vender cualquier guion, incluso los malos. No es que James sea un estafador, ni mucho menos, es uno de los hombres más íntegros y correctos que conozco. Pero, en cierto modo, tenía razón, fueron sus locas palabras las que despertaron mi inspiración.

En tres semanas terminé el primer borrador del libro y solo tardé una semana y media más en reescribirlo como creí que debía quedar, con un final trágico y digno de mi mal genio. Fue rápido, una locura y, tal y como prometió James, se vendió por un buen anticipo

en una especie de subasta literaria. Para ser un agente de guionistas, hizo un gran trabajo con mi libro.

Lo que no imaginaba es que, en el tiempo que tardó en venderse el libro a la editorial y en imprimirse, acabaría ganando un Óscar y convirtiéndome en el escritor recluido más querido del país. Yo, que odio a la gente, me vi abordado por las criaturas más extrañas de Los Ángeles.

Para mi carrera como guionista no hay nada mejor que un premio tan popular, y para el libro, sin duda, esto ayudó a colocarlo en el primer lugar de las listas de más vendidos en solo una semana desde su lanzamiento, pero para mi estado de ánimo, la mierda no podría ser mayor.

Hago una señal al taxi cuando me doy cuenta de que por fin ha llegado mi turno. El coche se detiene a unos pasos delante de mí y me acerco a la puerta, la abro y me preparo para hundirme en el asiento trasero con la maleta y todo.

— Oye, oye, oye —oigo y me giro hacia un lado.

Es entonces cuando la veo.

Un huracán pelirrojo de pechos y caderas corre hacia mí, balanceando un vestido floreado y lleno de brillos, agitando la mano levantada con un móvil, haciendo una mueca y prácticamente arrastrando una maleta y un bolso de la forma más loca del mundo.

— Oye, oye, oye — repite, pasando a mi lado y empujándome por el camino.

Le entrega su maleta al taxista, que de repente está parado cerca del maletero abierto, y suspira, mirándome con impaciencia, como si estuviera en su camino. En el camino de ambos.

La pelirroja de labios rojos entra en el coche, tirando su bolso a un lado y suspirando.

— Gracias —dice, con total descaro.

— ¿Cómo? —pregunto, mientras ella tira de la puerta del taxi. Me inclino hacia la ventanilla abierta y la miro a los ojos azules,

confundido. — Disculpe, señorita, pero este taxi es mío.

— ¿Suyo? No, yo pedí este taxi.

— No —pongo la mano en la ventana y ella baja la cara hacia mis dedos, cuando vuelve a mirarme, su mirada diabólica me dice que he metido la pata. Que le den. —Estaba aquí esperando en la fila, como haría una persona educada. Así que este taxi es mío.

— Y yo estaba allí, esperando como una persona educada, y llamé a este primero. — Ella se burla y aprieta sus carnosos labios, haciéndome sentir un escalofrío cálido y e e en la espina dorsal. — Ahora, a menos que quieras compartirlo o montar un escándalo, no voy a salir de mi taxi.

—¡Mierda! —digo, retirando la mano, alejándome y dejando que el taxista arranque y se lleve a la pelirroja en mi maldito taxi.

En cuanto me doy la vuelta, veo aparecer otro taxi y me apresuro a extender el brazo y caminar hacia él. El taxista aparca justo delante de mí. Aliviado, abro la puerta trasera, pero entonces siento una suave brisa que balancea mi maleta.

Giro rápidamente la cabeza y veo que todo está bien, pero cuando vuelvo a prepararme para entrar en el taxi, una anciana sonriente me mira fijamente. ¿Cómo ha llegado entre mí y el taxi sin que yo haya notado ni un solo movimiento?

—Muchas gracias, joven, es usted muy amable.

— Ese taxi es mío —gruño entre dientes, pero la anciana, que parece una gitana con su falda con volantes y su blusa con volantes, da un paso hacia mí y lleva su mano huesuda a mi cara.

—Eres un buen hombre, Derek —dice y se sube al taxi, despidiéndose con una sonrisa mientras se aleja.

¿Me ha llamado Derek o estoy alucinando?

Joder, qué día más loco.

Respiro hondo y vuelvo a mi sitio, ni de coña voy a irme al final de la cola después de que me hayan robado literalmente mis

dos taxis, primero una pelirroja guapa y descarada y luego una anciana gitana que sabía mi nombre.

Por suerte para mí, menos de dos minutos después, un taxi se detiene en el lugar marcado y consigo caminar hasta él sin más incidentes. Claro, hasta que abro la puerta.

Al mismo tiempo que llevo mi mano a la manija del coche, siento que unos dedos gruesos hacen lo mismo. Un hombre dos veces más grande que yo me mira con una mezcla de curiosidad e indignación.

— ¡No! Ni hablar, ese taxi es mío. — Exploto, empujando al grandullón y amenazándolo con los puños en alto. — ¡Mi taxi!

Él se aleja, sorprendido por mi repentina ira, que en realidad no tiene nada de repentina.

Entro prácticamente a trompicones en el coche, cojo mi maleta y mi traje y cierro la puerta de un portazo.

— ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —grito, viendo al hombre de fuera venir hacia mí.

El taxista se asusta con mis gritos y mi cara de desesperación.

— ¡Vamos, vamos! —sigo haciendo señas al hombre que me mira confundido—. Vamos, ¿a qué esperas? ¡Vamos! ¡Vamos!

Él aparta la mirada de mí y la dirige hacia fuera, donde ve al grandullón chillando y llamándome ladrón de taxis y otras palabrotas. Asustado, el taxista pisa el acelerador y sale disparado hacia la avenida.

Joder, qué día tan loco. Ahora, además de odiar a la gente, a mi agente y a ella, también odio los taxis.

Y odio a las pelirrojas y a las viejas gitanas que roban taxis.



Mientras el conductor se lanza de una avenida a otra, dirigiéndose al hotel en el que James me ha reservado una habitación y donde voy a participar en dos eventos, uno sobre mi carrera como guionista y escritor y otro para hablar del éxito de mi libro, rebusco en mi maleta y saco el móvil. Indignado, escribo un mensaje a mi agente.

Derek: Te odio con todas mis fuerzas. Casi me dan una paliza por culpa de un taxi.

James: No seas dramático y usa la aplicación como todo el mundo.

Derek: Que le den por culo a la aplicación.

James: Que le den al universo. Ahora basta de dramas y ponte a trabajar. No te olvides de divertirte también.

Derek: ¡Vale!

¿Divertirme? Ya, con mi mal humor desde que ella hizo lo que hizo, diversión no es precisamente la palabra que yo usaría para describir lo que sea que vaya a pasar aquí en Miami. Probablemente me encerraré en la habitación y me emborracharé hasta estar seguro de que la resaca me impedirá pensar en nada, pensar en ella y en todo lo que me hizo pasar, sobre todo.

El taxista se detiene frente al hotel y yo bajo con mi maleta y llevando el abrigo de mi traje, que ya está todo arrugado. El hombre parece ansioso por largarse, así que, después de pagarle, entro en el vestíbulo del hotel sin demorarme demasiado.

El lugar es agradable, de los que tienen algunas estrellas en el nombre y ofrecen un buen servicio de habitaciones, al menos eso espero.

Me detengo frente al mostrador y la recepcionista, una chica de no más de veinte años vestida con uno de esos trajes femeninos, levanta la vista y me sonríe.

«Buenos días, señor», dice con una voz sonora que irradia más felicidad de la que estoy acostumbrado a ver en todo un año.

«Tengo una reserva a nombre de Derek Preston», digo sin rodeos, porque lo único que necesito en este momento es ir a la habitación y darme una ducha fría.

Ella asiente y comienza a teclear en el ordenador.

—¿Ha venido a la convención en el Centro de Eventos que hay aquí cerca? —pregunta, con un entusiasmo que empieza a irritarme.

— No — respondo secamente.

—Ah, muy bien, ¿podría repetirme su nombre? No encuentro su reserva.

— Derek Preston.

— Derek Preston, claro —vuelve a mirar la pantalla del ordenador—. ¿Derek Preston, el escritor?

Resoplo y no respondo.

— Lamentablemente, no hay ninguna reserva con ese nombre —dice, con una mirada que delata que se ha dado cuenta de mi impaciencia.

— Busque de nuevo —le pido, pero en un tono que no tiene nada que ver con una petición.

— De acuerdo —dice, y empieza a teclear de nuevo—. Nada.

—Entonces búscame una habitación, cualquiera —le digo entre dientes, y ella me lanza una mirada de victoria, como si hubiera ganado algún juego dentro de su propia mente.

«Lamentablemente, estamos completos debido a la convención que se celebra en el centro de eventos aquí en la calle y a un gran evento que tendremos aquí mismo, en el hotel».

— ¿Y ese evento es por casualidad un seminario sobre carreras en Hollywood?

—Exacto.

— Es para ese evento para el que estoy aquí.

— ¿Entonces usted es Derek Preston, el escritor? —frunce el ceño, y su mirada jovial se vuelve más profunda—.

— Sí, y necesito una habitación.

— Claro, claro, voy a ver qué puedo hacer, solo un momento.

Después de casi media hora de pie frente al mostrador intentando *registrarme*, la recepcionista finalmente descubre que tengo una reserva, pero que algún imbécil escribió Perek Preston en lugar de Derek Preston.

Y mi día solo empeora.

Cojo la tarjeta magnética y meto mi maleta en el ascensor. Refunfuñando más que un viejo gruñón.

Como si las cosas no pudieran empeorar, en cuanto meto el pie dentro, me encuentro con una pareja que parece a punto de arrancarse la ropa.

La chica es mona, aunque su aspecto corriente me hace pensar que no tiene nada especial, sin curvas, con el pelo demasiado rubio y casi sin pecho. ¿Qué gracia tiene estar con una chica en la que no puedes hundir la cara en sus pechos y perderte en ellos?

Murmuro para mí mismo, de mal humor por el asco de día que estoy teniendo. Espero a que se cierre la puerta del ascensor cuando oigo un sonido que hace que todo mi cuerpo se tense.

— Oye, oye, oye. — Mierda, no puede ser. Otra vez no. — Detén el ascensor.

La pelirroja ladrona de taxis corre toda jadeante, equilibrándose en unos tacones demasiado altos para su pequeña maratón, arrastrando la maleta, el bolso, el móvil, la tarjeta de la habitación y un vaso de café para llevar. Mierda.

— Oye, oye, oye, espera, por favor.

Fingo no estar escuchando, pero confieso que apartar la mirada de ese huracán de boca roja me resulta muy difícil. Si la situación fuera otra y yo no estuviera estúpidamente estresado y ella no fuera una ladrona de taxis tan descarada, seguro que ahora mismo estaría riéndome, porque ver ese par de pechos generosos viniendo hacia mí, agitando los brazos y haciendo muecas es la imagen perfecta para desmontar a cualquier tipo normal.

Guapa y loca. Una combinación peligrosa.

La rubia a mi lado se da cuenta de la torpe carrera de la ladrona de taxis y se apresura a pulsar el botón del ascensor. Creo que la puerta se va a cerrar, pero en cuanto los dedos finos de la besucona tocan el botón, la puerta se vuelve a abrir.

Sonriendo, la pelirroja saluda a la rubia.

— Gracias... —le dice al entrar en el ascensor, pero entonces su cara redonda y sonrosada pierde el brillo cuando se da cuenta de algo. Su tacón se ha enganchado en algo y se está cayendo.

Todo sucede lentamente, pero no lo suficiente como para que yo pueda reaccionar. En un momento estoy mirando el azul penetrante de sus ojos y al siguiente, ella está volando hacia mí, con su bolso, su maleta y su café.

Intento sujetar a la pelirroja, pero ella me arrastra al suelo, haciéndome caer de culo en el ascensor, con ella encima de mí. Solo ha hecho falta un paso para que esta chica loca me arruine aún más el día.

— ¡Joder! —suelto, tirado en el suelo, bañado en café frío y con una pelirroja torpe encima de mi polla, que por cierto parece haber disfrutado del lío, porque acaba de dar señales de que está muy viva dentro de mis pantalones.

Era lo único que me faltaba, además de toda esta vergonzosa situación, ahora también tengo que lidiar con una erección inesperada e inconveniente por culpa de una pelirroja tetona que se está frotando contra mí al intentar levantarse.

— Lo siento —dice, roja como un tomate.

—No todo el mundo ha nacido para llevar tacones —digo, irritado, confundido y haciendo el idiota como siempre que puedo.

En cuanto se pone de pie, me mira con esa misma mirada traviesa que tenía cuando nos vimos antes, en el aeropuerto.

—Y no todo el mundo ha nacido siendo un cretino arrogante, pero algunos parecen haber venido con una dosis extra —dice, cogiendo el vaso, el bolso y enderezando la maleta con ruedas.

Está bien, me lo merecía.

— ¿Estás bien, cariño? —pregunta la rubia, tocando a la pelirroja con delicadeza.

— Sí, gracias por preguntar.

—¿A qué piso vas? —pregunta el hombre del traje que estaba besuqueando a la rubia.

—Octavo, por favor —dice ella y él pulsa el botón, haciendo que se cierre la puerta.

La chica me lanza una última mirada antes de girarse hacia delante.

— Envíeme la factura, insisto en pagar la lavandería — refunfuña, y yo resoplo.

— No necesito que laven mi ropa —replico.

—Vale, entonces lávalas tú mismo—, dice y cruza los brazos sobre el pecho, juntándolos aún más dentro del escote.

Desenfadada, la ladrona del taxi no vuelve a mirarme. Ella es el caos en forma de pechos y tacones, y aun así no puedo apartar la mirada de esa deliciosa confusión de mujer.

Va a ser una semana infernal, puedes apostarlo.



CAPÍTULO 4

Debería haber dejado que el imbécil del aeropuerto me robara el taxi. Ah, si hubiera sabido que este conductor, además de tener instinto suicida, volando por las calles y casi chocando con varios coches, es además un maldito charlatán, se lo habría regalado a ese engreído que tuvo el descaro de insinuar que yo no era educada y él sí.

Su mala suerte es que, a pesar de ser guapo, estoy en una fase en la que odio absolutamente a todos los hombres con traje. No me importa si es o no director general, cuando veo una corbata y un traje me da asco al instante, una rabia que solo no es mortal porque, como le dije a Olivia, soy un angelito con forma de mujer.

—¿Le importa bajar un poco el volumen de la radio? —le pregunto, y el taxista tarda un rato en callarse y entender que le estoy hablando a él.

— ¿Qué ha dicho?

— La radio, ¿se puede bajar?

—Ah, sí, sí —responde y baja el molesto ruido—. Mantengo la radio encendida porque hoy en día hay que estar informado...

Y ahí va él, parloteando otra vez.

— La política es un ejemplo, ¿cómo vamos a saber quién va a gobernar nuestro país sin informarnos, verdad...?

Me froto las sienes y cierro los ojos. En otro momento habría dejado hablar al hombre y habría conversado sobre el país, el tiempo, la vida en América, pero hoy lo único que quiero es meterme en la habitación del hotel y dormir, bueno, no dormir, lo que realmente quiero es emborracharme para olvidar todo lo que ha pasado desde que descubrí que mi jefe se va a casar.

Se va a casar.

Mierda.

El taxista sigue todo el trayecto discurriendo en una especie de monólogo en el que discute consigo mismo, sin importarle si yo emito un solo ruido. Dejo que, poco a poco, mi mente vaguee hacia lo más profundo de mí, tratando de no pensar en todo el asunto de la boda, en la simpática novia de mi jefe, en mi amor no correspondido y en el lío con ese casi ladrón de taxis. Por no hablar de que este taxista loco parece que va a dar la vuelta a toda la ciudad antes de llevarme a mi hotel.

Por mí está bien, no soy yo quien va a pagar la cuenta.

Malhumorada, sigo dándole vueltas a las cosas que me dijo mi mejor amiga, sobre divertirme y abrirme a una nueva relación, pero no sé si estoy preparada para que otro hombre me rompa el corazón, con o sin traje, no después de pasar años suspirando por un hombre que nunca se fijó en mí y nunca lo hará.

Vuelvo a cerrar los ojos y, cuando los abro, el coche está parado frente a un hotel de aspecto dudoso. Bajo y el taxista me entrega mi maleta y espera a que le pague.

Mientras mis dedos buscan el dinero en el bolso, mis ojos se escapan hacia la entrada del hotel. No se parece en nada a la

imagen que vi en Internet cuando hice la reserva para Robert. Sin duda, si él llegara aquí y viera el lugar en ruinas, la pintura descascarillada cerca de la puerta de cristal y el aspecto descuidado de los alrededores, recibiría una llamada furiosa.

Aún con los ojos asombrados por la fachada del hotel, siento que el hombre me quita el dinero de la mano, me doy la vuelta y lo veo ir rápidamente a su asiento dentro del coche.

— Oiga, oiga... señor, creo que no es aquí.

— Sí, me diste la dirección, si te equivocaste, es tu problema.

— O estabas hablando demasiado y te has confundido —le respondo, y él me responde con un gesto de la mano, como si rechazara mi respuesta.

El hombre se mete en el coche y arranca, antes de que yo pueda siquiera pensar en la extraña situación en la que me encuentro.

Con pasos un poco asustados, subo los escalones para entrar en el supuesto hotel. Es entonces cuando veo el cartel al lado. No me atrevo ni a pronunciar las palabrotas pintadas en él, que, por cierto, tiene un nombre muy diferente al del hotel que reservé. Sin duda, estoy en el lugar equivocado.

Muy equivocado.

Bajo los escalones y me detengo en medio de la acera. Mi taxi ya está lejos y no tengo ni idea de qué camino seguir.

Enciendo los datos del móvil y empiezo a escribir rápidamente, sintiendo cómo el sudor me corre en gotas calientes por la espalda.

Mierda, estoy a casi seis manzanas del hotel correcto.

Intento pedir un coche por una aplicación, pero no hay ninguno disponible ahora, así que me doy la vuelta y empiezo a caminar. Mierda. Mierda. Mierda.

Paso a paso, recorro cada una de las seis manzanas con la espalda empapada en sudor y las piernas rozándose entre sí. Maldita

sea la hora en que decidí viajar con vestido, unos pantalones me habrían dejado menos ampollas y menos mal humor.

Al menos encuentro una cafetería en el camino y pido un latte macchiato con caramelo e[4] , helado, muy helado.

Finalmente subo las escaleras y entro por la puerta del hotel correcto. Está bien, el café helado me ha animado un poco, pero los tacones me han destrozado los pies, así que ahora mi nuevo estilo es cojear.

Me acerco a una recepcionista guapa y sonriente que me atiende muy bien, haciendo desaparecer un poco la sensación de «estoy teniendo un día de mierda».

Mientras la chica que me atiende teclea en el ordenador, un hombre a su lado discute con otra recepcionista. Está casi gritando, quejándose de que algún imbécil ha escrito mal su nombre. *Gran cosa, señor estresado.*

«Qué hombre tan grosero», le digo en voz baja a la recepcionista que me atiende.

Ella me dedica una sonrisa forzada después de mirar de reojo a su compañera, que está roja y parece a punto de echarse a llorar.

— Parece que es algún tipo de famoso —responde en voz baja.

—Eso no es motivo para tratar así a los demás.

—Lo siento —suspira en cuanto el hombre se aleja.

—No es culpa suya y gracias por atenderme tan bien, a partir de hoy siempre alojaré a mi jefe aquí cuando esté en la ciudad.

La recepcionista esboza una gran sonrisa y me entrega la tarjeta magnética. Me despido torpemente, cojo mi móvil y echo un vistazo rápido a mis correos electrónicos.

Entonces oigo el sonido del ascensor y, cansada de todo lo que me ha pasado hoy, decido correr para no tener que esperar al siguiente, como si mis pies fueran de hierro para soportar más este castigo. Lo prometo, piececitos, os voy a poner en remojo, de hecho

voy a poner todo mi cuerpo en remojo en una bañera llena de sales de baño.

La maldita puerta del ascensor se está cerrando, el estirado que estaba discutiendo en recepción intenta fingir que no me ha visto, cabrón, me va a hacer esperar al siguiente solo para no esperarme.

— Oye, oye, oye —grito, agitando la mano—. Detén el ascensor.

Corro, tratando de equilibrar mi maleta, mi café helado, el celular, la tarjeta magnética... Maldición. Qué día infernal.

Saludo con la mano a una pareja que se está besando apasionadamente dentro del ascensor, tal vez no sean tan idiotas como el tipo, que solo empeora mi aversión por los hombres trajeados.

— Oye, oye, oye, por favor, espéralo.

La guapa rubia me sonríe y pulsa el botón para que la puerta se vuelva a abrir. Meto el pie dentro y le doy las gracias con un gesto cuando noto que algo no va bien.

—Gracias... —intento decir, pero me lo impiden mi pie cansado y el maldito tacón que se ha enganchado en algo.

Dios mío, como si las cosas no pudieran empeorar, siento que todo mi cuerpo es arrastrado por la maldita gravedad y voy a toda velocidad.

Pero lo peor no es caer de bruces al suelo, sino caer encima del engreído y arrastrarlo conmigo.

Él cae sentado, conmigo en su regazo, derramando café sobre su ropa cara y casi metiéndole mis pechos en sus partes íntimas.

Joder, es guapísimo y me mira como si acabara de ver a un extraterrestre. Debo de estar hecha un desastre.

— ¡Joder! —exclama, muy enfadado. Sus ojos prácticamente me fulminan y tengo que contener las ganas de reír. Lo sé, es vergonzoso, embarazoso, incómodo, pero, gente, es muy gracioso.

Sin querer, acabo de vengarme del imbécil que estaba peleando en la recepción. Si lo hubiera planeado, no habría salido tan bien el plan de estropearle la elegante ropa o arruinarle el día.

Contengo las ganas de volverme hacia las recepcionistas, imaginando que ahora deben estar lanzando fuegos artificiales en mi honor.

Apoyo las manos en el suelo para impulsarme, rozando ligeramente entre las piernas de... no, no puede ser, ¿se está poniendo duro?

Joder, y parece grande.

— Lo siento —digo, sintiendo cómo se me sonrojan las mejillas al descubrir que la vergonzosa situación en la que me he metido ha puesto al hombre en un aprieto.

—No todo el mundo ha nacido para llevar tacones —dice, irritado.

En cuanto me pongo de pie, le lanzo una mirada indignada al cretino, al menos eso intento, porque, sinceramente, la expresión de su rostro me hace pensar que estoy haciendo una mueca graciosa, como si se estuviera conteniendo para no reírse.

—Y no todo el mundo ha nacido siendo un cretino arrogante, pero algunos parecen haber venido con una dosis extra —replico, poniéndome en marcha y recogiendo el vaso, el bolso y, por último, arreglando la pobre maleta.

— ¿Estás bien, cariño? —pregunta la rubia, tocándome ligeramente el brazo.

— Sí, gracias por preguntar. —Intento sonreír, pero el cansancio y el estrés pueden más que yo y creo que lo que sale es otra mueca graciosa.

—¿A qué piso vas? —pregunta su novio. Al menos creo que son novios, por lo unidos que están... Sí, están enamorados.

—Octavo, por favor —respondo cuando por fin se cierra la puerta.

Estoy deseando llegar a mi habitación, darme un baño de espuma y emborracharme. Sí, me voy a emborrachar.

Pero antes... le echo un último vistazo al tonto contestón y me doy la vuelta.

—Envíeme la factura, insisto en pagar la lavandería—, le digo entre dientes, y él exhala un suspiro que me indica que está molesto.

— No necesito que laven mi ropa.

— Vale, entonces lávalas tú mismo —le respondo en el mismo tono, cruzando los brazos y poniendo fin a cualquier contacto, porque aunque sea guapísimo y me resulte muy familiar, no estoy obligada a aguantar nada.

El ascensor se detiene en el sexto piso y la pareja enamorada se baja, la rubia me saluda con la mano y yo le sonrío, despidiéndome exageradamente porque o hago eso o digo una palabrota por abandonarme dos pisos más arriba con este cretino arrogante.

En cuanto suena el timbre del ascensor, indicando que he llegado a mi piso, doy un pequeño salto de susto. Respiro hondo.

—Intenta no tropezarte otra vez —dice el hombre del traje.

«Puedo hacerlo», respondo con una sonrisa cínica, y luego me doy la vuelta para salir del ascensor. «Y tú puedes intentar no ser tan cretino y arrogante, pero creo que no lo conseguirás».

Salgo sin volver a mirarlo. Para mi sorpresa, se ríe a carcajadas y empieza a caminar. Oigo sus pasos siguiéndome, pero me esfuerzo por no girarme. Si cree que me va a intimidar siguiéndome, descubrirá que hice seis años de kárate, dos años de defensa personal, además de otras artes marciales, y que soy muy buena dando patadas.

Me detengo frente a mi puerta, pero el idiota del ascensor sigue caminando, pasa a mi lado y yo resoplo, tratando de no oler el

delicioso aroma de su perfume amaderado. ¡Malditos directores generales!

—Parece que vamos ser vecinos de habitación —dice al detenerse en la siguiente puerta, mirándome con una expresión que oscila entre el cinismo, la burla y la diversión.

— Sí, parece que no es mi día de suerte —le respondo y él me mira fijamente—. Pero puedes volver a recepción y pelear por otra habitación, parece que te gusta eso.

— No, me quedaré con este —dice, y entonces abre la puerta, entra y cierra de un portazo antes de que yo pueda responder nada.

Genial, se acabó la interacción con él, al igual que se acabó mi delicioso latte macchiato de caramelo.



Después de entrar en la habitación y tirar lejos los tacones que casi me destrozan los pies y me metieron en una situación incómoda con ese tipo molesto, abrí la aplicación de música y puse Years & Years.

Sentí que empezaba a relajarme, así que me metí directamente en un baño caliente y lleno de espuma. Luego me tumbé en la enorme cama y me sumergí bajo las sábanas, dejándome mecer por la aterciopelada voz de Olly Alexander en Eyes Shut y me quedé dormida.

Todo iba muy bien, hasta que mi móvil decidió que era hora de despertarme.

Me levanto de la cama y me estiro, después de ver la hora, corro a arreglarme. Pintalabios, corrector, un poco de colorete sobre la base y un buen cepillado de mi cabello. Dejo el vestido a un lado y me pongo una falda tubo negra y una blusa roja de seda, con un delicado volante que acompaña al escote en V.

En cuanto me siento preparada, abro la puerta de la habitación y adivina qué es lo primero que veo al asomar la cabeza. Él mismo, el idiota del ascensor, que está más guapo que ayer con una camisa negra bien cortada y unos vaqueros. Me resulta tan familiar, ¿lo habré visto en alguno de esos eventos?

Espero que no.

Está pasando por la puerta y gira la cabeza hacia mí, levantando una ceja y mirándome de arriba abajo. Es rápido, porque sigue caminando sin desviarse ni un milímetro de su camino, pero es tremendamente sexy y todo mi cuerpo parece reaccionar a esa simple mirada.

Maldito hombre guapo.

Cierro la puerta y espero cinco minutos antes de atreverme a volver a abrirla, miro a todos lados y entonces, sintiendo que estoy libre de la sexy arrogancia del idiota del ascensor, decido seguir mi camino.

Lo que me lleva al siguiente tema.

La convención a la que tengo que ir se celebra todos los años, siempre en algún estado comercialmente importante, la mayoría de las veces en Washington DC, por ser la ciudad más importante de nuestro país. Es un evento promovido por la industria bélica y las empresas de seguridad privada, por lo que siempre hay alguien importante, agentes del gobierno y muchos directores generales del sector, en busca de grandes negocios y novedades en el área.

Solo fui a una, acompañando a Robert, el año en que empecé a trabajar con él. Después de eso, él se centró en asistir a los eventos y yo me ocupé de su agenda, su vida, sus asuntos personales (regalos para novias, rollos de una noche y posibles

amantes) y también mantuve la empresa en funcionamiento en sus ausencias, relacionando departamentos y lidiando con los problemas más urgentes.

Ese no era precisamente mi proyecto de vida, ser una especie de todoterreno, una persona para todo cuyo puesto en el contrato de trabajo solo dice: secretaria ejecutiva. Pero, si soy sincera, aún no sé muy bien lo que quiero.

Lo sé, lo sé, ya es hora de descubrirlo, pero desde que Robert Sampson entró en mi vida, no me queda tiempo para nada más.

En fin, hoy voy a asistir a una serie de seminarios sobre seguridad y tecnología. Estoy ansiosa por ver el evento de una empresaria de Nueva York, dicen que es tan genial que ha creado un tipo de inteligencia artificial que deja en ridículo incluso al software de seguridad más potente del gobierno. Me encantan las mujeres poderosas.

Además, ya que estoy aquí, no voy a perder por nada del mundo la oportunidad de ver a esta mujer que ha aparecido durante meses en las revistas y sitios web de cotilleos, desde que se convirtió en la esposa del magnate más atractivo del país.

Salgo de la suite con el ánimo renovado, satisfecha por haber elegido un par de zapatillas sin tacón para afrontar el ajetreado día y deleitarme con el éxito femenino. Solo necesito un café.

Feliz de la vida, casi salto por el pasillo, tarareando en voz baja hasta que me doy cuenta de quién está parado frente a la puerta del ascensor, con los brazos cruzados y una mirada que me dice que ya está de mal humor a las nueve de la mañana. Así es, el cretino arrogante del ascensor.

Mierda, va a ser uno de esos días.



CAPÍTULO 5

Vale, podría haber subido por las escaleras, pero decidí esperar al maldito ascensor, pensando que pronto llegarían otros, pero ya han pasado casi cinco minutos y nada. Y para empeorar las cosas, la pelirroja loca está llegando, irradiando su alegría con una cancioncilla susurrada y un agradable aroma a perfume.

En cuanto me ve, su expresión cambia por completo, como si yo no me hubiera dado cuenta de que cerró la puerta en cuanto me vio, hace unos minutos, cuando venía a coger el ascensor.

Pero no puedo culparla por odiarme, ayer fui un pesado. Lo sé, podría haber dejado pasar lo del robo del taxi, sobre todo porque me doy cuenta de que no me ha reconocido, pero el lío en recepción me ha dejado de muy mal humor. Un humor que parecía haber mejorado, hasta que el maldito ascensor me ha dejado aquí esperando todo este tiempo.

— Parece que tengo suerte —declaro, sin saber muy bien por qué quiero provocar a la pelirroja.

Ella me lanza una mirada de reojo, con las dos cejas levantadas en un gesto interrogativo que le da un aire de pura curiosidad, hermosa, enfadada y curiosa. Muy interesante.

— Hoy no llevas café —le digo y puedo percibir el momento en que entiende a qué me refiero—. Y tampoco llevas tacones.

Sus ojos se dirigen a sus pies y, cuando vuelven a los míos, esa mirada traviesa me dice que voy a recibir una buena respuesta.

— No puedo decir lo mismo de mí.

— ¿Sobre...?

— La suerte.

Ahora soy yo quien siente curiosidad, ella suspira y pulsa el botón del ascensor, luego vuelve a mirarme, dudando si responder o no.

— Yo estoy sin café y sin tacones, tú, por el contrario, sigues con toda la arrogancia y la estupidez de ayer.

— Sí, creo que me lo merezco. — Me río y me paso una mano por el pelo, peinándolo como si lo estuviera cepillando.

La puerta del ascensor se abre y me acerco a él, entro y me doy la vuelta, pero veo que la ladrona de taxis sigue parada.

—¿Quieres que te lo coja? —le pregunto y ella niega con la cabeza.

Aun así, pulso el botón que mantiene la puerta del ascensor abierta y le hago señas para que entre. Sus grandes y vivos ojos me miran con desconfianza.

—Vamos, este ha tardado más de cinco minutos, solo Dios sabe cuándo vendrá el próximo.

Entra rechinando los dientes.

En cuanto la puerta del ascensor empieza a cerrarse, veo la mirada intrigada de la pelirroja, como si esperara algún otro comentario sarcástico. Me quedo en silencio, pero no consigo apartar los ojos de ella. La forma en que sus generosos pechos

suben y bajan con la respiración tensa, la manera en que cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro, tratando de no fijar sus ojos en mí.

Sí, tal vez no sea el único que siente que algo está pasando aquí. Creo que la cosa empieza a ponerse interesante.

Cuando llegamos a la planta baja, la pelirroja apenas espera a que se abra la puerta y desaparece de mi vista, mezclándose con el flujo de gente que entra y sale del hotel. No sé qué es, pero hay algo en esta chica tetona y torpe que me perturba mucho. Algo en ella me hace querer hacer el idiota solo para escuchar una respuesta descortés.

— Disculpe, señor... — Una mujer de mediana edad se detiene frente a mí y me mira lentamente, mientras yo intento ver dónde ha ido a parar la chica más desafiante y bocazas que he conocido en los últimos días. — ¿Es usted Derek Preston, el escritor?

—Sí —respondo, simplemente.

—¿Me daría un autógrafo?

— Claro, pero no soy tan famoso —bromeo, cogiendo mi libro de sus manos y abriéndolo—. ¿A quién se lo dedico?

— A Mary Anne, por favor.

Escribo una breve dedicatoria y le entrego el libro, y ella sonríe como una niña pequeña ante un gran dulce.

— Sabe... no pude dejar de leer su libro, pero tengo que confesar que el final me entristeció un poco.

Sonrío amablemente a Mary Anne, que me da algunas explicaciones más sobre sus impresiones de mi primer libro y luego se marcha.

Camino hacia la recepción y me detengo para pedir información.

En cuanto me ve, la misma recepcionista que me atendió ayer me lanza una mirada angustiada. Pobrecita, fui muy malo.

—Buenos días —le digo, pensando en cómo ser menos idiota, no fui justo con la chica y ella no tenía la culpa de que hubieran escrito mal mi nombre—. Usted me atendió ayer...

Ella asiente con la cabeza y yo suspiro. No soy dado a pedir perdón, pero tampoco suelo ser un completo cretino, al menos no tanto como ayer.

—Siento lo de ayer, sé que no es una excusa, pero tuve un día de mierda.

— Está bien, ¿puedo ayudarle en algo más? —pregunta, con un tono frío que deja claro que aún no me ha perdonado.

— No, eso es todo.

Salgo del hotel y me dirijo al centro de convenciones. No soy muy dado a este tipo de eventos, pero no tengo nada que hacer hasta el día de mi conferencia, así que o voy a la convención o voy a la playa. Convención, sin duda alguna.

Deambulo por allí durante un rato, esquivando choques con tipos que parecen armarios. Si yo soy alto y fuerte, ellos son prácticamente matones, sin duda forman parte de esos equipos de seguridad privada, o tal vez sean mercenarios.

Mercenarios, eh. Quizás la inspiración esté volviendo a aparecer, no sería un mal tema para una película o un libro, y aún podría hacer como Tarantino y escribir algunas escenas más que sangrientas. Hum...

De repente, mi día adquiere un aire completamente nuevo y el aburrimiento, el mal humor y el habitual malestar dan paso a mi lado creativo. En un momento estoy tratando de no chocar con los asistentes a la convención, al siguiente, estoy dejando que todos esos estímulos me rodeen y despierten mi creatividad.

Hasta que el cartel de una conferencia sobre seguridad digital me llama la atención. Por lo visto, este viaje no solo servirá para estropear mi traje a medida, quizá saque algo bueno de él, como el tema de mi próximo libro.

Y quién sabe, quizá me tropiece con esa pelirroja de curvas generosas que parece odiarme.



CAPÍTULO 6

Me hundo en la silla, sintiéndome como un gran blanco rojo en medio de este montón de trajes oscuros y corbatas elegantes. Estoy deseando ver a la empresaria hablando, es muy bueno ver a una mujer demostrando que sabe más y que puede más que muchos de estos ejecutivos. Creo que estoy un poco celosa, no lo voy a negar, pero en fin, poder femenino, ¡uhul!, eso es lo que hay.

No, no doy un gritito ni levanto el puño en el aire, como si celebrara haber marcado un punto en algún deporte. Pero si pensé en hacerlo, lo pensé, no puedo evitarlo, es mi forma loca de ser.

Por fin se apagan las luces y se enciende un foco en el escenario. Ay, se me acelera el corazón, tenso, ansioso, lleno de expectación.

El silencio es total, hasta que una voz femenina suena por el micrófono.

—Oscar, enciende las luces para la presentación.

Las luces se encienden, pero no demasiado, solo lo suficiente para ver con claridad el escenario al frente del auditorio. En el centro, una mujer pequeña y hermosa nos observa.

— Buenos días, señoras y señores, mi nombre es Camila Bitencourt[5] y soy la fundadora de Faces, la empresa de seguridad digital de más rápido crecimiento en este país. Pueden llamarme Mila y, por favor, pónganse cómodos, porque tendremos una conversación interesante. Oscar, preséntate.

— Mi nombre es Oscar[6] y soy la inteligencia artificial creada por Mila, soy el procesador de datos más rápido que existe y soy capaz de proteger cualquier red en la que me encuentre, además de ser capaz de descubrir hasta sus secretos más ocultos. — La voz de la IA es masculina y muy fluida, y me animo, esta presentación va a agitar las cosas, no puedo esperar.

Mila es una mujer absurdamente hermosa, aún más en persona que en las imágenes que han aparecido durante meses en revistas y sitios web de chismes. Camina con confianza por el escenario, irradiando poder e inteligencia, ignorando su marcado acento brasileño y explicando sobre su empresa y sobre Oscar.

Es impresionante.

— Una demostración, Mila —grita alguien desde el público.

La mirada pícara de la empresaria me llena de curiosidad. ¿Qué va a hacer?

—Oscar, ¿quién es la persona más estresada de este auditorio?

— Por los niveles de cortisol, colesterol, glucosa y otros marcadores, por la lista de recetas de medicamentos para la ansiedad, la depresión y los tranquilizantes, el señor sentado en la tercera silla de la cuarta fila de la izquierda es, sin duda, la persona más estresada de este lugar. ¿Debo decir su nombre, señor?

Todo el mundo se sorprende con la afirmación. El hombre mencionado por la IA Oscar resopla y gesticula con la mano,

murmurando algo que no oigo y provocando una gran carcajada entre las personas que lo rodean.

— No será necesario, Oscar, el señor en cuestión ya lo ha confirmado.

Los murmullos llenan el auditorio y Mila permanece en silencio, observando la repercusión de su gran invento. Ella sabe lo poderosa y genial que es, puedo verlo en su mirada. Y tengo que decir que la velocidad con la que Oscar averiguó los niveles de estrés de un auditorio con más de doscientas personas es increíble.

«Oscar es responsable de varias detenciones, ayudó al Gobierno estadounidense a desmantelar una red de ciberterroristas y me salvó la vida», dice ella en tono tranquilo. «Incluso es responsable de la seguridad digital de la red bancaria Howard...

—Cuéntanos más, Mila—, grita una voz femenina desde el fondo de la sala.

—Sí, ¿quién es la persona más rica? —pregunta otro.

— No, la más inteligente...

— Están curiosos, Mila —dice Oscar, casi como si se estuviera divirtiendo o como si pensara por sí mismo.

Mirando a la mujer pequeña e inteligente en el centro del escenario, no dudo en absoluto de que realmente sería capaz de crear una IA consciente. Sería muy interesante, o aterrador si tenemos en cuenta todas las películas que he visto en las que las máquinas dominan el mundo y acaban con la raza humana. Mejor no.

— Entonces vamos darles otra muestra. ¿Qué fue lo que preguntaste ahí atrás?

—Quién es la persona más inteligente aquí... —responde la voz masculina.

—Oscar... —dice Mila.

— Tú, Mila, con un coeficiente intelectual de 183 puntos o un percentil 99. Eres un genio, con todas las habilidades desarrolladas,

excepto la sociabilidad... —responde Oscar y Mila sonríe.

— No puedes culparme por odiar las redes sociales y los medios de comunicación, después de todo, casi me deportan.

Me echo a reír junto con todo el auditorio.

— Y después de mí, Oscar, ¿hay algún otro genio aquí? — pregunta Mila y yo estoy deseando saber la respuesta. Debe de haber al menos otro genio entre todos esos directores generales de la industria bélica y de la seguridad. O algún tipo del gobierno, que siempre son muy listos.

— Con un coeficiente intelectual de 148, la señorita sentada en la silla del pasillo, en la octava fila de la izquierda, es la segunda persona más inteligente aquí, se llama Eva Louise Harris. Por cierto, buena elección de vestuario, señorita Harris, el rojo resalta el color de sus ojos y su cabello.

Joder, soy yo.

No, no puedo ser yo.

Todo el mundo se gira hacia mí y yo me hundo más en la silla, muerta de vergüenza. Hace años que hice un test de CI, más por desafío que por tomarme en serio eso de las personas muy inteligentes, también es cierto que pienso demasiado, hablo demasiado y, aparte de Olivia, no hablo con casi nadie.

—Por favor, levántese, señorita Harris —pide Mila, y yo respiro hondo, con dificultad para pensar con claridad—. ¿Es cierto que su coeficiente intelectual es de 148?

—Eso es lo que decía mi test de CI —me oigo decir. —Pero hay que tener en cuenta que las pruebas de CI estandarizadas no evalúan diversas habilidades y capacidades que son muy importantes para la sociedad, como la empatía y la generosidad, la creatividad para las artes y el gusto por la música, por lo que no creo que sea una buena forma de evaluar a las personas. Oscar, ¿has oído hablar de Gardner[7] ? Él defiende una teoría llamada inteligencias múltiples...

—Aquí está la prueba, señores —dice Mila, sonriendo y mirándome directamente—.

— Aun así, la señorita es la segunda persona más inteligente —responde Oscar. —A pesar de ser secretaria ejecutiva, la señorita Harris también destaca por su capacidad de empatía, su preocupación por el medio ambiente y por las personas necesitadas, y siempre disfruta de vídeos de gatitos y perritos, bebés, ancianos y plantas en sus redes sociales, y hace un 30 % más de donaciones a organizaciones benéficas que la media general de este auditorio—. Oscar me mata de vergüenza.

—Eres un cotilla—le respondo, casi sacando la lengua como una niña malcriada.

—Interesante —dice Mila, sin apartar los ojos de mí.

Sintiendo que me arden las mejillas, me dispongo a volver a sentarme, pero antes giro la cara hacia el otro lado del pasillo, como si algo me atrajera, y siento que toda la sangre se me va de la cabeza. ¿Adivina quién me está mirando con pura curiosidad?

Él mismo, el cretino que siempre se cruza en mi camino. Y todavía creo que lo conozco de algún sitio, solo espero que no sea uno de esos directores generales que negocian con mi jefe, no soportaría tener que convivir con este tipo también en mi trabajo. Una convención, un pasillo de hotel y dos viajes en ascensor ya son más que suficientes para mí.

¿Conoces ese dicho de que quien no se ve, no se recuerda?

Entonces, paso el resto de la presentación en silencio, hundida en la silla y tratando de no ser vista, ni recordada, ni nada más. Lo único que quiero es desaparecer, evaporarme en el aire.

En cuanto termina la presentación y veo que la gente empieza a salir hacia la puerta, aprovecho para escapar sin llamar mucho la atención, lo cual es bastante difícil teniendo en cuenta que soy la única con una blusa roja de mercadillo en un auditorio lleno de trajes oscuros, bien cortados y caros.

La gente se agolpa en la sala contigua al auditorio, hablando de la asombrosa creación de la dueña de Faces, que, por cierto, sale de la sala de presentación unos instantes después, acompañada nada menos que por Josh Howard[8] , el magnate guapísimo que la rodea como un sistema solar alrededor de su sol. Son guapísimos y puedo ver desde lejos lo mucho que se quieren.

No hace falta ningún esfuerzo para darse cuenta de ello, la forma en que se miran y cómo él le coge la mano, todo protector cuando otros hombres se le acercan con sus tarjetas de visita y miradas curiosas.

Se me hace un nudo en la garganta al pensar que quizá nunca sea capaz de encontrar un amor así, que no le importe nada más en el universo que yo. Un amor de película, de libro, o simplemente un amor, con lo bueno y lo malo que ello conlleva.

Me dirijo a la máquina de café y meto el billete de cinco dólares, pero la maldita máquina decide ponerme aún más de mal humor. ¿Por qué no puede simplemente funcionar y darme el maldito café?

—Vamos, máquina testaruda, dame mi café—, le digo, dándole un golpecito en el costado. Maldición.

—Para ser la segunda persona más inteligente de esta convención, te ha ganado fácilmente una cafetera —su voz me da un susto.

Después de dar un saltito y un gritito vergonzoso, me giro con la mano en el pecho y me encuentro con una mirada de una sola ceja levantada.

—Oscar se equivocó —replico, un poco nerviosa.

— ¿Entonces no eres tan inteligente? —pregunta, ocupando mi lugar y empezando a manipular la maldita cafetera.

—Ah, sí, soy inteligente, pero sin duda ese anciano no era la persona más estresada aquí, ese puesto es tuyo —replico, y él se ríe con una voz ronca que es sexy y desconcertante, haciendo que una

ola de calor recorra mi cuerpo y se aloje justo en el punto sensible entre mis piernas.

Contrólate, Eva Harris, ese CEO guapo, perfumado y encantador es, en realidad, un idiota arrogante y cretino.

Lo sé, intento evitarlo, pero después de sentir cómo se endurecía en el ascensor por mi culpa, al menos eso creo, no puedo dejar de pensar en lo ardiente que puede ser, Dios mío, guapo, arrogante, sexy y, aparentemente, bien dotado. Una combinación infernal.

El cretino sexy me entrega el café, porque, para variar, la máquina de café decidió funcionar sin ningún problema para él, lo cojo, sintiendo cómo me arden las mejillas.

—Gracias —digo en voz baja, casi atragantándome.

—Perdona, ¿qué has dicho? —me provoca, fingiendo no haberme oído y esbozando una sonrisa con hoyuelos que me deja sin saber dónde meter mi nerviosismo.

Lo sé, debería odiar a este hombre, pero es tan guapo y... hay algo en él, algo que me revuelve el estómago y me pone la piel de gallina solo con su proximidad. No sé cómo explicarlo, creo que mi rebeldía contra los directores generales puede acabar traicionada por mi debilidad por este hombre.

Pero tampoco me extraña, hasta su cabello oscuro y revuelto me da ganas de meter las manos y peinarlo con los dedos.

—GRACIAS —digo en voz alta y algunas personas a mi alrededor me miran, confundidas.

— De nada —dice él, sin apartar los ojos de mí—. Bueno, creo que hemos empezado con mal pie.

— Solo si tienes dos pies izquierdos, porque ha sido peor que muy malo. — Lo sé, no puedo controlarme, ¡pero él también lo pide, ¿no?!

— Me lo merezco, me comporté como un idiota, pero en mi defensa, primero me robaste el taxi y luego me tiraste el café

encima —responde, con una mirada astuta fija en mí.

Entonces, como si mi cabeza estallara, comprendo por qué me resulta tan familiar: el cretino arrogante también es el idiota del aeropuerto. Maldita sea, ahora todo tiene sentido.

—Ahora me has reconocido —declara, con una suave sonrisa en los labios.

— Para tu información, yo no te robé el taxi.

— ¿Podemos olvidarnos de eso?

— Depende, ¿vas a ser menos idiota conmigo y con el mundo que te rodea?

— Puedo intentarlo.

—De acuerdo, entonces yo puedo intentar no llamarte cretino arrogante o idiota del aeropuerto cada cinco segundos.

Me tiende la mano y yo se la estrecho sin pensarlo.

— Derek.

— Eva, pero eso ya lo sabes.

— Eva Louise Harris, la pelirroja genio que roba taxis —dice, y yo aprieto los labios tratando de contenerme, pero su mirada tonta me hace reír a carcajadas.

—Dicho así, parece que soy prácticamente el Lex Luthor de los taxis.

—No lo dudaría, con tu enorme coeficiente intelectual.

Resoplo y él niega con la cabeza, como si esperara esa reacción por mi parte.

— El coeficiente intelectual no lo es todo, ya lo has oído, solo soy una secretaria ejecutiva.

— Eso no significa nada —declara—. Entonces, ¿no vas a tomar tu café?

— Ah, sí. — Doy un gran sorbo y cierro los ojos, dejando que el líquido de los dioses recorra el camino desde mi boca hasta mi

estómago, calentándolo todo y haciéndome suspirar. — Está bien, te perdono.

— ¿Perdonado?

— Sí, fuiste muy idiota, pero como me salvaste el día con el café, estás perdonado.

— De acuerdo. — Arquea las cejas y su mirada me hace sentir calor en la piel. No, no puedo pensar así en este hombre. *Es un director ejecutivo, Eva, no olvides que odias a todos los directores ejecutivos del universo*.

Eso es, no lo olvides, Eva, odias a todos los directores ejecutivos del mundo.

Pero ¿por qué tenía que ser precisamente el más sexy de la convención? ¿Y por qué tenía que mirarme así, como si estuviera esperando la oportunidad de devorarme?

Maldita sea, no seas tan tonta.

Solo es un tipo... rico, sexy, guapo, encantador... y con una mirada que me pone a cien.

— ¿Qué pasa, Eva? — Su voz grave me hace suspirar.

Hasta el tono de voz de este hombre es escalofriante.

— No es nada, solo estoy decidiendo si sigo odiando a todos los directores generales del universo y si te incluyo en una especie de lista de excepciones.

—¿Excepciones? —Entrecierra los ojos, curioso.

— Sí, creo que será la lista de ejecutivos a los que no odio.

— ¿Y hay mucha gente en esa lista de ejecutivos a los que no odias?

— Tú serías el primero, pero aún no estoy segura.

— Entonces yo también haré una lista y podemos llegar a un acuerdo —cruza los brazos, casi enfadado de una forma graciosa—. Lista de ladrones de taxis que no odio. Tú me pones en la tuya y yo te pongo en la mía.

Me río, porque a pesar de ser un cretino, es un poco adorable.

No. No. No. Tienes que odiarlo, odiar a todos los directores ejecutivos del mundo. Eso es. No puedo gustarme Derek, así que ¿por qué no me resisto simplemente?

—De acuerdo, tenemos un trato —me oigo decir y me muerdo el labio cuando él sonríe con ironía.

¿Qué mierda fue eso de «tenemos un trato»?

¿Qué te pasa, Eva Harris?



CAPÍTULO 7

Eva Louise Harris es un nombre bonito, casi tanto como su sonrisa de labios carnosos y el contorno de sus pechos. Pienso, observándola mientras rebusca en su bolso. El toque del dispositivo es tan peculiar como ella misma, animado y lleno de vida.

Eso sería irritante si la dueña del móvil no fuera la persona más intrigante que he conocido en años y yo no estuviera deseando saber más de ella.

Hacía mucho tiempo que una mujer no me desafiaba, quiero decir, que alguien no solo demostrara ser más inteligente que yo, sino que además tuviera una lengua mucho más afilada que la mía.

Sí, creo que Derek el imbécil Preston va a dejar paso a Derek el curioso Preston durante un tiempo.

Eso, si encuentra el móvil entre el desorden que parece ser su bolso.

—¿Qué tal si te sostengo eso? —le pregunto, cogiendo la taza de café y unos folletos que ella intenta equilibrar.

— Maldito móvil, parece que ha decidido esconderse solo para hacerme perder la paciencia.

—Quizás si llevaras menos cosas ahí —la provoqué y ella levantó sus ojos claros y, en lugar de insultarme, terminó asintiendo con la cabeza.

Entonces, como si sorprenderme a cada momento no fuera suficiente, empieza a sacar todas las cosas del bolso y a apilarlas en mis brazos de cualquier manera. Pintalabios, crema de manos, cartera, agenda, bolígrafos de todo tipo, un bloc de papel, un cuaderno. Dios mío, es un pozo sin fondo.

«Lo siento, solo esto», dice, colocando nada más y nada menos que el ejemplar de mi libro encima del desorden. «Lo encontré. Pequeño granuja...», dice, agitando el móvil, emocionada. «¡Hola!».

Eva me deja con todo en los brazos mientras escucha pacientemente a la persona al otro lado de la línea. Me sonríe, como si estuviera recibiendo un gran secreto, pero estuviera a punto de contármelo.

Su forma de ser loca y espontánea me conmueve y me hace no tener ni idea de cómo actuar. Incluso cuando tengo que equilibrar una pila de cosas que salen de un bolso de mujer, con mi libro en la parte superior.

Algo me dice que no ha relacionado mi nombre y mi cara con la foto de la contraportada. Va a ser interesante.

Después de unos instantes esperando a la charlatana, finalmente cuelga y se dirige hacia mí, abriendo el bolso y empezando a guardar las cosas.

— Lo siento, mi mejor amiga ha estado un poco sobreprotectora últimamente.

— ¿Ha pasado algo para que esté así?

— Quizás, pero no quiero hablar de eso.

— Entonces, tal vez puedas decirme qué te parece el libro.

—¿Libro? —pregunta, confundida.

—El que metiste sin cuidado en el bolso.

Sus ojos se iluminan de una forma radiante y sexy que me hace querer olvidar que soy un hombre recto y lanzarme sobre su deliciosa boca y sus pechos. Dios mío, tiene unos pechos que me harían perder la cabeza.

Intento no desviar mis ojos lascivos hacia su escote, es posible que me golpee, ya he visto la locura que habita en esta mujer, mejor no arriesgarse.

— Entonces, sobre el libro, ¿lo recomiendas?

— Estoy al principio, solo he leído cuatro capítulos, pero me está gustando mucho. Alex, el personaje principal, es un sinvergüenza que nos deja con una gran duda.

— ¿Duda?

— Sí, no sabemos si lo amamos o lo odiamos.

— Interesante.

— No es un protagonista típico, pero espero que tenga un final feliz. Algo me dice que no será así. — Ella pone cara de tristeza y luego se encoge de hombros—. Tengo la esperanza de que el lado romántico del autor me sorprenda con un final feliz.

— Pero la vida no siempre tiene un final feliz.

Me mira con las cejas fruncidas.

— Lo sé, y por eso leo ficción, porque a diferencia de la vida, que a veces nos da una patada en el trasero, la ficción es una invención de la mente de alguien y puede muy bien tener un final feliz.

—Justo —respondo, conteniendo las ganas de sonreír—. ¿Entonces crees que el autor es romántico? Por las críticas que he visto, yo lo veo más como alguien a quien no le gusta nada el amor.

— Tonterías, solo tienes que fijarte bien en cómo escribe, cómo construye las escenas. Puede que tenga el corazón roto, pero

en el fondo es un romántico. O un cínico, también es posible.

—Dice la genio que roba taxis —refunfuño, pero ella no nota el tono amargo de mi voz y sonríe abiertamente, dibujando una gran media luna con sus labios rojos.

— No me provoques, Derek, o te sacaré de mi lista de excepciones y te enviaré directamente a la lista de los malvados directores generales que odio.

— ¿Y odias a los directores ejecutivos?

—¡Exacto!

— ¿Por qué?

— Quizás algún día te lo cuente.

— ¿Entonces no me odiarás si no soy director ejecutivo?

— Si no lo fueras, no, aunque me has dado motivos... —ella se ríe y yo me uno a su risa fácil—. Está bien, tal vez no seas tan malo, pero no olvidemos que llevas traje, estás en una conferencia de directores ejecutivos idiotas y te has comportado como un cretino. Hum... tal vez me esté precipitando al sacarte de la lista de chicos malos con traje.

—Eres muy interesante—digo sin pensar, porque esta chica es como un huracán que arrasa y transforma, sacándolo todo de su sitio. En este momento, ni siquiera sé cómo me llamo.

—Bueno, al menos no has dicho que soy simpática —refunfuña.

—No he dicho que seas simpática porque eres una charlatana —declaro solemnemente—. Pero no puedo decir que no seas interesante.

Ella suspira y no sé qué he hecho para que me mire así. ¿He dicho algo malo?

Es posible, incluso probable, porque incluso cuando intento ser amable acabo siendo un idiota.

— Bueno, buena suerte con tu presentación o lo que sea que vayas a hacer, vaya, no quiero entrar tan pronto en una sala con directores generales, por muchos cafés que me den.

Se aleja, cogiendo su bolso y echándome una última mirada. No sé qué me pasa, porque doy un paso hacia ella sin pensar, casi de forma automática, y empiezo a sentir una extraña sensación en el estómago, como un vacío.

— Eva... yo no soy... — intento decir, pero vuelve a sonar el loco tono del móvil y ella lo coge.

—Ah, hola, sí, señor, estoy aquí, acabo de salir de una conferencia sobre seguridad digital, más tarde le enviaré el resumen por correo electrónico—. Me mira y se encoge de hombros. Gesticula con los labios sin dejar que salga el sonido: «Mi jefe». —De acuerdo, puedo encargarme de ello, ¿cuál es el regalo? ¿Qué? Hunrum, sí. De acuerdo.

Ella abre mucho los ojos y luego suspira profundamente.

— Está bien, lo veré esta noche, sin falta. — Se despide con la mano, se marcha, sin volver a mirarme.

Sea lo que sea lo que le haya pedido el jefe, parece que la ha molestado bastante. Apuesto a que era algún regalo indecente. No lo dudo, pero no veo a Eva como el tipo de secretaria que dejaría que un jefe abusara de ella... Hum, aún me queda mucho por descubrir.

Veo un último mechón de su cabello cobrizo balancearse antes de desaparecer de mi vista. Y se fue sin saber que no soy un director ejecutivo, sino un guionista. Guionista y ahora escritor, del tipo que daría un brazo por no tener que aparecer en eventos como este.

Hasta ahora.



CAPÍTULO 8

Una maldita lencería. ¿Para eso sirvo ahora?

Comprar café, flores, vinos caros, reservar viajes románticos para mi jefe con sus novias... Vaya, debería haber previsto que llegaría a este punto. Un sábado, me llama en mitad de la madrugada para pedirme flores y una cesta de desayuno para él y una acompañante. Un martes, me pide que compre bombones para la madre de alguien, luego el champán más caro... Joder.

¿Qué tipo de hombre le pide a su secretaria que compre regalos para sus mujeres?

Al principio me parecía romántico, un hombre que envía regalos sin que sea una fecha especial, pero cuando las peticiones empezaron a llegar a horas inapropiadas o los fines de semana, comprendí en qué me estaba convirtiendo.

¿Por qué aguanté todo este tiempo?

¿Por qué dejé que llegara al punto de tener que comprar lencería sexy para la novia de mi jefe?

Ah, sí, porque estoy enamorada de ese imbécil.

¡Mierda! La verdad es que la imbécil soy yo, que pensé que algún día él me vería.

Abro la nevera y saco todas las botellas de vodka que encuentro. Lo vierto todo en una copa grande de esas que la gente usa para poner caramelos bonitos y decorar, luego me siento en la cama, después de tirar los zapatos lejos, y cojo el mando a distancia.

Dejo la televisión encendida con el volumen bajo, están pasando una vieja película de Keanu Reeves, en la que salva a la chica mientras ella conduce un autobús a toda velocidad. Me encanta esa película, pero hoy lo último que quiero es babear por otro hombre guapo.

Estoy muy enfadada con los hombres guapos y exitosos. Acabo de extender mi ira contra los directores generales a todos los demás hombres de la faz de la Tierra. Absolutamente todos ellos.

Excepto, tal vez, Derek, que por muy irritante que sea, sigue siendo un poco demasiado atractivo y también un poco demasiado intrigante. Pero solo tal vez, porque me dijo que soy «interesante», lo cual es solo otro sinónimo de*: gordita simpática, pero no lo suficientemente atractiva como para llevármela a la cama*.

Mientras bebo mi sobredosis de vodka, abro la pantalla de mi portátil, refunfuñando para mis adentros porque, en el fondo, espero que cuando Derek me dijo que era interesante, eso era realmente lo que quería decir. Interesante. No lo que todas las mujeres imaginamos cuando un chico guapo nos dice eso.

Alejé mis pensamientos del guapo del traje, a quien conozco como el cretino del ascensor, y me concentré en encontrar una buena página web para comprar lencería talla P, que fuera lo suficientemente sexy, pero que no pareciera vulgar.

Maldito trabajo.

Es hora de empezar a ocuparme de mi vida.

Entre un clic y otro, tomo un sorbo y otro más de vodka, y empiezo a sentir cómo mi cuerpo se calienta y mi mente se libera.

Elijo varios modelos y le envío capturas de pantalla a mi jefe, con un mensaje que le dice que elija, porque si depende de mí, se los compraré todos.

Creo que no entiende mi tono enfadado, porque me responde con un montón de *kkkk*, dejando clara su risa animada y completando con un: *ok, cómpralo todo.*

Mierda.

Termino de rellenar los datos y escribo una tarjeta sexy para que la entrega lleve las cinco prendas íntimas que compré con la tarjeta de mi jefe. Cierro la pantalla del portátil y doy otro gran trago a la bebida.

Hablando de la tarjeta de mi jefe...

En cuanto termino mi vodka, todo mi cuerpo pesa unos diez kilos menos y casi puedo flotar. ¿Sabes qué? Quiero más de esto.

Cojo la tarjeta magnética que abre la habitación, la tarjeta de crédito de mi jefe... ah, sí, son muchas tarjetas, puedo confundirme y acabar usando la de crédito para comprar más vodka y quizá algunos aperitivos, de repente me ha entrado hambre.

Riendo de mi locura, me pongo los zapatos y salgo llevando solo las dos tarjetas.

No sé cuánto tiempo tardo en llegar de mi habitación a la calle, pero cuando me doy cuenta, estoy bajo la lluvia, sacudiéndome y riendo, mientras intento llegar a una tienda de conveniencia o un supermercado, lo que aparezca primero.

La noche cálida y bochornosa solo deja de molestarme por las gruesas gotas que bañan mi rostro y estropean mi maquillaje. Podría bailar aquí, dejar que el agua se lleve esta tristeza y este dolor que me están quitando la paz.

Doy unos pasos más por la acera, tratando de no tropezar con mis tacones y completamente arrepentida de no haberme

puesto unas zapatillas, cuando oigo un sonido que se superpone al de la lluvia. Me giro justo a tiempo para sentir cómo me echan agua encima.

¿Un coche a toda velocidad acaba de empaparme aún más?

—¡Hijo de puta! —grito e intento sacudirme de la ropa algunas motas de suciedad que han venido con el agua del charco que el coche se ha empeñado en tirarme—. Apuesto a que si fuera una chica delgada te habrías parado en lugar de tirarme agua.

Seamos sinceras, hay muchos idiotas en este mundo. Pero no cambiaría mi cuerpo, mis curvas, mi estilo por nada, ni siquiera por una talla 36. Por desgracia, a la mayoría de los hombres guapos no les importa que sea inteligente, tenga personalidad o sea creativa. La mayoría de la gente no ve más allá de la apariencia y, por lo que parece, mi vida se reducirá a amores platónicos por jefes que nunca se fijan en mí.

Es un mundo injusto de mierda.

Hablando de un mundo injusto... Me preparo para cruzar la calle cuando veo a una anciana con bastón cruzando muy lentamente y sin paraguas.

Al otro lado de la calle, un par de faros brillan entre las gotas en mis pestañas, nublando mi visión, pero dejándome una certeza: si esa anciana no camina rápido, terminará atropellada.

—¡Oiga, señora! —grito, pero la anciana no me hace caso. Empiezo a agitar los brazos, tratando de llamar su atención. —Oiga. Oiga. Oiga. Tiene que salir de ahí.

Cuando la anciana da un solo paso, muy lento, y luego se vuelve hacia mí, salgo corriendo al medio de la calle.

Lo sé, estoy loca, voy a acabar haciéndome daño, pero no puedo dejar que esta anciana muera sin hacer nada.

Corro hacia el medio de la calle, manteniendo el equilibrio sobre los tacones e intentando ver el asfalto oscuro bajo la lluvia que no deja de arreciar.

— Señora, tiene que salir, mire el coche —le grito, y ella sonríe—. ¡Dios mío! Tenemos que salir.

Agarro el brazo de la anciana y empiezo a tirar de ella. Ella me mira y sonríe, pero no acelera el paso. Dios mío, vamos a morir.

La abrazo cuando veo que las luces se acercan a nosotros.

«¡Dios mío!», me oigo gritar cuando los faros nos atraviesan y la bocina suena fuerte. «Estamos vivas».

Aliviada porque el coche pasó a nuestro lado y no por encima de nosotras, suspiro profundamente y llevo a la anciana conmigo al otro lado de la calle.

—Vaya, por poco. —Suelto, aliviada, y ella finalmente levanta la cara hacia mí—. Pensé que íbamos a morir.

Los ojos de la anciana son grandes y muy oscuros y sus pestañas parpadean lentamente. Me doy cuenta de que me analiza de arriba abajo y una sonrisa comienza a dibujarse en su rostro arrugado.

— Eres una buena chica.

— Gracias, ¿está bien?

— Sí, sí, jovencita, pero ayúdeme a sentarme allí. — Señala un murete bajo que rodea un parterre cuadrado al otro lado de la calle.

La lluvia cesa y la guío hasta el murete que hay bajo un enorme árbol, y nos sentamos juntas, la anciana sigue sosteniendo mis manos entre las suyas, con los párpados aún parpadeando lentamente.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta, y yo sonrío levemente, sintiéndome completamente sobria desde nuestro casi accidente mortal.

— Eva, ¿y usted?

— Cleopatra.

— Qué bonito, un nombre de reina —digo, y ella sonríe—. Entonces, Cleo, ¿cuál es el problema? ¿Por qué no se apartó cuando se acercaba el coche?

— Soy vieja, querida, no camino tan rápido como las jovencitas como tú.

Intento pensar en algo cariñoso que decir, esta anciana casi nos mata, pero no puedo negar que tiene una sonrisa dulce y curiosa, además de que es elegante, su blusa con volantes deja al descubierto sus hombros llenos de pecas, en un tono floral con detalles dorados que es simplemente precioso, y la falda con volantes me recuerda a las gitanas de las películas antiguas y las telenovelas latinas.

— Bueno, ya pasó.

Ella asiente con la cabeza.

— ¿Y qué hacías en la calle en una noche tan lluviosa? —Cleo apoya la mano sobre el bastón—. ¿No hay un buen chico esperándote en algún lugar?

— No, ni aquí ni en San Francisco, donde vivo.

— ¿Por qué? Una chica tan guapa como tú debería tener una cola de chicos detrás.

Bajo un poco la mirada, ¿cómo explicarle a una señora tan querida que los hombres que forman parte de mi círculo social difícilmente se interesan por una chica que se sale de lo normal en todos los sentidos, desde el cuerpo hasta la mente y la lengua afilada?

Cleo lleva sus dedos arrugados a mi barbilla y me obliga a mirarla a los ojos.

— Nadie en el mundo tiene derecho a hacerte sentir mal por ser quien eres.

— Pero ellos no me ven, soy muy diferente.

— Ahí está lo bueno, imagínate si todo el mundo fuera igual, qué aburrido sería.

Asiento con la cabeza y exhalo con fuerza.

— Dime, ¿cuál es el problema, al fin y al cabo?

— Me enamoré de un director ejecutivo, ya sabes, un empresario de éxito. Es mi jefe, pero nunca, ni una sola vez, se ha fijado en mí. Para él, no soy más que una especie de recadera, alguien a quien llama en mitad de la noche para pedirle que compre un regalo para su novia de turno. Pero ahora se ha comprometido con una mujer increíblemente guapa y simpática y por eso me ha enviado a esta convención de directores generales. ¿Te imaginas, Cleo, un montón de directores generales guapos, poderosos y ricos recordándome que el amor no es para una chica como yo?

—¿Pero por qué un director ejecutivo? —pregunta ella con voz altiva—. ¿No puede ser otro tipo de hombre? ¿Un panadero, un escritor, un peluquero, por ejemplo?

— Sí, podría, pero en mi entorno solo hay hombres de ese tipo. Y no se fijan en mí, a menos que sea para pedirme un café.

— ¿Y tú quieres que te vean? —Algo en la forma en que mueve los ojos me dice que tenga cuidado con esa pregunta. Sin tiempo para pensar bien y con mucha necesidad de desahogarme, me encuentro asintiendo con la cabeza.

— Está bien, una buena chica como tú se merece un poco de emoción. A partir de mañana, todos esos directores generales te verán como la mujer más increíble del mundo, te querrán como quieren el aire para respirar. Pero hay una cosa, querida, tú, más que cualquier otro ser humano, eres la que tiene que verse a sí misma, tiene que ver tu valor y amar lo que eres, quién eres.

— Lo sé, tienes razón, solo quería saber cómo —suspiro de nuevo, esto se está convirtiendo en una rutina—. Espera, ¿qué has dicho?

La mujer resopla, sacudiendo la cabeza con impaciencia.

— He dicho que... olvídalo, pronto lo descubrirás.

—Vale.

—Eres una buena chica, aprenderás la lección antes de lo que crees—declara, agitando el dedo índice, y entonces la abrazo con fuerza—. Y no te preocupes, luego lo olvidarán todo.

— Creo que fue Dios o el Universo quien te envió, Cleo, gracias por hablar conmigo, ya me siento mucho mejor.

—Fuiste tú quien me salvó la vida, Eva, no al revés.



CAPÍTULO 9

Me despierto con un ligero dolor de cabeza, nada que una aspirina y un baño largo no puedan solucionar. La lluvia de ayer me pilló de lleno, pero creo que no voy a coger un resfriado, al menos eso, ya que todo lo demás en mi vida es una mierda.

Después de saltar de la cama, abro mi neceser y saco un dúo infalible contra los dolores y resfriados causados por los chaparrones inesperados: aspirina y vitamina C.

Busco en mi memoria lo último que recuerdo de anoche. Cleo. La anciana que casi nos mata, pero que también me hizo sentir mejor de lo que estaba cuando empecé a emborracharme.

Muy bien, es hora de empezar el día.

Me echo las pastillas en la boca, uso el agua del grifo del baño para tragarlas y vuelvo corriendo a la habitación, cuando oigo que alguien llama a la puerta. Vale, espero no estar metido en ningún lío.

Ignorando por completo el aspecto desastroso de mi pelo y el hecho de que solo llevo una camiseta que me llega hasta los muslos, abro la puerta y me encuentro con una sonrisa de pelo revuelto y hoyuelos sensuales que me estremecen de la cabeza a los pies.

Derek.

Dios mío, si este hombre no fuera un director ejecutivo, definitivamente, o probablemente, ahora me estaría enamorando de él. Por su aspecto, porque su temperamento todavía me irrita.

—Buenos días —dice cuando abro más la puerta y me doy la vuelta, sentándome en la cama y dejándole entrar en mi habitación.

¿Arriesgarme con un desconocido?

Peor que lo que hice ayer, lo veo difícil.

— Habla por ti —le respondo entre dientes, y él sonríe aún más, extendiendo una mano hacia mí y entregándome una taza grande de café—. Bueno, parece que ahora las cosas van a mejorar.

—Te gusta mucho el café, ¿eh? —dice, bebiendo el suyo.

—Después de Olivia, el café es mi mejor amigo, al menos la mayoría de las veces, ayer fue el vodka.

—¿Vodka, eh? Me hubiera gustado verlo.

Me levanto de la cama y me acerco al hombre de más de metro ochenta que me mira con ojos desafiantes, como si esperara algo travieso. Dios mío, lo último en lo que puedo pensar en este momento es en alguna travesura con este hombre.

— ¿Qué quieres?

— Quiero borrar la pésima primera impresión que te causé.

— ¿Por qué?

— Porque eres la persona más interesante que he conocido en años.

Resoplo, controlando mis ganas de mandarle que se meta esa palabra por donde no pasa un carro. ¿Yo, interesante? Esa es una de esas expresiones del tipo: «tiene una cara tan bonita», «eres tan

simpática», solo falta que la persona me mande a hacer dieta, porque mi cuerpo y mi cara no pegan. Odio esa mierda de estándar de belleza. Que le den.

Sí, estoy de mal humor.

— ¿Por qué siempre pones esa cara cuando digo que eres interesante?

— ¿Qué cara?

— La cara de alguien que quiere devorar mi hígado en el desayuno, con mucho picante.

Me río de la comparación, pero entiendo lo que quiere decir, esa cara mía siempre delata cómo me siento y Olivia se queja constantemente cuando pongo esa expresión.

— Mi amiga Olivia dice que esa es mi cara de zombi devorador de cerebros.

— Tiene sentido. — Se ríe con una risa ronca y sexy que hace que la parte más sensible de mi cuerpo se caliente. Sí, esa misma en la que estás pensando. — Entonces, ¿qué problema hay en que te encuentre una mujer interesante?

— Bueno, interesante es... solo que no es peor que simpática y mona.

— Todavía no lo entiendo.

— No importa. Entonces, ¿qué idea tienes? De ninguna manera voy a entrar en una presentación llena de CEO idiotas que se dedican a vender armas y creen que saben más que yo sobre seguridad corporativa, solo porque no me rasco las pelotas.

— Vaya, realmente odias a esos tipos.

— Lo siento, no tiene nada que ver contigo, es... personal.

— No me ha afectado —dice, y me pregunto si Derek está ocultando algo o simplemente divirtiéndose a mi costa—. Quizás algún día me lo cuentes.

— Sigue soñando.

— Está bien, ¿estás lista o vas a salir así?

— ¿Qué problema hay con lo que llevo puesto?

— Por mí, ninguno, pero tus muslos son difíciles de ignorar... Voy a acabar olvidando por qué he venido aquí.

No sé si intentaba ser sexy, pero lo consiguió y mis mejillas arden con la sensación de que podría devorarme, empezando por mis muslos. Quién sabe, quizá incluso hacerme ver las estrellas.

— Vale, espera un momento. — Dejo mi vaso en el tocador, cojo mi neceser de maquillaje y corro al baño, cogiendo por el camino un vestido azul de tirantes gruesos y escote cuadrado que está colgado en el respaldo de la silla.

Me doy una ducha rápida, me pongo el vestido, realzando mis pechos, y después de lo de mis muslos, que puede que sea fruto de mi imaginación pervertida, no voy a arriesgarme. Me pongo perfume, pintalabios y me peino. Me pongo unas sandalias planas porque no sé lo que me espera, así que... mejor ir preparada.

En cuanto salgo del baño, cojo mi café y lo llevo a los labios, disfrutando del hecho de que, aunque no está muy caliente, todavía está bueno. Señal de que no me he entretenido demasiado en la ducha.

Derek está sentado en mi cama, con la espalda apoyada en la cabecera y las piernas estiradas, una sobre la otra. Me mira con aire divertido y, aunque me parece un abusivo por haberse tirado en mi cama sin permiso, no puedo negar que verlo allí es como pulsar un interruptor que hace que mis pechos se enciendan y se me erice el vello en partes que insisten en gustarle al cretino del ascensor.

— ¿Lista, preciosa?

— Más que lista. — Cojo mi bolso del armario y compruebo que todo está dentro. Luego lo miro, esperando a que nos diga cuál es su fantástico plan. — ¿Y bien, adónde vamos?

— A dar una vuelta por Miami.

—Ah, no —murmuro.

— ¿Prefieres ir a la convención?

— Volvemos a Miami, allá vamos.



Derek abre la puerta del coche, que acaba de aparcar, y corre hacia mí. Mientras me quito el cinturón de seguridad, me abre la puerta y me regala una de esas sonrisas que nos llegan al alma, ya sabes, ni demasiado abierta ni demasiado sosa, de esas que nos hacen sentir que hay algo más detrás de la fachada gruñona que muestra por ahí.

— Entonces, ¿adónde vamos?

— A dar una vuelta por la playa.

— Genial, me encantan las playas —digo, tratando de ser irónica, pero solo provocando una risa tonta en él.

— ¿Qué problema hay en ir a la playa? —Cierra la puerta con cuidado después de que salgo.

— Ninguno, es que no he traído traje de baño.

— Hum... — Me mira de arriba abajo y provoca una oleada eléctrica que me deja ansiosa y caliente. — Quizás no tengas que llevar nada.

Me río de la provocación, pero decido no responder, porque aunque estoy loca por hacerlo, prefiero disfrutar del hecho de que acaba de sugerir que quiere verme sin ropa.

¿Me está coqueteando?

Derek me coge de la mano y me lleva a la orilla del mar, un paseo marítimo bonito y lleno de vida, con parterres bien cuidados y gente patinando, en bicicleta e incluso en patines. Casi me siento como en una escena de una película o una serie, solo falta un CSI[9] para investigar un crimen.

Empezamos a caminar y dejo que el aire fresco y la brisa marina entren profundamente en mi pecho y alivien la tensión que he estado sintiendo desde que descubrí lo de mi jefe.

—Vaya, hacía mucho tiempo que no sentía este olor a mar. —Respiro hondo y él vuelve la mirada hacia el mar, asintiendo como si me dijera que para él es lo mismo.

Después de caminar durante casi una hora por el paseo marítimo de Hollywood Beach, comprar un helado lleno de confeti y escuchar un poco sobre la misteriosa vida de Derek, decido que es el momento de sentarme en un banco y disfrutar del entorno.

«No hablas mucho de ti, ¿verdad?», le pregunto, mirándole directamente a los ojos.

—En mi profesión tenemos que aprender a escuchar más y hablar menos, creo que es una costumbre.

— Tiene sentido —asiento, pero espero a que él continúe la conversación.

— Y tú, Eva, ¿qué planes tienes?

— ¿Cómo que qué? —Muerdo el helado y siento que me duelen los dientes—. Mierda.

— Por lo mucho que parece odiar a los ejecutivos, es extraño que sea secretaria ejecutiva —dice, llevándose el helado de chocolate a la boca.

Suspiro, porque la respuesta es un poco complicada y el hecho de que él esté disfrutando del helado tampoco me ayuda a concentrarme en lo que debo decir.

— Todavía no sé lo que realmente quiero, me gustan varias cosas, pero no me veo haciendo una sola durante el resto de mi

vida.

—Como dije antes, interesante. —Hace un gesto con la mano libre para que siga hablando—. Cuéntame más.

— Soy buena con los números, tengo mis reservas para el futuro y me gusta trabajar, probar cosas nuevas hasta que, quién sabe, algún día, pueda descubrir lo que realmente me hace feliz, lo que sería capaz de hacer durante el resto de mi vida sin cansarme nunca. El problema es que ya llevo tres años probando esta profesión de secretaria y es demasiado tiempo.

— ¿Y por qué no te vas? Por la llamada de ayer, no parece ser gran cosa.

— Porque cada vez que intento renunciar, me da un aumento. Además del drama de que no podría vivir sin mí.

Derek suelta una de esas risas roncas y yo me muevo en mi asiento, tratando de mantener la concentración.

—¿Sabes lo que realmente quiero? —le pregunto y sus ojos parecen iluminarse, como si lo hubiera cautivado con esa simple pregunta.

— ¿Qué?

— Me gustaría viajar por el mundo, conocer algunos castillos, ya sabes, castillos de verdad.

— No imaginaba que fueras tan romántica, no me digas que también estás esperando a un príncipe azul.

— No, pero me encanta la historia, así que conocer un castillo, tocar sus muros de piedra, sería casi como tocar el pasado mismo.

—Me gusta más la idea de que seas una especie de princesa —dice él, y yo refunfuño—. ¿Qué he dicho mal ahora?

Me levanto y empiezo a caminar lentamente, terminando mi helado y limpiándome los dedos con la servilleta.

— Entonces... —insiste, y yo me irrito.

— ¿Puedes dejar de tomarme el pelo? —Me detengo y me llevo las manos a la cintura.

— No te estoy tomando el pelo. Lo decía en serio.

— Las princesas son delgadas, ricas y encajan perfectamente en el molde —cruzo los brazos sobre el pecho, enfadada—. Y, como puedes ver, yo no encajo en el molde, y me gusta. Me gusta ser tal y como soy, y punto.

Derek esboza una sonrisa descarada, con los ojos sumergiéndose descaradamente en mi escote, luego lleva la cabeza detrás de mí, mirando... ¡No! No está haciendo eso, ¿verdad?

— ¿Me estás mirando el culo?

— Definitivamente me gusta lo fuera de lo normal.

Siento cómo se me enrojecen las mejillas por enésima vez hoy. ¿Cómo puede ser el idiota del aeropuerto, el cretino arrogante del ascensor y este chico guapo, sexy y con esa mirada pícara que me hace imaginar cosas, todo al mismo tiempo?

— Bueno, háblame de ti —trato de disimular mi excitación—. ¿A qué te dedicas? Quiero decir, ¿en qué sector de la industria de la seguridad o las armas trabajas?

— Digamos que soy autónomo —declara pensativo.

— ¿Es eso algún tipo de código para desempleado?

— Sí, tal vez. Puedes considerarlo así si quieres. De todos modos, eventualmente trabajo.

— No lo entiendo —digo, porque suena muy misterioso.

—Transición de carrera, supongo.

— ¡Ah! Entonces no soy la única que no sabe lo que quiere, eh —concluyo, satisfecha de no ser la única que se comporta como una loca que quiere viajar por el mundo, tocando piedras de castillos más antiguos que todas las generaciones de mi familia.

— Yo no diría eso, pero viajaría para conocer algunos castillos —se ríe y yo sacudo la cabeza, rechazando la loca idea de

imaginarme con él en un avión o en un castillo.

Volvemos a caminar, esta vez en dirección al coche alquilado por Derek.

— ¿Te has dado cuenta? —pregunta, mirando un coche que acaba de pasar junto a nosotros, y yo niego con la cabeza.

— ¿Qué?

— ¿Eres algún tipo de celebridad?

— No te entiendo.

— No importa —responde con una sonrisa confusa y un poco incómoda.

— Para ser un tipo que me llamó maleducada por culpa de un taxi, tienes una sonrisa muy bonita. — Me hundo en el asiento del copiloto después de que él me abre la puerta.

— Como te dije, eres muy interesante.

Derek se sube al coche y pone la llave en el contacto, sus ojos me escrutan y, por un instante, ni siquiera puedo respirar. Lo sé, odio a los directores generales, pero este es difícil de no gustarme, sobre todo cuando me mira como si estuviera a punto de devorarme.

¿Pero quiero que me devore?



CAPÍTULO 10

Cada minuto que paso con Eva me encuentro pensando más y más en lo fácil que es simplemente estar a su lado, la conversación fluye con facilidad, aunque sigo creyendo que soy un empresario y ella odia a los hombres de traje, parece divertirse conmigo, incluso con mi mal humor.

Por no hablar de que, por la forma en que me mira la boca y el cuerpo, apostaría un pulgar y un índice (muy importantes para un guionista y escritor novato) a que se siente atraída por mí.

Lo sé, estoy haciendo el idiota al no decir la verdad sobre quién soy y qué estoy haciendo aquí, pero así es más fácil. Cuando la gente me conoce de verdad, cuando saben que soy Derek Preston, el guionista que ganó el premio de la Academia hace algún tiempo y escritor de un reciente best seller, las cosas siempre se complican.

Decir adiós cuando crees que la persona forma parte del grupo que no te gusta puede ser más fácil. Al menos, eso creo yo.

Entonces, ¿por qué me molesta que Eva me haya dicho adiós y se vaya a ver la última presentación de la mañana en la Convención?

— Oye... Eva —la llamo, pero está pasando algo extraño. ¿Será que no solo yo estoy fingiendo ser algo que no soy? ¿Será que Eva está ocultando que es algún tipo de celebridad de Internet? — ¿Vamos a almorzar?

Intento saludarla con la mano, pero ya no la veo.

Eva está rodeada por un montón de hombres, todos vestidos con trajes bien cortados, probablemente más caros que todo mi guardarropa (no me malinterpretes, me gustan los trajes bonitos, pero una camiseta y unos vaqueros no tienen por qué costar lo mismo que el PIB de un país pequeño, y como me gustan más las camisetas y los vaqueros, entonces...).

—¡¿Derek?! —la oigo llamarme, su mano con uñas rojas tratando de alcanzar lo alto para saludarme—. ¡Derek! Creo que necesito ayuda... ¡socorro!

Al menos cuarenta hombres la rodean, hablando, discutiendo, y juraría que acabo de oír un «te quiero» entre ellos. Empiezo a acercarme, buscando a la pelirroja charlatana que me está pidiendo que la salve.

Una princesa indefensa.

Maldita sea, eso despierta algo en mí.

Empujo a uno por uno, buscando su mano, sumergiéndome en una confusión de trajes, perfumes masculinos que me pican la nariz y atacan mi sinusitis.

«Joder, ¿qué mierda es esto?», pregunto, chocando con un idiota más alto que yo que le está diciendo a Eva que la idolatra.

¿Idolatra?

¿Qué locura es esa?

—¡Derek! —ella vuelve a llamar y yo empujo aún más mi cuerpo hacia el montón de hombres. ¿Cuándo en mi vida solitaria y

malhumorada iba a imaginar que me sumergiría en una pila de hombres para salvar a una mujer que me llamó cretino?

Nunca.

Pero aquí estoy, empujando a uno y a otro y luego a otro, tratando de encontrar un hueco para salvar a la chica que está en apuros y ni siquiera sé por qué.

—¡Eva! ¡Extiende la mano! —grito y veo sus manos escapando por un hueco entre dos tipos grandotes que parecen salidos directamente de un ring de lucha libre.

Encuentro su mano y la tiro con fuerza, haciendo que sus grandes pechos golpeen directamente contra mi pecho.

Está bien, salvar a una chica en apuros tiene sus ventajas.

— ¿En qué te has metido, pelirroja?

— Ni idea —dice ella, respirando hondo y levantando los ojos hacia mí, sus pestañas se mueven lentamente y su pecho se eleva jadeando. Hay algo en su gesto que es tan sensual que despierta mis instintos, mi polla da señales de vida dentro de los pantalones y me veo deseando alejarla del lío. — Pero... pero alguien me ha tocado el culo.

Miro por encima del hombro de Eva, que sigue abrazada a mí y con sus deliciosos pechos aún pegados a los míos, y me doy cuenta de que muy lentamente, casi como si estuvieran hechizados, se dan la vuelta y me miran como si fuera algún tipo de monstruo a punto de devorar a la chica del cine. Joder, quiero devorar a Eva, pero no quiero que me destripen un grupo de locos con traje.

—Eva.

— Hum —suspira ella.

— Eva, ¡corre! —La agarro de la mano y la arrastro por un pasillo—. ¡Mierda!

— Dios mío, ¿qué está pasando? —Me aprieta la mano y me sigue con facilidad, pero su voz está aterrorizada.

— Dímelo tú, es a ti a quien persiguen.

— No lo sé —gime cuando la empujo hacia un armario al final del pasillo.

Cierro la puerta y coloco un montón de cajas para impedir que los locos entren.

— ¿En qué te has metido, pelirroja? —le pregunto y la miro a los ojos vivos y aterrorizados que me observan, casi en pánico.

— Para empezar, no soy pelirroja, mi pelo es castaño oscuro. —Cruza los brazos sobre el pecho, levantándolos más solo para atormentarme.

Debería haber tenido sexo antes de este viaje, estoy a punto de parecer un pervertido.

—Y yo no he hecho nada, esto debe de ser alguna broma de mal gusto para hacerme odiar aún más a los directores generales del universo y hasta fuera de él.

Cuando estoy a punto de hacer un comentario sarcástico, alguien empieza a golpear la puerta y a gritar desde fuera.

— Dios mío, estoy viviendo un apocalipsis zombi —dice Eva, empezando a caminar de un lado a otro.

Me llevo el dedo índice a los labios y hago un sonido bajo de «shiiii», al que ella responde con un silencioso movimiento de cabeza.

Nos quedamos en silencio durante unos quince minutos, luego abro la puerta y miro fuera.

— Todo despejado, vamos.

Cojo a Eva de la mano, solo porque me gusta cómo me siento al hacerlo y no porque la esté protegiendo de nada, y empiezo a guiarla por el pasillo.

Salimos directamente al vestíbulo, que, como de costumbre, está absolutamente lleno de gente. Todo bien, la locura ya pasó, pienso, hasta que me doy cuenta de que todos los hombres se están girando en nuestra dirección.

—Derek... —ella suelta un silbido consternado—. Creo que...

— ¡Corre! ¡Corre! —le digo nervioso, tirando de ella.

Empezamos a correr hacia la puerta del centro de convenciones, con una multitud de hombres detrás de nosotros. La llaman, gritando cosas como: «Mi bella, te necesito, cariño, mi amor...». Esto me está poniendo de los nervios. Juro que quien inventó esta broma no sabía lo irritante que podía ser.

Un hombre intenta tirar de Eva, pero aprieto mis dedos entre los suyos y la tiro con más fuerza hacia fuera. Estamos casi en la salida cuando dos hombres se colocan delante de nosotros.

— ¡Suéltala! —grita uno, levantando los puños.

—¿En serio? —pregunto, tirando de Eva hacia mí y enfrentándome al imbécil—. Vete a la mierda, no voy a soltar nada.

—Cariño, tienes que venir conmigo. —Uno de ellos da un paso hacia nosotros y extiende la mano hacia Eva, que abre los ojos como platos, totalmente aturdida—. Voy a hacerte feliz, él no podrá.

— Dios mío, ¿qué locura es esta? —pregunta ella, apartando la mano del tipo—. Lárgate, loco.

—En cuanto te lo diga, corre —le susurro al oído y Eva suspira.

—De acuerdo.

Suelto la mano de Eva, con un nudo en el corazón por alejarme. Lo sé, parezco un adolescente viviendo una aventura de película con una chica de la que cree que se está enamorando. No es ese el caso, pero es como me siento cuando, furioso con los dos idiotas, me lanzo sobre ellos con toda la fuerza de mi cuerpo.

— Corre, Eva —le grito, y ella sale corriendo por la puerta.

«Dios mío. Dios mío. Dios mío», la oigo gritar mientras corre.

Me abalanzo sobre los dos chicos y ellos se quedan un poco confundidos, como si recuperaran la cordura de repente y sin entender nada de lo que está pasando. Es una auténtica locura.

— ¡Quítate de encima, imbécil! —Uno de ellos me empuja, y yo ni pierdo el tiempo, me levanto con agilidad y salgo del centro de

eventos.

Afuera, Eva está abofeteando a un hombre. Él la abraza, ella le da puñetazos en el pecho que no detendrían ni a un niño de jardín de infancia.

— No quiero hacerte daño, así que aléjate. — Ella aprieta los dientes y él lo intenta de nuevo.

Estoy corriendo para salvarla otra vez, porque parece que se ha convertido en mi pasatiempo o en una misión, cuando la veo agarrar la mano del bastardo y darle una especie de golpe ninja, enviando la cabeza del tipo directamente a la puerta de un coche aparcado en la calle.

Caído por el golpe, se desmaya.

—¡Te lo advertí! —dice Eva, cruzando los brazos.

—Vaya, además de ladrona de taxis, ¿también eres ninja? ¿Qué más voy a descubrir sobre ti?

— ¿Recuerdas que te dije que me gusta probar cosas nuevas? Cuando era niña, siempre me metía en peleas en la escuela, por el acoso que sufríamos Olivia y yo, así que crecí probando deportes de lucha, como karate, kung fu, defensa personal, incluso tomé algunas clases de jiu-jitsu.

— Eres una caja de sorpresas, pelirroja... Ups, perdona, quería decir, pelo cobrizo oscuro.

Eva se ríe de mi provocación y me gusta el sonido de su risa, libre, ligera, auténtica.

— ¿Lo habré matado? No era mi intención.

Veo los signos vitales del tipo, gime, lo que demuestra que Eva no es una asesina.

— Está más vivo que nunca, solo inconsciente.

— Vale, entonces vámonos antes de que vuelva con esa charla sobre el desayuno en un ático que tiene en París.

— No todas las chicas rechazan una escapada a París.

Ella resopla y empieza a caminar a mi lado.

— Qué día tan loco. Juro que le daré un puñetazo a la persona que decidió burlarse de mí.

Le cojo la mano otra vez y sonrío cuando los vivos ojos de la pelirroja pasan de nuestras manos unidas a mi cara. Guapa y loca. Una combinación capaz de volver loco a un tipo terco como yo.

— Nunca había visto nada igual, incluso para una broma, tienes que admitir que es una locura. Parece que te han hechizado o algo así.

Ella se detiene, con sus hermosos ojos azules muy abiertos.

— ¡Joder! Eso es, ¡Cleo, esa vieja malvada, me ha hechizado!

— ¿Cleo?

— Sí, Cleopatra, pero yo la llamo Cleo. Maldición, eso es. Solo puede ser eso.

Intento no reírme, porque Eva está muy pensativa y seria, ¿de verdad cree que ha sido hechizada por esa tal Cleo? Aunque eso explicaría a todos los tipos trajeados que nos han adelantado en coche hoy temprano, parecían a punto de perder la cabeza. Bueno, ahora sí que la han perdido.

Eva empieza a pellizcarme los brazos, lo que me confunde aún más.

— ¿Qué estás haciendo?

— Pellizcándome para asegurarme de que no estoy soñando.

Riendo, pongo mi mano en su cintura y la guío por la calle, estamos cerca del hotel y, aunque no quiero alejarme mucho de esta pelirroja que solo se mete en líos, tengo que sacarla de la calle antes de que otro loco se le eche encima otra vez.

— No estoy soñando —declara, y yo estoy de acuerdo.

—No, en absoluto. Mi estupidez es muy real.

Ella resopla y da unos pasos más.

— Entonces estoy realmente hechizada. Esa gitana me ha hecho algo, eh.

— ¿Gitana?

— Sí, Cleo parecía una gitana con todos esos collares y anillos, y con esa ropa, estoy segura de que lo era, pero no le pregunté, estaba demasiado ocupada intentando que no la atropellaran.

— ¿Cómo es eso?

— Ayer bebí un poco, estaba irritada, decidí salir a comprar más bebida, y entonces empezó a llover y aquella anciana estaba en medio de la calle y venía un coche. Grité, pero ella ni me hizo caso, así que corrí. Lluvia, anciana, noche, coche. Iba a ser una tragedia.

— ¿Y te pusiste en peligro por ella?

— No fue exactamente así...

— Eva, corriste al medio de la calle para salvar a una anciana gitana, medio sorda, que iba a ser atropellada por un coche en medio de la lluvia, te pusiste en peligro.

— Sí, puede ser.

— ¿Y después de ayudarla acabaste hechizada?

— Sí, dicho así suena raro. — Se muerde el labio y me muero de ganas de morderlo también, morder su labio carnoso y rojo, apetitoso como el demonio.

Eva es un caos, una mujer confusa que realmente cree que ha sido hechizada y, por muy loca que sea esta situación, no puedo ni siquiera pensar en dejar pasar esta atracción que siento.

Si fuera en cualquier otro momento, con cualquier otra mujer, ya le habría dado la espalda y me habría largado, pero Eva despierta algo en mí, un instinto que creía dormido o que ni siquiera existía.

Eva y sus pechos que parecen atraerme como imanes.

Lo sé, lo sé, me volví loco, pero... joder, quiero llevarme a esa mujer directamente a mi cama, estoy deseando ver de qué está

hecha esa problemática.



CAPÍTULO 11

Qué día tan horrible. Primero, me despierto con dolor de cabeza porque, además de beber mucho anoche, decidí hacerme la heroína de unas ancianas gitanas indefensas, y ahora esto, hechizada o maldita, o lo que sea esta locura que me está pasando.

¿Por qué todos los hombres trajeados han decidido perseguirme? No, espera, no solo los trajeados, sino todos son directores generales. Y todos están actuando como locos, persiguiéndome como si yo fuera un cerebro hermoso y delicioso y ellos zombis hambrientos.

Aprieto el botón del ascensor, tratando de no mirar a nadie a mi alrededor y sintiendo el calor de la palma de la mano de Derek en mi espalda. Lo sé, no es gran cosa, pero ese simple gesto de este hombre tan guapo hace que toda mi piel se caliente, casi ardiendo.

—¿Quieres un café? —me susurra Derek al oído, haciendo que me gire inmediatamente hacia él.

— ¿Cómo?

— Un café... — Sus ojos traviesos me prometen una provocación—. Quizás si te lo derramas encima de alguien y mejoras tu humor, prefiero que me llames cretino arrogante a que estés tan callada.

Suelto una carcajada alta y torpe, de esas que me salen cuando me pilla desprevenida algo realmente gracioso. Y esa provocación es, como mínimo, una invitación a una respuesta descortés.

— Sí, pero si mal no recuerdo, la última vez acabaste bastante enfadado.

—Fue más que eso —susurra de nuevo, para que solo yo lo oiga, poniéndome también los pelos de punta—. Enfadado y excitado.

Ya está, se me calienta toda la cara y apuesto a que estoy roja como un tomate maduro, el centro caliente y vibrante entre mis piernas reacciona, demostrando que realmente me gusta este hombre tan atractivo.

— Sí, lo recuerdas —dice, pero no parece conmocionado, solo divertido.

La puerta del ascensor se abre y entro, sacudiendo lentamente la cabeza para intentar alejar el recuerdo de cómo Derek se puso duro cuando caí sobre él, con café y todo. En ese momento, pensé que podría ser cosa de mi cabeza, ahora sé, con absoluta certeza, que no fue solo mi imaginación jugándome una mala pasada. Y estoy segura de otra cosa: él me desea.

Un poco menos gruñona y animada por la mínima posibilidad de terminar mi día en la cama con este hombre tan sexy, dejo que mi mente divague, tratando de evitar sonreír tan descaradamente.

— Lo estás imaginando, ¿verdad? —dice él, y yo me muerdo el labio inferior, tratando de no responder de una manera que me mate de vergüenza, pero la verdad es única: sí, lo estoy imaginando, mucho más de lo que me gustaría. Maldición. — Se te nota en la cara, Eva.

—No puedo evitarlo —susurro, y ahora es él quien se ríe.

— Vamos a resolver esto —suena confiado y yo podría responderle con una pullita, pero realmente quiero eso, no puedo mentirme a mí misma.

Una pareja entra en el ascensor, la mujer lleva un traje elegante, con pantalones blancos y una blusa negra ajustada, que dibuja sus pechos turgentes y termina en un solo tirante. El hombre, como de costumbre, lleva traje, claro.

En cuanto entran, cogidos de la mano, noto cómo cambia el ambiente. Y no solo eso. Antes incluso de que se cierren las puertas, el hombre suelta la mano de la guapa morena y se dirige directamente hacia mí. Su rostro se ilumina y sé, sin lugar a dudas, que estoy realmente hechizada.

«Hola, guapa, me alegro de que estés aquí», dice el desconocido y yo no tengo ni idea de qué hacer.

El ascensor no se mueve y todo parece tardar una eternidad en desarrollarse. Joder, estoy en un lío.

—¿La conoces, Frank? —pregunta la mujer, confundida.

— Sí, es el amor de mi vida —responde él, sin apartar los ojos de mí—. Todo en ella es perfecto: su cabello, su voz, su sonrisa, sus ojos. Es la diosa del universo, de mi vida. Mi reina, mi futura esposa.

—¿Frank? ¿Qué está pasando? ¿Están juntos? —La mujer tiene los ojos muy abiertos, sin hacer idea de lo que está pasando.

— No, nunca lo he visto —le aseguro, viéndola girar nerviosa el anillo de compromiso en su dedo—. Está delirando.

— No, princesa, nunca. Tú eres mi vida.

— Deja de bromear, Frank, o lo dejaré todo.

—Está bien —declara él, y ella abre mucho los ojos.

— Ella está acompañada. — Derek se coloca entre nosotros, apartando la mano tonta de ese tal Frank antes de que llegue a mi cuerpo.

—¡Frank! —La morena se lleva la mano a la boca, sorprendida por toda la escena. Créeme, no estoy menos sorprendida que tú, estoy tentada de decir, pero decido suavizarlo.

—Lo siento, es que nos hipnotizó en una de las presentaciones, luego vuelve a la normalidad.

—Ah, qué susto— dice ella, realmente aliviada. Pobrecita. — Realmente está actuando como un loco.

— No te extrañes, pronto se le pasará, de hecho, mucha gente fue hipnotizada allí y estoy teniendo un día horrible por culpa del presentador que decidió burlarse de nosotros, ¿verdad, Derek?

— Sí, nos escondimos en un armario, huimos del centro de convenciones y la señorita pelirroja tuvo que golpear a un tipo tres veces más grande que ella. — Derek asiente solemnemente.

Tengo que admitir que, para ser un cretino arrogante, puede ser mucho más simpático que la mayoría de la gente. Más aún al ayudarme a salvar la relación de esta chica, que no tiene la culpa de que me haya cruzado con una gitana a la que le gusta hechizar a la gente.

—No era tan alto —murmuro, y él se ríe.

—Vaya, qué horror —la mujer se tapa la boca con las manos —. Eso debería estar prohibido.

—Sí —digo, y ella asiente—. Lo siento, estoy intentando solucionarlo. —¿Qué tal si subimos por las escaleras?

Le pregunto a Derek, que asiente con la cabeza, pero no tenemos tiempo, porque las últimas tres personas entran en el ascensor, colocándose entre Frank y nosotros, y las puertas se cierran.

Frank intenta zafarse de la gente y venir hacia mí, haciéndome sentir como si estuviera atrapada en una jaula con un león hambriento. Derek tiene los puños cerrados, amenazando con abalanzarse sobre el tipo, mientras que la pareja de ancianos y la otra mujer que entró por último no entienden nada de todo este lío.

La morena lo sujeta por los brazos, asustada y un poco irritada por la mirada fulminante que él le lanza cuando ella le impide acercarse a mí. Caramba, esa vieja loca me ha metido en un buen lío.

En cuanto se abre la puerta en el quinto piso, la novia de Frank lo empuja fuera, con la ayuda de Derek, que lo amenaza de nuevo con los puños en alto. Confuso y totalmente fuera de sí, se arrodilla fuera del ascensor, mirándome con aire suplicante.

— Linda, te amo — es lo último que oigo, mientras la puerta se cierra.

«Ay, qué día más horrible», digo, arrancándole una risita a Derek.

La pareja de ancianos me mira, confundida y curiosa.

«Hipnosis, el pobre ha sido hipnotizado para que me quiera», murmuro, y ellos asienten con la cabeza, no sé si creyéndome o no, pero al menos esta excusa garantiza que la felicidad de Frank no se acabará por mi culpa.

—La hipnosis es una idea genial, yo no habría inventado una mejor —me susurra Derek al oído, poniéndome los pelos de punta, otra vez.

— Estoy acabada —Siento que me he metido en el peor lío de mi vida.

—Estoy empezando a creer en eso del hechizo —dice en voz baja para que solo yo lo oiga.

Y entonces, algo hace clic en mi cabeza. Si todos los directores generales se sienten enamorados, atraídos o locos por mí cuando me ven, debido al hechizo, entonces Derek también lo está.

Justo cuando pensaba que era posible que un chico guapo estuviera realmente interesado en mí, me doy cuenta de que solo es otra víctima de la trampa de Cleo. Lo juro, nunca más intentaré salvar a nadie.

Salimos del ascensor y caminamos juntos hasta la puerta de mi habitación. Rumio que él está hechizado y me enfado conmigo misma por meterme en este lío, así que sigo en silencio.

Nos detenemos frente a la puerta de mi habitación, Derek se acerca a mí, rozando ligeramente mi brazo con los dedos, mientras acerca sus labios a mi mejilla.

—¿Cena? —me susurra al oído y siento cómo me caliento en los lugares más obvios del mundo, aquellos que no deberían calentarse por culpa de un hombre hechizado.

— No puedo —digo, dando un paso hacia un lado, tratando de recuperarme de la proximidad, de su olor y de cómo me siento por su sexy caricia en mi brazo.

Él levanta la vista, esperando una explicación, ya que es bastante obvio cómo me siento cuando está tan cerca.

— Acabo de darme cuenta de que, siendo tú un director ejecutivo, también debes estar hechizado. Lo siento, pero no soy de las que se aprovechan de alguien indefenso por culpa de un maldito hechizo.

— Solo es una cena, Eva, no una boda —dice, y su sonrisa pícara dibuja su rostro, obligándome a morderme el labio para contener mi impulso de morder su deliciosa boca.

Maldita sea, estoy excitada.

— Te recojo a las ocho. —Se acerca y me besa el lóbulo de la oreja, dándome un mordisco suave que es como una brasa para el fuego entre mis piernas—. Ni se te ocurra dejarme plantada, puedo ser muy molesto si quiero.

— En tu estado normal, me odias —trato de argumentar, pero él no cede—. Estás hechizado.

— Está bien, puedo soportarlo —dice y se aleja—. A las ocho, pelirroja, ni un minuto más.

—Vale —digo, derrotada.



CAPÍTULO 12

Sé que dejar a Eva pensando que estoy hechizado es una tontería por mi parte, pero no pude evitarlo. Todo sucedió muy rápido y, de repente, ella sacó sus propias conclusiones. Además, algo me dice que si en ese momento le hubiera contado que mentí sobre mi profesión, me habría dado una patada en el trasero o uno de sus golpes ninja y me habría enviado al infierno.

Ah, sí, lo haría sin duda.

Aunque en realidad no mentí, solo la dejé creer lo que ella quiso. Vale, eso no es excusa.

Antes de invitarla a salir, debería haber aclarado las cosas, sobre todo porque realmente estoy interesado en llevarla a mi cama después de cenar. La forma en que la señorita ladrona de taxis reacciona cuando estoy cerca, cómo la siento moverse en su asiento o la forma en que se muerde ese labio carnoso, me dicen que ella lo desea tanto como yo.

No, no tengo la menor intención de iniciar una relación con nadie, nunca más, y aunque esa pelirroja de cabello oscuro no tenga

la culpa de lo que me pasó, ella no será mi excepción. Podemos divertirnos, disfrutar del momento y del sexo que parece que va a ser jodidamente caliente, pero no será más que eso.

Quizás debería seguir con la farsa y solo revelarlo si es realmente necesario, si eso significa conseguir lo que quiero.

¿Imbécil? ¿Y quién no lo es hoy en día?

Solo los idiotas que descubren la víspera de la boda que sus novias se acuestan con sus amigos. Yo ya fui uno de esos idiotas. Nunca más.

Termino de arreglarme con un traje. Irónico, ¿no? Lo sé, pero es lo que hay para hoy. Me pongo perfume, me arreglo el pelo y me preparo para salir de la habitación.

Doy unos pasos y me detengo frente a la puerta de Eva, ella está hablando en voz alta y puedo oír algo sobre estar en algún tipo de lío, pero no entiendo bien lo que dice ni con quién habla.

Llamo a la puerta y espero.

Impaciente, tenso, con una excitación acumulada que ni siquiera recuerdo desde cuándo, cambio el peso de mi cuerpo de un pie a otro.

Hace tiempo que no estoy con una mujer para descargar mis energías y mi mal humor se debe en parte a eso y, también, a la causa de eso.

La verdad es que hace mucho tiempo que no me siento tan interesado por una mujer, atraído, sí, pero hace mucho tiempo que una chica no enciende en mí ese deseo de querer sentir el tacto de alguien, de sentir la boca o imaginar mi polla entrando y saliendo de un cuerpo ardiente hasta acabar de placer.

Eva y sus tetas me vuelven loco, me hacen imaginarla gimiendo, llamándome por mi nombre, clavándome las uñas en la espalda mientras me hundo con fuerza entre sus muslos gruesos.

Algo me dice que es muy ardiente y solo de pensarlo, mi polla reacciona. Le gusta mucho la pelirroja problemática que parece no

darse cuenta de lo hermosa y radiante que es, además de un poco/muy bocazas y loca, claro.

Tengo que admitir que esta historia del hechizo encaja bastante bien con mi nueva ladrona de taxis favorita, aunque sea la cosa más extraña en la que me he permitido creer.

Vuelvo a llamar a la puerta y espero.

Un minuto después, me abre para que entre, sin zapatos y con una mirada intrigada en mi dirección. Preciosa, con un vestido negro que le llega hasta los muslos, que acentúa sus curvas y hace que sus generosos pechos me regalen una vista apetecible, el contorno lleno de ellos bajo el escote es todo lo que necesito para encender mi polla, que parece un pervertida por su culpa.

— Sigo sin creer que sea una buena idea —dice, apretando los dientes y sacudiendo su melena ondulada.

— No, no lo crees —le respondo, convencido—. Puede que quieras creerlo, pero en el fondo quieres salir a cenar conmigo y...

—Estás hechizado, esto está mal por mi parte —me interrumpe ella, y empiezo a pensar que voy a tener que abrir la boca y arriesgarme a decir la verdad o acabaré follándome a Eva solo en mi imaginación.

Mi imaginación es buena, pero nada se compara con la realidad y la promesa de sexo apasionado que transpira su mirada.

Vale, me estoy volviendo loco, pero no voy a dejarlo pasar. Quiero a Eva y ella me quiere a mí, así que...

— Solo es una cena, digamos que voy a hacer de tu guardaespaldas.

—Sabes que puedo defenderme sola —dice ella, empezando a ponerse las sandalias de tiras brillantes—. Pero vamos a cenar, me muero de hambre.

—Genial, yo también tengo hambre. —Me muerdo el labio inferior, porque mi hambre es la suya, tengo hambre de chupar esos pechos, hambre de Eva.

—Vaya, eres un canalla. —Ella se pone las manos en la cintura y yo acorto la distancia entre nosotros y le cojo la cara entre mis manos, haciéndola mirarme a los ojos.

— No voy a andarme con rodeos, Eva, te quiero en mi cama si es lo que quieres —Noto cómo sus ojos azules se vuelven profundos y se dilatan—. Quiero oírte gemir mientras paso mi lengua por todo tu cuerpo. Pero tú también tienes que quererlo.

Ella suelta un gemido coqueto y yo me obligo, con mucho esfuerzo, mucho, a esperarla.

— ¿Me deseas, Eva?

— No puedo —murmura y se aleja, dejando un vacío en mi estómago, que empujo con fuerza hacia el fondo para evitar gritar. Eva es fuerte, decidida y... hay algo más, pero no sabría decir qué. — Pero vamos a cenar, Kevin Costner.

— ¿Kevin Costner?

—Sí, el de esa película del guardaespaldas.

—Ah —respondo, riendo—. No pensaba que fueras tan mayor.

—Y no lo soy, pero me gustan las películas. Me gustan mucho.

—¿Y cuál es tu película favorita? —pregunto, mientras mis ojos recorren la habitación, absorbiendo los colores, los destellos de la ropa colgada aquí y allá, observando la intensidad de su presencia en el ambiente. Joder, Eva es realmente un huracán pelirrojo.

— Todas las películas románticas de Keanu Reeves —dice, y no se me ocurre una respuesta mejor o más acorde con ella—. ¿Qué pasa? ¿Te sorprende?

—Un poco, pero no del todo. Pareces el tipo de persona a la que le gustan los peludos.

Ella se ríe de una manera un poco extraña, chillona, pero no me importa, algo en la forma en que sus labios se dibujan en forma de media luna me hace querer más de eso.

—Entonces, ¿estás seguro de que puedes soportar el hechizo? —Me lanza una mirada astuta mientras coge el bolso. Asiento con la

cabeza y ella suspira—. Vale, vamos. Y que sea lo que el universo quiera.

— Solo hay una cosa que me gustaría saber antes —le pregunto, recordando haberla oído hablar sola antes de entrar en su habitación.

— ¿Y qué es?

— ¿Hablas sola?

— Normalmente no, ¿por qué?

— Porque escuché tu voz, parecía indignada, antes de que llamara.

— Ah, pasé una hora en una videollamada con Olivia, mi mejor amiga, tratando de explicarle el lío del hechizo, pero ella sigue sin creerme y piensa que estoy loca.

—Después de lo que he visto hoy, ya no dudo de nada.



El camino desde la habitación de Eva hasta el restaurante del hotel es un infierno. Nos cruzamos con dos tipos vestidos de manera informal, pero que sin duda son directores generales, porque en cuanto pasan junto a nosotros, se dan la vuelta y empiezan a seguirnos. Maldita sea, pensaba que la locura había quedado atrás. Pero no.

Mi primer instinto es coger a Eva de la mano, ella no se resiste, pero puedo sentir que está tensa mientras caminamos por los pasillos, tratando de no salir corriendo en una huida frenética.

—Nos persiguen, ¿verdad? —pregunta sin volverse.

Echo un vistazo por encima del hombro y me llevo un buen susto, deteniéndome de repente y girándome completamente hacia

donde hemos venido.

—¡Joder! —exclamo, y ella se gira al instante, llevándose las manos a los labios y reprimiendo un grito de sorpresa.

Hay al menos diez hombres siguiéndonos en fila, aparecidos no sé de dónde, dos de ellos se miran con rabia, como si uno desafiara al otro a una pelea libre, y todos suspiran cuando se dan cuenta de que Eva los está observando. Está hechizada, no hay otra explicación. Eso o es que todo el mundo está realmente hipnotizado. Qué locura.

—¡Dios mío! —dice ella, tratando de contener el pánico.

—Hola, guapa —grita uno de ellos.

—Mi amor —canta otro, pero el siguiente en la fila le da un codazo con la mano y una cara de gallo de pelea.

— Tu amor, nada de nada —se enfada el gallo de pelea—. Ella es mía, mi amor.

— Ni lo sueñes —le responde el que ha recibido el codazo, y sé que es hora de irnos, antes de que la cosa empeore y me vea envuelta en una pelea con un grupo de hombres. Lo último que quiero es eso, prefiero meterme con Eva y no en líos con tipos hechizados.

—Vamos. —La tiro discretamente cuando se enzarzan y se convierten en una masa informe de trajes, brazos y corbatas.

Guiar a Eva por los pasillos del hotel es casi una maratón, del tipo carrera de obstáculos. En este caso, los obstáculos son hombres importantes, que dirigen las empresas de seguridad privada y de armas más ricas del país. No dudo en absoluto que la mayoría de estos locos vayan armados todo el tiempo y que en cualquier momento pierdan la cabeza y todo esto se convierta en una especie de masacre con motosierra, solo que con armas y directores ejecutivos locos.

Estamos caminando hacia el ascensor, después de dar dos vueltas por el piso, huyendo de los alborotadores que abandonaron

la pelea generalizada y vinieron tras nosotros, cuando la puerta se abre y un hombre de al menos dos metros dirige su mirada hacia Eva, su rostro ceñudo se transforma en una sonrisa babeante, lo que confirma mi teoría de que o bien todo el mundo está hipnotizado o nuestro mundo es más loco y más mágico de lo que un cínico como yo podría creer.

—Derek... —Eva aprieta mi mano entre las suyas.

— ¡Mierda! —Suelto, tomando el camino hacia la puerta que lleva a la escalera.

—Cariño, no te vayas, déjame llevarte a casa... al altar... —grita el tipo con una voz que me recuerda a la de Arnold Schwarzenegger en Terminator—.

— Joder, tenemos que solucionar esto —murmuro mientras la arrastro por las escaleras.

— Ni me digas.

En cuanto llegamos a la planta baja, abro la puerta con cuidado y echo un vistazo, asegurándome de que no hay ninguna corbata ni traje cerca. A estas horas, la mayoría de la gente va vestida de manera informal y no sabría distinguir si se trata solo de un tipo cualquiera o de un director ejecutivo, pero aun así, echo otro vistazo y la empujo hacia el vestíbulo.

—Vamos, preciosa —le digo, y ella suspira. Se queda clavada en el sitio.

— Creo que debería haberme quedado en mi habitación —refunfuña Eva y yo sonrío.

—Bueno, podemos volver si quieres— la provoqué, mirando sin pudor alguno el contorno de sus pechos que tanto me atraían.

— ¡Dios mío! O paras o te voy a pegar, Derek.

Riendo, acabo saludándola con la mano.

—No es culpa mía que tus pechos me atraigan... Me imagino chupando tus pezones hasta que se pongan rojos —sigo provocándola en un susurro al oído, disfrutando de verdad de cómo

se sonroja y de cómo su pecho sube y baja con fuerza. Ella me desea. Genial, yo también la deseo. — Creo que puedo perderme ahí dentro, si me dejas.

— Derek... —gime ella, y yo me acerco más, le muerdo ligeramente el lóbulo de la oreja y se lo chupo.

La piel de su cuello se eriza y yo pierdo la cabeza, tirando de ella hacia el pasillo de las escaleras y cerrando la puerta detrás de mí.

Empujo a Eva contra la pared y, con mis brazos apoyados a los lados de su cuerpo, la atrapo dentro de mi espacio, casi como una bestia que rodea a su presa.

Lo sé, ella no tiene nada de presa indefensa, pero, aun así, me siento como un animal a punto de devorarla.

—Te deseo, Eva —le digo, mirando con ansia el azul infinito de sus ojos—. Quiero verte derretirte mientras me hundo profundamente entre tus piernas.

Ella gime de nuevo y yo no puedo resistirme, mordiendo sus labios cálidos y carnosos.

Los brazos de Eva se colocan alrededor de mi cuello y ella atrae mi cuerpo hacia el suyo, mientras abre la boca y me permite entrar.

Muerdo su labio inferior, saboreando el brillo de labios y deleitándome con su suavidad. Hambriento, la invado con mi lengua, dejando que la poderosa sensación de excitación y descubrimiento me guíe.

Eva también se rinde a sus instintos, clavándome las uñas en la nuca y arrancándome un gemido sediento. No es un beso rudo, pero es fuerte y brusco y no tiene nada de delicado, entre nosotros solo hay hambre y sed el uno del otro.

Nuestras lenguas encajan a la perfección, como si hubieran esperado demasiado este encuentro y ahora explotaran por el deseo.

El fuego me quema las entrañas y quiero a Eva más de lo que pensé que podría querer nada.

—Tienes un sabor tan bueno —le susurro al oído, mordiéndola ligeramente y empezando a pasar mi lengua por la piel caliente y erizada de su cuello. Al mismo tiempo, llevo una de mis manos hasta su cintura y le aprieto las caderas, atrayéndola hacia mí y rozando mi polla dura y palpitante contra el vientre de Eva.

A continuación, subo lentamente por su cintura hasta llegar a la curva de sus pechos. Los aprieto por encima de la ropa y Eva gime fuerte, volviéndome aún más loco.

—¿Volvemos a la habitación? —le pregunto y la siento ablandarse un poco más.

Eso es, preciosa, derrítete, estoy deseando comerte toda.

Vamos, Eva, sabes que me deseas.

Beso la curva de sus pechos y ella gime suavemente, agarrándome por la nuca y frotando sus caderas contra mí, excitada.

Eva suspira y siento que va a rendirse, no puedo esperar para perderme en sus curvas y probar el sabor de su coño, solo de pensarlo, mi polla late ansiosa, casi suplicando entrar en ella.

Para mi sorpresa, me aparta con ambas manos apoyadas en mi pecho. Sus ojos están serios y algo me dice que voy a perder la batalla.

— No puedo.

— Sí que puedes —insisto en su oído y ella suspira.

— Yo no soy así, Derek, no me aprovecho de la gente —Me limpia el pintalabios de los labios con una mirada triste que me hace sentir un vacío en el estómago—. Créeme, eres mi tipo, incluso cuando te haces el idiota, pero estás hechizado y no voy a aprovecharme de eso para acostarme contigo.

— No estoy hechizado —digo, pero ella solo niega con la cabeza, en desacuerdo.

—Hasta hace poco me odiabas.

—Nunca te odié, bueno, soy un idiota por naturaleza, pero me sentí atraído desde el momento en que te vi corriendo para robarme el taxi.

Eva me coge de la mano, decidiendo ignorar mi explicación.

— ¿Qué te parece si dejamos la cena en el restaurante y salimos a dar una vuelta? —pregunta, y yo acepto, aunque muy molesto y con una polla hinchada y hambrienta dentro de los pantalones.

«Solo necesito un momento», digo y miro el bulto en mis pantalones.

Eva baja la mirada y sus mejillas se sonrojan casi al instante. La forma en que se muerde el labio es demasiado para mi cordura.

Me paso la mano por el pelo y me giro de un lado a otro, tratando de pensar en cualquier otra cosa que no sea la imagen de Eva desnuda en mi cama, con las piernas abiertas y mi boca haciéndola gemir. Mierda. Es difícil.

— ¿Por qué pones esa cara de dolor de estómago? — pregunta, y yo refunfuño.

— Estoy tratando de calmarme, para no hacer el ridículo al salir de aquí, pero es muy difícil, porque tu olor está en mí y solo pienso en penetrarte.

— Ah, lo siento. Quizás pueda ayudarte —murmura, y yo suelto una risa y un suspiro que suenan irónicos, o medio irritados, depende de cómo lo interprete ella. — En serio, quiero ayudar, ¿cómo lo hago? ¿Qué digo?

— Mierda, hablando así solo pienso en sexo.

Eva se ríe y me siento como un adolescente cerca de la chica que le gusta, con una erección y sin forma de librarme de la vergüenza. Derrotado, oculto mi erección lo mejor que puedo y respiro hondo.

—Salgamos de aquí, un minuto más y no respondo por mí.



CAPÍTULO 13

No, definitivamente no puedo dar marcha atrás e acostarme con Derek. Aunque mi cerebro, mi cuerpo y todo mi ser lo deseen con todas sus fuerzas. No.

No.

No.

Maldita sea, ¿por qué me tocó así? Prácticamente me derretí en su boca, sintiendo el deseo que sé que siente por mí. ¿Y esas cosas que dijo?

Dios mío, ese hombre es muy travieso. Imagínate lo que haría conmigo en su cama. Solo de imaginarlo ya me pongo caliente.

Tengo que dejar de pensar así, ya estoy toda mojada por el beso y los besuqueos que nos dimos en la escalera y, ahora, cada vez que me lanza una mirada de reojo, siento que todo se calienta de nuevo.

En cuanto Derek se siente un poco menos expuesto, lo que yo interpreto como menos duro o simplemente incapaz de esperar más,

escapamos por una salida lateral del hotel, más discreta. Coge el coche que ha alquilado para no tener que pelearse con nadie por los taxis. Lo sé, está loco, pero me gusta un poco su forma de fruncir el ceño y refunfuñar sin motivo.

Ahora, mientras aparca, me sorprendo admirando la agilidad de sus manos y brazos al maniobrar el coche, su concentración y su mirada. Dios mío, es realmente muy atractivo y tiene ese aire inteligente que me atrae mucho. ¿Qué puedo hacer si me gustan los retos?

Y este hombre es un reto guapo, en forma y gruñón.

No, Eva, no puedes. Solo es una víctima del hechizo de esa vieja malvada que decidió gastarme una broma.

— ¿En qué piensas, pelirroja?

— En lo guapo que eres —digo sin pensar y Derek levanta una ceja en mi dirección—. Espero que lo olvides cuando pase el hechizo.

Él se ríe.

— Espero que no, porque me gusta mucho oírte decir que me encuentras atractivo. —Detiene el coche, pero no bajamos, manteniendo la mirada fija durante un rato—. Por supuesto, preferiría ser atractivo en tu cama, haciéndote disfrutar, pero en cualquier caso...

— Dios mío, eres un sinvergüenza —digo riendo.

— ¿Prefieres a un hombre casto? Puritano...

— No, prefiero exactamente así, que diga lo que le gusta y lo que quiere hacer.

— Está bien, me gusta cómo mueves ese culo firme de un lado a otro, manteniendo el equilibrio con esos tacones finos, y cómo se dibujan tus pechos en ese escote, es demasiado apetecible. —Suspira, pero no parece dispuesto a callarse—. Me gusta cómo me clavaste las uñas en la nuca cuando nos besamos. Tienes un olor delicioso que me pone muy cachondo, y no puedo dejar de pensar

que debes tener uno de esos pezones grandes y rosados, que llenan los ojos y la boca de un hombre.

Me sorprende la facilidad con la que dice todo esto, su mirada lasciva me hace retorcerme en el asiento del coche y puedo apostar que él, aunque esté hechizado, está disfrutando mucho de cómo me está poniendo.

— Hay más... —dice, y yo no consigo articular ni un solo sonido—. Me gusta cómo puedo notar que estás excitada y deseando dejar de ser una chica buena y rendirte a mí . No voy a forzarte, soy un tipo decente. Al menos lo intento, pero realmente quiero que te rindas y me dejes hacerte disfrutar toda la noche.

—Vaya, qué calor hace aquí. —Empiezo a abanicarme y él enciende el aire acondicionado, dejando muy claro que aún no vamos a ir a ninguna parte. Maldita sea, va a ser difícil escapar de esto.

—No estoy hechizado, en realidad, creo que todos estaban hipnotizados, menos yo —dice, y yo refunfuño.

Derek me coge la mano y la lleva a su polla por encima del elegante traje. El volumen me hace gemir en voz baja y él se acerca a mí, sus ojos están llenos de deseo y me pierdo en ellos. Es la perdición de una mujer, esa mirada, ese toque, ese volumen en los pantalones, Dios mío, que alguien me abanique, me estoy quemando.

—Te quiero desnuda en mi cama, Eva, quiero enterrarme entre tus piernas y sentir tu sabor cuando te corras en mi boca, pero esperaré a que estés lista —declara solemnemente y me da un casto beso en los labios.

—Eres un cretino—, digo enfadada y salgo del coche, dando un portazo.

Derek sale y se acerca a mí, confundido.

—¿Qué pasa? —pregunta y sus ojos me escrutan, buscando una respuesta—. Pensaba que te gustaba quien dice lo que piensa.

—Me gusta, tanto que me estoy obligando a no cambiar de opinión. Y ese es el problema, es difícil resistirse.

— Entonces no te resistas.

— No puedo.

—Sí que puedes —replica enfadado, apoyándose en el coche con los brazos cruzados.

— ¿Qué clase de persona sería si me llevara a la cama a un chico hechizado? Es como un chico que se aprovecha de una chica medio borracha en un bar —cruzo los brazos sobre el pecho también, tratando de dejar de pensar en las cosas que me ha dicho hace unos instantes.

— Lo siento, no era mi intención hacerte sentir así. Vamos, quiero compensarte.

— ¿Cómo?

— Comportándome como un buen chico, casto, puro y tímido.

Me río y lo sigo, sabiendo que Derek no tiene nada de casto, puro y tímido. Dios mío, va a ser mi perdición.



Con perritos calientes en las manos, caminamos por Ocean Drive, una importante y concurrida avenida de South Beach, un barrio de Miami. La temperatura es agradable y la brisa desordena un poco las ondas que me llevó casi una hora hacerme en el pelo y que Derek prácticamente deshizo en unos minutos en la escalera del hotel.

Da un gran mordisco y me mira con esa mirada pícara que es casi un delito cuando todavía me siento tan excitada.

— Estoy llenando la boca para no decir tonterías —dice con la boca llena y una mirada divertida que me hace perder mi postura rígida—. Come.

Le doy un gran mordisco y él sonríe, satisfecho al comprobar que no estoy enfadada. Seguimos adelante, esquivando a la gente que hace ejercicio por la noche o que, como nosotros, solo está paseando sin destino ni objetivo.

Derek me lleva por la calle, que ya está toda iluminada con los muchos colores de los bares de la otra acera, donde un montón de gente vestida para la noche se prepara para entrar en sus destinos o espera en las colas.

Comemos sentados en un banco, observando el movimiento y hablando de diversas cosas al azar.

— Entonces, ¿cuándo me vas a contar por qué odias tanto a los directores generales?

Suspiro, pensando en cómo responder a esa pregunta. No es fácil admitir que he estado enamorada durante años y años de alguien que ni siquiera se da cuenta de mi existencia, a menos que necesite que le compre algún regalo para sus chicas o, ahora, para su prometida.

— Es una larga historia.

— No pasa nada, tenemos tiempo y, ya que no voy a estar ocupada en tu cama ni en la mía, puedes entretenerme con una buena historia.

—¿Una buena historia, eh? —Levanto las cejas, sintiendo una oleada de ansiedad recorrer mi cuerpo.

—Me encantan las buenas historias —responde con sencillez y puedo ver que está siendo sincero.

—Está bien. —Respiro hondo y termino mi perrito caliente—. Mi jefe se va a casar y ha decidido enviarme a esta convención,

como si no tuviera nada mejor que hacer.

— ¿Y por qué no dijiste que no?

Me encojo de hombros, sin una respuesta que no me exponga o humille como la gordita rechazada por el jefe. No quiero que Derek me vea así, aunque sea como me siento por dentro.

—¿Estás enamorada? —pregunta en tono serio.

— Yo... —Niego con la cabeza, pero no me engaño ni a mí misma—. Es solo que no supe decir que no.

— Vamos a trabajar en eso, no es sano que te sacrifiques por un chico que ni siquiera se da cuenta de que lo amas.

— No he dicho que lo quiera.

— Si lo dices tú. —Ahora es él quien se encoge de hombros—.

— ¿Y tú? ¿No me vas a contar nada de tu vida?

— No.

Y así, sin más, me veo riéndome de la cara enfadada de Derek. No tengo ni idea de por qué se ha puesto así, pero estoy deseando escuchar la explicación.

— ¿Damos una vuelta por la playa? —pregunta, tratando de disuadirme de la conversación, pero algo me llama la atención cuando miro al otro lado de la calle.

— No, vamos a bailar. — Le cojo de la mano y le empujo para cruzar la calle.

— No, bailar no. — Él se queja y yo chasqueo la lengua.

— Sí, bailar, sí.



Derek

CAPÍTULO 14

Eva solo puede estar intentando matarme con ese meneo.

Y los últimos diez minutos están siendo infernales.

Cuando me negué a entrar en la discoteca cubana que ella se empeñó en conocer, la pelirroja ladrona de taxis me miró con firmeza y declaró:

— O entras en la puta discoteca o me cuentas la historia de tu vida, desde que eras un bebé baboso hasta la razón por la que odias todo el universo.

— Está bien, entremos en la maldita discoteca.

Derrotado, dejé que me guiara entre una multitud de gente colorida que no dejaba de bailar al ritmo *caliente* de América Latina. En cuanto encontramos una mesa, me quedé allí, pedí una cerveza para mí y una bebida colorida que Eva eligió, y decidí no moverme de allí.

— Llevamos mucho tiempo parados, ¿vamos a bailar? —dijo Eva en voz alta para que pudiera oírla. Negué con la cabeza,

refunfuñé, pero ella no le hizo caso y me llevó a la pista.

Desde entonces estoy aquí, viéndola contonearse, sacudiendo su vestido con vuelo y mostrando parte de sus hermosas piernas, tratando de no morirme de excitación, no volverme loco y no matar a ningún incauto que de vez en cuando intenta sacarla a bailar.

—Vamos, Derek, al menos mueve el cuerpo—, dice con los ojos brillantes mientras se contonea de forma sexy.

—No puedo —le susurro al oído y ella me lanza esa mirada curiosa que me dice que está analizando mi expresión, tratando de descubrir lo que escondo—. Solo puedo pensar en cosas obscenas que decir, estás demasiado buena.

Eva echa la cabeza hacia atrás y me rodea el cuello con los brazos, mis manos se deslizan directamente hacia su cintura y, cuando me doy cuenta, estoy bailando al ritmo de mi hechizante pelirroja.

Pegamos nuestros cuerpos y siento mi polla latir dentro de los pantalones cuando el aroma a fresa de su cabello me golpea de lleno. Eva baila y el aura sensual que nos rodea no tarda en instalarse entre nosotros y a nuestro alrededor.

La música animada, los demás cuerpos bailando con toda la sensualidad de los cubanos, la luz más tenue y colorida, las locas ganas que tengo de llevar a Eva a mi habitación y comerla toda la noche... todo esto solo me confirma que tengo que decirle que no puedo estar hechizado porque no soy un director ejecutivo, solo soy un guionista y aspirante a escritor.

Necesito tener a esta deliciosa mujer, cueste lo que cueste.

—¿Nos vamos de aquí? —le pregunto, atrayendo a Eva hacia mis brazos y hundiendo mi nariz en su cuello. Mi bajita tetona es una perdición.

Y su mirada ardiente me vuelve loco.

—Vamos, no seas mala, quiero disfrutar un poco más de ti mientras pueda—, le susurro al oído, intentando hablar en voz baja,

pero casi gritando por el ruido.

—No podemos.

— Sí, podemos —y la atraigo por la nuca y obligo a sus labios a pegarse a los míos.

Eva me desea, puedo sentir lo difícil que le resulta, cómo lucha contra el deseo de entregarse a mí.

Salimos tambaleándonos del club cubano, después de pagar nuestras dos únicas bebidas, besándonos como locos, pero tratando de mantener las manos alejadas el uno del otro.

«¿Por qué tiene que ser tan bueno?», pregunta ella, después de sentarse en el asiento del copiloto del Tesla que alquilé para no tener que disputar más taxis con nadie, mientras se abrocha el cinturón.

La ayudo, porque está muy nerviosa, tirando del cinturón que literalmente se ha atascado.

— Porque sí —le digo, y en cuanto se abrocha el cinturón, acerco su rostro al mío y la beso de nuevo—. Porque eres irresistible y sabes muy bien. Y ese aroma a fresa...

— Es mi champú.

—Me gusta, creo que voy a comprarme uno, solo para recordarte.

—Mi querido padre, eres el pecado encarnado. —Gime, pero no se aleja, al contrario, me muerde el labio, juega con el pelo de mi nuca y me deja dar rienda suelta a mi lengua en su boca.

—Eres mala— me quejo, cuando Eva me aparta, recuperando la compostura y el miedo a estar abusando de mí.

¿Abusar de mí?

Arranco y giro en el primer semáforo, tratando de calmarme y no pensar en todas las cosas pervertidas que me imagino haciendo con esta deliciosa mujer.

— Entonces, ¿por qué estabas tan enfadado cuando te conocí?

— Porque no quería hacer este viaje, pero, como tú, no supe decir que no.

—Quién lo diría. Si hubieras sido más terco, como parece que eres, te habrías quedado en casa y te habrías librado de este hechizo.

— Y no te habría besado —replico—. Fue la mejor decisión que tomé: ceder y venir a Miami. Y... sobre eso, hay algo de lo que quiero hablar contigo.

— ¡Para el coche, Derek!

— En serio, Eva...

—Para ahora —grita y, antes incluso de que aparque, se baja y sale corriendo.

Por la ventana abierta puedo ver a Eva corriendo y saludando con ese gesto loco suyo a una anciana que se parece mucho a la otra ladrona de taxis del aeropuerto, la anciana que, de alguna manera, sabía mi nombre.

Aparco, bajo y voy tras ella, pero por el camino me encuentro con Eva volviendo, toda abatida.

— Era ella, pero la muy mala se me escapó. ¿Sabes qué es lo peor? Me vio, me saludó con la mano y se largó, se evaporó de la nada. — Eva suspira y se acerca a mis brazos, mi primer instinto es abrirlos y acurrucarla contra mi pecho. — ¿Me llevas al hotel?

— Claro, preciosa, vamos.

— De acuerdo, pero tienes que portarte bien, no sé si podré soportar tu picardía ahora, o mejor dicho, no sé si podré resistirme.

— Esa es la idea —digo, riendo y abriendo la puerta del coche para que ella vuelva a entrar.

Seguimos el camino hasta el hotel hablando de varias cosas, películas favoritas, bandas, libros, religión. Una cosa lleva a la otra y la conversación fluye con sorprendente facilidad. Eva tiene un humor

irónico y ácido, al mismo tiempo que tiene una forma dulce de ser que me confunde la cabeza.

Si mi plan era divertirme unas cuantas noches con esta chica sexy y luego largarme como si todo no fuera más que una consecuencia del hechizo, de repente no me imagino saliendo a hurtadillas o sin escuchar su parloteo.

Entonces, una punzada de decepción se apodera de mi mente. Soy realmente un idiota, ¿cómo pude dejar que Eva pensara, todo este tiempo, que soy un director ejecutivo influenciado por el hechizo de la anciana a la que ella salvó?

¿Y cómo se lo voy a contar?

Después de ver su mirada triste cuando persiguió a la anciana y no la alcanzó, la forma en que se mantiene firme en su convicción de no abusar de una persona que está indefensa. Esta chica es un caos, pero también es una buena sorpresa que se cruzó en mi camino.



El coqueteo vuelve a empezar en el ascensor. Eva es dura de roer, pero yo puedo ser un bastardo obstinado cuando quiero. Lo sé, lo sé, tengo que encontrar la manera de contarle la verdad, pero no es el momento, ella está tensa y sexy y yo estoy loco por ella.

Solo puedo pensar en meter la mano dentro de ese vestido y sentir sus curvas, su piel, su sabor. Ya está, otra vez con la polla dura.

— ¿Ya estás duro otra vez? —susurra Eva, alejándose de mi lengua, que insiste en invadir la suya con un hambre de otro mundo.

—No puedo evitarlo —respondo, un poco incómodo.

—Maldita sea—, gime, atrayéndome hacia su boca y llevando su mano directamente a mi erección.

Lo sabía, hay una mujer ardiente escondida detrás de esa charlatana ladrona de taxis. Y puede luchar todo lo que quiera, pero sé, sin lugar a dudas, que me desea.

El ascensor pita y salimos los dos, pero sin soltar las manos. Guío a Eva, todavía pegado a sus labios, hasta la primera pared que encuentro y la empujo contra ella.

Con una de mis manos le aprieto el pecho y con la otra le levanto un poco el vestido y me sumerjo en su muslo, apretándole el culo y haciéndola gemir en mi boca.

Este gesto es como fuego, me enciende aún más.

Recorro su cuello con la lengua, mordisqueando su piel erizada y haciéndola estremecerse.

—Eva... —susurro y ella suelta otro gemido involuntario.

Con la mano que le aprieto el trasero, investigo la piel caliente dentro del vestido, rozando la tela de sus bragas húmedas.

— ¿Estás mojada por mí, preciosa?

— Sí —dice, totalmente entregada.

Sigo besando a Eva, una de sus manos me aprieta el cuello, sedienta, la otra araña con las uñas el interior de mi camisa, mi abdomen, moviendo ligeramente las caderas hacia adelante y hacia atrás y dejándome aún más embelesado, así que meto el dedo por el lateral de las bragas, sintiendo la piel caliente y empapada. Acaricio lentamente su coño, con cuidado de encontrar el punto que la hace derretirse por completo.

Eva gime, impulsándome a seguir investigando, así que introduzco un dedo dentro de ella. Caliente, húmeda, deliciosa.

«Me estás volviendo loco», le digo al oído, después de tragarme uno de sus gemidos ansiosos.

El ascensor emite un pitido en cuanto se cierran las puertas, sacándonos a los dos del trance. Me alejo lo justo para mirar a Eva a los ojos y luego besarla de una forma más comedida.

Ella suspira, demasiado excitada para resistirse, y, aunque suene como un idiota, me siento poderoso. Con toda esa pandilla de empresarios disputándosela, es a mí a quien ella está gimiendo, será en mi polla donde se correrá.

Cojo a Eva con una de mis manos y la guío por el pasillo. A mitad de camino no puedo resistirme a provocarla más. Entonces me detengo y llevo mi dedo, que ha estado en su coño, a mi boca y lo chupo.

— Realmente tienes un sabor delicioso.

Eva se sonroja, su respiración se acelera y la hace jadear.

— ¿Sabes qué es lo peor? —pregunta, y yo niego con la cabeza—. Es que sé que me arrepentiré mucho de lo que voy a hacer ahora, sobre todo porque tienes unos abdominales que me encantaría lamer.

— ¿Te arrepentirás? —Me quedo parado frente a la puerta de su habitación, sin entender nada.

—Buenas noches, Derek —dice, sacando la tarjeta llave de un bolso diminuto que ni siquiera me había dado cuenta de que llevaba consigo todo este tiempo.

—Buenas noches —murmuro y le doy un beso en la mejilla.

Antes de alejarme demasiado, me detengo y sonrío.

— Si cambias de opinión, estoy aquí al lado, pensando en ti mientras me masturbo.



CAPÍTULO 15

Dios mío, pensé que iba a morir, mi corazón se disparó y volvió en el tiempo con un solo latido. Derek es el ser humano más erótico que he conocido y seguro que sería capaz de derretirme, creo que incluso sería capaz de gritar de placer.

¿Y qué fue eso de chuparse el dedo que estaba pegajoso por haber entrado dentro de mí? Fue muy difícil resistirse, por un momento pensé en tirar la toalla y caer en sus brazos, pero no puedo hacer eso.

Si no me gustaría que un hombre se aprovechara de alguna vulnerabilidad mía, ¿por qué haría yo eso con alguno de ellos?

Me quito la ropa y me meto en la ducha, con el agua casi helada. Necesito enfriarme mucho, ese hombre delicioso me ha puesto a mil y ahora no puedo dejar de pensar en él.

Me sumerjo en el agua y cierro los ojos, lo intento, pero su imagen, el sabor de su boca, la sensación de él tocándome justo en mi centro excitado, nada de eso se me va de la cabeza y, cuando me

doy cuenta, estoy apretando un pecho con una mano y tocándome con la otra.

Todas las cosas que me dijo explotan en mi mente, elevando mi excitación a un nivel que no experimentaba desde hacía mucho tiempo. En pocos instantes estoy reviviendo mentalmente todas las veces que nos besamos y tocamos esta noche.

Suelto un gemido involuntario cuando alcanzo el clímax de la ola de placer, viendo claramente los ojos de mi vecino de hotel, el idiota, el arrogante, el guapo que quiere llevarme a la cama, Derek. Él es todos y uno solo.

Y yo estoy loca por él, definitivamente.

Después de la ducha, me cepillo los dientes y me pongo una camiseta blanca estampada con cerezas y fresas, lo que me recuerda, en ese mismo instante, la voz de Derek hablando del olor de mi champú. ¿Es posible que ahora todo me haga pensar en él?

Cojo el teléfono y hago una videollamada a Olivia.

—Pensé que tendría que enviar a la policía a buscarte —se queja mi amiga al contestar la llamada—. Te llamé dos veces.

— Lo siento, me olvidé el móvil en el hotel.

— ¿Qué tal, qué hay de nuevo?

— Salí a cenar con Derek.

— ¿El chico del taxi y del ascensor? —Ella esboza una sonrisa pícara—. Entonces te perdono por no haber contestado. ¿Y qué tal ha ido?

— Caliente —respondo y ella se ríe.

— Está realmente interesado en ti.

— Pero eso es culpa del hechizo de esa vieja loca.

— Tienes que dejar eso, Eva, estás empezando a parecerme muy loca.

—Lo sé —refunfuño y sacudo la cabeza—. Pero es verdad, mi vida es una locura, hace unas horas varios chicos se pelearon por mi

culpa.

Olivia se ríe de nuevo, lo que me irrita un poco.

— Muy bien, veamos lo que sabemos: ¿son directores generales y se vuelven un poco idiotas cuando estás cerca, creyendo que te aman? ¿De acuerdo?

—Sí.

—Y ese Derek parece el más sensato de todos, ¿verdad?

— Sí.

— Entonces tal vez no esté hechizado, sino que realmente esté interesado en ti.

— Un tipo como él no estaría interesado en mí —lloriqueé, recordando su delicioso abdomen.

— ¿Te has mirado al espejo, amiga? Eres guapa, inteligente y tienes esa boca carnosa que envidia a todas las mujeres con tu pintalabios rojo... Es hora de que dejes de pensar que no vales nada, eres maravillosa.

—Lo sé, pero a los hombres como él solo les gustan las mujeres delgadas, como las top models.

— ¿Hombres como él?

— Sí, ridículamente guapos.

—¿Quieres decir que es guapo, entonces?

— Guapo es un apodo, es precioso, sexy, tiene unos abdominales marcados y es un canalla.

Olivia arquea las cejas, desconfiada.

— ¿Cómo sabes que tiene abdominales? ¡Noooooo! ¿Lo has estado investigando? Cuéntamelo todo.

— No soy de hierro, él tenía la mano en mi trasero, luego en mi... ya sabes dónde, claro que yo también le di un beso.

— ¡Dios mío, ¿te liaste con el chico del ascensor?! Del cero al diez, ¿cuánto vale el beso?

— Veinte.

— Ay, amiga —Se mueve en la silla, esperando más detalles —. ¿Y picardía? ¿Mucha?

—¿Del cero al diez? —pregunto y ella asiente con la cabeza al otro lado de la pantalla—. Mil.

— Vaya.

— Si no estuviera hechizado... vaya, no te imaginas todas las cosas que me ha dicho.

— ¿Y a qué esperas para ir allí y pasar una noche caliente y traviesa con tu guapo?

— Estoy esperando encontrar a esa vieja loca y acabar con todo este asunto del hechizo, no puedo abusar de él.

— ¿Aunque él quiera?

— Aun así, él está en desventaja, Cleo me metió en este lío, ella tendrá que arreglarlo.

— Está bien, pero en cuanto puedas, ve directamente a su cama, ¿entendido?

— Si él todavía quiere, no voy a salir de ahí tan pronto.

—Así es mi chica.

Hablamos un poco más sobre lo que ha estado pasando por allí y sobre cuándo volverá mi mejor amiga a Egipto, para su expedición en busca de momias milenarias. Luego cuelgo y me sumerjo en las mantas.

No voy a pensar en Derek.

No voy a pensar en Derek.

No voy a... Mierda, ¿por qué tiene que ser tan sexy?



CAPÍTULO 16

Con la polla dura, así es como estoy desde hace media hora. Su olor se me ha impregnado, y cada vez que pienso en que he metido mi dedo dentro de Eva y que ella estaba muy mojada para mí, se me vuelve a poner dura y no se me quita nunca.

Mierda. ¿Cómo voy a dormir si no puedo dejar de pensar en su sabor, en sus gemidos traviesos y en sus uñas recorriendo mi abdomen?

Me quito toda la ropa y me doy una ducha fría que no sirve de nada, porque en cuanto vuelvo a mi habitación, pienso que la pelirroja está en la puerta de al lado y que sería muy fácil ir allí, suplicarle que me dejara entrar y provocarla hasta que se rindiera.

Pero no puedo hacer eso, no puedo ser un cretino, tengo que decir la verdad, solo que mi maldita valentía ha hecho las maletas y se ha ido al otro lado del mundo, dejando espacio solo para el deseo que siento por Eva.

Me tiro en la cama después de ponerme los calzoncillos y cojo mi portátil. Está bien, si no puedo follar, me pondré a trabajar.

Pero no.

Pasa casi una hora y lo único que consigo hacer es acechar las redes sociales de la pelirroja, ver su perfil en LinkedIn y husmear en Instagram.

Las fotos son muy variadas, Eva casi siempre está sonriendo, con su boca carnosa pintada con labiales y brillos de varios colores, lo que me hace querer probar cada uno de ellos.

En una de las fotos está con su mejor amiga, Olivia. Las dos sonríen mientras señalan la fachada de un museo. Sí, aunque ella no lo diga, esta es solo una prueba más de su enorme inteligencia. Esa IA de Faces no podría haber encontrado a nadie mejor.

En otra foto, lleva unas gafas redondas con patillas que parecen purpurina, tiene un lápiz en la mano y mira concentrada una hoja de papel sobre la mesa. Apuesto a que fue su amiga quien tomó esta foto, Eva distraída es una verdadera obra de arte.

Sigo fisgoneando sin saber por qué, solo sé que no puedo parar, hasta que llego a un vídeo. Lo abro y el asombro me invade por completo. Eva está cantando una canción country de Johnny Cash, uno de mis cantantes favoritos, su voz es espectacular y me conmueve por dentro. Está cantando la misma canción que pasé días enteros escuchando cuando me rompieron el corazón.

Hoy me he hecho daño
Para ver si todavía siento
Me concentro en el dolor
Lo único que es real

La aguja abre un agujero
El viejo pinchazo familiar
Intento eliminar todo eso
Pero lo recuerdo todo

En lo que me he convertido

¿Mi amiga más dulce?
Todos los que conozco se van
Al final

Y tú podrías tenerlo todo
Mi imperio de suciedad
Te voy a decepcionar
Te haré daño

Llevo esta corona de espinas
Sobre mi trono de mentiras
Lleno de pensamientos rotos
Que no puedo arreglar...

La escucho varias veces, sintiendo un nudo apretarse y luego deshacerse dentro de mí. Quizás esté realmente hechizado, porque lo único que quiero en este momento es ir a buscar a esa mujer y abrazarla tan fuerte contra mí que nunca más sea capaz de dejarla ir.

Dejo el portátil a un lado, con la voz ronca de Eva acunando mis pensamientos. Nunca imaginé que alguien pudiera tener un timbre tan impactante. Nunca pensé que una chica pudiera hacerme sentir ese escalofrío en la espalda con solo una canción, la canción que marcó el peor momento de mi vida.

Con un dolor punzante en el pecho, cierro los ojos e intento alejar los recuerdos de aquel día. Lo sé, debería apagar el portátil y dejar de escuchar la voz de Eva, tal vez así podría evitar que esta dolorosa sensación se instalara, pero no puedo.

No quiero purgar nada, por mí enviaría al infierno este dolor que me desgarra por dentro, pero aún así, sigo aquí, escuchando una y otra vez a Eva cantando Hurt, con su voz ronca que hace que todo mi cuerpo vibre. Pinchando y curando. Hiriendo con la voz, acariciando con la mirada. Hundiéndose en mi pecho y haciendo que las cosas se retuerzan por dentro.

Mierda. ¿Cómo voy a volver a mi mundo después de esto?

Y ella continúa:

Bajo las manchas del tiempo
Los sentimientos desaparecen
Eres otra persona
Yo sigo aquí

¿En qué me he convertido?
Mi más dulce amiga?
Todos los que conozco se van
Al final

Y tú podrías tener todo esto
Mi imperio de suciedad
Te voy a decepcionar
Te voy a hacer daño.

Eso es todo. Eva, con esa mirada intrigante, tu voz ronca y tu actitud vivaz, lo has trastornado todo dentro de mí.

Absolutamente todo.



CAPÍTULO 17

Después de desayunar y almorzar en la habitación, aprovecho para ponerme al día con las tareas de la oficina durante buena parte de la tarde. ¡Quién diría que la conexión a Internet del hotel sería tan buena!

Finalmente me decido a afrontar la maldita convención, o mi jefe acabará despidiéndome. Al fin y al cabo, ¿para qué iría a un evento así si no fuera para traer novedades a la vuelta?

Me inscribí en una presentación de tecnologías para el mercado armamentístico, sobre programas administrativos con protección extra contra hackers. Muy emocionante (sí, estoy siendo irónica).

El problema es que, mientras bajo en el ascensor, me invade una sensación de aprensión: ¿cómo voy a librarme de la persecución de los directores generales?

Antes de salir de la habitación, me puse un traje social a cuadros, con una discreta blusa negra, un pañuelo alrededor del cuello y del pelo, que domé con mucha dificultad (lo sé, hace un

calor terrible, pero necesito esconderme) y unas gafas de sol grandes que ocupan casi toda mi cara.

Miro mi imagen en el espejo del ascensor y me río. Dios mío, estoy horrible, tan horrible como se puede estar cuando se intenta disfrazarse. Para estar peor de lo que estoy, solo me falta un bigote como el de los bandidos de las películas del oeste.

Sí, un bigote, es decir, no me falta mucho.

Aunque... con este pañuelo casi parezco una mujer de los años 60. No está tan mal. Solo unos retoques aquí y allá y soy la versión plus size de la propia Jackie Kennedy[10] . Está bien, no es para tanto.

Refunfuñando por mi locura, espero a que se abra la puerta y me escabullo por el vestíbulo, escapando a la calle antes de que alguien me vea. Camino deprisa, esta vez los tacones bajos me dan cierta ventaja.

El centro de convenciones está en la misma manzana que el hotel, de hecho, está a pocos metros de distancia y, tan pronto como lo veo, me apresuro a entrar y a cubrirme mejor la cara, convirtiendo el pañuelo en una versión falsa de burka.

En cuanto entro en el vestíbulo, siento una oleada de ansiedad recorrer mi cuerpo. Lo que daría ahora por un bote de helado, nada más reconfortante que eso... Suspiro, tratando de decidir rápidamente el camino que voy a seguir.

Demasiado tarde.

Antes de dar dos pasos, ya estoy rodeada por tres o cuatro hombres trajeados, a dos de ellos los reconozco de la cola que se formó ayer, mientras Derek y yo intentábamos escapar para ir a una cena que acabó adquiriendo proporciones épicas.

Aparto el recuerdo de lo que pasó después de escapar de los matones embrujados, porque solo de pensar en las cosas que Derek me dijo, en cómo me sentí ante su ansia por tocarme, ya me pongo caliente como un horno de pizza.

—Hola, princesa —la voz del hombre con un hematoma morado en los ojos me despierta del trance. Me sobresalto cuando siento su mano en mi espalda—. Ven, te llevaré...

—¿Llevarme? —Lo miro, confundida.

— Sí, amor, llevarte a un lugar precioso, lo tengo todo planeado.

— ¿Ah, sí? Entonces cuéntame, cariño, ¿qué has planeado? — Pongo mala cara, pero él lo malinterpreta por completo y esboza una sonrisa radiante y sexy.

No, no es feo, al contrario, es tan guapo que quizá en otra situación incluso apreciaría su actitud apasionada, pero hoy no, no con este hechizo loco que se cierne sobre nosotros.

— Vamos a Las Vegas, allí podremos casarnos, voy a reservar en el hotel más bonito y caro, mi diosa. Te serviré fresas y champán directamente en tus hermosos labios.

Dios mío, esto se está volviendo cada vez más loco.

—Después... —continúa, prácticamente delirante—. Vamos a consumar nuestro amor, formar una hermosa familia y...

— ¿Y tendremos un final feliz digno de un cuento de hadas? —pregunto, irritada.

— Sí, eso, mi amor, vamos a vivir en un palacete, te voy a mimar con joyas, perfumes, todo lo que quieras.

— No quiero mimos. — Aparto sus manos de mí—. Quiero amor, amor de verdad, con defectos, cualidades, peleas innecesarias por algo tan tonto como una toalla mojada en la cama. Quiero levantarme tarde los domingos, pelearme por la última galleta del paquete, quemar el asado de Acción de Gracias. Quiero algo real.

—Te daré todo lo que quieras, mi reina —me dice otro tipo de traje, empujando con fuerza a mi pretendiente de ojo morado.

Este es rubio y más alto, tiene un porte vikingo y puedo ver el comienzo de un tatuaje asomando por el cuello de la camisa de

vestir. Mierda, ¿un maldito vikingo? Cleo, tu terrible gitana, eso es maldad.

Miro a mi alrededor para ver si encuentro a Derek, él siempre encuentra la manera de salvarme de estos locos, es instintivo y no verlo solo aumenta la necesidad de sentir el consuelo y la seguridad de su sonrisa, de su postura protectora. Dios mío, de repente echo de menos incluso su pose de pelea, con esos puños de boxeador de los años 20 levantados y el ceño fruncido en su rostro.

¿Por qué, aun sabiendo que está actuando así por el hechizo de Cleo, sigo pensando en él, en su manera de ser y en sus provocaciones?

Quizás porque hablar con él sobre todo tipo de cosas me hizo sentir un poco más normal en medio de todo este lío, los temas fluían con mucha naturalidad, excepto cuando nos besábamos, claro.

Ojalá no estuviera bajo el hechizo, ojalá fuera real, podría enamorarme de esa forma torcida y esa sonrisa pícara. Sí, claro que podría.

Me escapo del grupo mientras discuten sobre cuál de ellos se fugará conmigo para casarnos en Las Vegas y entro en uno de los auditorios. Me hundo en el primer asiento que veo, tirando del cuello de mi traje para esconderme y enredando aún más el pañuelo en mi pelo.

Pero no hay otra opción, el presentador que habla sin parar sobre mecanismos de seguridad empresarial se vuelve hacia mí y me dedica una sonrisa torcida. ¡Mierda!

Deja el micrófono sin importarle el estruendo y empieza a correr hacia mí. Presa del pánico, me pongo de pie y empiezo a mirar a ambos lados, buscando una forma de llegar a la salida antes de que él llegue a mí.

Las pocas mujeres que hay en la sala me miran asombradas y yo no tengo ni idea de cómo explicar la locura que se desarrolla ante mis ojos.

Los más de cincuenta hombres trajeados, repartidos por el auditorio, también se levantan y empiezan a correr hacia mí, llamándome cosas como mi amor, mi reina, mi princesa, diosa...

Mierda, mierda, mierda.

— Santa Virgen de las tetas encantadas, ¿qué hago ahora?

Salto sobre el banco, tratando de correr por las sillas conectadas que me recuerdan mucho a las salas de cine. Mientras mantengo el equilibrio y doy gracias por haber venido con zapatos bajos, siento manos rozándome la espalda.

Ay, Dios mío, ayúdame, no nací para ser el premio de nadie.

Corro por las sillas, dando saltitos y rezando para no acabar tirada de bruces en el suelo, mientras tanto, los gritos de los CEO enamorados no hacen más que aumentar. Algunos se golpean entre sí de forma aterradora. Y las mujeres huyen por una puerta situada en el lado opuesto al que estoy yo.

«Gracias por la ayuda», le grito a la última, que se asoma antes de cerrar la puerta tras de sí.

Me distraigo por un instante y alguien me agarra el pañuelo, solo echo un vistazo rápido y vuelvo a correr por todo el auditorio entre pasillos y sillas.

Busco un hueco en el tumulto, tratando de llegar a la puerta por la que las mujeres han huido de la locura, cuando veo que el hombre que me ha quitado el pañuelo lo blande como un trofeo y otros tres se abalanzan sobre él, creando otro foco de pelea.

Corro hacia un lado, pero un hombre bajito me bloquea el paso subiéndose a uno de los bancos y abriendo los brazos hacia mí, esperando un abrazo. Me doy la vuelta y vuelvo, pero otro me rodea. Ya está, ahora estoy jodida.

Salto al pasillo, tratando de llegar a la maldita puerta. Los gritos me ponen nerviosa, y juro por Dios que si oigo a alguien más llamándome «mi amor» voy a tener un ataque.

Es entonces cuando siento que algo se mueve detrás de mí, tirando de mí con fuerza.

Tardo un segundo en comprender que estaba apoyada en una puerta y que alguien la abrió y me sacó fuera.

Me giro, esperando ver a Derek, y me sorprendo al darme cuenta de que en realidad es Mila, la empresaria que creó la IA que casi me mata de vergüenza el primer día de la Convención.

—¿Estás bien? —pregunta con su acento brasileño—. Oí unos gritos y me asusté cuando te vi encima de los bancos. Intenté llamarte, y como no parecía oírme, esperé a que te acercaras.

— Gracias a ti estoy viva, gracias.

La puerta se abre de golpe y abro los ojos como platos al ver el bullicio de hombres que se apriujan para pasar.

— Estoy jodida.

— Ven conmigo.

Mila me guía por los pasillos, entrando y saliendo de auditorios y salas cerradas. Es inteligente y ágil, a pesar de ser pequeña y, por lo que parece, sabe exactamente adónde me lleva.

Nos detenemos frente a una puerta, en el último pasillo. Ella dice algo, poniéndose la mano en la oreja.

—Oscar, la puerta. —Y entonces entiendo que está hablando con su IA, tal vez él la ha guiado todo el tiempo.

En cuanto la puerta electrónica pita y entramos, Mila la cierra con fuerza y le pide a su IA que cambie la contraseña mientras estamos allí, impidiendo que entre nadie.

Es una especie de sala de reuniones más pequeña que los auditorios donde se celebra la convención, está lejos de las carpas de demostración, del stand de tiro y todo lo demás, aunque tiene un gran aire acondicionado funcionando a toda máquina, parece que no recibe a nadie desde hace tiempo.

Me siento en una de las sillas y me arreglo el pelo, tratando de calmar mi corazón, que late frenético y ansioso, con miedo de

que la confusión me encuentre de nuevo.

— Entonces, ¿qué fue eso, Eva?

— Te acuerdas de mí. — Sonrío, realmente sorprendida.

— Claro, no todos los días me encuentro con un genio por ahí.

Rio alto y Mila pone una gran interrogación en su rostro.

— El genio eres tú, yo solo soy una secretaria ejecutiva.

Mila resopla, como si no estuviera de acuerdo conmigo.

— No todos los genios son dueños de empresas, algunos son personas comunes, otros están locos y hay algunos como yo, una mezcla de ambas cosas. ¿Cuál de ellos eres tú?

— Del tipo que prueba cosas.

— Vale, entonces todavía estás intentando encontrarte a ti misma, ¿no?

— Sí, creo que sí, la verdad es que en la mayoría de los trabajos que he tenido acababa aburriéndome mucho y probando algo nuevo.

— Interesante.

— Ah, no me juzgues —le digo entre dientes y ella sonríe—. Tengo algunas inversiones para el futuro, no necesito un trabajo de veinticuatro horas, pero me gusta estar en movimiento.

— Me he dado cuenta, hasta ahora has estado prácticamente corriendo por el auditorio de la que debería ser una de las conferencias más aburridas del universo.

— Dios mío, ni me lo recuerdes, me pone nerviosa solo de pensarlo. —Me froto la cara, apoyando la cabeza en la mesa y lloriqueando—. Todo es culpa de esa vieja loca.

— ¿Vieja loca?

Respiro hondo y le cuento todo lo que he pasado en los últimos días, sin ocultar absolutamente nada, porque después de lo

que Mila ha visto, nada puede empeorar mi imagen. Ella escucha con atención, sus hermosos ojos me analizan bien.

— Vaya, menuda historia.

«Nunca más intentaré salvar a nadie», murmuro.

— ¿Y qué vas a hacer para salir de este lío?

— ¿No crees que estoy loca? —Y ahí va ella a sorprenderme otra vez, con su mirada serena de quien tiene la vida ganada.

— He visto muchas cosas en esta vida, ya no dudo de nada.

Suspiro otra vez, parece que lo estoy haciendo mucho desde que todo esto empezó.

— Sabes, tal vez esa anciana, esa Cleo, sea una especie de guía espiritual que te está enseñando algo importante.

— ¿Enseñándome a huir de los hombres guapos y ricos? —le digo con ironía y ella se ríe a carcajadas, de una forma natural y hermosa.

— Solo tienes que descubrir qué es lo que ella quiere que aprendas, cuál es la lección, y cuando eso suceda, te librarás de esta confusión. Y quién sabe, tal vez ese Derek por el que estás loca sea tu pareja ideal.

— ¿Como tú y tu magnate?

—Exacto.

— Pero Derek está hechizado, o mejor dicho, yo estoy hechizada y por eso me quiere.

— Bueno, no hay forma de estar segura hasta que rompas ese hechizo. El amor puede surgir de formas nada obvias, Eva, y eso no significa que sea menos verdadero por ello.

Mila y yo seguimos hablando un rato más, me cuenta un poco de su historia y de cómo se enfrentó a un peligro que casi le cuesta la vida y, de paso, me ofrece el puesto de secretaria en Faces, por si algún día quiero probar con un nuevo jefe.

No voy a mentir, me gusta la idea de trabajar para una mujer extremadamente inteligente, sagaz y poderosa, pero no sé si quiero seguir mucho tiempo más ocupándome de la agenda de otros.

Cada día que pasa, la pulga nómada me pica un poco más, como siempre que llega el momento de probar algo nuevo. ¿Descubriré algún día mi vocación?

Podría ser cantante, me encanta cantar y creo que tengo buena voz, pero si no puedo lidiar con la locura de algunos hombres en una convención, imagínate con un público de fans. Mejor no.

Y en esta historia de no descubrir, ya colecciono profesiones, desde niñera hasta camarera de hotel, de guía turística a socia de una tienda de mascotas. Y sí, sigo siendo socia, pero solo a distancia, como una especie de inversora ángel.

No sé qué me pasa, aparte de estar hechizada, claro. Empiezo entusiasmada con el proyecto, me gusta invertir, hacer planes, asignar recursos, pero al final, cuando se instala la rutina, me aburro tanto que necesito salir en busca de un nuevo reto.

Hasta hace unos días, mi reto actual consistía en hacer que mi jefe me viera, me quisiera, y el resultado fue este: yo hechizada y un montón de hombres que normalmente no me verían persiguiéndome.

Mierda.

Después de despedirme de Mila, subo las escaleras sin hacer ruido, mi estómago ruge fuerte, ya que llevo muchas horas sin comer, pero solo de pensar en ir al restaurante del hotel a pedir algo, mi sangre hierve y el nerviosismo se apodera de todo mi cuerpo, sin mentir, hasta mi dedo del pie se estremece.

La única solución es pedir servicio de habitaciones e intentar por todos los medios que no me vea ningún director general, ni siquiera Derek, no es justo para él y sé que puedo acabar sin resistirme.

Dios mío, ¿por qué estos hombres no pueden ser feos y aburridos? ¿Por qué la mayoría de ellos tienen que ser fuertes,

musculosos y atléticos? ¿Y por qué Derek tiene que ser el más guapo, sexy y travieso?

Vale, basta ya de pensar en el guapo, recuerda que, en condiciones normales, sin hechizos, es un capullo arrogante contigo, Eva. Nunca miraría a una chica con las caderas y los pechos del tamaño de los míos.

Por desgracia, la mayoría de los hombres no ven más allá de la superficie.

Yo sí lo hago y, aun así, sigo sintiéndome atraída por mi idiota del aeropuerto.

Mierda. Tengo que encontrar a Cleo y acabar con este lío.

O acabaré traicionando mis principios y caeré directamente en sus brazos.

No hay nada más que mi cuerpo desee en este momento.

Sacudiendo entre mis dedos la tarjeta de mi posible futura jefa, subo las escaleras tratando de hacer el menor ruido posible y obligándome a centrarme en el lado positivo de todo esto. Al menos conocí a Mila y me cayó bien.

Imagina todo lo que podría aprender de ella. Qué sueño.

Aunque preferiría tomarme un año sabático solo para viajar y finalmente conocer los castillos más bonitos del mundo. Quizás crear un blog de viajes. Viajando con G, de gran gostosa. Me río sola.

Aunque estoy fantaseando, no puedo dejar de pensar que sería muy divertido llevar a chicas soñadoras, que no se dan cuenta de que se merecen todo, a conocer el mundo, castillos, montañas y quién sabe, incluso París.

A pesar del estrés de la tarde, este comienzo de noche me parece mucho más animado y, con varias ideas sobre mi futuro bullendo en mi cabeza, abro la puerta de la habitación y me llevo un gran susto.

— ¡Te voy a matar, Cleo!



CAPÍTULO 18

— ¡Te voy a matar, Cleo!

Clavada en la puerta como una planta enraizada, no puedo mover ni un solo músculo mientras observo la escena que, además de loca, es un poco extraña y muy inusual.

Por toda la habitación, cubos, jarrones, ramos y arreglos de rosas rojas, cajas de bombones refinados y muchas, muchas tarjetas compiten por llamar mi atención.

Las cosas se están complicando, el nivel de locura está aumentando y estoy empezando a asustarme de verdad.

Entro en la habitación con la sensación de que estoy realmente jodida con esta historia del hechizo, empiezo a coger las tarjetas de los ramos de flores, de las mesitas e incluso del suelo, hay cientos, muchas repetidas, pero todas del ámbito bélico. Serían tarjetas buenas, serias y sobrias, si no fuera por el hecho de que algunas tienen corazones dibujados en la parte posterior y otras tienen perfume rociado. Todas, sin excepción, tienen el nombre y el número de teléfono personal del propietario de la tarjeta.

Un crujir de dientes y una tos forzada me hacen girar asustada hacia la puerta, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho y temiendo que sea alguno de ellos, pero la mirada irritada de la camarera me hace sentir una oleada de alivio.

—Lo siento, tuve que pedirle al gerente que abriera su habitación con la llave maestra, debido a la gran cantidad de regalos y flores. —Señala el caos rojo que la rodea.

— No pasa nada, muchas gracias.

— ¿Necesita algo?

— ¿Cómo se llama? —le pregunto y ella arquea las cejas, sin entender.

— Tess.

— Tess, ¿le gusta el chocolate?

— Sí, señora. — La camarera se anima y sé que voy a hacerla muy feliz.

— Entonces ayúdeme a recoger todo este chocolate para usted y las otras chicas que trabajan en el hotel.

— ¿En serio? ¿Todos?

— Sí, soy más de salado. Me encanta el helado, pero soy alérgica al chocolate, al cacao, en realidad. Así que, si no lo quieres, todo irá a la basura.

— Yo los quiero, a las niñas les encantarán, gracias.

Tess y yo nos esforzamos por separar todos los bombones y equilibramos las cajas en su carrito. Ella incluso me ayuda a recoger las tarjetas del suelo y tirarlas directamente a la basura.

Después de tres o cuatro viajes en ascensor, que evito por puro miedo a encontrarme con algún director ejecutivo por el camino, desaparece con las flores, asegurándome que les dará un uso creativo a las plantitas. Odiaría verlas en la basura.

Por fin sola en la habitación, me doy un largo baño, tratando de deshacer los nudos de mi cuello y hombros. Creo que ni siquiera

cuando me apunté al gimnasio sentí tanto dolor en los músculos. Joder.

Repaso mentalmente la situación, poniendo mi cabeza superpensante y ansiosa a funcionar, en busca de alguna forma de librarme de este lío.

¿Podría irme y correr el riesgo de que me despidieran por no hacer mi trabajo? Aunque, ¿sería tan malo que me despidieran? ¿A quién llamaría Robert en mitad de la noche para pedirle que le comprara un regalo para su novia?

Suspirando, lleno mi mano de champú y me lo aplico en el pelo, masajeando el cuero cabelludo y empezando a cantar. Sí, soy de las que cantan en la ducha. La mayoría de las veces, Johnny Cash, no puedo evitarlo, me encanta la voz de ese hombre.

Las primeras notas salen de mi boca en el mismo instante en que la espuma comienza a correr por mi espalda. ¿A quién no le encanta una ducha larga acompañada de buena música?

Una punta cobriza de mi cabello me hace viajar directamente hacia él. Derek. Su voz llamándome pelirroja, su mirada pícara hacia mi escote. Dios mío, el calor que recorre mi cuerpo y se instala justo en medio de mis piernas es suficiente para hacerme perder el ritmo y la melodía de la música.

Termino mi baño, me seco y me envuelvo en una toalla y otra en el pelo. Voy al dormitorio y abro la puerta del armario del hotel, busco en la estantería donde puse mi crema y empiezo a untármela por los hombros. Al menos un poco de paz, después de tanta locura.

Un zumbido llama mi atención, una mezcla de aleteo y algo más, casi como el cruce entre una abeja y una mosca. El sonido lejano no me distrae y pronto retomo mi tarea con la crema.

Tener un tamaño plus size puede no gustar al canon de belleza, pero me gustan varias cosas, como el hecho de que mis pechos se vean grandes con cualquier ropa, además de... ¿pero qué ruido es ese?

Empiezo a buscar por la habitación, levantando cosas, empujando muebles, el zumbido de la mosca/abeja se hace cada vez más fuerte y yo más irritada.

Nada.

Hasta que...

Me giro hacia la ventana y nada más y nada menos que un maldito dron está volando fuera.

Mis manos se dirigen instintivamente a la toalla y no sé si gritar, llorar o romper esa maldita cosa.

Empiezo a buscar algo con lo que destrozar esa porquería. Cuando descubra quién ha sido el idiota que ha decidido invadir mi habitación con un dron, juro que le daré un golpe ninja, como dice Derek.

No, muchos golpes ninja.

El dron entra en la habitación y cojo lo único que encuentro, una almohada mullida que uso para dormir. El maldito aparato vuela por todas partes, se me echa encima y casi me tira al suelo.

—Hijo de puta —grito, tratando de golpearlo con la almohada —. Vuelve aquí, bandido.

Joder, es una escena infernal, con mis pechos saltando dentro de la toalla, mientras intento alcanzar el dron, que va y viene en dirección a mi cara.

Salto sobre la cama, sobre la silla cerca de la puerta del baño, casi me meto dentro del armario tratando de atrapar esa cosita resbaladiza que me está espiando.

Lanzo mi almohada con toda mi fuerza y le doy al dron, impidiéndole escapar por la ventana.

Busco la cámara y la miro con toda mi furia.

— Escucha bien, loco, tengo una amiga que es hacker y su IA descubrirá quién eres, y cuando eso suceda te daré una patada en el trasero. — Hago una mueca y sacudo el dron, luego le digo adiós a la cámara y lo tiro por la ventana.

En caída libre, el dron va directo al suelo y apenas veo cómo se estrella contra el pavimento. ¡Humpf! Bien hecho, tonto. ¿Creías que podías invadir mi habitación y salir impune? Sigue soñando.

Me envuelvo en la toalla, cojo una camiseta y voy a vestirme al baño, lo único que me faltaba, un dron espía intentando verme desnuda.

Imagina si esa porquería lo hubiera conseguido... mañana podría estar en una página web de fotos de mujeres gordas desnudas. Mis padres no me criaron para avergonzarlos de esa manera. No es que juzgue a las chicas que se hacen fotos desnudas, solo que no creo que sea para mí, lo más lejos que voy en ese sentido es ponerme bikini en la playa.

De vuelta en mi habitación, después de secarme el pelo a medias, me tiro en la cama y cojo el teléfono. Pido el servicio de habitaciones, que incluye un buen trozo de lasaña, vino, una porción de tarta y fresas frescas.

Espero a que llegue todo y solo abro la puerta cuando estoy segura de que se trata de mi cena. Lo sé, es vergonzoso, pero es un mal necesario, no sé si podré lidiar con más CEOs embrujados esta noche.

En cuanto termino de cenar, me tiro en la cama con el plato de fresas y empiezo a buscar algo bueno para ver en la televisión.

Nada de terror, suspense, creo que no puedo ver ni siquiera un buen drama, de esos que nos hacen llorar hasta que se nos hinchan los párpados y nos salen ojeras. Lo que realmente necesito es una comedia romántica.

En cuanto la encuentro, me meto la fresa en la boca y la saboreo casi con los ojos cerrados, escuchando las primeras frases de una protagonista que tiene un cuerpo delgado, pechos turgentes, boca carnosa y cabello perfecto, que le cae sobre los hombros como una cascada.

Vale, Eva, sin ánimo de ofender, la actriz no tiene la culpa de que el mundo haya elegido su patrón como el ideal de mujer, cuando

en realidad eso es forzar las cosas. Yo necesitaría años y años pasando todos mis días en el gimnasio y probablemente no tendría el mentón, la nariz y los pechos así. Aunque me gustan mis pechos grandes...

La historia avanza y yo me hundo cada vez más en las mantas, dejando que mi mente divague hacia la película y alejándose del estrés que he estado pasando desde que mis caminos se cruzaron con los de Cleo.

Todo va bien, mis ojos comienzan a pesar y mi cuerpo se relaja, hasta que...

La puerta de la habitación casi explota, abriéndose de golpe y dándome un susto de muerte. Una lata entra rodando y empieza a llenar la habitación de humo. ¿Una maldita bomba de humo?

Todo sucede demasiado rápido como para que pueda pensar con claridad. En un momento estoy tranquilamente llevándome una fresa a la boca y al siguiente estoy rodando por la cama, maldiciendo y tirándome al otro lado para protegerme de lo que sea que esté pasando.

En cuanto el humo empieza a disiparse, toso y me froto los ojos para asegurarme de que realmente estoy viendo eso.

Cuatro hombres armados, vestidos como soldados camuflados del ejército, se dispersan por mi habitación. Dios mío, he entrado en una película de acción. Comprueban el perímetro y luego uno de ellos señala hacia la puerta.

— Puede entrar, jefe, todo despejado.

El tal jefe hace una entrada triunfal, dando una especie de voltereta en el aire y cayendo de pie junto a mi cama. Lleva un traje como el de los demás, un gorro que le cubre hasta las orejas y unas gafas de luz infrarroja, además de un arma que apunta aquí y allá. Cuando me ve, abre los brazos y grita:

— ¡Mi princesa, he venido a rescatarte!



CAPÍTULO 19

Debería haberla llamado, ¿de qué sirve inventarme darle un tiempo para que se dé cuenta de que no estoy hechizado y quedarme aquí, resoplando, muriéndome de ganas de probar esa boca deliciosa otra vez?

¿Cómo puedo ser tan testarudo a veces?

Me acuesto con las manos cruzadas detrás de la cabeza y estiro las piernas. Vestido solo con unos pantalones cortos, dejo que mis ojos vaguen hacia mi polla, que solo con pensar en Eva da señales de querer despertarse.

Lo sé, lo sé, podría masturbarme pensando en ella, otra vez, pero no es eso lo que mi cuerpo quiere. Lo que quiero es sentir el sabor de su piel, su humedad que me excita.

Hoy fue el día de mi primera presentación sobre mi carrera como guionista y mi incursión en la escritura de libros, y tan pronto como terminó, me vi rodeado de mujeres, de varias edades, de varias bellezas, pero ninguna era mi pelirroja desastrosa. Durante un tiempo tuve la esperanza de que apareciera y me desenmascarara,

para poder acabar con esta farsa de que soy un empresario que puede estar o no estar hechizado.

Sería sencillo si simplemente contara la verdad, pero ¿cómo me miraría después de saber que le mentí, o si descubriera que soy un guionista que ganó un Óscar y cuyo libro ya está entre los más vendidos del New York Times?

No quiero que me vea como un tipo rico o famoso del que puede sacar algún provecho. Aunque no creo que Eva sea así. Mierda, qué lío. Por fuera, la cara de idiota de siempre; por dentro, un auténtico desastre y un montón de excusas poco convincentes para justificar mi estupidez y un deseo loco de ir a por ella y conseguir lo que quiero.

Cojo el mando a distancia para encender la televisión y evitar seguir acosando las redes sociales de mi pelirroja tetona, cuando un ruido llama mi atención.

Apago el aparato y agudizo el oído. Gritos, insultos, un golpe en la pared.

—Hijo de puta —oigo y me doy cuenta de que es la voz de Eva—. Ya te he dicho que no soy tu princesa.

Sin tiempo para vestirme, abro la puerta de la habitación y salgo al pasillo descalza. La escena no solo es inusual, sino también un poco divertida.

Eva, vestida con una camiseta grande, se enfrenta a un tipo vestido como un soldado del ejército (sí, con la cara pintada y todo). Ella empuña una especie de ramo de rosas como si fuera una porra.

El hombre está un poco acorralado y sus compañeros intentan esquivar los golpes de la pelirroja peleona.

— Ya les dije que no soy su doncella. Y ustedes, saquen a su jefe de aquí o los demandaré a todos por allanamiento, acoso y lo que se me ocurra.

— Lo siento, señora —dice uno de ellos, tratando de agarrar al jefe, que se tira al suelo y le agarra las piernas.

— ¡Suéltame! ¡Fuera! —Ella le golpea en la cabeza con las flores, esparciendo pétalos por el pasillo.

—Tan hermosa como tú —declara él, cogiendo una pétala del suelo y frotándola contra la pantorrilla de Eva.

— Por Dios, vete, déjame en paz. —Ella sacude la pierna, pero eso solo hace que él ronronee como un gato.

—Eva... —la llamo y sus ojos se iluminan cuando me ve, revolviendo algo dentro de mi pecho.

— Derek, creo que necesito ayuda —murmura, sacudiendo la pierna sin poder librarse del enamorado director general.

Con dos grandes pasos, acorto la distancia entre mi puerta y la suya y agarro al hombre por el cuello, poniéndolo de pie. Menos mal que está realmente hechizado o acabaría conmigo. La criatura debe medir al menos dos metros y tiene un porte que me recuerda a Dwayne Johnson[11] .

Contrariamente a cualquier idea que pudiera tener sobre un tipo duro al ver a un hombre tan grande vestido como un soldado, llora y suplica, pidiéndome que lo deje con su amada.

Se lo entrego a sus hombres, que lo arrastran por los brazos hacia el ascensor.

Amenaza con soltarse, pero el tipo a su lado lo sujeta con fuerza y anima a los demás a hacer lo mismo.

En cuanto desaparecen de nuestra vista, Eva se lanza a mis brazos y suspira. Así me resulta difícil comportarme.

— ¿Estás bien?

— Créeme, eso no ha sido lo peor que me ha pasado hoy.

Tomo su hermoso rostro entre mis manos y aprecio la genuina belleza de la pelirroja. Con maquillaje, Eva Harris es una tentación; sin él, es pura perfección. Maldición, ¿ahora quién parece el loco?

— Para ser un tipo hechizado, eres bastante sensato.

— Ven, te mantendré a salvo esta noche. — La tiro de la mano hacia mi habitación.

— Espera —dice ella, y entra en la habitación y vuelve con algo amontonado en la mano, además de la tarjeta magnética que agita en el aire—. Después de un dron, una invasión militar y la persecución de esta tarde, quiero alejarme de aquí.

Tiro de Eva hacia mi habitación y abro la puerta, dejándola echar un buen vistazo al lugar, mientras empiezo a pensar que tengo que comportarme o acabaré recibiendo unos golpes también.

La pelirroja se sienta en el borde de mi cama y se frota la cara.

— Pensaba que quería que me vieran, pero ahora lo único que quiero es que se olviden de mí.

— ¿Incluso yo?

— Estás hechizado, acabarás olvidándome de todos modos.

— ¿Pero es eso lo que quieres?

Ella suspira y me dedica una sonrisa forzada. Empiezo a improvisar una cama en el suelo para mí, porque si comparto la cama con ella, no habrá milagro que me haga mantener las manos alejadas de ella.

— ¿Sinceramente? Podría gustarme un chico como tú, ya sabes, con ese carácter gruñón y todo.

— Pero me he portado bien, no he sido arrogante ni una sola vez desde que te conocí.

Ella se ríe y ese gesto es suficiente para hacerme sentir poderoso, fuerte, el maldito rey del lugar.

—Además de haberme salvado más de una vez —concluye.

Asiento con la cabeza, vendiendo mi producto. Es difícil competir con un grupo de empresarios llenos de recursos y tecnología, cada pequeño detalle cuenta.

—Bueno, yo dormiré en el suelo y tú te quedas con la cama —digo, apretando los dientes y obligándome a no hacer el idiota ahora.

—Gracias. ¿Puedo usar tu baño? —pregunta, mostrando su muñeca cerrada con algo escondido.

Aprieto los ojos, tratando de descubrir qué es.

Eva esconde la mano a la espalda, lo que despierta aún más mi curiosidad. Acorto la distancia entre nosotros y la rodeo, intentando ver. Muy maduro, lo sé, pero algo me dice que esto lo cambiará todo.

—¿Qué estás haciendo? —Se da la vuelta, ocultando la mano.

— Investigando —digo, simplemente.

— ¿Por qué?

— No puedo evitarlo, soy muy curioso.

Casi pego mi cuerpo al de Eva y es entonces cuando noto que sus ojos se posan directamente en mi abdomen, su respiración se vuelve pesada y sé, sin lugar a dudas, que no voy a poder comportarme. Quiero a esta mujer.

— ¿Te gusta lo que ves? —le pregunto, cogiendo la mano libre de Eva y llevándola a mi abdomen.

— No hagas eso, no puedo —casi gime, pero soy un desgraciado, solo me acerco más a ella, atraigo su cara hacia mí y le lamo el cuello, muy despacio y con pasión. — Derek...

En cuanto se rinde un poco, alcanzo su mano y tiro de la fina tela que sostiene, por un hueco entre sus dedos.

—¡Derek! —se queja, pero es demasiado tarde, mis ojos están fijos en las bragas de encaje que estoy sosteniendo.

— Maldita sea, Eva, así me matas —es todo lo que puedo decir cuando recupero el control de mi cuerpo. Y entonces, de repente, me doy cuenta de otra cosa—. ¿Has venido a mi habitación sin nada debajo?

Eva se pone roja como un tomate.

— Siempre duermo sin ellas y no tuve tiempo de ponérmelas cuando esos locos irrumpieron en mi habitación.

— ¿No llevas bragas? —Agito las bragas de encaje negro en el aire—. Sin bragas en mi habitación.

Los ojos de Eva se posan en mi polla, que por supuesto está dura, marcando un bulto en los pantalones cortos. Ella suspira y yo mando al carajo cualquier atisbo de cordura que aún pudiera quedar en mí.

Sin pensarlo, me quito los pantalones cortos y los calzoncillos, dejando todo mi cuerpo a la vista para que Eva sepa exactamente cómo me siento al descubrir que no lleva bragas en mi habitación.

—Derek... —susurra cuando le paso las manos por el pelo—. No puedo... tú...

— No estoy hechizado, pero en cualquier caso, asumo el riesgo.

— No puedo —gime cuando meto la mano por debajo de la camiseta y le rozo el coño con los dedos.

—Di que no quieres y pararé.

Ella se queda muda, con los ojos azules dilatados mientras froto más mis dedos.

— Entiendo tu silencio como un sí, tú me deseas tanto como yo a ti.

Le arranco la camiseta a Eva y ella se pone un poco tensa.

«¿Qué pasa?», le pregunto, besándole el hombro desnudo.

— Es que... yo no soy el tipo de mujer que les gusta a hombres guapos como tú.

— ¿No eres mujer?

— Sí, pero no soy convencional —dice ella, recuperando el tono firme de su voz.

— No te entiendo. — Me alejo, buscando la respuesta en sus ojos tensos.

— No soy delgada. —Gira sin moverse del sitio, levantando los brazos y mostrando su cuerpo lleno de curvas—. Soy grande, tengo los pechos grandes, el culo grande, tengo celulitis.

—Eres perfecta—le respondo y vuelvo a atraerla hacia mí, sumergiéndola en mi abrazo y apoyando mi cabeza en su cuello. Me encanta ese olor. —Así que ahora, si puedes dejar el drama, tengo muchas ganas de poner mi boca en varios sitios, empezando por esas tetas tan grandes que tienes. Estoy loco por ellas desde aquel maldito aeropuerto.

Eva gime y sé que acabo de ganar la batalla. Estoy deseando hundirme profundamente en esas curvas.



CAPÍTULO 20

El cuerpo de Derek es perfecto, su abdomen firme y tonificado es tan delicioso que solo con tocarlo con la punta de los dedos ya me excito. Y al decir las cosas como él las dice, me siento tan deseada que no hay resistencia que pueda aguantar.

Que Dios y todas las entidades del universo me perdonen, pero no hay la menor posibilidad de que retroceda ahora, cuando él se sumerge en mi boca, excavando con la lengua y haciéndome gemir en voz baja.

Derek chupa mi labio inferior y yo le meto los dedos en la nuca, tirándole suavemente del pelo y abriendo la boca de nuevo para recibir su lengua.

El encaje es perfecto y una ola de electricidad recorre mi nuca hasta el punto más sensible.

Es intenso y sexy.

Llevo mis dedos a sus abdominales, que jadean de una manera tan deliciosa.

—Te quiero en mi cama —dice, guiándome de espaldas y sin apartar la boca de la mía.

Me acuesto lentamente, con Derek cuidando de que no me golpee la cabeza. Es dulce y, por mucho que esté hechizado y yo sepa que eso está mal, no puedo evitar imaginar que él siempre es así, cuidadoso, cariñoso. Se acuesta encima de mí, rozando su gran polla contra mi vientre y apoyando los brazos en la cama.

Con un movimiento suave, roza un poco más y yo jadeo, loca de deseo.

Con la boca, baja desde la punta de mi oreja, pasando por mi cuello, hasta llegar al pezón. Primero pasa la lengua, poniéndome la piel de gallina y haciendo que el pezón se ponga aún más duro, luego lo sujeta entre los dientes y tira ligeramente.

Irresistible.

«Un pezón grande y rosado, tal y como me gusta», dice, mordiéndolo con fuerza.

Mientras chupa el pezón de mi pecho, me revuelvo, demasiado excitada, necesitando más contacto, buscándolo. Una de las manos de Derek va a mi otro pecho y lo aprieta sin piedad, tirando del pezón con la punta de los dedos a continuación.

—Joder —digo, gimiendo sin control—.

— ¿Te gusta eso? —Vuelve a mirarme a los ojos y hay algo salvaje en su expresión. Algo que me excita aún más.

Derek baja por mi vientre, mordisqueando, lamiendo. Luego se detiene con la lengua en mi entrepierna, donde me da un beso que me vuelve loca.

—Derek—, gimo, y él se ríe, un sonido erótico y victorioso.

Entonces pone su boca en mi centro húmedo y empuja su lengua hacia la hendidura, provocando y lamiendo. Agarro su cabello y abro más mis piernas, entregándome totalmente a la ola de placer que gana cada vez más fuerza.

Derek sube con la lengua muy despacio, hasta encontrar mi clítoris ya hinchado y necesitado. Pasa la lengua suavemente y yo suelto un gemido mucho más fuerte. Impulsado por eso, me chupa con fuerza.

Excitada, no puedo pensar en nada más, ni en el miedo, ni en la culpa, ni siquiera en la locura en la que me he metido. Lo único que quiero en ese momento es que me haga sentir todo el placer que prometen sus ojos.

Siento dos dedos entrando en mí y los aprieto ligeramente, mordiéndome con fuerza el labio inferior y agarrándome a la sábana y a la cama con mi mano libre.

Es tan excitante, tan bueno.

—Córrete, preciosa, córrete, quiero lamerte toda mojada.

Empiezo a mover las caderas al mismo ritmo que los dedos entran y salen y la lengua sigue lamiendo la zona más excitada.

Derek me chupa y me lame, haciéndome gemir cada vez más. Hasta que no puedo resistir y me dejo llevar por una ola tan intensa que apenas puedo darme cuenta del resto.

Grito su nombre cuando alcanzo el punto álgido de mi placer, apretando sus dedos dentro de mí y sintiéndome en caída libre. Tan libre que apenas puedo esperar más.

— Qué delicia sentirte gozar —me susurra Derek al oído y luego vuelve a donde estaba y vuelve a meter los dedos. Entra y sale, hasta que vuelve con ellos mojados de mi placer y se los lleva directamente a la boca. — Qué delicia.

—Me toca —declaro, tan pronto como me siento más consciente y lo pillo por sorpresa.

Derek me lanza una mirada excitada mientras lo tumbo en la cama.

—Ahora quiero sentirte—digo, sintiéndome poderosa y sexy.

Primero me siento en su cintura, con cuidado de no encajar, todavía no estoy lista para tenerlo dentro de mí. Chupo el lóbulo de

su oreja, raspo mi dientes en su cuello, muerdo su labio inferior.

Esta vez, yo mando.

Con las uñas, le raspo el abdomen y luego bajo con la lengua, lamiendo cada uno de los músculos de su abdomen. Dios mío, este hombre es un verdadero parque de diversiones y me encanta sentirlo así, con la piel de gallina.

Voy despacio saboreando su piel, hasta llegar a la polla, entonces vuelvo mis ojos hacia él. Inflamado, Derek espera a que lo sumerja en mi boca, de una sola vez. Suelta una especie de gruñido que me excita. Lo chupo una vez y luego lo saco de mi boca, concentrándome en lamer el glande y el líquido preseminal que se escapa.

— Joder, Eva, eso está muy bueno —dice, y yo lo lamo por toda su extensión, mojándolo bien, antes de volver a meterlo en mi boca.

Chupo a Derek, alternando entre muy profundo y la cabeza, creando un ritmo que le hace hundirse más en la cama y entregarse a mí.

Entro y salgo con el miembro rígido en mi boca, jugando con mis manos en sus testículos y luego pasando mi lengua por ellos. Él se estremece y siento que está muy cerca de correrse. Puedo verlo en la forma en que se entrega a mí.

Debería odiarlo, ¿no?

Pero entonces, ¿cómo lo hago si lo único que quiero es sentarme sobre él y dejarme llevar por otro delicioso orgasmo?

— Necesitamos un condón, pelirroja, o voy a acabar corriéndome en tu boca.

Suspiro y, solo para poner a prueba su resistencia, lo sumerjo hasta el fondo de mi boca, hasta donde puedo aguantar sin hacer el ridículo. Su jadeo es una alarma.

— No hay nada que desee más que correrme en tu boca y en tus pechos, pero solo después de penetrarte —dice y señala la

mesita de noche. La abro y saco una bolsita cuadrada donde guarda la maquinilla de afeitar y algo más. Cojo un condón y rompo la bolsita.

Me subo a la cama otra vez y me arrodillo a su lado.

La mano de Derek se posa en mi trasero y lo aprieta, luego sus dedos se deslizan entre mis piernas y me mete un dedo. Me cuesta concentrarme, sintiéndolo entrar y salir, así que dejo que él coja el preservativo.

Él se queda de pie y yo me siento en el borde de la cama. Derek me besa, su boca hambrienta chupa mi labio y su lengua se adentra en mi boca, buscando la mía. Paso mis brazos alrededor de su cuello, mientras él termina de desenrollar el condón en su pene.

Me tumbo boca arriba en la cama, sintiéndome expuesta y excitada. Derek es guapo, delicioso y me hace sentir muy deseada. Se sube encima de mí y me chupa los pechos otra vez, deslizando su polla sobre mi vientre y provocándome.

«¿Me deseas, Eva?», susurra, y yo abro los ojos para mirar su cara de travieso. Me encanta esa mirada lasciva. «Te deseo, pero solo si tú también me deseas».

— Lo quiero.

— Entonces dime lo que quieres que haga.

— Derek... —Me da un poco de vergüenza, pero él me mira fijamente, esperando—. Te quiero dentro de mí. Quiero correrme otra vez.

— Entonces vas a correrte con mi polla ahora —dice y separa mis piernas con sus rodillas, colocándose entre ellas y acariciando la entrada.

Suelto un gemido y él gruñe, excitado.

—Mojada y deliciosa —Empieza a empujar dentro de mí.

Derek va abriéndose paso poco a poco y entrando más y más. Todo mi cuerpo lo pide, pero me lleva un tiempo adaptarme.

— Ay, Derek, te quiero —me oigo decir entre gemidos—. Te quiero ahora.

Empuja un poco más fuerte, entrando con todo esta vez y haciéndome gemir muy alto.

Su boca me muerde la oreja y el cuello y empieza a empujar con un poco más de fuerza.

Creamos nuestro ritmo cuando empiezo a moverme, haciendo movimientos circulares que me llevan al camino sin retorno del orgasmo.

—Joder, así no puedo aguantar —gruñe Derek y yo lo aprieto con fuerza contra mí, sintiendo el poder del placer que me proporciona.

Entra y sale una y otra vez, luego otra y otra. Todas las veces que necesito para correrme. Es tan intenso que todo mi cuerpo se tensa, apretándolo dentro de mí.

Nos miramos sin apartar la vista y siento el momento en que se deja llevar y alcanza su propio placer. Derek me besa y empuja unas cuantas veces más, hasta que su cuerpo comienza a relajarse.

Se acuesta a mi lado, se quita el condón y le hace un nudo, luego va al baño a deshacerse de él y vuelve un instante después.

— Joder —dice, tumbándose y atrayéndome hacia sus brazos.

— Sí, caramba —le respondo, tocándole el abdomen y deslizando el dedo—. Y ya que acabo de abusar de ti, un hombre hechizado, creo que voy a dar un paso más y pasar la noche aquí.

—Buena idea. Así yo también podré abusar de ti. Estoy deseando verte levantar ese culo para poder follártelo a cuatro patas.

— Eres un cabrón.

— Y tú una guapa.

Sé que está mal, pero no consigo sentirme culpable. Ha sido el mejor sexo que he tenido en años y, aunque mañana me sentiré

la peor persona del mundo, esta noche voy a poner mi culo en pompa y dejar que me dé otro orgasmo increíble.

De hecho, estoy deseando que llegue ese momento.



CAPÍTULO 21

Después de conseguir finalmente que Eva se rindiera a mí, nos quedamos un rato tumbados juntos, hasta que ella se fue a dar una ducha y yo pedí servicio de habitaciones. Cuando el camarero dejó la bandeja sobre la mesa, me metí en la ducha con ella y empecé a provocarla, chupándole con fuerza los pezones que despiertan mi lado más pervertido.

Cuando volvimos a la cama, cogí el mando a distancia y puse un canal al azar, compartimos dos sándwiches de roast beef con queso y un vino. Entonces la pelirroja se acurrucó a mi lado, desnuda. Y aquí estamos, ella desnuda, rozando sus pechos contra mí y yo duro, otra vez. Está claro que mi lado pervertido nunca dejará pasar una provocación así.

Como si nada, giro mi cuerpo hacia ella y le acaricio el coño con una mano, ella sonríe con picardía, pero no dice nada al respecto.

Empiezo a acariciarla y ella se va mojando, casi como una invitación para que meta la cara allí y la chupe hasta que se corra.

Froto mi dedo sobre su clítoris, masajeando y masajeando.

Eva hace ademán de moverse, pero yo se lo impido.

«Mira la película», le digo, bajándome de la cama, colocándome entre sus piernas y tirando de la manta sobre mi cabeza.

Muy suavemente, sigo pasando el dedo, jugando con su punto de placer. Luego, la toco con la lengua, sintiendo su delicioso sabor.

Paso la lengua desde la hendidura húmeda hasta arriba, lentamente, una vez y luego otra.

Eva gime, pero no la dejo moverse. En este momento, ella es toda mía, incluida su coñito mojado. Todo en ella me pertenece y voy a tomar lo que es mío.

La lamo durante un rato, notando cómo se excita cada vez más, mientras empieza a mover las caderas y a gemir para sentirme dentro de ella.

Entonces le meto dos dedos y empiezo a entrar y salir.

Las manos de la pelirroja aprietan la sábana a mi lado y ella abre las piernas, pidiéndome que la penetre.

La chupo con fuerza, entrando y saliendo con los dedos, pero antes de que se corra, me detengo y empujo la manta hacia lejos.

«A cuatro patas», le pido, y ella ni se lo piensa dos veces, levantando su culo redondo y ofreciéndome una vista alucinante.

Meto la lengua en el coño de Eva y ella gime aún más fuerte. Su culo empinado me pone muy cachondo y no puedo esperar a llenarme la mano cuando esté entrando y saliendo de ella.

Cojo otro condón de mi bolsa de aseo y rasgo el paquete con los dientes, volviendo a meter la lengua en su delicioso y húmedo coño. Desenrollo el condón en mi polla, que late, suplicando estar dentro de ella.

Hinchado, dolorido y lleno de excitación, me coloco detrás de Eva y encajo la punta de mi polla en su entrada. Eva se contonea

lentamente, acariciándome con su gran y delicioso culo.

—Con fuerza —gime cuando empiezo a entrar muy despacio, con cuidado de no hacerle daño con el grosor de mi polla.

En cuanto entro un poco, ella empuja el culo y me hace penetrarla con todo, gimiendo y empezando a menearse de una manera que acaba con mi fuerza de voluntad.

Aprieto sus caderas, empujando y tirando, entrando y saliendo con la fuerza y el ritmo que ella me exige, tratando de no rugir como una bestia y no correrme antes de tiempo.

—Me voy a correr, Dios mío... —Ella se contonea más rápido y yo le doy una palmada suave que termina en un fuerte apretón. —Derek... Derek.

—Qué delicia de culo. —Inclino mi cuerpo un poco sobre el suyo, empezando a buscar mi propio placer.

Eva no deja de responder a mis embestidas, apretando toda mi polla dentro de su delicioso coño cuando se corre.

Saco mi polla de dentro de ella solo por un minuto.

— ¿Qué pasa?

— Nada, quiero sentir el sabor de tu orgasmo —respondo y meto la lengua en su coño—. Delicioso.

Eva se mueve un poco hacia mí, sensible por el orgasmo, y yo vuelvo a colocarme en posición y la penetro con toda mi fuerza. Ella gime fuerte, lo que me vuelve aún más loco.

La penetro con fuerza, apretando su trasero con mis dos manos y suspendiéndome sobre su espalda. Entro y salgo, entro y salgo, hasta que no puedo aguantar más y exploto.

Me corro con toda mi fuerza y energía. Mi respiración pesada y mi corazón acelerado me impiden moverme y Eva se queda inmóvil, recuperando su propia calma.

Le doy un beso en la espalda y me voy.

Lo sé, mañana se sentirá culpable, pensando que se ha acostado con un tipo hechizado, pero mañana le contaré la verdad, esperando que no me odie y me deje hacerla disfrutar más veces. Todas las veces que sea posible.

Rendido, me hundo en la cama y la atraigo hacia mis brazos. No sé qué está pasando, nunca había sentido tanta necesidad de estar con una mujer, de oírla disfrutar y decir mi nombre.

Por lo visto, el pelirrojo huracán no solo ha trastocado mi viaje, sino también mi vida.



CAPÍTULO 22

Me despierto con la cabeza apoyada en el pecho de Derek. Duerme con la respiración pesada, debe de estar muy cansado, después de toda la acción que tuvimos durante la noche y la madrugada.

En el fondo, sabía que debía de ser muy apasionado, pero no imaginaba que yo pudiera ser así. Está bien, vale, me gusta el sexo como a cualquier mujer le debe o debería gustar, pero no esperaba que él pudiera hacerme sentir eso tan intensamente.

Si soy sincera, creo que nunca he salido con un chico que me haya hecho tener tantos orgasmos en una sola noche. Uno o dos, como mucho.

Derek no solo me hizo sentir mucho placer, sino que me dejó completamente desinhibida, atrevida y con muchas ganas de verlo sentir placer por mí.

Y hay más, con su comisión debajo, incluso podría pasar la noche jugando a chupar piruletas. No te rías, no te rías. Sé que

estoy divagando porque estoy en los brazos del hombre más guapo, sexy y erótico con el que he estado, pero ¿qué puedo hacer? Despierta a una gata salvaje en mí. Incluso con las posibles marcas de manos que debe haber dejado en mi trasero.

Joder, solo con recordarlo ya tengo ganas de volver a sentirlo todo otra vez.

Y entonces la realidad me da una bofetada en toda la cara con toda su fuerza. No puedo volver a hacerlo. Lo que hice estuvo terriblemente mal. Hice lo que prometí no hacer, me acosté con Derek, abusé de su vulnerabilidad por culpa del hechizo.

Con un nudo en la garganta, me arrastro fuera de la cama, tratando de no despertarlo mientras huyo de la escena de mi crimen.

Me siento como una auténtica criminal.

Salgo a hurtadillas, con cuidado de no dar un portazo, y, de nuevo, solo con mi camiseta y llevando mi tarjeta de acceso.

Cierro la puerta con cuidado y corro a mi habitación.

Pero mi habitación ya no es un lugar seguro y, en cuanto abro la puerta, lo compruebo.

Tumbado en mi cama, completamente desnudo, duerme el hombre que irrumpió en mi habitación ayer. Sé que es él porque, a pesar de estar desnudo, todavía tiene la pintura de camuflaje esparcida por toda la cara.

Sin reaccionar, me quedo parada a pocos pasos de la puerta, pensando en cómo deshacerme de este tipo sin crear un nuevo lío, sobre todo porque ahora está desnudo y eso por sí solo ya va a causar problemas.

Respiro hondo, contando hasta diez para tomar la decisión de echarlo o huir de aquí tal y como estoy, despeinada, sin nada debajo y oliendo a sexo.

— ¿Qué coño es esto? —La voz de Derek me hace dar un respingo de susto.

— Es el loco de ayer.

— Ya lo veo —refunfuña, entrando y deteniéndose a mi lado, todo protector—. Pensé que esto iba a terminar, pero por lo visto, solo está empeorando.

Y entonces hago lo único que ni siquiera espero, empiezo a reír como una loca. Me río tanto que acabo despertando al peludo dormilón, pero él solo parpadea un momento y luego vuelve a dormirse, empezando a roncar ligeramente como alguien que tiene la nariz congestionada.

— Dios mío, y yo que pensaba que sería bueno que alguien me notara y me encontrara bonita, ahora daría un dedo, no, daría la mano entera para librarme de esto.

Derek respira hondo, el ceño fruncido en su rostro muestra lo afectado que está por la escena. Vaya, lo que le hice estuvo muy mal, ¿cómo me dejé llevar hasta ese punto?

¿Algún día me perdonará?

Espero que al menos no me odie.

— Oye, idiota, despierta —Derek comienza a sacudir al dormilón—. Eva, escóndete ahí.

Derek señala la cortina y yo lo hago sin pensarlo dos veces. ¿Si no me ve, se irá sin problemas?

Aturdida, oigo un gemido del hombre al darse cuenta de que está desnudo.

— Joder, ¿dónde estoy? —Tu voz normal, sin hechizos, es agradable de escuchar.

Me contengo las ganas de salir a echar un vistazo, porque si me ve o siente mi presencia, volverá a ser el mismo loco que irrumpió en mi habitación ayer.

— Estás en la habitación equivocada, coge esto y vete.

No sé qué le da Derek, pero el hombre tartamudea, refunfuña y luego se va.

— Muy bien, puedes aparecer, conquistadora de tíos buenos.

—Eres mi héroe —bromeo, pero no tenemos ni un segundo de paz.

En cuanto salgo de la cortina, un extraño ruido de algo golpeando en el baño me hace dar otro salto de susto.

Mierda, aún no ha terminado.

Derek va al baño y yo lo sigo, con una mezcla de miedo, curiosidad y rabia. Mucha rabia.

— Joder, me he muerto y no sé si estoy en el infierno o en un paraíso de tíos buenos desnudos.

El hombre es más bajo que el que dormía en mi cama, pero es aún más musculoso, del tipo bajito y fornido, ¿sabes?

Está inconsciente, como el otro, pero sus partes bajas están en modo erección matutina y, aunque no es gran cosa, es difícil no sentirse un poco vanidosa, ¿no? Al fin y al cabo, hay otro desnudo y duro en mi baño.

Ah, y no nos olvidemos, Don Juan tiene una rosa roja atravesada en la boca, creo que se la puso allí y terminó durmiendo con el tallo de la flor en la boca.

Respiro hondo para no tener otra crisis de risa nerviosa, y decido detenerme junto a un Derek más que furioso y tocarle ligeramente el brazo.

—Voy a volver a mi escondite en la cortina —susurro y él asiente sin siquiera mirarme.

¿Acaso ha terminado su temporada como CEO embrujado y está enfadado?

No, está conmocionado, igual que yo.

Vuelvo detrás de la cortina y contengo la respiración cuando oigo a Derek empezar a echar al hombre.

Los dos discuten, el desconocido no tiene ni idea de lo que está pasando y mi compañero de habitación le dice que debería

dejar de beber en los viajes de negocios, justificando la escena con una especie de borrachera.

En cuanto oigo los pasos hacia la puerta y las disculpas avergonzadas, doy gracias a Dios por poder volver a respirar, salgo de detrás de la cortina y me siento en la silla. Ni loca me voy a sentar o tumbar en mi cama hasta que cambien todas las sábanas, mantas y fundas de almohada.

—Gracias —digo y me encuentro con la mirada frustrada de Derek.

— Tengo un compromiso a primera hora de la tarde, ayer me llamaron los organizadores de mi evento y acabé aceptando participar en dos presentaciones hoy.

—De acuerdo.

—Pero después de todo lo que he visto, quizá sea mejor cancelarlo y quedarme aquí...

— Ni hablar, no siempre trabajas y no quiero ser responsable de que no cobres. Vas a ir, aunque tenga que pasarme el día detrás de esta cortina.

Él niega con la cabeza, reprimiendo una sonrisa torcida que hace que mi corazón se derrita por él.

— Por la noche, cuando vuelva, montaré guardia aquí, nadie pasará por mí.

—Trato hecho —digo, pero ya pensando en la dura conversación que tendremos más tarde. Tengo que alejarlo por su propio bien, o nunca seré capaz de perdonarme.

Por mucho que sepa que tengo que alejarme de él, mi cuerpo discrepa en grado, género y número, porque en cuanto da unos pasos y me toma el rostro entre sus manos, me quedo paralizada y me caliento al mismo tiempo, sintiendo la ansiedad y la expectativa de que me toque.

Derek me besa dulcemente en la boca y se aleja.

— Ni se te ocurra irte, pelirroja, no me conviertas en un acosador loco —declara, antes de cerrar la puerta detrás de él.

Maldita sea, va a ser difícil hacer lo correcto.

De verdad.



CAPÍTULO 23

Está bien, he decidido que es hora de contarle la verdad a Eva y luchar para que no me odie. ¿Por qué? No tengo ni idea.

Al principio pensé que sería mucho más fácil dejarla pensando lo que quisiera, podría decirle adiós sin preocuparme y aún así no tendría que explicarle nada sobre mi carrera ni lidiar con una fanática. Aunque Eva puede ser de todo, loca, desastrosa, chismosa, pero no es fanática.

No contárselo es una alternativa para alejarme.

El problema es que ahora no quiero decir adiós.

Desde que me desperté con la cama vacía y la encontré mirando a un tipo desnudo en su cama y a otro en la bañera, algo me molesta, algo me dice que estoy perdiendo la cabeza.

Y eso está arruinando mi humor.

Sé que no es amor, desde que mi ex me hizo quedar como un idiota, no hay la menor posibilidad de que cometa el mismo error

otra vez, amar, enamorarme, tomar a alguien en serio, nada de eso es una opción para mí.

Entonces, ¿por qué no quiero dejar que salga de mi vida?

Sacudo la cabeza, alejando esos pensamientos, y me giro hacia el espejo del ascensor, me arreglo la corbata y espero a que se abra la puerta.

Vale, vamos allá.

Camino por el vestíbulo del hotel y me dirijo a una puerta lateral. En una sala contigua a la que voy a actuar, donde debo encontrarme con el personal de la organización.

Todo pasa como una exhalación, me presento, cojo el micrófono de la mano de alguien, escucho lo que la organizadora tiene que decir, finjo escuchar, porque definitivamente mi cabeza está en otra parte.

El hecho de que ella esté a tres edificios de distancia, en el centro de eventos, donde se celebra la convención, y yo aquí, en el hotel, me está poniendo los nervios de punta y me está haciendo sentir ansioso.

Es difícil no saber qué le está pasando, si está bien, si algún otro loco ha entrado en su habitación. Lo sé, lo sé, Eva sabe defenderse, pero hay algo en mí que quiere protegerla, o más bien, que no quiere que nadie más la toque.

Mierda. Estoy jodido.

Me siento como si me hubiera atropellado un camión pelirrojo con lengua afilada. Sin duda, Eva ha puesto mi vida patas arriba y ahora solo puedo pensar en sus gemidos mientras me hundía con placer entre sus piernas.

Joder. Necesito volver a follarla, sentir todo ese fuego.

Oigo el sonido al otro lado de la puerta y me obligo a respirar hondo y a reprimir ese caos. El presentador empieza a hablar e inmediatamente siento ganas de salir corriendo. Odio exponerme. Lo odio.

—Es tímido y no suele dar entrevistas, pero también es talentoso y brillante en la construcción de personajes memorables. Es el guionista del momento, galardonado con el codiciado Óscar al mejor guion original. Y por si fuera poco, a continuación escribió un best seller. Damas y caballeros, den la bienvenida a Derek Preston.

Esbozo una sonrisa falsa y entro en el auditorio, caminando con pasos más pesados de lo previsto hasta el escenario.

«Buenas noches, gracias por recibirme». Es lo primero que digo, sin tener ni idea de qué más voy a decir. Odio aparecer en público, lo odio de verdad.

Empiezo explicando mi trayectoria desde desempleado hasta guionista de éxito, hablo de los concursos en los que participé y de cómo desarrollé mi estilo. A continuación, hablo de los Oscar, hago algunas bromas que ni siquiera sabía que era capaz de hacer y empiezo a explicar por qué decidí escribir un libro.

Cuento el reto que supone crear algo en un formato completamente diferente y las principales técnicas que pude aprovechar para desarrollar el proyecto del libro. Hablo un poco sobre la inspiración, la creatividad y las lecturas. Termino leyendo un fragmento del libro, respondiendo a algunas preguntas seleccionadas previamente y, por último, agradeciendo la presencia de todos.

La organizadora sortea algunos ejemplares de mi libro, mientras que el presentador, un tipo bajito y engreído que ni siquiera me mira a la cara, da por concluida la presentación de una hora y media.

Creo que me fue relativamente bien, logré mantener mi vida personal fuera de la vista y promocioné mi carrera y mi libro.

Esta no era la primera presentación del evento, de hecho, ya es la tercera, pero en todas ellas siento un montón de nerviosismo y ansiedad, además de las habituales ganas de salir corriendo y escapar de allí.

Una fila de mujeres me espera incluso antes de que termine de salir del escenario. Algunas sostienen mi libro para que se lo firme,

otras solo su móvil para hacer fotos, y todas con una sonrisa ansiosa y exultante.

Empiezo a hacer fotos y a firmar autógrafos, todo va bien hasta que siento una mano torpe en mi brazo. El toque es sutil, pero me pone en alerta.

Levanto la vista y me encuentro con la sonrisa seductora de una mujer de no más de cincuenta y pocos años. Elegante, bien vestida, perfume caro. Echa hacia un lado su cabello rubio platino, acentuando la curva de su escote en forma de V larga.

Lo primero que pienso es: sus pechos pueden ser grandes para la media, pero no llegan ni a la altura de los de la pelirroja. Esa pelirroja atrevida que me ha vuelto loco.

—Entonces, ¿qué me dices? —pregunta ella, tocándome el brazo y sacándome de mi ensimismamiento.

— Lo siento, ¿qué has dicho?

— ¿Qué tal una cena? Soy agente literaria y me gustaría discutir algunas ideas.

Retrocedo sutilmente y adopto una postura distante. La rubia, cuyo nombre ni siquiera sé, me lanza una mirada confusa, pero no tengo intención de prolongar la conversación, así que la termino de la forma más directa posible.

— Tengo agente, pero gracias.

— Entonces podemos simplemente cenar y hablar de otras cosas. —Se muerde el labio inferior.

— Ya tengo un compromiso —declaro y me dirijo a la siguiente mujer de la fila—. Hola, ¿cómo te llamas?

— Jennifer —responde la siguiente mujer.

Cojo el libro y le escribo un mensaje a Jennifer, que sonríe como si acabara de ganar la lotería.

— ¿Puedo hacerte una foto? —pregunta, y yo sonrío y acepto con un gesto.

No vuelvo a ver a la rubia y, tan pronto como la fila se reduce, después de lidiar con una o dos o cuatro más, me apresuro a subir a mi habitación, para darme una ducha y salir en busca de ese par de pechos que me han vuelto loco.

Me pongo unos vaqueros y una chaqueta, cojo mi cartera y me peino el pelo con la mano, echándomelo hacia atrás sin cuidado. Un chorrito de perfume y estoy listo.

Llamo a la puerta de la habitación de Eva y espero, repito el gesto una o dos veces más, hasta convencerme de que no me está esperando. Claro que no, Eva es dueña de sí misma, es guapa, fuerte, no es del tipo que se encierra en una habitación de hotel esperando a un tío para follar.

«Quiero oírte gemir mi nombre cuando me clave profundamente en ti, pelirroja atrevida», pienso mientras me dirijo al ascensor.

Tarareando en voz baja, espero el ascensor, ansioso por ver cómo va vestida, qué pintalabios adorna esa boca tan apetecible.

Solo con recordar su olor, mi polla palpita dentro de los pantalones. Ya ves, un maldito adolescente que no puede contenerse.

En cuanto entro en la convención, veo un tumulto más adelante. Me pongo de puntillas para intentar ver algo, pero solo veo un montón de hombres, brazos, piernas, murmullos que recuerdan a esas películas de cavernícolas y... no puede ser. No. Sí. Eva Harris.

La señorita ladrona de taxis viene corriendo como un huracán, con el pelo volando como tentáculos de pulpo y los pechos saltando arriba y abajo. Sus mejillas están sonrosadas y su mirada... Es de pánico, puro y simple.

Los hombres trajeados corren tras ella, tratando de alcanzarla. Eva da una especie de patada hacia atrás, prácticamente una coz, al hombre que le toca un mechón de pelo, luego se da la vuelta para seguir corriendo, pero no me ve.

Me habría reído, si no me hubiera dado cuenta de que ella y una banda de locos vienen a por mí.

Eva pasa corriendo a mi lado, pero entonces se da cuenta de que soy yo y vuelve, se detiene frente a mí, jadeando, con la cara enrojecida.

— Tú eres el menos loco, vamos. — Me coge de la mano y, cuando me doy cuenta, estoy corriendo hacia la puerta del centro de convenciones, haciendo un esfuerzo por sujetar su mano.

Sin decir nada, con las manos pegadas unas a otras, corremos por la calle, sin decidir un destino concreto, si al hotel, si al medio de la calle o a algún otro lugar.

—Eres rápida—le digo, jadeando, en cuanto nos detenemos frente al hotel—. ¿Qué hacemos ahora?

— Necesito volver a mi habitación, no puedo soportar más este infierno —dice apretando los dientes.

Me detengo frente a la pelirroja, le arreglo el pelo y sonrío cuando veo el color de pintalabios que lleva. Morado brillante. Como si se hubiera comido una bolsa de purpurina.

La camisa social se arruga debajo del pecho y se mete dentro de los vaqueros ajustados, que llegan hasta la altura del ombligo. Las sandalias tienen un tacón cuadrado no muy alto y una tira que combina perfectamente con el pintalabios.

Sí, ¿cómo comportarme cuando lo único en lo que pienso es en arrancarle esa ropa y comérsela entera?

Sin soltar su mano, la guío hacia la calle lateral al hotel, cuidando de ocultarla y desviándome cuando veo a alguien que podría ser o no un director ejecutivo. No voy a mentir, aprovecho para atraerla hacia mí y sentir sus pechos duros chocando contra mi pecho. Pervertido, lo sé.

— Vámonos de aquí.

Hago una señal a un taxi y le abro la puerta a Eva. Malhumorada, se hunde en el asiento y cruza los brazos.

— Nunca más volveré a salir de esa maldita habitación.

—Genial —respondo, imaginándome ya encerrado con ella en una ronda de sexo salvaje, veinticuatro horas comiéndome a Eva de todas las formas posibles.

—Sola —refunfuña, pero no le hago caso, tomo su mano y la llevo a mi boca. Le doy un beso casto y ella suspira.

— ¿Tengo que empezar a enumerar todas las razones por las que deberías dejarme quedarme contigo? —pregunto, tratando de controlar mi mente pervertida, pero perdiendo completamente la partida.

Ella levanta una ceja con desconfianza, motivo suficiente para que me acerque a su oído, le muerda el lóbulo y empiece a provocarla.

—Quiero que te montes encima de mí, para ver tus pechos subir y bajar mientras te penetro.

—Derek... —ella suelta un gruñido que se parece más al maullido de un gato que a una reprimenda.

— Voy a chuparte tu deliciosa coñito, Eva, quiero lamerte después de correrme...

— Derek...

—Vamos, preciosa, quiero sentir cómo te estremeces por completo.

— ¡Maldita sea!

— Voy a entrar y salir hasta que grites mi nombre.

— Chofer, por favor, de vuelta al hotel —ella ordena y yo lo celebro, dando un puñetazo al aire, victorioso.

— Te prometo que valdrá la pena —declaro, sonriendo.

Eva me lanza una mirada irritada.

— Lo único que vas a hacer es darte una maldita ducha fría.

— ¡Mierda!



CAPÍTULO 24

— No quiero oír nada más sobre ese hechizo, lo único que quiero ahora es sentirte derretirte en mi cama. — Se pone tenso por enésima vez.

En cuanto se abre la puerta del ascensor, miro con cuidado y solo salgo cuando estoy segura de que no hay moros en la costa.

Caminamos hasta la puerta de mi habitación, luego me doy la vuelta y lo miro de frente.

— Lo siento por todo y gracias por ayudarme, pero no puedo volver a verte.

— No hagas eso, Eva. —Él apoya su frente contra la mía—. No estoy hechizado.

— Lo sé, soy yo la que lo está, y no es justo para ti...

Derek me calla con un beso ardiente que me hace estremecer y, en el fondo, sé que estoy perdida, porque ahora ya no hay vuelta atrás, lo deseo tanto como él.

Hay algo diferente en la forma en que reacciona ante mí, en cómo me siento cuando estamos juntos. No sé cómo explicarlo y las cosas solo empeoran porque él no actúa como un loco como los demás.

Pero sé que está hechizado, no hay otra explicación para que un chico que prácticamente me odiaba desde la primera vez que me vio, ahora esté enamorado de mí.

Lo peor es que sé, con todo mi corazón, que Derek es el tipo de hombre que elegiría para vivir un gran amor, alguien a quien amaría sin pensarlo dos veces, porque detrás de su fachada gruñona hay un hombre dulce, que consigue conmover mi corazón tanto como mi cuerpo. Que no dice algo solo para complacerme, sino que dice la verdad, por muy amarga que sea.

Podría amarlo en una situación diferente.

Pero como no es el caso, alejo a Derek y entro, dejándolo fuera.

Se me encoge el corazón, pero es lo mejor que puedo hacer por él, es la única manera de respetar su integridad, su libre albedrío. Maldita sea, entonces, ¿por qué siento que estoy cometiendo un error del tamaño del Everest?

Me tiro en la cama con la ropa puesta y cojo una almohada para cubrirme la cara. Mi móvil suena varias veces, pero no quiero hablar con nadie, y menos aún si es mi estúpido jefe, que solo me llama cuando necesita que le compre regalos para sus conquistas.

Quizás sea hora de dejarlo todo atrás y salir en busca de una nueva experiencia. ¿Y qué si Robert no puede vivir sin mí, o mejor dicho, no puede vivir sin que yo gestione su agenda, sus empleados estresados, sus proveedores furiosos y sus novias vengativas a las que no les gusta que las rechace la secretaria de su pretendiente? Puede muy bien pedirle a su prometida que haga todo eso.

Cuando le interesa, soy la secretaria supercompetente, pero para amarme, no soy más que una secretaria gorda que solo sirve para ser objeto de bromas.

«Las mujeres gordas son como las pantuflas, para usar en casa están bien, pero para salir a la calle dan vergüenza».

«¿Cuando tu gusano tenga crías, me darás una?».

«Tus tacones deben de ser muy buenos para aguantar tu peso».

«Tienes una cara tan bonita que si adelgazases un poco estarías perfecta».

«¿Deberíamos pedir una silla reforzada?».

«Eres tan mona».

«No estás gorda, eres preciosa».

Este maldito trabajo me ha causado más dolores de cabeza que cualquier beneficio o experiencia positiva que pudiera aportar a mi vida.

Solo para aclarar una cosa: SOY GORDA.

¿Que si he intentado adelgazar? Sí, me he cansado de probar dietas locas que solo me han hecho derramar ríos de lágrimas y sentirme más inadecuada que cualquier otro ser humano en el mundo.

Así que solo tengo que aceptar que hombres como Robert, Derek y esos locos hechizados nunca me querrán. Pero, ¿cómo hacerlo si lo único que quiero es correr a la habitación de al lado y lanzarme a esos brazos fuertes y traviesos?

Mi madre siempre me ha dicho que debería poner la cabeza en su sitio, centrarme en mi formación y hacerme rica y poderosa. Creo que tiene una visión un poco exagerada de mí, pero es bueno saber que alguien nos anima, ¿no? Mis padres y Olivia son mi base,

mi estructura, sin ellos, tal vez estaría sumida en una terrible depresión.

A lo largo de los años he reunido un patrimonio que ya me permite tener independencia financiera, de tal manera que el dinero rinde lo suficiente para vivir de las rentas y trabajar solo si quiero, además de ayudar con el futuro de mis padres. Quizás sea el momento de aprovecharlo y tomarme un año sabático, quién sabe, quizá viaje por ahí, conociendo castillos de todo el mundo y descubriendo lo que realmente me hace feliz.

¿De qué sirve tener toda esta inteligencia si tengo que someterme a una vida que me ha hecho infeliz durante los últimos tres años? Es obvio que él nunca me querrá, nunca verá a la chica talla G que se sienta en la mesa fuera de su oficina.

Ninguno de ellos será capaz de verme jamás.

Con el corazón destrozado, aprieto la almohada contra mi cara y grito tan fuerte como puedo, ya que estoy sofocada. Pataleo, pateo las mantas.

Si el mundo puede joderme, entonces yo puedo montar un escándalo.

Ya está, ahora puedo volver a ser la Eva de siempre. Bueno, todavía no, primero tengo que pedirle perdón a Derek, lo que hice fue imperdonable. Pedirle perdón de verdad.

Él no se merece que lo utilicen como lo hice, aunque solo sea otro de esos chicos que solo salen con supermodelos. No tengo nada en contra de ellas, ni mucho menos, me encanta la moda, pero nunca formaré parte de ese grupo, así que quizá nunca encuentre a un Derek para mí.

Muy bien, lista de tareas pendientes:

1 - Pedirle perdón a Derek y no volver a acostarme con él, aunque sea delicioso e irresistible.

2 - Encontrar a Cleo para que ella acabe con toda esta locura.

3 – Volver a casa.

4 – Decidir mi próxima aventura, preferiblemente sin nada mágico ni místico por el camino.

Bien, vamos al punto uno de la lista.

Antes de salir de la habitación, me miro en el espejo, me arreglo el pelo, me arreglo un poco el pecho (que no vaya a acostarme con él no significa que tenga que aparecer desaliñada), me retoque el pintalabios, el perfume y respiro hondo.

Abro la puerta y salgo, con un mantra repitiéndose sin cesar en mi cabeza:

No voy a acostarme con Derek.

No voy a acostarme con Derek.

No voy a acostarme con Derek.

No voy a acostarme con Derek.

No voy a acostarme con Derek.



Derek

CAPÍTULO 25

¿Cómo dejé que Eva entrara en esa habitación sin darme explicaciones? ¿Cómo permití que esa mirada devastada me dijera adiós?

Joder, ¿por qué me importa? Eva debería ser solo un polvo más, un polvo fenomenal, pero solo eso, solo que ahora estoy aquí, dando vueltas de un lado a otro, dándole vueltas a la mierda que hice, o mejor dicho, a lo que no hice.

No le dije que no soy un director ejecutivo.

No le dije que me encanta su compañía y que la habría invitado a salir de todos modos, incluso sin estar hechizado.

No le dije que me vuelven loco esos pechos.

Joder. No hice nada.

Pero es más fácil hacer que el tipo diga y haga lo correcto cuando se trata de ficción, en la vida real a veces solo somos el idiota que se paraliza al darse cuenta de que la chica se está yendo.

¡Maldita sea!

Sigo deambulando frustrado, chocándome con las cosas, refunfuñando como el buen viejo Derek de siempre.

Tengo que hacer algo, decirle a Eva que no estoy bajo su hechizo, ¿o sí lo estoy?

Nunca me he sentido así por nadie, nunca he deseado tanto a una mujer en mi cama, no, en mi vida como la deseo a ella. Mierda, yo también estoy hechizado.

Por eso, cuando estamos juntos, me vuelvo loco, me muero de celos cuando algún idiota se le acerca, siempre con ganas de verla sonreír o incluso contestar con descaro.

No, no es posible.

Todavía refunfuñando como un viejo gruñón, voy a la puerta y la abro de par en par, es hora de resolver las cosas. Descubrir si soy parte de estos locos hechizados o solo un idiota cretino, como ella dice. Es hora de poner punto final y seguir adelante.

En cuanto termino de abrir la puerta, me encuentro con Eva, sus hermosos ojos azules atormentados acaban con cualquier fuerza de voluntad que pensaba que tenía. Mi resistencia se va al traste y en ese momento me da igual si soy solo otro hechizado o el idiota. Quiero a Eva, y punto.

Sin pensarlo, la empujo dentro de la habitación, tomo su rostro entre mis manos y uno nuestras bocas.

No imaginaba que pudiera sentir tanta necesidad de algo.

Eva abre la boca y me deja entrar, buscando con avidez el encuentro de nuestras lenguas. Ella lleva sus manos a mi cintura y me atrae hacia ella, necesitando el contacto tanto como yo.

—Derek... por favor... —casi llora, pero no la dejo continuar, pegando nuestros cuerpos y encerrándola en mis brazos. Sin escapatoria.

— Shiiiii —susurro, mordiéndome el labio inferior y chupándolo lentamente—. Después, cualquier cosa queda para

después, ahora te necesito.

Ella suspira y yo me alejo.

— No me importa si estoy hechizado o no, no me importa si no crees o no te das cuenta de que eres preciosa y jodidamente sexy. En este momento, soy un tipo egoísta que solo necesita sentir el tacto de la piel de una chica guapa. ¿Entendido?

Eva gime y asiente con la cabeza, luego se aleja y comienza a desvestirse. Primero las sandalias, los vaqueros, luego la camisa de vestir. El conjunto de lencería es impresionante, el encaje rojo combina con mi pelirroja favorita.

Siento mi polla apretando los pantalones, palpitando ansiosa por ser tocada por ella.

—¿Me deseas, Eva? —le pregunto, acortando la distancia entre nosotros y obligándome a no adelantarme.

—Sí —dice ella, y yo acerco mi boca a su hombro, mordisqueando su piel febril.

Joder, esta mujer es como combustible, me enciende solo con sentir su olor, su actitud pícara y excitada.

— Repítelo —le susurro al oído, bajándole el tirante del sujetador y dejándoselo colgado del brazo.

—Te deseo, Derek, no debería, pero te deseo mucho.

— Yo también te deseo. — Le bajo el otro tirante y luego le desabrocho el corchete de atrás, dejando al descubierto sus grandes pechos y sus pezones duros que piden ser chupados. — Joder, tienes los pechos más deliciosos que he visto nunca.

Chupo el pezón y ella gime, empezando a relajarse y entrando en ambiente. Lo lamo con movimientos circulares, sujetando ligeramente el pezón entre mis dientes.

—Qué rica —digo sin apartar la boca de su pecho.

Eva reacciona buscando mi cuerpo, metiendo sus dos manos dentro de mi camisa y arañándome el abdomen, es infernal, lo único

que quiero es acabar con esta excitación, hundiéndome en ella, pero aún no estoy listo, necesito sentirla más, probarla más.

Dejo que me quite la camiseta y sonrío cuando la veo morderse el labio inferior mientras mira mi cuerpo. Me quito los zapatos y los lanzo lejos, me quito los pantalones y los calzoncillos y expongo una polla dura y necesitada.

Eva se acerca a mí, sus manos bajan hasta mi erección y empieza a masajearla lentamente, arriba y abajo.

«Eres sexy», dice, y me siento el tipo más afortunado de este hotel, o mejor dicho, de todo Miami. Los demás pueden tener recursos tecnológicos, el físico de un superhéroe, pero soy yo quien la va a hacer disfrutar.

Le bajo las bragas y me arrodillo en el suelo, abriéndole un poco las piernas y hundiendo mi cara en su coño. Está mojada y su olor es como un afrodisíaco que me pone aún más cachondo.

Paso la lengua desde abajo, jugando en la entrada empapada y luego subiendo hasta el punto más sensible. Eva se contonea en mi cara y me encanta su erotismo.

Me alejo un poco para observarla. Linda, sexy, excitante.

Y yo soy realmente un cabrón, porque no puedo esperar para hacer con esta pelirroja todas las fantasías locas que he tenido en mi vida.

Le meto dos dedos en el coño, usando el pulgar para masajearle el clítoris. Me quedo observando cómo reacciona, gimiendo, contoneándose y buscando apoyo.

Me acerco más y ella encuentra mi cabello, metiendo los dedos entre él y guiándome hacia donde quiere mi boca.

Con la lengua, lamo su clítoris excitado, manteniendo el ritmo de entrar y salir con los dedos.

«Creo que voy a correrme», dice, y yo aumento el ritmo, alternando entre chupar con fuerza y lamerla, mientras entro y salgo con los dedos.

Eva gime fuerte, apretando mis dedos dentro de ella. Hasta su forma de correrse me hace querer más.

La acuesto en la cama y le hago abrir bien las piernas. La humedad brilla y paso el dedo y me lo llevo a la boca.

«Me encanta tu sabor», le digo, y ella echa la cabeza hacia atrás, rendida, entregada a mí.

Saco el condón de mi bolso, pero antes de abrir el paquete, me quedo petrificado. Eva se está tocando mientras me espera. Se aprieta un pecho, jugando con sus uñas rojas en el pezón, tirando lentamente, mientras acaricia su clítoris y me mira directamente a los ojos.

— ¡Joder! Así no voy a poder aguantar.

Ella continúa, con un brillo feroz en la cara que me dice que esta mujer va a acabar conmigo.

— ¿Qué quieres, preciosa?

— Quiero que me folles, pero sin condón. Siempre me cuido, no he estado con nadie desde mi último examen, ¿qué te parece? — pregunta, un poco insegura.

— Mis exámenes están al día y no suelo tener sexo sin condón.

—Ah, entonces está bien —dice, avergonzada y dejando de tocarse.

Tiro el condón en el cajón sin cuidado y me acerco a la cama. Me tumbo encima de Eva, apoyando los brazos a los lados de su cabeza y fijando nuestra mirada.

— ¿Te he dicho que me gusta cuando dices que quieres que te folle?

— No.

— Pues ahora ya lo sabes, repítelo.

—Quiero que me folles, Derek. —Gime mientras froto mi polla sobre su coño, sin penetrarla.

— Otra vez.

— Quiero que me folles sin condón.

— Tus deseos son órdenes —digo, mordiéndole el hombro a Eva mientras me empujo dentro de ella de una sola vez.

La pelirroja gime y me aprieta la espalda, marcando el ritmo fuerte que quiere. Me encanta que, sin decir nada, sepa tan bien cómo quiere que la toquen.

Y meterme dentro de Eva, sin condón, sentir su piel, el calor y la humedad, es como una chimenea que se calienta cada vez más.

— Dime, preciosa, dime que quieres que te folle —le susurro y ella me chupa la boca, moviendo las caderas en un movimiento circular.

—Fóllame, Derek, muy fuerte.

Me clavo con fuerza, con Eva cruzando sus piernas alrededor de mi cintura y dándome acceso total. Me sumerjo por completo en ella, arrancándole gemidos intensos y dejándome llevar a un lugar feliz, un lugar donde no soy capaz de pensar ni preocuparme por nada.

Solo en Eva, su cuerpo ardiente y el placer que estoy sintiendo.

Ella grita mi nombre, clavando sus uñas en la carne de mi espalda, pero yo no dejo de entrar y salir, entregando hasta la última gota de energía, entregándolo todo.

Tan pronto como me aprieta dentro de ella, me entrego a la montaña rusa del placer, corriéndome solo un momento después y soltando un grito desesperado.

Joder, ha sido un polvo fenomenal.

Y quiero más.



Eva y yo nos duchamos juntos, ella me la chupa en la ducha y eso se convierte en mi nuevo pasatiempo favorito, sentir sus labios carnosos en mi polla, mojándola, chupándola, excitándola.

La follo a cuatro patas, apoyándola contra la pared y acariciando su delicioso coño. Eva gime y se contonea, pidiendo más y más y más. Y yo le doy todo lo que puedo y más.

Entro y salgo de ella tantas veces que ni siquiera sé en qué momento dejo de vernos como dos y solo veo uno. Un todo único, rítmico, cálido, placentero.

Después de eso, todo lo que sucede es instintivo y desconectado del mundo. Solo existimos nosotros dos y las sensaciones que provocamos el uno en el otro. Solo existe su respiración contra mi pecho, su cabello esparcido sobre el mío y su uña bailando sobre mi abdomen.

Antes de quedarme dormido, tengo dos cosas claras: no estoy hechizado y no estoy listo para dejarla ir.



CAPÍTULO 26

Lo he vuelto a hacer.

¿De qué sirve inventar un mantra (no voy a acostarme con Derek) si en cuanto le pongo los ojos encima pierdo completamente la cabeza y acabo teniendo una noche de sexo increíble?

Soy el peor ser humano del universo.

Pensé que podría resistirme, me repetía que no iba a acostarme con él, pero en cuanto Derek abrió la puerta del dormitorio, en un arrebato que casi me hizo salir corriendo del susto, y vi su mirada de perrito sin dueño, se acabó el mantra.

Nada fue capaz de contener mi cuerpo.

¿Y cómo se puede contener alguien cuando el hombre más travieso del mundo te está besando, pidiéndote que lo desees y diciéndote que te desea?

¿Y qué fue eso del sexo en la ducha?

Derek me apretó tanto el culo que creo que voy a tener moretones durante semanas, pero fue tan agradable y encendió

todas las terminaciones nerviosas y excitadas de mi cuerpo.

Vale, si tengo que admitir la realidad, estoy un poco loca por él, pero no es solo eso, ¿verdad? Hay algo más revolviéndome por dentro, revolviéndome la cabeza.

«Maldita sea, Cleo, un poco de ayuda vendría bien», murmuro después de volver a mi habitación y sumergirme bajo las sábanas.

Sé que no voy a volver a dormir, así que enciendo la televisión y cambio de canal sin prestar atención.

Derek se enfadará cuando se despierte y no me encuentre en sus brazos, pero ahora no puedo ocuparme de mí misma. La culpa resuena en mi cabeza como un tambor de guerra tribal y, aunque intento ahogar ese sentimiento con el volumen de la televisión, la sensación solo empeora.

Antes de que salga el sol por completo, ya estoy frente al hotel esperando un coche de aplicación para que me lleve lejos de este lugar, antes de que todo el mundo se despierte.

Ay, si la encuentro por ahí, esa anciana con cara de dulce va a oírlas todas.

Después de intentar cambiar mi billete en la página web de la aerolínea y no conseguirlo, me rendí, me puse ropa cómoda y aquí estoy, intentando escapar antes de que la locura vuelva a perseguirme.

Dentro de poco recibiré visitas de esposas, novias, prometidas e incluso amantes, todas furiosas por este lío mágico. Y lo peor es que soy inocente, la culpa de todo es de la anciana gitana de sonrisa fácil. Debería haber sospechado.

El primer lugar donde me detengo es en el parterre donde me senté con Cleo y le conté mi historia, y ella declaró que a partir de entonces todos los directores generales me verían, pero no me lo tomé en serio y terminé en un lío de proporciones épicas.

No bajo del coche, pero echo un buen vistazo para ver si la muy mala no está acechando por ahí, esperando a otra desprevenida

como yo.

Nada.

Le hago señas al conductor para que siga y me lleva a la playa donde tomé un helado con Derek, cuando aún no nos caíamos muy bien.

Bajo del coche y camino por la acera, viendo el comienzo de un día precioso y animado. ¿Será que las personas que viven por aquí y pasan más tiempo disfrutando del paisaje, haciendo ejercicio y viendo gente son más felices?

Podría vivir en un lugar así, creo que una casa en la playa puede ser mi próximo objetivo, después de los castillos, la Torre Eiffel, Stonehenge y el Museo del Louvre.

Ah, y el Big Bang, en Inglaterra.

Respiro hondo y me siento en la arena, el sonido del mar es como un calmante y consigo, por un tiempo, alejar esa culpa y ese nuevo sentimiento que me pincha el corazón como una astilla.

No puedo enamorarme de Derek, no puedo amar a un hombre hechizado que probablemente se olvidará de mí en cualquier momento. Solo de pensar en ello, se me encoge el corazón, se me revuelve el estómago y siento que el daño será tan grande que quizá no me recupere en mucho tiempo.

Lo mejor que puedo hacer es alejarme ahora, imagina cómo se sentirá él cuando todo esto termine. Saber que una chica se aprovechó de ti cuando estabas en desventaja mágica no debe ser algo fácil de digerir, la propia cuestión de esta loca magia ya es bastante difícil de aceptar.

Después de pasar todo el día deambulando por las calles de Miami, esquivando a cualquier hombre que siquiera me mirara o que llevara alguno de estos elementos: corbata, camisa de vestir, traje, vuelvo en taxi al hotel, llevando solo mi bolso, unos regalitos que compré para Liv y un amigo del trabajo, y lo poco que me queda de autoestima.

Me cuelo en el hotel como una delincuente, mirando por encima del hombro, con miedo de que la locura vuelva a empezar. Veo desde lejos que el ascensor está vacío, así que, en cuanto la puerta empieza a cerrarse, me meto dentro con pasos muy rápidos.

La puerta se cierra y respiro aliviada, hasta que se abre en el siguiente piso y entra el mismo hombre que encontré desnudo y durmiendo en mi cama. Levanta la cara hacia la mía y sus ojos se iluminan como si acabara de ver algo increíble.

En este caso, ese algo soy yo.

—Hola, preciosa —dice, en un tono más sobrio y menos loco que las otras veces—. Me llamo Romeo Smith, soy el fundador de CI Army Security.

Saca una tarjeta de su bolsillo y me la entrega.

— ¿Qué es esto, una especie de entrevista?

—Lo sé, lo sé, nos acabamos de conocer, pero escucha lo que te digo, preciosa... —Me coge las manos entre las suyas—. Nuestro futuro va a ser increíble, como hombre de negocios con visión de futuro, lo veo muy claro. Tú y yo seremos increíbles, dueños del mundo.

Retiro las manos y seco en la barra de la ropa el sudor que comienza a brotar en mis palmas. No quiero ser brusca, pero esto ya ha sobrepasado el límite de lo que puedo soportar.

— Mire, señor Smith, le agradezco la oferta, pero no me interesa. Ni siquiera nos conocemos y, además, lo que está sintiendo es fruto de la magia, la hipnosis o como quiera llamarlo, no es real.

Él se queda mirándome fijamente durante un rato, luego respira hondo y se prepara para decir algo, para discutir, pero la puerta se abre en mi piso y yo salto fuera del ascensor.

Camino rápidamente hacia mi habitación, pero echo un vistazo por encima del hombro y me doy cuenta de que Romeo Smith está justo detrás de mí, sonriendo y saludando. Mierda, pensé que me había tomado el día libre.

Mientras rebusco en mi bolso para encontrar la tarjeta magnética que abre la puerta, sigo caminando a zancadas.

Siento una mano en mi hombro, me detengo y respiro hondo. Me giro lentamente y me encuentro con la sonrisa un poco lunática de mi perseguidor. Se prepara para besarme, pero no lo pienso dos veces, levanto la rodilla y le doy justo en las partes bajas.

El hombre se encoge, sujetándose con ambas manos sus partes íntimas noqueadas. Aprovecho para ganar tiempo y tomar el pasillo que me lleva directamente a la habitación donde me alojo. Hasta ahora nunca me había parecido tan lejos.

Antes de llegar a mi puerta, otro tipo me encuentra e intenta abrazarme de una manera que, sin duda, me va a dejar sin aliento. Me aparto, pero antes de dar el siguiente paso, me agarra por la muñeca. Me giro, pierdo el equilibrio y caigo sobre él.

— ¡Joder! —grito, y él me envuelve con sus brazos—. Suéltame, loco.

— ¡Mi amor!

— ¡Tu amor es una mierda, déjame en paz!

Apoyo los brazos en el suelo y empujo mi cuerpo. Lo dejo allí y corro a mi habitación, abriendo la puerta y cerrándola detrás de mí. Uf. Por fin.

Pero no.

Un ligero movimiento detrás de la cortina, un ruido que no es del viento y... pies descalzos.

Respiro hondo, murmurando mientras camino.

— Santa María, protectora de las mujeres víctimas de acosadores, que no esté desnudo. Que no esté desnudo. Que no esté desn...

Sí, está desnudo.

Desnudo, no, lleva corbata. ¡Solo corbata!

Y está duro.

Y me mira con cara de loco de remate.

Mi primer impulso es llevar la mano a su oreja y sacarlo de su falso escondite.

—Estás enseñando el culo por mi ventana —le acuso y él se encoge de hombros, con una sonrisa torcida y soñadora. —¡Fuera de aquí!

Lo guío por la oreja hasta la puerta, la abro y lo empujo hacia fuera, cerrándola con llave y arrastrando y colocando una silla para asegurarme de que nadie pueda pasar. El tipo golpea la puerta varias veces, lloriqueando, pero me voy a poner unos auriculares y no voy a escuchar nada más. No hay nada mejor que un poco de paz.

Pero no.

La ventana está abierta y, por suerte, me estiro para cerrarla. Es entonces cuando veo al tipo sentado en el alféizar, mirando al horizonte y balanceando ligeramente el cuerpo hacia adelante y hacia atrás, con una rosa roja en la boca.

Mierda al cuadrado.

— Oye —le llamo, temiendo que se distraiga y acabe cayéndose.

—¡Mi amor! Suelta la rosa y esta sale volando por los aires, estrellándose abajo. La brillante sonrisa de este extraño es todo lo que una chica puede soñar, hermosa, apasionada, viva. Pero nada de eso es verdad y eso me corroe el corazón, haciéndome sentir peor de lo que ya estoy.

—Si tu intención era hacerme sentir peor que el gusano de la caca del caballo del bandido, pues lo has conseguido, Cleo — murmuro, mientras intento sentarme en la ventana para salvar al pobre hombre, que no tiene la culpa de haber perdido la cabeza.

— ¿Qué has dicho, mi diosa?

— Te he preguntado si estás bien.

Él sonríe aún más abiertamente y algo en mi corazón se rompe. No está bien hacer que estas personas a las que nunca he visto en mi vida se arriesguen de esta manera. Tengo que sacarlo de ahí, antes de cargar con la culpa de que alguien haya muerto por mi culpa.

— Estaba pensando en ti. En lo felices que seremos —dice, estirando la mano y perdiendo un poco el equilibrio.

Contengo la respiración, pero él consigue mantenerse en la barandilla, está por los pelos y mi corazón late tan fuerte que casi no puedo oír nada más.

Estiro un poco el cuerpo y le toco la mano.

— ¿Por qué no vienes aquí? Aquí dentro se está mejor y podemos hablar mejor.

— De acuerdo —dice—. Pero he perdido mi rosa.

Él mira hacia abajo y yo me quedo paralizada.

— No pasa nada, lo solucionaremos. Solo ven muy despacio, cariño, no quiero que te hagas daño.

— ¿No?

— Claro que no, cariño, ¿cómo vamos a ser felices si te caes?

Mierda, es solo una pequeña mentira por un bien mayor. Por salvar la vida de este chico.

Menos mal que no es tan grande como los demás, o ya habría acabado abajo. Su trasero delgado encaja bien en el borde estrecho y se arrastra hacia mí, mientras yo lo animo con sonrisas y guiños.

Es vergonzoso, pero es mejor que tener que explicar a las autoridades que maté a un hombre con magia.

Salgo de la ventana cuando está muy cerca. Se arrastra un poco más y, en cuanto llega a la parte que da al interior de la habitación, lo tiro con mis dos brazos por la cintura.

La fuerza que utilizo es tanta que acabo tirada en el suelo con él encima de mí.

— Sabía que me querías.

— ¿Puedes ayudarme a levantarme, cariño?

— Sí, sí —dice, saltando emocionado y ayudándome a levantarme—. Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Pienso por un momento.

— ¿Puedes hacer algo por mí? ¿Una de esas cosas que hacen las personas que se aman?

— Lo que tú quieras, mi amor, mi luz...

— Bien. Voy a anotar una dirección y quiero que vayas allí, que hables con una persona. Solo después de eso podremos ser felices.

—Claro, ahora mismo.

Cojo mi móvil y busco la dirección de un psiquiatra al otro lado del país. En cuanto encuentro uno, copio la dirección en un papel, lo doblo y lo beso, guiñándole un ojo a mi admirador hechizado.

— No lo olvides, solo podremos ser felices después de eso — le digo y él asiente, aún sonriendo. Dios mío, ¿es que nunca se cansa? — ¿Lo has entendido bien?

— Claro, querida, sin duda.

Lo guío hasta la puerta, le quito la silla y se la abro, despidiéndome de él con muchos adiós falsos. ¿De verdad lo hará? Espero que sí, no puedo volver a lidiar con alguien en la barandilla, sobre todo cuando se dé cuenta de que nunca seremos felices, porque no existimos, así de simple.

Después de que mi admirador se marcha con la nota, echo un vistazo y, solo cuando concluyo que no hay nadie más, me quito los zapatos, toda la ropa y me pongo una camiseta grande, me tiro en la cama y cojo mi móvil.

Hay varios mensajes de Olivia.

Olivia: Te llamé dos veces, ¿estás bien?

Olivia: Amiga, ¿estás bien?

Olivia: En serio, estoy preocupada, contesta el maldito móvil.

Olivia: Si no das señales de vida en las próximas horas, llamaré al FBI, a la policía y a todo lo que exista.

Olivia: A menos que estés con el guapo del ascensor, en ese caso te perdono.

Olivia: Vale, estoy preocupada.

Olivia: Estoy realmente preocupada y un poco enfadada.

Olivia: ¿Estás bien? ¿Estás viva? Si alguien ha secuestrado o hecho daño a mi amiga, esto es un aviso de que voy a acabar contigo. He practicado artes marciales, soy cinturón negro, prepárate.

Olivia: Vale, estoy haciendo las maletas, voy para allá.

Leo el último mensaje y me río, lo envió hace unos momentos, así que aún no debe haber hecho ninguna locura. Mi mejor amiga es como una hermana y saber que, aunque no encuentre el amor verdadero en esta vida, la tendré cerca, me ayuda a calmar un poco mi corazón.

Eva: Estoy viva, perdona por haber desaparecido, he estado fuera todo el día y cuando llegué había varios locos persiguiéndome.

Olivia: Menos mal, estaba haciendo la maleta.

Olivia me envía una foto de su maleta a medio hacer, empiezo a reírme y cuando me llama por videollamada sigo riéndome al contestar.

«Puedes empezar a contarlo, me tenías muerta de preocupación», dice antes incluso de que vea su cara.

«Estoy bien», le digo entre dientes y ella resopla. «Solo enfadada».

— ¿Qué me estás ocultando?

Mi amiga arquea las cejas como siempre hace cuando sospecha que estoy mintiendo u ocultando cosas. En este caso,

estoy ocultando el increíble sexo con Derek.

«Nada», intento decir, pero ella frunce aún más el ceño.

—Vale, vale, me acosté con Derek, mierda, en realidad no me acosté y ese es el problema.

— Derek es el chico del ascensor, ¿verdad?

—Sí.

—¡Genial! —Olivia hace un baile extraño delante del móvil, celebrando.

— No, eso no mola.

— Solo en tu cabeza acostarse con un hombre guapo que está loco por ti no es lo más genial del mundo.

— Olivia, él está hechizado, o mejor dicho, yo estoy hechizada y todos los empresarios, directores generales y ejecutivos que se cruzan en mi camino acaban pagando los platos rotos.

— Ay, amiga, yo lo creo, pero por la forma en que hablas de él... no sé, no parece que lo esté.

— Quizás no sea tan intenso con él porque está desempleado, en transición profesional, ay, no sé.

— Con tantos hombres ricos por ahí, ¿te enamoras de uno que está en «transición profesional»? —Hace comillas con una de sus manos.

— ¿Quién dijo que estoy enamorada? Solo fue sexo. Sexo bueno, travieso, caliente... —Hundo la cabeza en la almohada y suelto un gruñido.

Olivia se ríe.

— Maldición, no puedo enamorarme de un tipo que se va a olvidar de mí.

— Un tipo que hace sexo travieso. —Mi amiga parpadea—. Quiero todos los detalles, vamos, suéltalo.

Y así, como si nada, le cuento cómo acabé allí y cómo desaparecí de la cama del hombre por el que puede que me esté

enamorando o puede que no.



Después de hablar durante dos horas con mi mejor amiga y sentir que mi estómago reclama que podría comerme un buey entero, cojo mi bolso, me pongo unos zapatos planos y una chaqueta ligera y me preparo para salir, decidida a hacer lo único que sé que es lo correcto. Encontrar a Cleo y acabar con toda esta locura.

Ella tiene que arreglar esto, cuanto antes.

Sin embargo, antes de salir de la habitación, llamo a recepción y reconozco que la voz que me atiende es la de la chica que me hizo el check-in cuando llegué, antes de todo este lío. En cuanto digo mi nombre, su tono de voz se anima.

Charlo un rato con ella, ampliando nuestra escasa relación y hablando de cosas aleatorias. Por último, le miento, le digo que hay un tipo con el que no quiero salir alojado en el hotel y le pregunto si hay alguna forma de salir del hotel sin que me vean, por si él está merodeando por ahí.

La recepcionista me explica rápidamente cómo funciona el ascensor de servicio y la puerta trasera que hay en la cocina del hotel, además de decirme cómo salir por la lavandería si lo necesito.

Le doy las gracias y cuelgo, poniendo en marcha mi plan para salir del hotel sin que me vea ningún director general, o mejor dicho, ningún ser humano.

Me recojo mi cabello castaño oscuro dentro de la capucha de la sudadera, me pongo unas gafas de sol grandes y, en lugar de usar mis habituales pintalabios de colores, solo me aplico un poco de brillo de labios. Luego, me pongo unos vaqueros ajustados y unas zapatillas deportivas. Vaya, esto me recuerda a la época del colegio, cuando no tenía ni idea de lo que significaba realmente la palabra «estilo».

Me miro en el espejo y pienso, suspirando, que, a pesar de todo, no estoy nada mal. Solo quiero ver cómo aguanto el calor de Miami con toda esta ropa.

Bueno, vamos allá.

Abro la puerta y me quedo paralizada. Una fila de hombres. Sin mentir. Una fila con más de treinta hombres.

Ay, Dios mío. ¿Qué hago?



CAPÍTULO 27

Abro la puerta del dormitorio por el murmullo que no deja de aumentar a medida que pasan los minutos. Por supuesto que sé que algo está pasando en la habitación de al lado, pero cuando se marchó en mitad de la noche, lo entendí: Eva se habría quedado si me hubiera querido. Así que sé que no hay sitio para mí en la vida de Eva. Y no pasa nada, así es la vida.

Está bien.

Pero no lo está.

Porque por mucho que repita que solo es sexo, que solo es diversión, que si realmente quisiera algo le habría contado la verdad, nada de eso me convence y la verdad es que tengo miedo de decirle quién soy y que ella desaparezca para siempre de mi vida.

Yo, Derek Preston, el cretino arrogante del ascensor.

Respiro hondo y pongo los pies en el suelo. No me voy a meter. No me voy a meter.

Vale, acabemos con esta farsa.

Abro la puerta y se me cae la mandíbula al suelo. Hay al menos treinta hombres o más con flores, chocolates, cajas de regalo y joyas. En cuanto me ven, suspiran.

— Bueno, chicos, es hora de irse —digo, cruzando los brazos y deteniéndome frente a la puerta de Eva.

— Oye, lárgate, estás estorbando la salida de mi reina —grita alguien desde el final de la fila.

— Eso es, lárgate.

— Y tú también, la princesa es mía —replica un bajito, mirando al otro que acaba de gritar.

Demasiada testosterona, esto se va a complicar rápidamente.

— ¿Quién te crees que eres, enano? Vete tú.

— Además —otro se mete en la discusión—. Ella es una diosa, no una princesa.

La discusión comienza y en menos de un minuto ya se ha caldeado, con intercambios de acusaciones sin sentido, con ramos de flores volando sobre la cabeza de uno, chocolate en la cara de otro.

La cosa toma tal magnitud que, cuando me doy cuenta, estoy en medio de un grupo de hombres que se pelean con tácticas de lucha e incluso algunas patadas esporádicas.

Esquivo a uno, golpeo a otro.

Escapo hacia un lado, pero alguien me empuja de vuelta al medio del lío.

Uno de ellos le lanza spray pimienta a un grandullón que parece un vikingo, y este cae de rodillas gritando. Otro me derriba con un golpe de jiu jitsu y me veo golpeándole en la cabeza con una caja de bombones. Los bombones se esparcen y, al darse cuenta, el tipo salta sobre mí, intentando inmovilizarme con un golpe que, sin duda, me romperá algo.

Escapo por los pelos, empujando en mi lugar a un tipo bajito que está intentando derribar al vikingo, ya recuperado del spray de

pimienta y luchando como un toro bravío.

Intento salir gateando, pero alguien me tira del pie y caigo de bruces al suelo. Empiezo a dar patadas y a insultar, y hasta muerdo una pierna que aparece delante de mí.

Es un lío de mierda.

Del tipo en el que nunca pensé que me vería envuelto.

Finalmente libre de la confusa y ruidosa masa de músculos, respiro con dificultad y me apoyo en la pared para recuperar fuerzas.

Maldita sea, parece que he corrido una maratón.

Apoyo las manos en las rodillas y empujo el cuerpo. Es entonces cuando veo la solución a mis problemas justo delante de mí.

Con una sonrisa diabólica en la cara, ah, sí, tengo cara de quien va a hacer una gran mierda, rompo el cristal de la caja metálica que hay en lo alto de la pared y cojo el extintor.

Quito el precinto y, con muchas ganas, empiezo a rociar el producto blanco directamente sobre el tumulto.

Alguien grita asustado, otro insulta, pero todos se separan y se levantan.

¿El resultado?

Un montón de trajes estropeados por chocolate, restos de flores, rasgaduras y, sobre todo, por la espuma blanca del extintor. El problema es que se acaba más rápido de lo que había previsto y algo en la forma en que esos locos me miran me hace pensar en una maldita apocalipsis zombi.

Bueno, al menos el extintor es pesado.

Lo levanto como si fuera un bate de béisbol y amenazo al primero que se atreve a dar un paso hacia mí. Asustado, se detiene y, cuando se da cuenta de que no voy a moverme ni un milímetro, acaba retrocediendo.

— Váyanse o acabaré enviando a algunos al hospital.

Tardo casi media hora en librarme por fin de todo el mundo. Los daños en el pasillo me costarán unos meses de royalties de[12] , pero no puedo decir que me arrepienta.

Dejo el trasto metálico vacío apoyado contra la pared y me agacho para coger la única rosa intacta. Es entonces cuando se abre su puerta.

—¿Derek...?

—Hola, preciosa —digo, tratando de no parecer un idiota.

Eva mira a su alrededor y ve el desastre, arquea las cejas y yo sonrío. No sé qué me pasa, pero cerca de ella me siento como un niño.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Eva, sombría.

Me dan ganas de acortar la distancia que nos separa y sumergirme en su deliciosa boca, pero me limito a encogerme de hombros y mirarla.

—Haciendo de héroe —digo, y ella suspira.

— Gracias.

— ¿Podemos hablar, Eva? —le pregunto, dando el paso que nos separa y cogiendo una de sus manos para depositar la rosa—. Esto es tuyo.

— Creo que mejor no... —Intenta alejarse, pero soy terco y no estoy dispuesto a perder esta batalla.

— Escucha. —Entrelazo mis dedos en su cabello y le bajo la extraña capucha en la que lo ha metido—. Ese disfraz es horrible. Lo sabes, ¿verdad?

Ella se ríe avergonzada.

—Tienes una flor en el pelo y espuma en la oreja —dice, y yo sonrío, con esa mezcla de vergüenza y convencimiento.

Eva lleva las manos a mi pelo y me quita la pétala arrugada, sus ojos concentrados revuelven las cosas dentro de mí. Lo sé, odio

a la gente y al universo, pero esta mujer ha vencido mis barreras y cada momento que pasa quiero estar más y más con ella.

Quiero a Eva en mis brazos, en mi cama, refunfuñando durante el desayuno. Joder, la quiero de verdad.

Mierda, estoy en un lío.

Pero, ¿cómo consigo que ella también me quiera?

No estoy compitiendo con esos locos que probablemente son mucho más ricos que yo, sino con el hechizo de una anciana que juraría que ya se ha cruzado en mi camino. Así es difícil.

—Eva... —lo intento, pero ella me pone las manos en las mejillas y fija sus hermosos ojos azules en los míos.

— Hoy no —suspira y siento un nudo en la garganta—. Tengo que resolver algunas cosas personales. Mañana.

—Mañana entonces —digo, a regañadientes, pero sin querer forzarla, sobre todo porque lo que tengo que contarle hará que Eva me ame o me odie, y quién sabe, quizá incluso me golpee con el mismo extintor con el que amenacé a mis rivales.

Le doy un beso educado en los labios y me obligo a marcharme. Cualquier cosa que haga puede hacer que se sienta presionada y se cierre a la posibilidad de descubrir si lo que tenemos es real.

Ella lo siente, puedo notarlo, ahora solo tengo que convencerla de que no me odie y me acepte tal y como soy, con todos mis defectos y mi mal humor.

—Vale, me voy, o cambiaré de opinión—, le digo entre dientes y ella sonríe con tristeza—. Hasta mañana, pelirroja.



Después de que Eva cerró la puerta de la habitación, una extraña sensación se apoderó de mí, tal vez no debería haber aceptado tan fácilmente posponer la conversación. Debería haberme plantado y haberle contado toda la verdad. Pero no quería presionarla, sobre todo con el aspecto de ogro que tenía.

Pasé parte de la noche dándole vueltas a esa loca historia de hechizos, viejas gitanas y directores generales enamorados, hasta que el cansancio pudo conmigo y acabé quedándome totalmente dormido.

No fue un sueño tranquilo.

En el sueño, o mejor dicho, en la pesadilla que tuve, me vi de vuelta en el aeropuerto, pero en lugar de robarme los taxis, me robaban a Eva, y para empeorar las cosas, la anciana, Cleo, me decía adiós desde el otro lado de la calle, riéndose de mi cara de desesperación.

Corrí, pero ella se evaporó en el aire, dejándome con una sensación de abandono que no me gusta nada.

Ya me han herido, me han traicionado, pero nunca había experimentado nada parecido a esa sensación de pérdida que sentí al ver cómo me arrebataban a Eva y la metían en un taxi.

Creo que después de este viaje, hay muchas posibilidades de que nunca vuelva a Miami, creo que estoy quedando traumatizado.

Me levanto de la cama y me doy una ducha rápida. Si Eva cree que voy a esperar todo el día para volver a sentir su sabor, está

muy equivocada. Apenas puedo contener las ganas de lamer todo su cuerpo.

Solo con recordar sus gemidos, sus uñas clavadas en la carne de mis hombros, me pongo duro y me entra hambre. Tengo hambre de Eva. Tengo hambre de una vida descubriéndola.

Me pongo una camiseta y unos pantalones cortos vaqueros, me arreglo el pelo y me pongo desodorante, con el ánimo renovado por la perspectiva de convencer a la ladrona de taxis para que me deje entrar en su vida y en su coño, camino hacia la puerta.

Un trozo de papel doblado me llama la atención, me agacho y lo recojo. Alguien debe de haberlo puesto debajo de la puerta.

Lo abro, con el corazón presagiando que no me va a gustar nada lo que voy a leer.

Dicho y hecho.

Derek,

Gracias por hacerme sentir una mujer deseada y hermosa, y por hacerme darme cuenta de que quiero mas de la vida de lo que he recibido.

Siento mucho que te hayas visto envuelto en este lio. Te prometo que encontrare a Cleo y acabare con este hechizo, o me alejare lo suficiente para que puedas vivir tu vida y encontrar el amor verdadero.

Se que lo que hice estuvo mal, me deje llevar y no pude resistirme. No es una excusa, sino la verdad: eres encantador incluso cuando frunces el ceno estresado en el ascensor.

Ten por seguro que no te utilice, te lo garantizo, y en otra vida te habria entregado mi corazon y mi alma.

Por favor, perdoname.

Con amor, Eva.

¡Mierda!

Salgo de la habitación y voy a la suya. Golpeo la puerta hasta el punto de dar puñetazos. Maldita sea. No puedo creer que Eva me haya hecho esto.

Confuso, enfadado y aún sintiendo el olor del champú de fresa de Eva por todas partes, vuelvo a mi habitación y rompo un jarrón estúpido que alguien pensó que quedaría bonito en la decoración.

Debería haberle dicho que no trabajo en la industria armamentística ni nada por el estilo, que no soy un maldito director ejecutivo. Debería haber tenido las pelotas y haberle restregado mi libro por la cara.

«Soy guionista, Eva. No estoy desempleado ni soy director ejecutivo, solo estoy cambiando un poco las cosas». Eso es lo que debería haberle gritado a ella y a quien quisiera escucharme. «Soy un maldito guionista premiado que acaba de publicar un libro, y por eso estoy aquí en Miami, promocionando mi trabajo. Y por eso no puedo estar hechizado.

¡MIERDA!

¡MIERDA!

¡MIERDA!

¿Así que eso es? ¿Quiero a Eva en mi vida?

¿Por qué otra razón estaría actuando como un león encerrado en una jaula? Porque así es como me siento, como un león grande y hambriento, encerrado en una jaula en la que apenas cabe mi cuerpo y que incluso podría llamarse jaula.

Tengo que hacer algo.



Al menos es mi última presentación y, sin duda, está lejos de ser uno de mis mejores momentos. Durante casi una hora y media, apenas pude pensar en qué hablar sobre mi carrera o sobre el libro, y trato de pasar rápidamente a la lectura de un fragmento que no me parece que tenga ningún sentido.

La organizadora, una mujer ceñuda con el pelo muy teñido, me lanza miradas del tipo: «¿Qué coño es esto?», pero yo solo quiero largarme de aquí lo antes posible.

Al terminar la desastrosa charla, bajo rápidamente las escaleras, pero me intercepta la fila de lectoras que esperan autógrafos.

Con mi habitual cara de idiota, cojo bolígrafos, cuadernos y libros, y empiezo a firmar autógrafos de forma mecánica y apresurada.

No pregunto nombres, no hago dedicatorias, solo escribo mi maldito nombre y esbozo una sonrisa forzada a quienes intentan intercambiar más que unas pocas palabras o me piden una foto. No dudo de que salgo con el ceño fruncido en todas las fotos, a pesar de hacer un enorme esfuerzo por parecer un ser humano normal y feliz. O al menos normal.

— Hola, guapo, nos vemos otra vez. — La voz melosa no me suena de nada, pero entonces levanto la vista y veo a la señora mayor de la otra noche. La que intentó llevarme a cenar. — ¿Estás bien?

Su mirada pasa de sexy a curiosa en un abrir y cerrar de ojos y suspiro, sin poder mantener la pose de escritor exitoso/simpático. Estoy más bien como un escritor alucinado/desesperado/furioso/confuso/que quiere salir corriendo de aquí.

—¿Y tú? —Intento ser cordial, pero ella me escudriña como un escáner de aeropuerto, de esos en los que se ven las maletas por dentro y por fuera, en busca de drogas.

— ¿De verdad está todo bien? Parece molesto.

— ¿Se nota tanto?

— Querido, eres un libro abierto, y apuesto lo que sea a que esa mirada triste es por culpa de una chica.

Para mi sorpresa, la cincuentona que se me insinuó en mi primera presentación es una persona muy agradable. Vale, tendré que disculparme por haberla tratado mal.

Salimos a tomar un café al bar del hotel y ella, que se llama Carole Owens, demuestra ser una oyente increíble.

Le cuento todo de golpe: el robo del taxi, el café en el ascensor, la locura de los hombres que coqueteaban con Eva, hechizados, el sexo increíble, la voz deliciosa, el olor a champú de fresa. Todo.

Ella me escucha con atención, sorbiendo su café con una mirada de pura paciencia.

—Interesante —dice—. Entonces, ¿te sientes mejor?

— Sí, gracias, y perdona por todo esto.

— Es una historia muy loca, pero he visto tantas cosas en este mundo que ya no dudo de nada.

— ¿Y qué hago? —casi lloro, sintiéndome como un perro que acaba de ser abandonado por su dueño.

Carole me da una palmadita en la mano y sonríe.

— Ve a buscar a tu chica.

— ¿Ir tras ella?

— Sí, ve tras ella y dile lo que sientes. Cuéntale todo, tal y como hiciste conmigo, en cuanto vea esa mirada tuya se derretirá.

— Está bien, iré tras ella.

Eso es, iré tras Eva.

Solo tengo que averiguar dónde está.



CAPÍTULO 28

La sonrisa torcida de Derek me derrite el corazón y me hace sentir un nudo en el estómago.

Le quito la pétala de rosa del pelo y veo el brillo de sus ojos, me duele, pero lo único que puedo hacer es alejarme, permitirle tener una vida verdadera.

—Eva... —empieza a decir, pero lo interrumpo, colocando mis dos palmas en su cara, una en cada mejilla, el calor de su piel hace que una ola de energía vibre por todo mi cuerpo y necesito mucha fuerza de voluntad para no renunciar a la decisión que tomé al abrir la puerta y encontrarme con la sonrisa torcida y traviesa de Derek.

Él ha espantado a todo el mundo y ahora yo tengo que espantarlo a él.

Pero eso duele.

—Hoy no —suspiro, y él me lanza una mirada confusa—. Tengo que resolver algunos asuntos personales. Mañana.

—Mañana entonces —declara, contrariado.

Derek me da un beso casto en los labios y empieza a alejarse. Siento cómo cada músculo de mi cuerpo me obliga a clavar los pies en el suelo, o acabaré cediendo y corriendo a sus brazos.

Y no puedo hacerlo.

—Vale, me voy, o cambiaré de opinión —refunfuña con una tontería que es dulce y me hace sentir muy culpable—. Mañana, pelirroja.

En cuanto se marcha, cierro la puerta con llave y vuelvo a colocar la silla en su sitio, para evitar que algún director ejecutivo con sus recursos tecnológicos encuentre la manera de burlar la cerradura electrónica y me pille por sorpresa.

Lo primero que hago es darme un baño caliente y dejar que varias lágrimas molestas me venzan. No puedo. No puedo.

No puedo estar enamorada de Derek.

Vestida y agotada por el tumulto de los últimos días y la confusión de sentimientos que estoy sintiendo, abro mi portátil, entro en la página web de la compañía aérea y compro un billete de avión para volver a casa. Como no puedo cambiar el que compré para volver cuando embarqué en este viaje, y que está programado para dentro de dos días, decido dejarlo estar y comprar uno nuevo con mi tarjeta de crédito. Cuando esté en condiciones de pensar en ello, intentaré que me lo reembolsen.

Ahora, lo único que quiero y necesito es volver a casa y lanzarme a los brazos de mi mejor amiga, llorar lo suficiente como para abastecer un río de una pequeña ciudad y empezar de nuevo.

Hago la maleta y la dejo cerca de la puerta, me acuesto y me quedo mirando al techo oscuro. No voy a poder dormir, pero dar vueltas por la habitación no va a servir de nada.

En algún momento acabo quedándome dormida y sumergiéndome en una maldita pesadilla, en la que estoy corriendo por el aeropuerto y Derek intenta agarrarme de la mano, pero alguien me empuja a un taxi y me lleva lejos.

En el sueño, pataleo y golpeo la ventanilla trasera, pero Derek mira al otro lado de la calle, intentando llegar hasta allí, pero sin moverse del sitio. ¡ En la acera, incitándole a correr y riendo de forma espeluznante, está nada más y nada menos que Cleopatra, la vieja zorra que me metió en todo este lío.

Desde dentro del coche grito a Derek y grito a Cleo, pidiendo ayuda, pero el taxi acelera y gira en la primera avenida, que por cierto ya no está en Miami, sino en San Francisco.

Me despierto con el corazón acelerado y descubro que solo faltan cinco minutos para que suene mi móvil. Aliviada por no tener que obligarme a volver a dormir y rechinando los dientes por no sentirme nada mejor, me levanto y voy a arreglarme.

En cuanto termino, guardo mis últimas pertenencias en la maleta, compruebo que mis documentos están en el bolso y le envío un mensaje a Olivia, avisándole de la hora prevista de mi llegada, para que no se preocupe.

En el pasillo, con una sensación de vacío en el pecho después de dejar la carta debajo de la puerta, echo un último vistazo hacia su habitación y suspiro. En el fondo, mi corazón obstinado espera que él aparezca y me impida irme, dándome cualquier motivo para creer que no está hechizado y que realmente me quiere. La forma en que me miró anoche, su toque ansioso... había algo diferente.

O tal vez solo sea yo engañándome a mí misma. Derek estaba hecho un lío por el alboroto y el ruido que armaron los directores generales en el pasillo, es decir, estaba junto a los hechizados. Solo que mi cabeza no quiere aceptarlo.

Resignada, arrastro mi maleta hasta el ascensor.

No es real.

Nada fue real.

Cierro la cuenta del hotel y pago con la tarjeta de la empresa, porque ahora, más que nunca, estoy furiosa con Robert, que además de romperme el corazón, me envió a un viaje en el que terminé hechizada, perseguida y casi responsable del suicidio de un

hombre al que nunca había visto antes. Y es culpa suya que haya conocido a Derek y me haya enamorado de él.

Me enamoré de su sonrisa torcida.

Y aunque se lo niegue a todo el mundo, no puedo mentirme a mí misma, es la pura verdad, estoy enamorada de un hombre hechizado.



Después de que se abriera la puerta del ascensor y cerrara la cuenta del hotel, todo pasó como una exhalación: el taxi, el mostrador de facturación, el envío de la maleta, subir al avión, sentarme al lado de un desconocido...

Mierda, me senté al lado de un director ejecutivo y no deja de poner su mano en mi muslo mientras discute nuestro increíble futuro.

Respiro hondo cuando la azafata empieza a pasar para ver si queremos algo de beber. En cuanto se da cuenta de la mano del tipo de traje en mi muslo, sonríe, como si estuviera disfrutando de una pareja guapa y enamorada.

Pero no es así.

— ¿Qué van a tomar?

— Un zumo para mí y para ella... —empieza a decir el desconocido, pero enrollo la revista de moda que tengo en las manos y le golpeo la mano con ella.

— Me gustaría otro asiento, ¿es posible?

La azafata me mira confundida y yo suspiro, murmurando con los labios, pero sin emitir sonidos, para que solo ella me entienda. «Ayuda» es lo que murmuro y sus ojos se abren como platos cuando entiende que estoy en un aprieto y que este tipo no es mío.

—Señorita, ¿puede venir conmigo, por favor? —me pide, y yo suelto todo el aire de mis pulmones.

Imagina el lío que se montaría si este hombre de repente se volviera loco por el hechizo. Acabaría siendo responsable de la caída de un avión lleno de gente inocente.

— ¿Adónde vas, cariño? —intenta agarrarme de la mano, pero la azafata lo rechaza con un golpe en la mano.

—Quédese aquí o llamaré a la policía cuando aterricemos.

Confuso, él accede y se queda quieto, pero apenas tengo tiempo de coger mi bolso y él ya está todo sonriente, despidiéndose de mí con gestos cariñosos.

—Vaya, qué hombre más raro —dice la azafata, guiándome hacia la parte trasera del avión, donde me muestra un asiento vacío junto a un anciano que sonríe amablemente y no da señales de locura provocada por un hechizo.

— Gracias —digo y me hundo en el asiento.

— Si ese tipo vuelve a molestarla, juro que haré que lo arresten. Qué imbécil —susurra la azafata—. Me pareció demasiado engreído cuando subió al avión, demasiado para mi gusto...

—Creo que ahora todo irá bien.

Ella asiente y se marcha, dejándome con mi nuevo compañero de viaje.

— Hola, soy Frank —me tiende la mano para que se la estreche.

—Eres el segundo Frank que conozco en este viaje, digamos que el primero era un poco raro—, respondo estrechándole la mano —. Eva.

— Espero que no te parezca raro que te salude. Soy de la vieja escuela, me gusta saber con quién voy a morir si el avión se estrella.

Suelto una carcajada extraña y sé que me va a caer muy bien este viejo raro.

—Prefiero pensar en términos de: la mano de quién voy a coger si el avión se sacude mucho.

Esta vez es Frank quien sonríe y enseguida entablamos una animada conversación, hasta que le cuento todo, desde cómo salvé a la anciana hasta cómo me acosté con Derek. Lo sé, lo sé, debería haberme callado, pero la conversación con él fluye con tanta naturalidad que me siento cómoda contándole las locuras que he vivido en los últimos días.

—Entonces, si lo he entendido bien, estabas enamorada de tu jefe, que te envió a una convención...

— Eso es.

— Allí salvaste a una anciana de ser atropellada y ella te hechizó para que los hombres de la convención se volvieran locos por ti. Y acabaste enamorándote de uno de ellos.

— Sí, dicho así parece una auténtica locura, pero te juro que es verdad.

Frank se ríe.

— He visto muchas cosas en esta vida, querida, nada me sorprende —dice con toda naturalidad. Él me cree, o si está fingiendo, lo está haciendo muy bien, porque yo le creo.

— ¿Entonces no cree que estoy loca?

Con una caricia en el dorso de mi mano, Frank me indica que no.

— El mundo es mágico, de lo contrario, personas como mi esposa y yo nunca nos habríamos conocido.

— ¿Ah, sí? ¿Y cómo fue?

— Cuando tenía unos dieciocho años, compré un billete de tren, me iba del campo a vivir a la ciudad. Había una chica preciosa sentada, mirando distraídamente por la ventana. Me senté frente a ella y pasé buena parte del viaje intentando entablar conversación, pero ella simplemente me ignoraba.

— Vaya, ¿y cómo consiguió conquistarla?

— No lo conseguí, esa criatura ni siquiera me miró a la cara. Hasta que una chica que estaba al otro lado del pasillo se dio cuenta de mi fracaso. Creo que le di pena, porque vino a sentarse a mi lado y empezó a hablar conmigo.

—Vaya, qué locura de historia.

— Créeme, era aún más guapa, nunca una chica así miraría a un don nadie como yo, pero no solo me miró, sino que se pasó todo el viaje hablando conmigo. Fue la mejor conversación que he tenido en mi vida.

— ¿Entonces era simpática?

— Era picante, diferente y tenía muchas opiniones, no le importaba llevarme la contraria si no estaba de acuerdo con las tonterías que yo decía y se reía a carcajadas, de una forma tan vergonzosa que siempre se tapaba la boca al final. Hablamos de todo, ese día y durante los siguientes cincuenta años. En todos estos años siguió riendo de la misma manera escandalosa, diciendo todo lo que se le pasaba por la cabeza y contradiciéndome sin medir sus palabras.

—¿Era su esposa? —exclamo sorprendida y encantada—. Ella es el amor de su vida, ¿verdad?

—Lo es —dice, cogiendo la cartera y mostrando una foto de él con su esposa. En la foto, él sonríe y ella tiene una ceja levantada y una mirada pícara, como si acabara de decir una tontería.

—Hacen una pareja preciosa, incluso después de cincuenta años. ¿Y dónde está ella ahora?

—Mi Helen se ha quedado con nuestra hija menor, que acaba de dar a luz. Voy a volver a casa unos días para poner las cosas en orden y dejar espacio a las chicas.

— ¿Cuántos hijos tienen Helen y tú?

—Tuvimos cinco hijos, dos varones y tres mujeres. Ahora todos están casados y tienen familia. Ya tengo ocho nietos, quién lo diría, ¿no? Una chica tuvo que rechazarme para que yo encontrara al amor de mi vida.

— Fue el destino.

— Sí, puede ser, pero yo lo veo más como aprovechar la oportunidad cuando se presenta. Podría haberle hecho a Helen lo mismo que me hizo aquella desconocida, o peor aún, Helen podría haber hecho lo mismo, pero nos dimos una oportunidad para conocernos y nunca más nos separamos. Cincuenta años.

— Sí, cincuenta años es toda una vida. ¿Y cómo habéis conseguido durar tanto tiempo?

—Peleando, haciendo las paces, cuidándonos el uno al otro y, sobre todo, hablando. Siempre hablamos de todo.

— Vaya, me gustaría tener un amor así algún día.

— Pero antes necesitas una cosa, jovencita —declara muy serio y yo presto atención, no todos los días conoces a alguien cuyo matrimonio ha funcionado y está lleno de amor y respeto—. Necesitas detenerte un momento y ver lo hermosa que eres, cualquier hombre sería muy afortunado de amar a una chica que se arriesga para salvar la vida de desconocidos.

Resoplo, pero no digo nada.

— ¿Cómo vas a ser amada por otra persona si ni siquiera tú crees que lo mereces? Primero nos amamos a nosotros mismos, luego los demás nos aman. Créeme, mi esposa me ha enseñado eso a lo largo de los años y ella siempre tiene razón. —Me guiña un ojo —. Incluso cuando se equivoca.

Vale, hablar es fácil, lo difícil será convencer a mi cerebro de ello.

Merezco ser amada. Tengo que amarme a mí misma.

Ah, vamos, así nunca me libraré de este hechizo que ya parece una maldición.

En cuanto cruzo la puerta, después de despedirme de mi nuevo amigo Frank, veo a mi mejor amiga sosteniendo un cartel con mi nombre.

Sonrío mientras me acerco, y entonces ella da la vuelta al cartel. Por un lado: Eva Harris, por el otro: La mejor amiga de todo el multiverso.

No hay nada como una amiga nerd y geek.

Ella abre los brazos en cuanto me detengo frente a ella y me abraza. Me hundo en su hombro y, aunque ella es tan bajita como yo, de repente me siento tan pequeña y cansada.

— Bueno, ¿qué planes tienes ahora, pequeña saltamontes? — Olivia sonríe y me seca las lágrimas con sus dedos delgados.

— Ir a casa y zambullirme en un bote de helado.

— Me gusta la idea, vamos.

Caminamos juntas hacia la salida del aeropuerto.

— Tengo otro plan —digo, rompiendo el silencio.

Olivia se detiene y me mira con paciencia.

— Necesito aprender a quererme de verdad, pero no sé cómo.

Mi mejor amiga suspira y me coge de la mano, animándonos a seguir caminando.

— Tendremos que trabajar en ello.

— Sí, vamos, y creo que voy a necesitar mucha ayuda.

— Y muchos espejos para ver la mujer maravillosa que eres —dice enfáticamente.

— ¿Y si no lo consigo? ¿Y si nunca rompo este maldito hechizo?

— Bueno, entonces reforzaremos las ventanas, pondremos más cerrojos en la puerta o nos mudaremos a una isla desierta, sin directores generales, corbatas ni trajes.

Suspiro y Olivia me lanza una de esas miradas desconfiadas.

— Hay algo más, ¿verdad?

— Creo que he cometido un terrible error.

— ¿Qué has hecho? No me digas que voy a ser cómplice de un asesinato.

— No es eso. No hay ningún cadáver, en realidad, no hay ningún asesinato.

— Entonces todo está bien.

— No lo está —digo, con un dolor punzante en el pecho—. Yo... me he enamorado. Me he enamorado de un hombre hechizado que me va a olvidar.

Olivia se detiene y me abraza de nuevo.

— Todo va a salir bien, estoy aquí —me acaricia el pelo.

— Estoy tratando de ver el lado bueno.

— ¿Y cuál es...?

— Al menos me he olvidado del imbécil de Sampson.

— Es cierto, al menos eso.

Pero ni siquiera eso hace que duela menos. En absoluto.



Derek

CAPÍTULO 29

Lo primero que hago al volver de Miami es llamar a James y exigirle que venga a mi casa. Mi agente se queja un poco, pero no le doy margen para discutir. Si voy yo, acabaré metiéndome en algún lío por el camino.

Cuando el portero me avisa de que ha llegado, ya he destrozado un montón de cosas de la estúpida decoración, pero ni siquiera eso ha aliviado lo mal que me siento.

Frustrado, furioso, herido, así es como me siento. Un león en una jaula.

Y así es como me encuentra en mi loft. Maldito lío, maldito viaje. Maldita pelirroja ladrona de taxis y adicta al café, al champú de fresa... ¡Joder!

—Vaya, ¿qué ha pasado aquí? —dice al entrar en el apartamento y ver los cristales rotos esparcidos por la sala.

— Yo pasé aquí, ¿qué creías que iba a ser?

—Me da miedo saberlo —mi agente y único amigo sonríe, con la misma burla que siempre muestra cuando quiere fastidiarme.

— Mierda, es culpa tuya —declaro, empezando a caminar de un lado a otro y señalándole con el dedo acusador.

— Parece que voy a necesitar una copa —dice y se dirige al aparador para servirse whisky, la única bebida alcohólica que tengo en casa, precisamente para cuando él viene.

—Sí, bebe, porque tú me metiste en este lío y ahora tendrás que sacarme de él.

James me ignora a propósito. No pasa nada, él sabe lidiar con prácticamente todos mis cambios de humor, pero hoy es diferente. Parezco un lunático, me siento como tal.

—Entonces, ¿me vas a contar cómo fueron las presentaciones? —pregunta, agitando el hielo dentro del vaso con la bebida dorada.

— Todo bien.

Camina por la sala con una tranquilidad que me hace pensar en un jaguar, preparándose para abalanzarse sobre su presa, escurridizo, astuto.

Entonces se detiene y me mira con expresión inquisitiva.

— Si todo ha ido bien, ¿por qué pareces un volcán a punto de expulsar lava por todas partes? —dice mientras se sienta en el sofá.

Empiezo a caminar de un lado a otro otra vez, rechinando los dientes.

—Porque todo salió bien en las presentaciones, pero este viaje me ha trastornado la vida. Trastornado es poco, me ha cambiado la vida, la ha puesto patas arriba, ha causado un daño enorme.

— ¿Cómo es eso?

— Mi vida era perfecta hasta que subí a ese avión.

— ¿Perfecta? —James levanta las cejas, empezando a irritarme—. Si por vida perfecta te refieres a: tú, rico, solitario y gilipollas, ah, sí, era perfecta.

Resoplo, pero no digo nada, después de todo, acaba de resumir los últimos diez años de mi vida. Rico, solitario y gilipollas.

— ¡Maldita sea!

— ¿Qué está pasando? Si no me das una explicación, no podré ayudarte.

— Primero me robó el taxi, luego me tiró encima un maldito café helado y me hizo caer de culo en el ascensor. Para empeorar las cosas, se alojó en la habitación de al lado, siempre meneando esos pechos de un lado a otro. ¿Sabías que es una maldita genio? ¿Cómo es que un genio se convierte en secretaria ejecutiva de un idiota cualquiera?

— ¿Entonces conociste a alguien?

— ¿Que si he conocido a alguien? Me atropelló una pelirroja con lengua afilada y ahora ha desaparecido.

James se ríe a carcajadas, sin preocuparse en absoluto por cómo me voy a sentir yo por ello. Simplemente no le importa, pero los años a mi lado y la paciencia con mis arrebatos le dan ese derecho.

— ¿Por qué te ríes? Estoy jodido.

— No estás jodido, Derek, no seas tan dramático. — James se levanta y, sin dejar de reír, se acerca a mí y me da una palmada en la espalda. — Estás enamorado.

— ¿Enamorado? No, claro que no. Solo... solo estoy enfadado.

Vuelvo a caminar por la sala porque parece ser lo único que me ayuda a pensar un poco mejor. Mi amigo y agente sigue riéndose de mí y bebiéndose todo mi maldito whisky.

—Esa criatura... —murmuro—. Testaruda.

— Testaruda y... —me incita.

—¿Te puedes creer que ella piensa que ha sido hechizada por una vieja gitana? Lo peor es que yo me lo creo, esos locos persiguiéndola... Dios mío, debería haberle dicho que no soy director general, si se lo hubiera explicado... Qué tonto. ¡Joder!

— No tiene ningún sentido, pero me alegro de que hayas seguido adelante, ya era hora.

— Yo... odio a esa pelirroja ladrona de taxis.

— ¿De verdad la odias?

— No. — Ahora es mi turno de hundirme en el sofá. Apoyo los codos sobre las piernas y me froto la cara y el pelo, angustiado. — No la odio. Yo... la amo.

— Así es, amigo mío, estás enamorado y espero conocer a esa santa que ha logrado el milagro de vencer tu mal genio y tu mal humor constante. No cualquier chica sería capaz de lidiar contigo.

— Me llamó idiota, cretino y arrogante.

— ¿Ah, sí?

— Maldita sea, me enamoré de la chica que me robó el taxi y me llamó cretino arrogante en el ascensor.

De repente, empiezo a reírme, es como si todo lo que llevaba dentro perdiera su peso y su importancia. Todo el dolor de cuando descubrí que mi prometida me estaba engañando en vísperas de la boda, toda la rabia de ser utilizado, tratado como una cosa por mi carrera, mi dinero. Todo pierde sentido cuando pienso en Eva, con esa mirada, esos gemidos, esa forma intrigante de ser...

—Ella cree que estoy desempleado —digo, entre risas y murmullos—. Necesito ayuda para encontrarla.

— De acuerdo, dame su nombre completo y todo lo que sabes sobre ella, no te prometo nada.

—De acuerdo, de acuerdo —respondo aliviado, cogiendo mi móvil de la mesita y enviándole al instante un mensaje con todo lo que recuerdo.

— ¡¿Qué no haría por ti?!

James se dirige a la puerta de salida, sacudiendo ligeramente la cabeza, como si no pudiera creer que precisamente el tipo que juró no volver a enamorarse, esté enamorado.

¿Así que eso es? ¿Estoy enamorado de Eva?

No.

La amo.



Paso prácticamente los días siguientes pegado a la pantalla del portátil, escribiendo como si el mundo estuviera a punto de acabarse y esa fuera la única forma de salvar a la raza humana. Hace mucho tiempo que no me siento inspirado, en la misma medida en que estoy enfadado porque ella se ha ido, porque ha renunciado sin saber lo que yo tenía que decirle. Sin intentarlo.

Maldita sea la hora en que decidí no presionarla y hacerla escucharme. Aunque tuviera que atarla a una silla, debería haber obligado a Eva a escuchar cada una de mis palabras. El problema es que es una maldita mula testaruda.

Igual que yo.

A pesar de sentir cómo el vacío crece y la nostalgia me mata, tampoco puedo decir que tener el corazón roto por un amor no sea combustible para escribir.

Por ahora solo estoy esbozando un proyecto, ideas sueltas, y tratando de decidir el formato en el que voy a contar esta historia, si en un guion de película o en otro libro. Me gustó la última

experiencia de dejar que todo saliera en el papel sin preocuparme por la duración de un largometraje. Lo que no me gustó fue tener que lidiar con toda la exposición, las presentaciones...

En fin, intento no pensar en Eva, pero soy un completo fracaso y paso horas husmeando en sus redes sociales, prácticamente babeando con sus fotos, viendo el vídeo de ella cantando una y otra vez, usándolo para arrullar mi sueño y ayudarme a dormir. Y enviándole un montón de mensajes privados, con la esperanza de que me dé una oportunidad de contarle mi versión de la historia.

¿Por qué no le pedí su número? Qué idiota.

Todas las noches sueño con mi chica pelirroja hechizada, y todas las veces le pido que me escuche, que no se rinda y me deje hacerla feliz. Maldita sea, me estoy volviendo loco.

Cierro la tapa del portátil y suspiro. La taza de café frío, a mi lado, deja su aroma en el aire, haciéndome pensar en ella incluso cuando intento no hacerlo.

Abro el cajón del escritorio, saco mi celular y voy directo a la aplicación de la red social, en busca de alguna noticia, novedad, cualquier señal de vida. Pero nada. Siguen siendo las mismas fotos, las mismas sonrisas. Espero que al menos estas fotos ayuden a James a encontrarla. Siempre es más fácil cuando se tiene un rostro para conectar con el nombre.

Antes de soltar el dispositivo, siento que vibra y veo el nombre de James parpadear en la pantalla. Contesto, con una mezcla de ansiedad y urgencia.

—Me debes una —dice, y yo sonrío, sabiendo que lo ha conseguido.

—Te deberé diez, si la noticia es buena.

— Entonces, estaba viendo las redes sociales de tu chica y reconocí el puente Bay Bridge al fondo. Es una foto antigua, pero me ayudó.

— ¿Te refieres a nuestro puente Bay Bridge?

— Esa misma.

— Entonces...

—Exacto, Eva Harris vive en San Francisco.

— ¡Joder! —exclamé, sin poder contenerme.

— Te enviaré la dirección por mensaje.

— Gracias, James.

— De nada, pero como te dije, me debes una.

Cuelgo y corro a la ducha, saltando como un tonto enamorado, porque así es como me siento. Voy a encontrar a mi chica y finalmente la obligaré a escucharme. Además, quiero que descubra que también me ama.

Sé que ella siente algo, solo tengo que descubrir exactamente qué es.

Termino de arreglarme rápidamente y cojo las llaves del coche y la cartera. Echo un último vistazo a mi aspecto en el espejo y salgo, con el corazón latiendo con fuerza y un sabor de esperanza en la boca.

No puedo esperar para chupar esos labios carnosos y escuchar esos gemidos, no puedo esperar para tenerla en mis brazos, con su cabello esparcido por la almohada y su respiración rítmica.

Joder, me he vuelto un tonto.

Riendo de mí mismo, abro la puerta del coche y entro. Conozco el barrio que James me indicó como el lugar donde vive y no creo que me resulte difícil encontrar la casa de Eva. Piso el acelerador y sigo adelante.

Apuesto a que no se lo espera.

Solo espero que no me odie cuando descubra que le he ocultado cierta información. Sería irónico que, en lugar de caer en

mis brazos, llamara a la policía o me espantara tirándome cosas a la cabeza.

No quiero ni pensar en eso.

Unos veinticinco minutos después de salir de casa, empiezo a sentir que se me revuelve el estómago por los nervios, mis manos aprietan con fuerza el volante, sudando, y tengo que contener las ganas de empezar a rezar.

Rezar para que Eva no me odie.

Rezar para que siga viviendo en la dirección que tengo.

Rezar para que...

Me detengo frente a la puerta del adosado, es una construcción antigua, con ladrillos a la vista y una cortina floral ondeando en la ventana.

Subo los escalones con el corazón a punto de salírseme por la boca. Respiro hondo y llamo a la puerta.

Mi mundo se detiene cuando oigo que se abre la puerta. Preparo mi discurso, me limpio las manos en los pantalones y me peino el pelo con los dedos.

Bien, está abriendo.

Joder, qué tardanza.

Mi corazón casi explota en mi pecho y toda mi sangre se hiela cuando se abre la puerta.



CAPÍTULO 30

Unos días antes

He pasado los últimos dos días en pijama, atiborrándome de helado de pistacho (para que veas lo mal que están las cosas para mí, solo como helado de pistacho cuando estoy en el fondo del pozo) y lloriqueando por haber descubierto que, además de cometer el terrible error de acostarme con Derek, un hombre bajo el hechizo de Cleo, me he enamorado de él.

Y lo peor es que no es solo un flechazo, lo amo.

Lo amo tanto que cada respiración, cada pensamiento, desde que me levanto hasta que me acuesto, todo gira en torno a él, a cómo por primera vez en mi vida me sentí verdaderamente amada. Aunque nada de eso fuera verdad, aunque solo fuera un hechizo y a estas alturas él ya me haya olvidado.

Lo amo y no tengo ni idea de cómo dejar de amarlo.

Me miro en el espejo, ajustándome el traje y sin ganas ni siquiera de ponerme pintalabios, y mucho menos de volver a la oficina y pasarme todo el día haciendo cosas y más cosas para mi jefe.

Anoche revisé y envié por correo electrónico el informe, además, adjunté imágenes y contactos de empresas que podrían convertirse en clientes o proveedores de Sampson, buscadas en Internet, porque sabemos que la convención fue un desastre y yo no trabajé ni un solo día allí, bueno, conocí a Mila y su IA superguay, pero aparte de eso...

Ahora, mientras me pongo los zapatos, lo único que quiero es volver a la cama y sumergirme en la comodidad de mis mantas, preferiblemente con un bote familiar de helado de pistacho y una comedia romántica en la televisión.

No, mejor no veo ninguna comedia romántica, eso solo me deprimirá más.

Termino de arreglarme y cojo mi bolso.

Como si todo el mundo pesara sobre mis hombros, salgo a esperar el coche de la aplicación. Va a ser un día largo.



La oficina de Robert en Sampson Security está en el quinto piso de un elegante edificio donde se encuentra la empresa, en el distrito financiero, el centro de negocios de la ciudad. Aunque he venido aquí casi todos los días durante los últimos tres años, debido a la alta tecnología, tardo al menos cinco minutos en pasar por la recepción y llegar al ascensor.

En nuestra planta hay al menos otras cinco personas a diario y, de vez en cuando, aparece uno de los socios, pero siempre es así, poca gente, silencio y tranquilidad. Quizás sea eso lo que necesito, un poco de tranquilidad frente al ordenador.

Pero no.

En cuanto el sensor de seguridad reconoce mi huella digital y se abre la puerta, me envuelve un fuerte olor a flores. Se me revuelve el estómago al recordar la habitación de hotel en Miami repleta de flores y dulces.

Y la imagen, salvo por el hecho de que no hay cama, es prácticamente la misma.

Sue, la recepcionista de la planta, me mira como si estuviera a punto de comerme el hígado. Está enfadada y no puedo culparla.

Normalmente me ignora como si ni siquiera existiera, pero hoy no, porque en cuanto me ve, Sue viene marchando hacia mí con las manos apretadas en puños y empiezo a pensar si debo correr o prepararme para defenderme de un golpe.

— Más te vale tener una explicación, Eva.

—¿Explicación? —Fingo no entender, pero la verdad es que sé que el maldito hechizo de Cleo aún no ha terminado.

Mierda, estoy en un lío.

— Llevamos tres días recibiendo flores, chocolates y tarjetas sin parar, he tenido que enviar algunas al almacén, no tenía más sitio donde ponerlas. ¡Hasta el presidente de Elemental, de Elemental!

Elemental es una importante empresa de seguridad gubernamental, con contratos en todo el mundo y que nunca, jamás, ha querido hacer negocios con nuestra empresa, no compran ni un pirulí de Robert, nada de nada, así que puedo entender esa reacción.

— Creo que hice un buen trabajo. — Me encojo de hombros, tratando de esquivarlo y escapar a mi escritorio, al otro lado de una enorme pared de cristal.

— Bueno, si es así, entonces puedes hacer tu buen trabajo quitando todas estas flores de aquí y todo el chocolate también, el olor me está dando dolor de cabeza.

Suspiro y dejo de caminar. Huir no es una opción.

— Tienes razón, lo arreglaré. — La dejo hablando sola y me dirijo a mi mesa. Si me quedo un momento más, acabaré descargando toda mi frustración en ella y no sería justo.

Normalmente, Sue no se atreve a venir a hablarme con tanta petulancia porque sabe que soy la secretaria del jefe y que él no puede vivir sin mí. Pero, ¿ ? No me importa, ya tengo demasiadas cosas de las que preocuparme, empezando por deshacerme de todo este chocolate. Soy alérgica y solo pensar en tener todo esto cerca me da miedo acabar teniendo una crisis anafiláctica.

Sería muy gracioso, una secretaria hechizada, enamorada y totalmente jodida, que acaba en el hospital por culpa del chocolate.

Echo un vistazo a la oficina de mi jefe, pero aún no ha llegado, así que no notará mi ausencia si me tomo un tiempo para deshacerme de todo este lío.

Dejo mis cosas en la mesa, cojo mi tarjeta magnética para acceder a todo el edificio y llamo a la oficina de Nick, nuestro mensajero y gurú de los signos del zodíaco, al que le encanta leer el horóscopo de todo el mundo y no para de molestar a Sue. Así que él será mi cómplice.

— Hola, chico, ¿todo bien por ahí?

— Mi sagitariana favorita ha decidido aparecer. ¿Dónde te habías metido? Ya estaba a punto de dimitir, nadie aguanta más a esa bruja.

La arpía es Sue, porque aunque no se mete conmigo, lo hace con todo el resto del personal, parece que cree que manda en algo aquí.

Me río.

— No me digas, está furiosa conmigo.

— ¿Por las flores? Nadie habla de otra cosa. ¿Qué ha pasado, te has convertido en algún tipo de celebridad?

— Es una historia complicada, pero te prometo que te la contaré si tú me prometes dos cosas: una, no se lo cuentes a Sue, no se merece saber los chismes, bueno, mejor no se lo cuentes a nadie...

— Y dos...

— Ven a ayudarme a librarme de todo esto antes de que pierda mi trabajo.

— Dudo que el doctor Sampson pudiera pasar un solo día sin ti, últimamente ha estado muy estresado y casi despide a uno de los jefes de equipo.

— Quizás sea hora de pedir un aumento. Pero, ¿vas a venir a ayudarme o no?

— Ya subo.

Cuelgo el teléfono y espero a que nuestro lector de horóscopos profesional suba desde su minúscula salita en el sótano. Para alguien relegado al último piso, llega bastante rápido y además trae consigo su carrito de correo, totalmente vacío.

—Eres un genio —le digo y dejo que me abrace con su torpeza habitual.

—¿Sabías que en tu horóscopo de hoy decía que estás a punto de descubrir un gran amor? —Me guiña un ojo, pero yo resoplo y cambio de tema.

Nick es al menos diez centímetros más bajo que yo, siempre viste de traje y lleva el pelo bien peinado, me gusta el olor de su perfume y, cada vez que se lo digo, se sonroja como un tomate maduro. Pero es su sonrisa fácil y su conversación jovial lo que lo convierten en una de las personas más simpáticas de la empresa.

Empezamos a llenar el estante superior del carrito con todas las flores que aún están bonitas. Sue ni siquiera se molestó en ponerlas en vasos de agua o macetas, simplemente las fue colocando donde veía espacio. Hay varios ramos de todos los colores y pequeños arreglos con varios tipos de hojas delicadas. Separo dos

macetas con una suculenta y un cactus para llevarme a casa y el resto lo colocamos en el carrito, hasta formar una pila alta. Lo que no cabe, lo acabo poniendo debajo del brazo para que no quede nada.

En los dos estantes de abajo colocamos los paquetes de chocolate, de diferentes marcas y con todo tipo de sabores. Me encantaría probar algunos, huelen tan bien, pero si como un trocito, por pequeño que sea, puedo acabar muriéndome.

Lo descubrí muy pronto, cuando salí en mi primer Halloween a pedir caramelos. Casi mato a mis padres del susto cuando vieron a su niña de mejillas regordetas pareciendo un globo a punto de explotar. No recuerdo nada de eso, pero prefiero no arriesgarme.

— Si vendieras todo ese chocolate caro, podrías ganar mucho dinero.

— Sí, pero hoy no me apetece ganar un dinero extra, solo quiero deshacerme de esto cuanto antes y olvidar lo que ha pasado.

Nick y yo salimos repartiendo flores y chocolates a todos los del edificio, incluidos los guardias de seguridad y el equipo de limpieza, ni siquiera los grandullones de los equipos de campo se resisten al capricho. La mayoría de las mujeres suspiran y sonríen abiertamente cuando se dan cuenta de que los chocolates son de buenas marcas, al menos en eso los directores generales no son tacaños.

Podría devolverlo todo, pero prefiero mimar a las personas con las que trabajo, incluida Sue, que pone cara de sorpresa al ver los bombones de chocolate blanco que dejo junto al teléfono.

«¿Son para mí?», pregunta, y yo asiento con la cabeza. La gruñona cincuentona suspira y me dedica una sonrisa, al menos eso creo. «¿Cómo sabías que me gusta el chocolate blanco?».

—Porque en el último amigo secreto de la empresa sugeriste chocolate blanco.

— Muy observadora. Gracias, Eva.

— Gracias a ti por hacer un gran trabajo y perdona por todo este lío.

Bueno, creo que acabo de conquistar a la arpía.

En cuanto volvemos a mi mesa, Nick mira hacia la recepción y se inclina para hablar en voz baja.

— Nunca pensé que llegaría este día.

— ¿Qué día? —digo riendo, porque cada vez que Nick pone esa cara tan graciosa sé que viene algo bueno.

— El día en que la arpía sonreiría.

— Yo tampoco». Me agacho un poco y cojo mi bolso. De dentro, saco un pequeño regalo y se lo doy a mi compañero de trabajo favorito, junto con una caja de bombones de una marca muy cara, que guardé para él antes de salir a repartir mis regalos. «Esto es el pago por el servicio y esta cajita es por ser un amigo y un increíble gurú del zodíaco».

— ¿Me has traído un regalo?

Nick me abraza y abre el paquete como si fuera un niño necesitado. Es bonito ver cómo un simple gesto puede hacer feliz a alguien. Me gusta esa sensación, es lo único que me hace sentir un poco mejor hoy.

Solo compré dos regalos en Miami, la tarde que estuve deambulando por la ciudad, tratando de escapar del lío con los directores ejecutivos que no se cansaban de intentar conquistarme.

— ¿Qué te parece?

El regalo de Olivia lo encontré en una tienda de antigüedades, una especie de amuleto egipcio que me costó un riñón. Le encantó, se lo colgó al cuello y no se lo quitó más. No hay nada como una amiga arqueóloga a la que le gustan las cosas antiguas. Para Nick compré una corbata de Giorgio Armani que estaba en liquidación en una boutique. Me pareció tan bonita que valió la pena la inversión.

— Dios mío, es una corbata de Giorgio Armani. Dios mío. Dios mío. Dios mío.

—Y combina con el color oscuro de tus ojos —le digo cuando se la coloca delante del pecho, imaginándose con ella puesta.

— Gracias, Eva. Me encanta.

—Quiero verte con ella puesta el día que te asciendan.

Él resopla, pero yo solo sonrío.

Salimos a la cocina a tomar un café antes de que llegue Robert, que por cierto lleva ya treinta minutos de retraso, y aprovecho para contarle la historia de las flores. Pensé en contarle una pequeña mentira, pero Nick es de fiar y sé que mantendrá mi locura solo entre nosotros.

—Vaya, eso explica todas las flores y los bombones.

— Menos mal que nadie ha descubierto dónde vivo, espero que en los próximos días empiecen a olvidarse de mí. Parece que cuanto más pasan los días, más locos se vuelven.

— Debe de ser una pesadilla.

—Sin duda.

— ¿Y cómo vas a librarte de esa maldición, hechizo o lo que sea?

— No tengo ni idea, solo sé que si no lo soluciono pronto, acabaré comprando un billete de ida al Polo Norte.



En cuanto Robert pasa por recepción, noto un cambio extraño en el ambiente, algo familiar, pero que no consigo identificar hasta

que se detiene justo delante de mi mesa con una sonrisa torcida y un poco lunática.

¿Será?

No.

Maldición.

Robert me coge de la mano y me lleva a su despacho sin siquiera decirme buenos días. Cierra la puerta al entrar y echa la llave, lo que me produce un escalofrío. Para empeorar las cosas, cierra las cortinas que separan su despacho del resto de la oficina.

Sí, está hechizado.

— Te he echado mucho de menos —dice, abrazándome.

— ¿Cómo? —Me aparto hacia un lado.

—Por fin has vuelto, mi amor. —Robert da un paso más hacia mí. Parece un zombi de las películas de los noventa.

— Primero, yo no soy su amor —le respondo irritada, dando la vuelta a la mesa y empujando una silla hacia él—. Segundo, usted está comprometido.

— Comprometido con nuestro amor... —tararea, tratando de acceder a mí por el lado de la mesa.

— Será mejor que te alejes.

— Es mejor amarte a ti, querida.

— ¡No! ¡No! Tú no me amas, amas a Lara.

— ¿Lara? ¿Qué Lara? No conozco a nadie con ese nombre, la única que veo eres tú.

Me detengo en medio de la sala, amenazando a Robert con una carpeta que cogí de su mesa.

— ¡Quieto! —grito, y él se detiene, casi babeando en mi dirección—. O te detienes o me voy.

— No, mi amor, nos vamos juntos.

— Ay, Dios mío, ¿qué hago?

— ¡Cásate conmigo! —Da un paso adelante y yo levanto la mano, tratando de detenerlo.

He pasado los últimos tres años imaginando cómo sería tener a Robert Sampson enamorado de mí, pidiéndome matrimonio, derritiéndose con declaraciones de amor nada menos que perfectas, pero ahora solo puedo pensar en huir de aquí.

— Entiendo que estés hechizado, pero no va a pasar, o te detienes o te rompo la nariz. — Cojo la silla que hay entre nosotros.

— Cómo eres hermosa, perfecta, increíble, mi vida...

Levanto la silla sintiéndome una auténtica domadora de fieras, intentando ahuyentar a Robert sin romperle ningún hueso.

Esto va a ser más difícil de lo que imaginaba.



Después de un día infernal, con Robert pegado a mí, pareciendo un loco y dejando a todo el mundo sin reacción, por fin mi día terminó.

Cuando descubrí que golpear a mi jefe no resolvería nada —sí, lo golpeé con su propio maletín, con un plumero que encontré perdido en un armario y con mi bolso—, hice un trato: podría quedarse cerca de mí si aceptaba mantener la boca cerrada y las manos alejadas.

Cada vez que Robert abría la boca o extendía la mano hacia mí, le golpeaba con una revista enrollada en forma de pajita, fue un tipo de adiestramiento que no tuvo casi ningún efecto.

Estoy en contra de la violencia, pero a veces una chica tiene que defenderse.

Ahora, mientras salgo a escondidas de mi jefe locamente enamorado, siento cada parte de mi cuerpo tensa y dolorida. Solo espero que mañana sea un día mejor, tengo que inventarme algo para sacarlo de la oficina, alguna reunión o un viaje de emergencia.

Y espero, con todo mi corazón, que se olvide de la incómoda situación en la que nos ha metido durante todo este día de mierda.

Olivia me está esperando fuera del edificio, en su bonito coche eléctrico. Cuando empecé a idear mi plan de fuga al final de la jornada laboral, envié un mensaje a mi mejor amiga para que viniera a rescatarme. No quiero ni imaginar lo que pasará si Robert descubre dónde vivo. Ninguno de ellos.

— Estoy muerta —murmuro, entrando en el coche y hundiéndome en el asiento del copiloto—. Necesito esa pasta con queso tuya y una botella de vino.

— Tus deseos son órdenes —sonríe y arranca el coche—. Operación mejor amiga al rescate en marcha.

Me río, pero por dentro estoy mortificada.

Nunca pensé que pasaría por esto, nunca imaginé que rechazaría al hombre por el que suspiré durante casi mil noventa y cinco días, tres largos y tortuosos años. Ahora, lo que daría por volver a ser invisible.

— ¿Tan malo fue? —pregunta Olivia cuando se detiene en el semáforo en rojo.

— ¿Además de miles de ramos de flores y chocolates, e incluso un anillo de diamantes que devolví...?

— Vaya, estás viviendo el sueño americano de las mujeres románticas.

— Estoy viviendo un infierno astral, terrenal e incluso espacial, eso sí. — Suspiro. — Robert Sampson se ha pasado todo el día encima de mí.

— ¿¡No me digas!? —Me mira con cara de asombro.

— El semáforo se ha puesto en verde. —Señalo con la cabeza y ella arranca.

— ¿Y cómo es? Quiero decir, ¿cómo es tener a tu jefe idiota, al que hasta hace unos días te gustaba, enamorado de ti?

— Fue horrible. Y no está enamorado, solo sufre por un hechizo.

Me lanza una sonrisa pícara, pero sé que Olivia va a decir algo, algo que me hará reír o maldecir.

— Eso está muy mal, pero ¿has pensado en... ya sabes, estar con él? ¿Solo para divertirte un poco?

— No, está hechizado, eso estaría mal.

— Mal y, aun así, has pasado los últimos días suspirando por ese tal Derek del ascensor.

Me cubro la cara con las manos y suelto un gruñido.

— No me lo recuerdes, estoy intentando perdonarme y olvidarlo.

— Vale, lo siento.

Olivia y yo pasamos por el mercado para comprar los ingredientes para nuestra cena y, mientras ella elige los quesos que va a usar en su increíble receta de macarrones con queso (los mejores del mundo, por cierto), yo lleno nuestro carrito con al menos tres botellas de un vino barato que me dará un buen dolor de cabeza mañana.

Ya es de noche cuando finalmente llegamos a casa y entramos en nuestro pequeño y acogedor hogar cargadas con bolsas.

La casa que Olivia heredó de su padre cuando él falleció es preciosa y se ha convertido en mi hogar desde que salimos de la universidad. Solo hay una inquilina en el apartamento de arriba, una mujer de unos cuarenta años a la que apenas vemos, porque pasa más tiempo viajando por trabajo que en casa.

Es un lugar agradable y he aprendido a quererlo tanto como a mi mejor amiga. Sé que no viviremos juntas aquí para siempre, pero quiero disfrutar cada minuto que tenemos como compañeras de piso, sobre todo porque la importante arqueóloga está siempre viajando a yacimientos arqueológicos por todo el mundo. Más aún ahora que ha conseguido su puesto de investigadora jefe.

¿Cómo voy a vivir aquí, maldita y sola, cuando ella se vaya de viaje?

Solo de pensarlo, vuelvo a sumergirme en ese estado de ánimo triste que me persigue desde que regresé de la convención. Como si no bastara con extrañarlo, con ganas de sentir su boca en mí, de escucharlo soltar sin frenos todas las cosas traviesas que le gusta hacer, todavía tendré que prepararme para empezar a extrañar a mi amiga.

Me doy una ducha y luego voy a ayudar en la cocina.

Sirvo el vino para las dos, el olor de la pasta con queso de Olivia me abre el apetito y ponemos la mesa con toda la pompa que nos merecemos. En cuanto me siento a comer, siento esa misma sensación extraña que se tiene antes de que algo salga mal o de que aparezca algún CEO embrujado.

Mi corazón late rápido y Olivia me lanza una mirada preocupada.

— ¿Estás bien?

— Está pasando —digo, levantándome y empezando a buscar.

— ¿Qué estás haciendo?

— Estoy buscando al loco de turno.

Olivia se levanta y, aunque parece no entender nada, empieza a ayudarme a buscar por toda la casa: abrimos armarios, miramos debajo de la cama, investigamos el baño y detrás de las cortinas. Nada.

— Creo que estoy empezando a volverme loco...

Apenas termino de hablar y ocurre la magia. En un abrir y cerrar de ojos, nuestra puerta se abre. No, esa no es la palabra adecuada, la puerta se abre de par en par y nos hace dar un salto del susto. Un salto y un gritito.

—¡Mierda! —grito, cogiendo a Olivia y corriendo detrás del sofá.

Vestido de ninja, sí, así es, vestido igual que los ninjas de las películas, el hombre irrumpe en nuestra casa, da una pirueta en el aire y unos golpes de kung fu.

Nos quedamos espiando mientras él presenta su pequeño espectáculo de horrores, golpeando a quién sabe quién.

—¿Con quién está peleando? —me susurra Olivia al oído—. ¿Acaso estamos en la película del hombre invisible?

—No lo sé —le susurro a mi vez.

—Qué locura, está golpeando al aire.

El ninja CEO sigue golpeando el aire, a veces pareciendo un luchador de artes marciales, a veces pareciendo un boxeador.

— ¿Qué hacemos? —Olivia me coge de la mano, estamos escondidas detrás del sofá, espiando la escena más absurda del mundo.

— Esperemos, quizá se rinda si cree que no hay nadie.

Olivia asiente con la cabeza y nos agachamos todo lo que podemos, tratando de no hacer ruido para evitar que nos descubra.

Los sonidos de los golpes se van silenciando poco a poco, así que, cuando por fin ya no oigo nada y creo que estamos a salvo, levanto la vista y me llevo otro susto.

Con la gorra levantada hasta la frente, el loco que irrumpió en mi habitación de hotel en Miami me está mirando.

— Hola, guapa.

— ¡Joder! —grita Olivia, llevándose la mano al corazón—. ¿No dijiste que se iba?

—Creía que sí—declaro, levantándome y tirando de mi amiga conmigo.

El hombre nos sigue con la mirada y tanto Olivia como yo intentamos no hacer ningún movimiento brusco.

— Guapa, guapa, guapa —canta, porque al parecer, además de director ejecutivo y ninja honorario, el hombre también es cantante. Un cantante pésimo, por cierto—. Hola, guapa, ¿me echabas de menos?

— ¿Estás solo? —pregunto, mientras intento poner algo de distancia entre nosotros.

— Sí, mi amor, no hay nadie más en este mundo que te quiera tanto como yo.

— Tú no me quieres, solo es un hechizo.

— Hechizo, hechizo, hechizo, hechizo —canta en voz alta.

Mientras intento distraerlo, Olivia se escabulle y se dirige a la cocina.

— Entonces, mi bella, ¿estás lista para entregarte a nuestro amor?

— ¿Ah, amor? — Dios mío, qué lío.

— Nuestro amor será eterno, fantástico. Solo pienso en eso, pondré el mundo a tus pies, te llenaré de regalos... — Da unos pasos y me coge las manos, intentando atraerme hacia él para besarme. — Vamos a sellar nuestro amor.

— Sellar nada —dice Olivia y le rompe un pesado jarrón en la cabeza.

El ninja CEO cae desmayado y yo por fin puedo respirar. Pero el alivio dura poco, porque ahora tenemos literalmente un cadáver del que preocuparnos.

—Siempre pensé que yo te ayudaría a esconder un cadáver, pero creo que va a ser al revés—, suspira Olivia.

Me agacho para comprobar sus signos vitales y todo está bien. Menos mal.

—Está vivo.

—Menos mal, no quiero que me arresten por asesinato.

— Rompiste el frasco más pesado que teníamos.

— Es que no estaba seguro, ¿te imaginas si hubiera usado el otro que compramos en el mercado y el vidrio ni siquiera le hubiera hecho cosquillas? No quiero ver a ese ninja loco persiguiéndonos.

— Sí, creo que la cerámica fue una buena elección.

— ¿Qué hacemos ahora?

— Vamos a deshacernos del cuerpo.

Olivia y yo arrastramos al hombre por las escaleras frente al edificio. Se golpea el trasero y la espalda y gime, y empiezo a preocuparme por la posibilidad de que se despierte de nuevo.

— Abre el coche, voy a coger el otro jarrón por si lo necesitamos —Mi amiga me pasa la llave del coche.

Abro la puerta de par en par y miro a todos lados, es una noche clara y no quiero que algún vecino chismoso me confunda con una delincuente.

Cuando vuelve de dentro de la casa, pone el orinal en el suelo y me ayuda a arrastrar al pesado.

—Este hombre parece pesar unos doscientos kilos —se queja.

—Los hombres tienen huesos más pesados —respondo, agotada.

— Huesos pesados y abdominales marcados, mira eso.

Mi amiga levanta la camiseta negra del ninja invasor y las dos nos quedamos babeando un momento ante sus abdominales marcados.

— Bueno, acabemos con esto.

Con dificultad, lo empujamos al asiento trasero. Es una visión infernal y el hombre parece una gelatina blanda. Excepto por los abdominales, claro, no hay nada blando ahí.

Mi respiración entrecortada acompaña a mi corazón ruidoso, es una mezcla de pánico, adrenalina y algo más que no sé explicar, pero cuando me subo al asiento del copiloto estoy frenética y medio aturdida.

Olivia me entrega el jarrón y suspira.

— Si se despierta, lo duermes con esto.

— ¿Y si lo mato?

— No vas a matarlo, Eva, este jarrón está hecho de vidrio barato. Bueno, tal vez le dejes alguna secuela, pero es él o nosotros.

— De acuerdo, es él o nosotros. Y yo elijo nosotros, siempre.

— Yo también.

Olivia arranca el coche y empieza a conducir por las calles de San Francisco, sin un destino definido, solo pensamos en deshacernos del ninja que estaba loco por enrollarse conmigo.

—¿El hospital? —pregunta, cruzando el puente Bay Bridge—. O podemos tirarlo desde aquí arriba.

— ¡Qué horror!

—Estoy bromeando, es que nunca me imaginé viviendo un drama mágico de película, no sé cómo actuar.

— No creo que haya un manual para eso.

—Entonces, al hospital —declara ella y las dos nos echamos a reír como locas.

Y riendo, seguimos cruzando el puente en busca del primer hospital que aparezca. Lo único que quiero es deshacerme de este tipo, preferiblemente sin matar al pobre. Sigo riendo hasta que veo un movimiento en el asiento trasero.

—Cariño, ¿qué está pasando? —gime, pillándome desprevenida.

—Te dije que lo apagaras —discute Olivia.

— Pero no lo vi despertarse, el hombre es un ninja.

Y como un ninja, intenta dar una especie de golpe a Olivia, una especie de llave torcida debido a la extraña posición en la que queda su enorme cuerpo en el pequeño y bonito coche de mi amiga.

—¡Socorro! —grita Olivia.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —grito, sin saber qué hacer.

Olivia le muerde el brazo y esta vez es el ninja quien grita, un rugido casi animal. Luego me mira de una manera aterradora y sé que tal vez tengamos que matarlo. Esperando que no sea así, trato de apartar sus manos frenéticas.

— Mi bella, no te preocupes, yo te protegeré, te salvaré.

Empieza a tocarme el pelo y yo empiezo a gritar.

El coche da un bandazo hacia un lado, porque Olivia quita una mano del volante para abofetearlo.

— Suéltala, ninja loco.

— Secuestradora, vas a pagar por intentar robarme a mi...

— Yo no he secuestrado a nadie —Olivia le da otra bofetada.

El caos en el coche es tal que en un momento estoy golpeando al ninja y al segundo siguiente intentando mantener el volante recto.

— ¿Este puente no se acaba nunca? —grito, mordiéndole el brazo.

Entonces veo el jarrón a mis pies y lo cojo.

— Para, no quiero matarte —grito, pero él está intentando pasar al asiento delantero—. ¡Para!

Este coche apenas nos cabe a las dos, imagínate si este bruto musculoso también viene. ¡Qué horror! Como no se detiene, cierro los ojos y le golpeo con todas mis fuerzas. El jarrón se rompe, los trozos vuelan por todo el coche, pero al menos vuelve a caer inconsciente.

— ¿Por qué no lo hiciste antes? —Olivia tose y respira con dificultad.

— No se me ocurrió, fue un poco aterrador, tienes que darme la razón.

—Es verdad.

—Menos mal que trajimos el jarrón, no era de cerámica, pero lo noqueó.

Me hundo en el asiento y cierro los ojos.

— Nunca pensé que diría algo así, pero prefiero volver a ser invisible.

Olivia conduce como un conductor de fuga de robo de banco. Ella insulta, se desvía, pisa a fondo, pero logra llegar a la entrada de un hospital antes de que el loco se despierte. Con el coche aparcado, nos quedamos mirándonos la una a la otra.

— ¿Y ahora qué hacemos? —pregunto, angustiada.

— ¿Y yo qué sé? La hechizada aquí eres tú, así que decide.

— Me siento como una criminal.

Salgo del coche y me dirijo a la gran puerta del hospital. Busco una silla de ruedas y encuentro a un enfermero, al que consigo convencer para que nos ayude contándole una gran mentira.

—Verá, mi amiga y yo encontramos a este hombre intentando saltar del puente, conseguimos sacarlo de allí, pero se volvió loco y lo dejamos inconsciente con un vaso.

— ¿Un jarrón? —El enfermero me mira confundido.

—Sí, una pena, era un jarrón muy bonito. Pero lo importante es que este hombre necesita un buen médico y una evaluación psiquiátrica, es un suicida.

Otra mentira por una buena causa, estoy empezando a ser buena en esto.

Cuando vuelvo al coche, Olivia está fuera, creo que le dio miedo que nuestro intruso se despertara y montara otro espectáculo

ninja.

—Olivia, este es el enfermero Jackson, le conté que encontramos a este extraño tratando de saltar del puente y lo trajimos. —Levanto las cejas y mi amiga entiende la situación. Siempre hemos sido muy buenas mintiendo en pareja, aunque ella es muy mala mentirosa. — Bueno, como te decía, se subió al coche para venir al hospital, pero se volvió loco y casi provoca un accidente, hicimos lo que pudimos.

—Fue horrible, pobrecito, estaba tan desorientado —dice Olivia.

El enfermero comprueba sus signos vitales y nos explica el procedimiento: tenemos que esperar a la policía para prestar declaración, mientras tanto ellos lo atenderán, verán si está bien y tal vez lo sedarán, en caso de que se ponga violento. Le aseguro que vamos a buscar nuestros documentos y que nos vamos enseguida, pero en cuanto se cierra la puerta electrónica, con el enfermero llevando a mi perseguidor en su silla de ruedas, corro hacia la puerta del pasajero.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Olivia, aterrada.

—Me largo de aquí —respondo, abriendo la puerta y entrando —. Vamos, date prisa. No querrás tener que explicar a la policía que le hemos dado al tipo con dos macetas, ¿verdad?

—No —dice ella y se mete en el coche, arranca y nos lleva de vuelta a casa—. Ahora entiendo por qué compraste todo ese vino.

— Vamos a emborracharnos.



Beber no es precisamente mi fuerte, pero mantenerme sobria después de casi caerme del puente Bay Bridge no está en mi lista de opciones por el momento. Así que, vamos con el alcohol.

Olivia se sienta en la alfombra del salón con un bol de palomitas, en algún rincón oscuro de su mente el vino y las palomitas son una combinación perfecta. Como no tengo nada que perder, me uno a ella.

Nuestras copas (sí, estamos bebiendo vino en copas, una copa no sería suficiente para el resultado que buscamos, emborracharnos) están apoyadas sobre los reposabrazos de la mesa de centro, que hemos empujado hacia delante para poder estirar las piernas sin obstáculos.

— Bien, ahora que estamos listas, solo tenemos que pensar en cómo sacarte de este lío —declara mi amiga con tono solemne—. ¿Qué te dijo la anciana la última vez que hablaste con ella?

— ¿Te refieres a la última vez que estuve cara a cara con ella o también cuenta en sueños?

— Bueno, si tenemos en cuenta que es todopoderosa y te ha hechizado, creo que hablar con ella en sueños también debe valer algo.

—De acuerdo, déjame pensar. —Me llevo el vino a la boca y doy un generoso sorbo, empezando a sentir los efectos de la dulce bebida—. Que todos los directores generales me verían, pero que yo también debería verme a mí misma, que solo yo puedo acabar con este lío.

—Estoy de acuerdo —declara Olivia, levantándose—. Ven, hagamos un ejercicio de aceptación.

— Ay, Dios mío.

—Vamos, no seas perezosa.

—Vale, vale, vale, mandona.

Me levanto y me pongo frente a mi amiga, ella toma mis manos entre las suyas y comienza a respirar profundamente.

— ¿Tengo que hacer esto? —pregunto, conteniendo la risa.

— Tómatelo en serio, Eva, o tendremos que enviar a muchos tipos trajeados al hospital. Algo así llama la atención, imagínate si los federales deciden llamar a nuestra puerta.

— Acabaría convirtiéndome en un ratón de laboratorio.

—Exacto.

Respiro profundamente, imitando a mi amiga y con toda mi buena voluntad. No me gusta ni pensar en la posibilidad de acabar en la cárcel por provocar una revolución mágica en la ciudad.

— Bien, ahora piensa en cosas bonitas. Como un lugar agradable.

— Un castillo medieval en Escocia.

— Vaya, a veces eres muy rara.

— Dice la mujer que ama las momias.

— No amo las momias, solo trabajo con ellas.

— Ya.

— Concéntrate, Eva.

Cierro los ojos.

— Vale, un castillo medieval en Escocia, con piedras milenarias, un hermoso paisaje verde...

— Eso, respira muy despacio y siente que estás allí.

Abro los ojos y pongo las manos en la cintura, poniendo cara de «¿qué *demonios estás haciendo?».*

— No estarás intentando hipnotizarme, ¿verdad? Ni se te ocurra hacerme imitar a una gallina, señora Olivia Cooper.

— Así no se puede, nunca te callas.

— Lo siento. Prometo que me comportaré.

— Está bien, entonces empecemos de nuevo, y tómatelo en serio.

— Vale. Vamos allá.

Empiezo a respirar profundamente otra vez, inhalando por la nariz y exhalando por la boca, repitiéndome una y otra vez que estoy paseando por un castillo en Escocia, tocando sus piedras, sintiendo el olor de la historia incrustado en las paredes...

— Ahora que estás concentrada, quiero que pienses en la razón por la que mereces estar en este lugar.

Pienso por un momento, tratando de encontrar una respuesta que tenga sentido.

— Me encantan los castillos.

— Muy bien, ahora repite conmigo: Me encantan los castillos y merezco conocerlos.

— Me encantan los castillos y merezco conocerlos.

— Me encantan los castillos y merezco conocerlos.

— Me encantan los castillos y merezco conocerlos.

— Me encantan los castillos y merezco conocerlos.

— Me encantan los castillos y merezco conocerlos.

— ¿Entonces, funcionó? —pregunta Olivia después de repetir el mantra del castillo.

— No lo sé, pero me muero de ganas de comprar un billete de avión a Escocia.

Ella se echa a reír y yo la sigo. Nos reímos a carcajadas, alternando entre el vino, las palomitas y los atragantamientos causados por la risa.

Puede que no me haya curado del hechizo/maldición, pero sin duda quiero más que nunca conocer los castillos medievales de Europa.

— Bueno, tal vez si repites que te amas funcione, el castillo parece que funcionó.

Riendo, me bebo el resto de mi vino y, mientras Olivia vuelve a sentarse en el suelo, empiezo a caminar en círculos sobre la alfombra, con los ojos cerrados y repitiendo un nuevo mantra.

— Me amo, me acepto. Me amo, me acepto.

— Eso, ese está bien, repítelo sin parar.

— Me amo, me acepto. Me amo, me acepto.

Y así me quedo durante mucho tiempo, hasta que me empiezan a doler las plantas de los pies y decido sentarme y beber más vino.

— ¿Y bien, ha funcionado?

— No lo sé, pero supongo que lo descubriremos mañana.



CAPÍTULO 31

Lo último que recuerdo es sujetar el pelo de Olivia mientras ella prácticamente se bebía todo el vino barato del inodoro. Mi mejor amiga y yo nos bebimos dos botellas y media de vino mientras reíamos y maldecíamos a nuestro invasor ninja que casi nos hace sufrir un accidente en el puente.

Después de eso, la noche fue cuesta abajo, con Olivia quejándose de las constantes peleas y el descuido de su novio, el viejo que es el coordinador del equipo de arqueólogos y que estuvo dando vueltas durante casi dos años para darle un puesto como jefa de investigación a Olivia en la universidad, donde ella está terminando su doctorado.

Acomodé a mi mejor amiga en la cama, mientras ella declaraba que tal vez dejaría la arqueología para trabajar como periodista, ya que escribir sobre chismes da menos trabajo que aguantar a un novio que es tu jefe y se cree el mandamás.

Desestimé el tema con una risa, porque sé que ella nunca abandonará esta profesión. Olivia Cooper adora manipular momias, a menos que vaya a trabajar en un museo, en cuyo caso creo que no se lo pensaría dos veces. Si hay algo que le gusta más que las momias, es un museo lleno de ellas.

Me tumbé en la cama y enseguida me quedé dormido.

Pero no fue un sueño tranquilo, maldita sea.

Soñé con Cleo y su cara descolorida diciéndome que pensara con claridad. ¿Cómo fueron sus palabras exactamente?

«Para ser tan inteligente, eres un poco tonta», dijo, riendo y sacudiendo esos enormes pendientes.

Apreté los ojos y levanté el dedo índice, acusándola.

«No es culpa mía que me hayas pedido algo que no sé hacer. ¿Crees que no me acepto, o que no me quiero, o lo que sea, simplemente porque no quiero? ¡Humpf! Cleo, todo el mundo me ve como la chica gordita que tiene una cara bonita, pero que necesita adelgazar, como si acostarse conmigo fuera una especie de favor. Es difícil desmontar el lío que estas cosas nos provocan. Pero lo estoy intentando.

— No estás intentando nada, solo te quedas ahí quejándote y quejándote, perdiendo oportunidades. Incluso creo que te gusta tener a todos esos hombres guapos a tus pies, locos de amor.

— ¡No es verdad! Y ellos no están realmente locos por mí, solo es un hechizo. Vamos, Cleo, un poco de ayuda estaría bien, solo soy una, no puedo soportar tanta locura.

—Bueno, al menos no has matado a nadie hasta ahora... — Me dedicó una sonrisa burlona y, antes de que pudiera decir nada, me lanzó un beso al aire y se esfumó, como el humo.

Humo de sueño, esa es buena.

Tumbada en la cama, después de pasar por una discusión infructuosa en sueños con mi hechicera *personal*, sigo rechinando los dientes.

— Al menos no tengo resaca.

Me levanto y comienzo el largo proceso de arreglarme para ir al trabajo. Solo de pensar en tener que lidiar con una versión hechizada de mi jefe, ya me estreso, y eso que aún no me he quitado el pijama.

Tengo que encontrar una manera de lidiar con ese hombre, no es natural... o tal vez debería dejar de quejarme y aprovechar las oportunidades que Cleo ha puesto en mi . Quién sabe, tal vez besar a mi jefe... hum, tengo que darme prisa, no quiero llegar tarde.

Enciendo la cafetera y meto las rebanadas de pan en la tostadora, mientras las cosas funcionan en la cocina, me pongo mis tacones cuadrados que me dan un poco más de seguridad para afrontar el día de hoy y meto mi agenda[13] de cualquier manera dentro del bolso.

Cojo un paraguas cuando oigo los truenos y voy a despertar a la bella durmiente de la habitación de al lado.

— Oye, dormilona, ¿no tienes que estar en algún sitio dentro de poco?

— Hummmmm... — Ella gime y yo le quito las mantas.

—Vamos, tienes que ir a firmar el contrato para tu puesto de jefa de arqueología, antes de que el viejo al que llamas novio se rinda y se lo dé a otra persona.

— Noooo, quiero morirme.

Olivia se revuelve en la cama y se tapa la cabeza con la almohada, lloriqueando. Cojo agua y dos pastillas que siempre me funcionan cuando tengo resaca y las pongo en la mesita de noche.

— Tú decides, tus momias siempre pueden acabar en manos de otra persona...

— ¡Vale! Tú ganas —dice, cubriéndose la frente con la mano como si fuera una actriz de cine antiguo a punto de desmayarse.

Dejo a mi dramática amiga resolviendo su propia vida y tomo mi café apresuradamente, recojo mis cosas y me voy.

Abro la puerta de casa y me envuelve el olor de la fría mañana, la niebla baja me deja con buena visibilidad, pero la lluvia y el viento comienzan a arreciar. Abro mi paraguas y lo coloco sobre el hombro, sujetando mi bolso mientras cierro la puerta con llave.

En cuanto me doy la vuelta y bajo los primeros escalones, oigo un grito desesperado. Miro hacia arriba justo a tiempo para ver a un hombre trajeado cayendo desde el parapeto del segundo piso.

—¡Mierda! —grito y salto a un lado, pero el hombre se lleva mi paraguas y a mí con él cuando se estrella contra el suelo.

Mierda.

Con el trasero al aire, la ropa sucia y el paraguas completamente destrozado, no puedo ni moverme, porque el desconocido pesa mucho y tiene los brazos encima de mí. Es demasiado vergonzoso.

— ¿Qué pasa, ahora también llueve CEO? —pregunta Olivia y yo suelto un gemido.

— Ayúdame, por favor.

— Solo porque te quiero —dice ella, riendo—. Ninguna resaca del mundo me haría perderme esta escena. Eva Harris, la alborotadora del colegio, atrapada bajo una montaña de músculos y traje.

— Ayuda... —murmuro, y ella empuja al hombre a un lado con la ayuda de sus rodillas. Está completamente inconsciente y debe pesar una tonelada.

— Dios mío, qué pesado es.

— Lo sé. — Ayudo a empujarlo a un lado, él se da la vuelta y sigue inconsciente. — Mira, no me importa si se ha muerto, ese cuerpo se va a quedar ahí donde está, ¿en qué estaba pensando al escalar la casa?

— No lo sé, pero por los ronquidos parece que está bien vivo.

Limpio mi ropa lo mejor que puedo, pero el daño es tal que solo me queda cambiarme. Mientras lo hago, Olivia coge el coche,

me va a llevar porque después de casi ser aplastada por un director general, no me atrevo a salir sola por las calles de San Francisco.



Una de las ventajas de llevarse bien con prácticamente todo el mundo en la empresa es que pedir un favor no es tan complicado. Así, al personal de la recepción no le costó nada avisarme cuando Robert tomó el ascensor.

¿Y qué hice yo?

Corrí a esconderme en la sala de la fotocopiadora y ahí es donde estoy desde hace casi media hora, esperando a que cierre esa maldita puerta que lo separa del resto de nosotros, empleados y simples mortales. Pero nunca la cierra y estoy empezando a sentir claustrofobia.

La sala, en realidad, es prácticamente un cubículo, con tres fotocopiadoras, un armario y una mesita al fondo. Nada más.

Respiro hondo y abro una rendija de la puerta para ver si por fin se ha aislado en su mundillo, pero lo que encuentro es un par de ojos muy vidriosos y una sonrisa que no me anima en absoluto.

—Hola —dice, y yo me llevo la mano al corazón.

— Maldita sea, señor Sampson, casi me mata del susto.

— Eva, tienes prohibido llamarme señor Sampson —declara, entrando en la habitación y cerrando la puerta detrás de él. Al menos esta vez no echa la llave. — Para ti soy amor. Solo amor.

Me echo a reír, porque eso debería ser lo mejor que me ha dicho en años, pero acaba siendo lo peor.

—Eres un hombre comprometido— digo con irritación y él levanta las cejas, da unos pasos, acortando la distancia entre nosotros y tirando de mí.

Mi cuerpo choca con el suyo y mi mente vaga al instante hacia otro cuerpo, uno más firme, más decidido, más... Derek. La nostalgia es como el ácido, corroe mi paciencia.

— Comprometido contigo, cariño.

— No, comprometido con Lara Jensen, ¿recuerdas?

— ¿Quién?

—Tu prometida. Ay, caramba, ten paciencia, por Dios.

— Olvídalo, solo tengo ojos para ti.

Aplasto mis dos manos contra su pecho, detrás de la camisa de vestir siempre imaginé que tendría unos abdominales marcados, fuertes, viriles, pero en realidad, con esta proximidad puedo sentir una barriguita blanda. Hubiera estado bien saberlo antes, al menos no me habría creado esa imagen de Robert Divindade Sampson. Es mucho más común de lo que pensaba.

Intento empujarlo suavemente para evitar que pegue más nuestros cuerpos, pero él malinterpreta este gesto y termina abrazándome con más fuerza. Su boca grande y bien dibujada se acerca a mí, abriéndose para un beso, pero solo puedo pensar que tiene un trozo de ensalada en el diente y aliento a ajo.

Pega nuestra boca, tratando de forzar la barrera de mis labios y meter su lengua dentro, pero aprieto mi boca y lo empujo con mis manos. Maldito hombre fuerte.

— ¡Quítate! —grito, pero él sigue con los ojos cerrados, con aire soñador—. ¡Quítate!

— No te resistas, querida.

—Tienes un aliento horrible —le recrimino y él me mira avergonzado.

— Lo siento, amor, voy a lavarme los dientes, pero tú quédate aquí esperándome.

—De acuerdo —digo, pero ya estoy planeando una fuga.

Él sale apresurado y yo me quedo espiando mientras corre hacia su sala, creo que realmente va a lavarse los dientes. Estoy jodida.

— Sí, para alguien que tanto deseaba un momento a solas y enamorada de su jefe, ahora tengo muchas ganas de abrir un agujero en el suelo y meterme dentro —murmuro para mí misma, espiando en su dirección.

Robert me ve y me saluda desde lejos, agitando la mano de una forma loca que nunca le había visto hacer. Santo Dios de las tortitas con sirope de arce, ¿en qué me he metido?

Cierro la puerta rápidamente, cuento hasta diez y vuelvo a espiar. Su puerta está cerrada, qué alivio.

Bien, vamos a encontrar la manera de escapar de aquí.

Me arrodillo y, en una postura nada elegante (gracias a Dios por haber venido con pantalones), me escabullo fuera de la pequeña sala de fotocopias, recorriendo el pasillo hasta llegar cerca de mi mesa, lo justo para coger mi bolso.

Hasta aquí todo bien, pienso para mí misma, pero entonces la puerta de la sala de Robert se abre de golpe con un ruido que me hace soltar el bolso y esparcir todo por el suelo.

Levanto la vista para ver qué ha pasado, mientras empiezo a recoger las cosas y las meto en el bolso de cualquier manera.

Lara, la novia top model de Robert, sale de su despacho con los ojos muy rojos, está llorando y ni siquiera intenta ocultarlo.

Mi corazón se rompe en ese momento, porque aunque he soñado con ser amada por él, nunca he querido que nadie saliera herido por mi culpa.

Pienso en Derek, porque al igual que ella se siente destrozada, yo me siento así por mi idiota del ascensor. Incluso hechizado, consiguió conquistar cada rincón de mi corazón, cada

parte de mí, y la nostalgia, sumada a esta locura que estoy viviendo, me está destrozando.

— Ya basta.

Me levanto del suelo y voy a la sala de Robert. Entro y lo miro con una furia casi asesina, bueno, no tanto, pero en fin, estoy realmente furiosa.

— Tienes que dejar de ser idiota, Lara y tú os queréis.

— No, solo te amo a ti, mi querida —responde, con la boca llena de espuma de pasta de dientes.

— Ni siquiera me conoces bien, nunca me has visto y necesito que vuelvas a ser así o acabarás perdiendo a la mujer de tu vida. Si es que alguien merece estar con alguien con todo ese mal aliento.

Dicho esto, doy media vuelta y corro hacia el ascensor. La puerta acaba de abrirse y una novia herida entra apresuradamente.

— Por favor, espera, es importante.

Lara levanta los ojos llenos de lágrimas y luego lleva los dedos al botón que mantiene la puerta abierta. Entro y suspiro, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Estás bien? —le pregunto y ella niega con la cabeza, escondiendo la cara entre las manos y volviendo a llorar.

— No sé qué ha pasado, todo era perfecto, Rob estaba tan feliz con la boda y ahora, de repente, me ha dicho que ama a otra persona.

—Bueno, sobre eso... —empiezo, pero no sé cómo voy a explicarle todo el asunto.

— ¿Sabes quién es? Parece tan... tan...

— ¿Loco?

— Sí, Dios mío, eso es, Rob parece fuera de sí.

— Es porque realmente lo está.

Lara suspira tan profundamente que me siento mortalmente culpable por estar causándole todo este sufrimiento.

— Vamos a tomar un café y te cuento lo que está pasando, ¿vale?

— ¿Te ha enviado él? —suena esperanzada.

— No, pero después de hablar lo entenderás todo.

— Está bien.

Lara y yo caminamos hasta la cafetería de la esquina, ella pide un café solo y yo pido mi latte macchiato de caramelo de siempre. Caminamos en silencio hasta una mesa cerca de la ventana y nos sentamos.

La novia de mi jefe me mira con tanta tristeza que me dan ganas de sentarla en mi regazo y decirle que todo va a salir bien. Pero, por supuesto, no lo hago, sería más extraño que lo que estoy a punto de contarle.

— Dijiste que Rob está fuera de sí, ¿qué ha pasado?

—Lo han hipnotizado —decido recurrir a la mentira que ya he repetido tantas veces que casi me creo que es verdad.

— ¿Cómo?

Forzo mi rostro a mantener una expresión lo más neutra posible, porque en el fondo, lo que quiero es explotar, maldecir al universo y todo lo demás. Espero estar siendo convincente. Robert puede que no sea un buen jefe, pero Lara no tiene la culpa del lío en el que me metí por la estúpida pasión que sentía por él.

—Fue a un evento y una de las presentaciones trataba sobre técnicas psicológicas de interrogatorio. Está claro que el gran señor Sampson nunca creería que un interrogador pudiera utilizar la hipnosis para obtener información confidencial.

Lara sonríe con tristeza y asiente con la cabeza.

— Eso es típico de él.

—Entonces, acabaste hipnotizada y hasta que se te pase tendrás que tener paciencia. ¿Podrás hacerlo?

Ella suspira, toma un trozo de servilleta del soporte de la mesa y se seca las lágrimas.

— Sé que él te quiere, de verdad, y si tú también le quieres, esperarás unos días, hasta que todo esto termine.

— ¿Cómo es posible?

— El tipo que hizo la hipnosis era bueno, hizo que un matón de dos metros saltara desde el segundo piso de un edificio y que otro durmiera desnudo en una bañera, con una rosa en la boca, créeme, no es bonito de ver.

—Vaya.

— Sé que es difícil estar lejos de quien amas, pero es por poco tiempo.

— ¿Y esa mujer de la que está enamorado?

— ¿La diosa divina reina de su vida?

—Esa. —Ella resopla.

— Sí... — Rápido, Eva, piensa en algo. Rápido. — Mira, no estoy segura, pero creo que es una mujer imaginaria.

— ¿Entonces no hay otra mujer?

— No existe. Escucha lo que te digo, Robert Sampson no tiene ojos para nadie más que para ti.

Sobre todo si esa otra persona soy yo.

— Pero si él renuncia al matrimonio, Eva, ¿qué hago?

— Entonces será un idiota por perder a una mujer tan guapa, inteligente y dulce como tú.

Lara se levanta de su asiento y me abraza.

— Gracias, creo que podré aguantar unos días.

— Sé fuerte, en cuanto descubra cómo acabar con todo esto, él volverá contigo y ni siquiera recordará lo que pasó, al menos eso creo. — Le cojo las manos entre las mías y la miro con convicción,

porque estoy decidida a arreglar esto, cueste lo que cueste. — Te lo prometo, lo resolveré.

— Te creo. Aunque todo esto de la hipnosis sea muy absurdo.

—Ni me digas, yo tampoco lo habría creído si alguien me lo hubiera contado.

Yo no habría creído en este hechizo si no hubiera sido yo la hechizada, si no hubiera habido un montón de directores ejecutivos alucinados persiguiéndome e incluso saltando sobre mí.

Juro por todos los santos que o acabo con este maldito lío o me mudo a una cueva y solo saldré de allí para ir a mi tumba.



No vuelvo a la oficina después de mi conversación con Lara. Me quedo vagando un poco por ahí, sin un destino concreto y dándole vueltas a las cosas. No voy a mentir, si todo esto hubiera pasado hace poco, si Robert me hubiera acorralado en la sala de fotocopias cualquier día del mes pasado, con o sin algo verde en los dientes y aliento a ajo, me habría rendido, habría sido feliz y, aunque nada de eso fuera cierto, aunque solo fuera magia, me habría considerado la mujer más afortunada del mundo.

Lo quería.

Pero ahora no siento nada, solo esa férrea determinación de encontrar una manera de convencerme a mí misma de que un buen hombre puede amarme, que me lo merezco y me acepto.

Lo intenté, incluso me emborraché intentándolo, pero no funcionó.

Pero si ya lo entiendo todo, ¿por qué aún no ha funcionado?

Ya sé que puedo amarme a mí misma, ser amada, acostarme con cualquier tío bueno, vestirme como quiera.

¡Maldita sea, acaba con esta maldición!

Me quedo perdida en mis pensamientos y caminando por la acera, hasta que veo un taxi que me lleva directamente a él, a Derek. Todo me hace pensar en él, maldita sea. Hago una señal y el coche se detiene, entro en cuanto vuelve a llover. Casa. Es lo único que quiero ahora.

El hechizo de amor es una mierda, estoy viviendo un apocalipsis loco con rosas rojas, cajas de bombones y corbatas.

Solo quiero que esto termine.

Entonces, ¿es eso? ¿De verdad quiero que termine toda la adulación y la pasión melodramática?

Por un lado, es bueno ser el centro de la atención de tantos hombres importantes, de colores y cuerpos tan diferentes, pero también es como una maldita bofetada en la cara, que me muestra que necesito magia para que un hombre exitoso se interese por mí.

Incluso un director ejecutivo desempleado que solo trabaja de vez en cuando como Derek.

Derek, con su carácter gruñón, su sonrisa torcida y su mente pervertida que sale a la superficie cuando menos lo espero y me regala un montón de cosas traviesas. Es un enigma. No puede aceptar que no soy pelirroja, que no le robé su taxi, pero se mete en una pelea para ahuyentar a otros tipos hechizados que me persiguen.

Todo lo que quería era que con él fuera real.

Me enamoré de su sonrisa torcida, de su mirada, de su voz, de su tacto. Maldita sea, amo a ese gruñón.

Como si tener que librarme de una maldición en nombre de mi cordura y la supervivencia de todos los directores generales que se cruzan en mi camino no fuera suficiente trabajo, todavía tendré

que aprender a lidiar con el dolor de amar a una persona que no puede ser mía.

Aunque quiera mucho que sea mío.

En cuanto el taxi se detiene frente al edificio, bajo, pago la carrera y sigo caminando hacia casa. Una ducha, la cama y un helado de pistacho, eso es lo que necesito ahora. Quizás un poco de la mentalidad de aceptación de Olivia me ayude al menos a conciliar el sueño.

Abro la puerta de casa refunfuñando sobre algo que se me olvida inmediatamente en cuanto veo lo que está pasando.

Sentada en el único sillón que tenemos está Olivia, con una mirada muy traviesa, y en el sofá de al lado está el único director ejecutivo que quería que me amara. No, no es el maldito Robert Sampson, es él, el hombre que me hizo comprender que no quiero a cualquier persona solo porque me inspira o porque la admiro. Lo que quiero es que me amen de verdad. Y Derek es la única persona que me hace sentir que eso es posible.

—Derek. —El aire se escapa de mis pulmones con fuerza.

—Hola, pelirroja.



Derek

CAPÍTULO 32

Unas horas antes

En cuanto se abre la puerta, todo el aire que estaba conteniendo se escapa de mis pulmones de golpe.

La chica que me mira es pequeña y lleva unas gafas redondas grandes, un vestido que parece haber sido atacado por un pintor enloquecido y una melena revuelta. Me mira con desconfianza y, aunque no llevo traje, algo me dice que cree que soy uno de los directores generales hechizados.

— Tú debes de ser la amiga arqueóloga y periodista. —Le tiendo la mano y ella me la estrecha.

— Solo arqueóloga —responde con un tono de victoria que me recuerda a Eva contando lo mucho que su amiga odia a los famosos que aparecen en los titulares de los sitios web de celebridades y chismes—. Y tú eres... espera, sé quién eres. Eres el tipo que ganó un Óscar el año pasado, ¿no?

Asiento con la cabeza, un poco incómodo.

— Me encantó esa película, pero hay un pequeño error histórico sobre el período... —Se detiene y me mira fijamente, empujando sus gafas con la punta del dedo y haciendo una mueca graciosa c —. Si sabes que soy arqueóloga, la amiga arqueóloga, es porque estás buscando a Eva.

— Sí. ¿Está aquí?

— ¡Dios mío! Eres Derek, el idiota del ascensor. — Abre la boca, al igual que la puerta.

Me deja pasar, pero no me quita los ojos de encima, levantando las cejas con desconfianza. Entro en la casa bajo la mirada inquisitiva de una amiga muy curiosa y protectora.

— En realidad soy el idiota Derek del taxi y el cretino arrogante del ascensor.

— ¡Caramba!

No digo nada mientras la chica, que sé que se llama Olivia, me guía hasta la sala.

—Ven, siéntate ahí, Eva llegará más tarde, pero los dos tenemos mucho de qué hablar, Derek del ascensor.

— Prefiero que me llamen Derek Preston o simplemente Derek. — Sonrío y ella se encoge de hombros.

— Te llamarán hombre muerto si intentas engañarme.

Vale, quizá debería salir corriendo en 3... 2... 1.

—Voy a tomar un té, ¿quieres? —pregunta en un tono que me confunde. No sé si le caigo bien o si está intentando envenenarme.

— Está bien —trato de no llevarle la contraria—. Con azúcar, si hay.

— Vale, por cierto, soy Olivia, la mejor amiga de Eva —grita desde la cocina.

— Ya lo sé.

Olivia vuelve de la cocina con dos tazas grandes de té y un plato con galletas que huelen a cacahuete, y lo deja todo en una

mesa que está claramente fuera de lugar en la pequeña sala.

La casa es acogedora y colorida, con una bonita cortina y muebles a juego, aunque son de diferentes colores y tonos: azul, gris, rosa y blanco. Es un toque de delicadeza sutil que me gusta mucho. A diferencia de mi apartamento, que es todo en tonos grises, blancos, negros y fríos.

«Espera, voy a buscar el azúcar», dice, señalando una de las tazas.

Cuando regresa, trae una pequeña tetera, dos cucharitas y un azucarero con forma de ave, una gallina o, tal vez, un pavo. Sí, el azucarero tiene forma de animal. Eso es muy típico de estas dos.

— Bueno, si eres guionista, entonces no eres director ejecutivo, ¿verdad?

— No —respondo con sinceridad, porque sé que ella ya debe estar al tanto del hechizo. Y saber que Eva ha hablado de mí me llena de esperanza.

— Entonces no estás...

— No estoy bajo el hechizo de esa tal Cleo.

— Pero lo crees.

— Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, pensaría que Eva está loca, pero encontré a un tipo desnudo en su cama y a otro en la bañera, sin contar que nos persiguieron por la calle, en el ascensor, en el pasillo del hotel, y que incluso tuve que golpear a una fila de tipos con un extintor.

Olivia se echa a reír y no sé si se está riendo de mí o de la situación, pero acabo siguiendo su ejemplo y riéndome con ella.

— Solo Eva podía acabar hechizada.

— Y solo yo para ir tras una chica hechizada —replico, todavía riéndome de mi complicada situación.

— Derek, ¿no estás desempleado? Creo que Eva me dijo algo al respecto.

— No, dije que trabajo de vez en cuando, es decir, entrego el guion, hago los tratamientos solicitados y eso es todo. Y ahora también he publicado un libro, pero no tengo ningún vínculo con ninguna empresa ni nada por el estilo.

— Hum...

— Sí, la verdad es que la dejé pensar eso, no quería mentir, pero pensé que era mejor que ella no supiera que soy el tipo que ganó un Óscar, no me gusta usar eso para conseguir sexo, solo que entonces ella quedó hechizada y me vi obligado a luchar por una chica que no se me va de la cabeza.

Pongo dos terrones de azúcar en el té y lo remuevo, luego lo llevo a la boca y suspiro. Está bien, Eva no está aquí, pero tal vez pueda convertir a su amiga en una aliada, quién sabe si ella me ayuda, mi pelirroja testaruda escuchará lo que tengo que decir.

— Si no estás hechizado, ¿por qué Eva sigue pensando que sí?

— Porque cada vez que intento contárselo, ella insiste en que es el hechizo el que habla por mí y no me deja explicar nada.

— Sí, es un poco terca, pero creo que nada de lo que digamos va a resolver nada, tiene que darse cuenta por sí misma.

— ¿Y qué hago hasta entonces? ¿Me quedo plantado en la puerta esperando? ¿Fingo ser un director ejecutivo enamorado? Esto me está volviendo loco.

— Dios mío, la amas.

— La amo. — Suspiro y lo admito, porque esa es la verdad, amo a Eva y no quiero estar con nadie más que ella. — No quería amar, pero esa pelirroja bocazas me ha dado la vuelta a la vida y solo de pensar en ella por ahí, con otros tíos jurándole amor y toda esa farsa, me dan ganas de romper algo.

— Lo siento, pero ya rompimos todos los jarrones de sobra en la cabeza de un ninja CEO que nos hizo una visitita.

—Ya ves —digo, me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro, sintiéndome ansioso y tenso—. Tengo que encontrar la manera de hacerle entender que lo que siento es real.

— Yo te ayudaré. No sé cómo, pero lo haré.

— Genial, realmente necesito una aliada.

Sellamos nuestra complicidad con un apretón de manos y pasamos la siguiente hora hablando de todo tipo de cosas, desde momias milenarias de gatos sacrificados a los dioses del antiguo Egipto, hasta mi nuevo proyecto de libro o guion, aún no me he decidido por el formato.

Cuando la manija de la puerta principal gira y oigo la voz de Eva quejándose de que la puerta no está cerrada con llave y que algún loco embrujado podría entrar en la casa, la nostalgia me golpea con fuerza, y tengo que hacer un gran esfuerzo para no lanzarme sobre ella y besar su boca gruñona.

Olivia, que ya tiene la mochila preparada, sonríe al ver a su amiga entrar en casa. No se puede negar lo unidas que están estas dos y me alegro de tener una aliada en la tarea de convencer a su amiga de que me quiera y me deje quererla.

—Derek. —Se detiene cerca de la puerta, con los ojos clavados en mí.

— Hola, pelirroja. —Intento parecer tranquilo, pero por dentro mi corazón casi me ensordece.

— Bueno, ahora que has llegado, me voy —declara Olivia, levantándose y cogiendo la mochila—. Y tú, cuida bien de Eva, hay un montón de locos acechándonos estos últimos días.

—Sí, señora —respondo, y ella parpadea y mueve los labios, deseándome suerte sin emitir ni un solo sonido.

— ¿Adónde vas, Liv?

—Voy a dormir a casa de mi casi futuro ex.

—Vale, claro.

Olivia abraza a Eva y le susurra algo al oído, pero no lo oigo desde donde estoy.

En cuanto se marcha, me levanto del sofá, pero mis pies se quedan clavados en el suelo. ¿Cómo voy a explicarlo todo sin que me den una patada en el trasero?

— Sé que no debería haber venido —empiezo a decir, pero Eva se acerca a mí y se refugia en mi pecho.

Su aroma a fresa invade mi nariz y todo mi cuerpo quiere abrazarla, decirle que todo va a salir bien.

Cuando levanta la cara hacia mí, Eva tiene lágrimas en los ojos y eso me parte el corazón en mil pedazos.

— Sé que no es real, que solo estás aquí por el hechizo, pero te he echado de menos.

— Yo también te he echado mucho de menos. — Mi boca se dirige directamente a la suya y Eva se abre para que me sumerja en un torbellino de sensaciones.

Mi lengua se adentra en su boca mientras le sostengo el rostro y ansío obtener más de ella. Nuestras lenguas se encuentran y mis manos se hunden en su cabello color cobre oscuro, como ella insiste en decir.

— Tengo que contarte algo, es importante.

— Por favor, no digas nada —suspira, alejándose—. Solo por hoy no quiero oír nada sobre hechizos, directores generales ni cosas por el estilo, solo quiero abrazarte.

— No, tenemos que hablar, Eva, y va a ser ahora.

En cuanto termino de hablar, oigo un golpe en la puerta. Eva se sobresalta, dejando claro lo agotada que está con toda esta persecución. Asustada, me deja guiarla detrás de mí, mientras voy hacia la puerta.

Doy una segunda vuelta a la llave y pongo dos cerrojos más.

— Ve a darte una ducha, preciosa, yo voy a comprobar las ventanas y me quedaré de guardia.

— Está bien. — Se dirige al baño sin discutir, pero antes de desaparecer completamente de mi vista, Eva se detiene y se vuelve hacia mí. — Eres el menos loco de todos, incluso cuando usas un extintor como arma.

Después de asegurarme de que toda la casa está bien cerrada, sigo el sonido de la ducha y entro en la habitación de Eva. Como era de esperar, la habitación es toda de colores vivos y alegres. Hay una lámpara graciosa que parece un árbol pequeño, una pared con fotos de ella con su amiga y su familia, además de otros desconocidos y paisajes, y un tocador con un cable que cuelga de un lado a otro, lleno de bolitas. Me acerco a ellas y pulso el botón de encendido. Las bolitas brillan, dando al cuarto un aire dulce.

Así es Eva, llena de vida, llena de detalles, colores y experiencias. Esa es la mujer que amo.

Sin poder resistirme, me quito la ropa y entro en el baño. Antes de que ella pueda rechazarme, entro en la ducha y la rodeo con mis brazos.

— No sirve de nada echarme, porque no voy a salir de aquí.

Eva apoya la frente en mi pecho, esparciendo espuma de jabón por donde sus brazos me envuelven. El olor es delicioso y me excita casi de inmediato. Lo juro, mi plan no era ponerme cachondo en el momento en que sentí sus pezones duros rozándome, pero me resulta difícil comportarme así.

Levanto la cara de Eva y levanto su deliciosa boca, mordiéndola y chupando su labio inferior.

—Me encanta tu boca —le digo, pasando de los labios al cuello, donde muerdo y chupo su piel húmeda—. Me encanta tu piel.

—Derek —gime, y sé que está intentando resistirse.

— ¿Te resulta difícil? —le pregunto, fijando mis ojos en el azul infinito de los suyos—. No te lo voy a poner fácil, porque te deseo.

Bajo la mano muy lentamente, pasando por la curva de sus deliciosos y llenos pechos y apretando el pezón entre los dedos

índice y medio. Eva me tira del pelo y gime, arqueando la cadera hacia mí.

Con la boca, empiezo a chupar el pezón, girando la lengua sobre él, mientras bajo con el dedo hasta su coño y empiezo a acariciarla donde ya sé que le gusta.

Masajeo su clítoris, presionando con el dedo en movimientos circulares.

Eva gime y se contonea en mi mano, completamente entregada. Entonces le meto dos dedos muy despacio, agachándome y lamiendo toda la extensión de su coño.

— Ay, Derek, joder.

— Echaba de menos este sabor, estos gemidos —digo, sin alejarme demasiado.

Chupo el clítoris, saboreando el gusto excitado, mientras entro y salgo con mis dedos, en un movimiento que me deja cada vez con más ganas de estar dentro de ella.

— Espera, no quiero correrme todavía. — Eva me interrumpe y mi polla palpita con ansia, suplicando por mi chica.

— ¿Qué pasa?

— También echaba de menos tu sabor —declara, arrodillándose delante de mí y empezando a lamer la punta de mi polla.

La sensación es tan intensa que tengo que esforzarme para no correrme en su boca. No es que no quiera hacerlo, lo deseo mucho, pero ahora no. Ahora quiero entrar y salir de la mujer que amo, sentirla correrse debajo de mí y llamándome mientras lo hago.

— Joder, Eva, esto es demasiado bueno.

Ella sumerge mi polla en su boca, entrando y saliendo varias veces. Su mano aprieta ligeramente mis testículos, impulsando aún más mi excitación.

Cierro el grifo de la ducha y ayudo a Eva a levantarse, nos secamos el uno al otro, besándonos y acariciándonos. Nada más

importa en ese momento, solo lo que tenemos, solo nosotros dos.

La cojo de la mano, pero me detengo frente al lavabo del baño, viendo un frasco de champú con el dibujo de una fresa.

Sin pensarlo, cojo el envase, lo abro y aspiro el perfume. Eva me observa en silencio, con una sonrisa tonta en la cara.

— Ahora sí, vamos, tengo muchos días de añoranza que recuperar.

— De acuerdo, señor mandón.

— No me provoques o me veré obligado a darte unas nalgadas en ese culito tan bonito.

— ¿Es una promesa?

Tiro a Eva hacia el dormitorio, lleno de prisa, la tumbo sobre la cama y le separo las piernas. Instintivamente, ella se lleva las manos a los pechos y los aprieta.

Me subo sobre su cuerpo y apoyo mis brazos.

— Necesito penetrarte con fuerza —le susurro al oído y ella enrosca sus piernas en mi cintura—. Te echo mucho de menos.

— Yo también te deseo con fuerza.

Entro en Eva de una sola vez, abriendo espacio y dejando que mi polla descubra el mundo de sensaciones que provoca estar con ella. La penetro una vez y ella gime de forma sensual.

— Más, Derek, más.

— ¡Joder! Tengo muchas ganas de follarte así —suelto, empujando con fuerza una vez más.

Empiezo a entrar y salir de mi chica, besando sus labios y dejándome llevar. Eva sigue el ritmo con sus caderas, encontrándome cuando estoy dentro. Gime, pero no cierra los ojos.

— Creo que voy a... creo que — Eva ronronea, apretando mi polla dentro de ella y clavándome las uñas en los hombros. — Ay, Derek.

— Córrete, preciosa, córrete bien para mí.

Aumento el ritmo con el que entro y salgo de ella, aprovechando el intenso movimiento para sumergirme en mi propia espiral de placer. Es como estar al borde de un precipicio. Entro y salgo. Entro y salgo. Entro y salgo, hasta que finalmente me lanzo por el precipicio y me entrego al clímax.

No solo eso, me entrego por completo a Eva.

Es un camino sin retorno para mi corazón y mi alma.

Después de salir de ella, en nuestra tercera ronda de sexo para compensar la nostalgia, atraigo a Eva hacia mis brazos y la acurruco contra mi pecho, echaba de menos tenerla así, respirando contra mi abdomen, jugando a pasar los dedos por los nudos de mis músculos.

«Siempre digo que no voy a hacerlo, pero siempre acabo haciéndolo», dice ella. «Soy débil cuando se trata de ti».

— No me pareciste nada débil —la provoqué y ella soltó una carcajada—. Pícara sí, débil no.

—Dice el tipo que me estaba pidiendo que me corriera hace un momento. Si yo soy traviesa, ¿tú qué eres? —Ella levanta los ojos y no puedo resistirme, Eva saca a relucir mi lado más tonto.

— Un pervertido. —Tiro del cuerpo de Eva, que sigue riéndose, y la aprieto contra mí.

Eva vuelve a pasar los dedos por mi abdomen, jugando distraídamente, mientras siento que mi corazón se calma.

Mis ojos comienzan a pesar, pero siento que aún no estoy listo para rendirme, tengo cosas que decir.

— No soy un director ejecutivo —me oigo decir justo antes de rendirme al sueño—. Te quiero, Eva.



CAPÍTULO 33

Oír a Derek susurrar que me quiere y que no es un director ejecutivo, un CEO, al quedarse dormido me hace daño en el corazón. Me gustaría mucho que fuera verdad, porque yo le quiero de verdad, le quiero tanto que no puedo ni imaginarme renunciando a este sentimiento.

Pero la verdad es que todo esto es por culpa de Cleo, del hechizo que me lanzó y que afecta a los directores generales que se cruzan en mi camino, y no tiene nada que ver con Derek, con quién es realmente o lo que realmente siente en su corazón.

Además, aunque esté dejando la carrera de director ejecutivo, sigue siéndolo, sigue formando parte de ese grupito, así que puede que crea que me ama, pero se olvidará de mí cuando consiga romper el hechizo.

Cierro los ojos y recuerdo la noche en que Cleo se cruzó en mi camino y me dio ese regalito griego. Recuerdo que me dijo que no debía preocuparme, porque después lo olvidarían todo. Pero yo

no quiero que él me olvide y no creo que yo sea capaz de olvidarlo tampoco.

Quiero que Derek me quiera y quiero quererlo con todo mi corazón.

Tardo mucho en conciliar el sueño, duermo muy mal por la sensación de estar perdiendo lo único verdaderamente bueno de mi vida, un sentimiento que ni siquiera imaginaba que sería capaz de sentir.

Cuando me despierto, lo primero que hago es girarme hacia un lado, solo para encontrarme con su lado vacío en la cama. Tiro de la almohada y me cubro la cara, su delicioso olor aún está en la tela y eso me calienta el corazón.

Abrazo la almohada y cierro los ojos, tratando de no pensar en cómo el olor de Derek enciende mi cuerpo y me hace sentir húmeda entre las piernas. Su tacto es tan intenso, su cuerpo encaja tan bien en mí... Solo quiero poder sentirlo sin culpa, sin remordimientos por un hechizo que me han echado.

Hasta la semana pasada ni siquiera creía en estas cosas y ahora, lo único que quiero es encontrar un antídoto, un contrahechizo, cualquier cosa.

Quizás pueda conquistarlo cuando todo termine...

Me siento en la cama de repente, sintiendo esa misma sensación extraña que me molesta en un rincón de mi mente cuando alguno de mis admiradores decide hacer alguna travesura.

Me inclino sobre la cama y miro debajo, pero no hay nadie.

Vale, creo que me estoy volviendo loca.

Salto y me pongo una camiseta, tal vez esté sintiendo a Derek. Y a él sí que quiero sentirlo, aunque luego me vea como una bruja malvada que está abusando de un hombre indefenso.

¿No es extraño?

Salgo del dormitorio descalza, imaginando cómo romper el hechizo de Cleo sin perder al hombre que amo cuando lo veo.

No estaba sintiendo a Derek, al menos no solo a él.

Derek tiene las manos levantadas y el hombre que está frente a él me resulta muy familiar, creo que es el tipo que estaba en la barandilla del hotel. Maldición.

Doy un paso hacia ellos y entonces veo el arma. Dios mío, está apuntando con un arma a Derek.

—Eva, quédate detrás de mí—, dice, y siento que empiezo a temblar.

—¿Estás bien? —le digo en voz baja, pero el hombre me ve y esboza una sonrisa enfermiza y aterradora.

— Hola, mi reina. Te he echado mucho de menos.

— Hola, ¿estás bien? —pregunto de nuevo y Derek asiente levemente, comprendiendo que la pregunta es para él.

— No estoy bien —declara el tipo armado, apuntando con el arma al hombre que amo—. No sé qué está pasando, no puedo trabajar, yo... solo pienso en ti, en tenerte.

Salgo de detrás de Derek y me paro frente a él.

— Eva, no —intenta decir, pero yo le hago señas de que todo está bien.

—No me hará daño, ¿verdad, cariño?

— No, cariño, no, he venido a rescatarte —dice él, pero sigue apuntando con el arma—. Encontré a este tipo en tu cocina.

Mirando de mí a Derek, el intruso comienza a caminar de un lado a otro, acercándose el arma a la cabeza y abofeteándose.

— No sé qué me pasa, pero necesito tenerte.

— ¿Puedes bajar el arma para que hablemos? —le pregunto, y él niega con la cabeza, intentando apuntar a Derek, pero me interpongo entre él y Derek.

De ninguna manera este hombre va a disparar a mi imbécil del ascensor.

—Cariño, si haces daño a alguien, vendrá la policía y no podremos estar juntos.

— Pero ese tiene que desaparecer, tiene que morir.

El hombre apunta con el arma, su mano tiembla un poco y me doy cuenta de que está enloquecido, tan perturbado que definitivamente alguien va a salir herido aquí. Tengo que hacer algo.

Un movimiento fugaz me hace mirar de reojo hacia las ventanas, y es entonces cuando estalla el caos.

— ¡Te voy a salvar, mi amor! —grita un segundo invasor al entrar rapelando, rompiendo la ventana y volando directamente hacia el invasor número uno.

Derek se lanza sobre mí, alejándome del alcance de los cristales rotos y cubriendo mi cuerpo con el suyo.

Siento un dolor agudo en la cabeza y gimo, no consigo entender exactamente lo que está pasando, pero noto que Derek se mueve sobre mí, buscando mis ojos.

— ¿Estás bien?

— Sí —digo, y me duele el pecho, pero no es nada grave.

El alboroto en mi pequeña sala es ruidoso y confuso, Derek intenta llevarme al dormitorio, asegurándome que se encargará del caos, pero me alejo un poco de él, decidida.

— ¡Basta! ¡Ya basta! No quiero más esto.

El invasor número dos apunta con el arma al invasor número uno, que llora como un loco. Es la maldita escena de una película de quinta categoría. Joder.

—Dame esa pistola. —Extiendo la mano hacia el invasor número dos.

— No te preocupes, amor, yo lo haré...

— ¡Te he dicho que me des el puto arma ahora mismo!

Me la entrega y suspira, con aire soñador. No, soñador no, parece drogado.

— Ahora quiero que los tres se sienten en el sofá.

— ¿Cómo? — Derek intenta acercarse a mí, pero extiendo la mano y le impido acercarse.

— ¡Ahora!

Los tres se amontonan en mi sofá. Vale, es un poco raro tener a tres tíos apretujados en un sofá de dos plazas, mirándome con una mezcla de frustración (Derek), pasión insana (intruso número 1) y pasión drogada (intruso número dos).

— La cosa es que ustedes no me aman, lo que está pasando es que están hechizados y por eso actúan así, sienten esas cosas. Pero o esto termina ahora o me voy de aquí, voy a caminar hasta el puente de la bahía y me voy a tirar desde allí. ¿Es eso lo que quieren?

— No —dicen los tres al unísono.

— Entonces, por favor, váos, no quiero seguir pasando por esto.

— Pero... —intenta el invasor número uno, pero le apunto con el arma, de hecho, la agito furiosa.

—No hay pero, todos se vayan y yo encontraré la manera de acabar con este maldito hechizo.

El invasor número dos y el número uno discuten mientras recogen sus pertenencias. Derek sigue parado, mirándome con una expresión furiosa, desesperada.

En cuanto me doy cuenta de que los otros dos están perdiendo el tiempo, señalo la puerta de la calle.

— Y no lo olviden, su amada se tirará del puente si vuelven aquí.

Con la cabeza gacha, los dos se marchan.

—Ya te he dicho que no estoy hechizado. —Derek da un paso hacia mí cuando nos quedamos solos, pero mi rostro serio lo detiene.

— No puedo hacerlo, no está bien.

— ¿No me quieres, Eva? —Su voz me parte el corazón.

— No importa lo que sienta, no puedo soportar más todo esto, yo... necesito que te vayas, por favor.

Derek traga saliva, pero no intenta acercarse a mí de nuevo. Recoge sus zapatillas y su chaqueta y se detiene en la puerta, mirándome con pura rabia.

— Te demostraré que te equivocas. Te amo. — Sale dando un fuerte portazo.

En cuanto me veo completamente sola, dejo que mi cuerpo se incline y caigo sentada en el suelo. Las lágrimas caen furiosas por mi rostro y lloro con todas las fuerzas de mis pulmones, sacudiendo mi cuerpo y temblando.

Acabo de echar al amor de mi vida. Lo he perdido.

Ha sido lo correcto, me repito una y otra vez, luchando contra el dolor y las lágrimas que inundan mis ojos y destrozan mi corazón en mil pedazos.

— Dios mío, amiga, ¿qué ha pasado aquí?

—Liv... yo... ay, Liv, me duele el corazón. —Corre desde la puerta hacia mí, esquivando los cristales rotos y abrazándome con fuerza.

— No pasa nada, estoy aquí.

—Ay, Liv—, no puedo hablar, lo único que mi cuerpo quiere hacer es derrumbarse de tanto llorar.

Y abrazada a mi mejor amiga, la persona que sé que realmente me quiere, dejo que el dolor haga su trabajo, hasta que no quede ni una sola lágrima. Lloro durante el resto del día.

Finalmente, sin fuerzas para seguir llorando, dejo que Olivia me lleve a su habitación, creo que ahora no puedo entrar en la mía. Ella ahueca la almohada y yo me acuesto. Olivia me abraza.

—Estoy aquí para ti, amiga, siempre estaré aquí.

—Gracias —susurro, poco antes de dejarme vencer por el agotamiento de pasar todo el día llorando.

Mi último pensamiento es para él, diciendo que me demostrará que estoy equivocada y que me ama.

Te quiero, Derek, pero mañana todo va a cambiar.



CAPÍTULO 34

Me levanto muy temprano y me doy un baño largo, luego me visto y meto solo las cosas importantes en mi bolso, como la agenda de Robert, mi tarjeta magnética y las copias de las llaves de mi jefe, que guardo para emergencias.

Cuando llego a la sala, encuentro a Olivia preparando café y una mesa que en otro momento me haría gritar de alegría, con fruta, tostadas, tortilla, beicon y tortitas.

«¿Has pasado la noche cocinando?», le pregunto, y ella viene a darme un abrazo.

— ¿Cómo estás?

— Con cara de galleta, los ojos hinchados y dolor de garganta, pero no sé cómo, estoy bien.

La sala está toda ordenada, Olivia ha recogido los cristales y hay una serie de tablas clavadas en la ventana.

—Eres la mejor amiga del mundo—le digo y ella sonríe—. Pagaré la reparación y gracias por cuidar de mí.

— Siempre cuidaré de ti y tú de mí. ¿Vamos a comer?

Me siento con Olivia más por pura consideración que por hambre, mi estómago está revuelto desde el momento en que dejé marchar a Derek. Además, hay algo importante que tengo que hacer y no puedo posponerlo más.

Tomo una taza de café, como un trozo de tortita, le explico mis planes y Olivia decide que viene conmigo.

—Ya era hora —declara, cogiendo el bolso y las llaves del coche.

— No tienes por qué hacerlo, yo puedo ir...

— ¿Te acuerdas de cuando el chico que me gustaba en séptimo curso me tiró un pudín encima?

— David Korelli. Nunca me olvidé de ese granuja.

— ¿Y qué hiciste?

— Le rompí un diente, claro.

— Y te suspendieron una semana.

— Sí, pero no me arrepiento. — Sonrío—. Valió la pena cada minuto del castigo.

— Ahora me toca a mí romperle algunos dientes por ti. —Ella introduce la llave en la puerta—. ¿Vamos?

Olivia aparca justo enfrente del edificio donde trabajo, aviso a los guardias de seguridad que ella está conmigo y que no tienen que preocuparse. Luego paso mi tarjeta de identificación, sabiendo que es la última vez que lo haré.

No puedo decir que esté realmente molesta por ello, de hecho, ya es hora de partir hacia la próxima aventura, tal vez descubra mi don, aquello a lo que podría dedicarme el resto de mi vida, o tal vez solo comience otra etapa de experimentar cosas. Lo que importa es que mi etapa Sampson ha llegado a su fin.

Entro en el ascensor, pulso el botón y espero. Extrañamente tranquila, así es como me siento cuando se abren las puertas y veo

la recepción.

Saludo a todos los que pasan a mi lado y camino con paso firme para afrontar un reto que ya he pospuesto durante algunos años: hoy voy a pedir mi dimisión.

Llamo a la puerta de Robert y él salta de alegría al verme, como un niño pequeño a la entrada de un parque de atracciones. Cierro la puerta después de entrar en la sala y hago todo lo posible por ignorar la mirada furtiva que me lanza.

— Eva, estoy tan feliz...

— Ya basta, necesito hablar contigo, así que siéntate, por favor.

— Está bien, mi amor.

— Señor Sampson, una anciana que conocí en Miami me ha echado un hechizo, y lo que usted está experimentando es el efecto de ese hechizo.

Robert apoya los codos en la mesa y la barbilla en las palmas de las manos, suspirando mientras, sin duda, no escucha ni una sola palabra de lo que digo.

— La cosa es así, aquí tiene mi carta de renuncia, lamentablemente no podré cumplir con el preaviso de treinta días y puede descontarlo de nuestro acuerdo, si lo considera necesario. Aquí tiene su agenda, las llaves y mi tarjeta de identificación.

Lo pongo todo sobre la mesa y espero a que diga algo.

— Bien, ahora podemos casarnos, ¿nos fugamos?

— ¿Huir?

— Sí, podemos irnos a una isla, casarnos en la playa, tomar bebidas dulces y oler el mar...

Se acerca a mí, me coge de las manos y me hace levantarme de la silla.

— Va a ser más difícil de lo que pensaba —murmuro.

— No, cariño, contigo todo será fácil... sol, mar...

— ¿Sol? ¿Mar?

Levanto los brazos, irritada, frustrada, furiosa.

— ¿En qué mundo vives? ¿Qué clase de persona cree que la vida se reduce a la playa, el sol, el mar y una boda con cócteles de frutas?

— Perfecto, ¿no?

— ¡No! —Lo aparto y le señalo con el dedo la nariz—. Eres un idiota egocéntrico, el peor jefe del mundo. Durante los últimos tres años he pasado las noches atendiendo llamadas en las que me pedías las cosas más extrañas del mundo. Desde condones en una farmacia abierta las veinticuatro horas hasta regalos de consuelo para las chicas a las que despedías. Una tras otra. Año tras año, todo ello con la esperanza de que algún día te fijaras en mí.

Él me mira confundido y yo sigo enfadada.

— He estado aquí suspirando por ti todo este tiempo y tú nunca me has visto como nada más que una esclava asalariada. La cosa es que no soy una esclava y no nací para ser la secretaria de un idiota que ni siquiera se compra sus propios condones. Además, tonto, tengo un coeficiente intelectual mucho más alto que el tuyo. Pero, ¿sabes?, no es culpa tuya no haberte fijado en mí, la culpa es mía por haber estado esperando a un tipo que no merece mi tiempo.

— Pero, mi amor...

— No he terminado de hablar. Siempre has sido así y ahora tienes una novia que, curiosamente, te quiere, así que que ella se ocupe de tu agenda, tus llaves y tus regalitos en mitad de la noche. Yo me voy, a cuidar de mi vida, a viajar por el mundo y a encontrar el amor verdadero. Y si no lo encuentro, no pasa nada, me gusta mi propia compañía.

— Eres maravillosa.

— No hace falta que lo digas, sé que lo soy. Soy una buena amiga, soy una buena persona, me gusta ser como soy, con mis curvas, mis pechos grandes, mi trasero, hasta la maldita celulitis es

parte de mí, así que la verdad es que me haces un favor al seguir sin verme, porque no necesito nada de eso. No necesito que nadie me vea. Sé quién soy y, aunque me lleve toda la vida, descubriré cómo amarme tal y como soy. De hecho, ya me amo.

Cierro los ojos por un instante, sintiendo como si el peso que había estado cargando toda mi vida finalmente me abandonara. Todo el dolor, las lágrimas por la báscula, la tristeza por los comentarios hirientes de personas maliciosas, nada de eso importa.

Tengo una mejor amiga y, aunque Derek no me quiera de verdad, sé que soy capaz de quererlo y soy capaz de quererme a mí misma.

En cuanto abro los ojos, Robert tiene la carta de renuncia en la mano y me mira con cara de pánico. A pesar de esa mirada, sé, puedo sentir que se ha acabado, que solo es el jefe que está a punto de perder a una secretaria competente y no el hombre hechizado que quería huir para casarse en una playa.

— ¿Estás renunciando, Eva?

— Sí, señor.

— Y si te ofrezco un aumento, sabes que eres una parte importante del equipo...

— Lo sé y se lo agradezco, pero yo soy una parte importante de mí misma y en este momento necesito ocuparme de lo que es prioritario.

— ¿Estás enferma o tal vez necesitas tomarte unas vacaciones?

— No, todo está bien, pero realmente necesito renunciar. Antes, sin embargo, tomé la iniciativa de enviarle flores a Lara, ella es una buena persona.

— Ah, por eso no puedo perderla, Eva, piensas en todo.

— Sabes, hay una persona en el sótano, se llama Nick y es el mensajero, es inteligente, conoce la rutina de la empresa y es muy

competente. Siempre que lo necesito, recurro a él. Con un incentivo económico y un ascenso, puede ser un excelente secretario.

— ¿Nick, eh? Vale, puede ser.

— ¿Puede ser? Ese chico es muy capaz, no lo pierdas, será difícil encontrar a alguien tan bueno.

— ¿Alguien más que tú? —Sonríe con tristeza.

Termino de arreglar las cosas con Robert Sampson y luego recojo mis pertenencias en una caja que Sue tiene la amabilidad de prepararme. Parece realmente triste por mi marcha y no dejo de agradecerle todo, sobre todo por ser una excelente profesional. Lo sé, lo sé, es una bruja con todo el mundo, pero no estoy de humor para bajar la autoestima de otra mujer.

Me paso por el cubículo donde trabaja mi amigo mensajero, me despido de él con mucho cariño y le digo que se ponga la corbata de Giorgio Armani, porque quizá reciba una visita más tarde. Felicidad es el apodo de la reacción de Nick.

Espero que tenga mucho éxito y que no deje que Robert abuse demasiado de sus habilidades, algo me dice que esta es solo la primera de muchas promociones que aún recibirá.

Con una caja y una profunda sensación de libertad, salgo del edificio y me dirijo al coche de Olivia, que me saluda feliz cuando ve que he llevado a cabo mi plan de empezar una nueva vida.

¿Qué voy a hacer? No lo sé, pero estoy deseando descubrirlo.

Por fin se acabó.

Pero no.



Hace dos días que renuncié y, aunque me gusta esta nueva etapa, estoy destrozada. Intento ser fuerte, pero mi corazón sigue hecho pedazos y no hay una sola noche en la que no piense en él cuando me acuesto, en la que no sueñe con él o en la que no piense en él al despertar.

Derek se ha infiltrado en cada parte de mí y olvidarlo parece una tarea cada vez más difícil. Bueno, al menos ahora es libre para vivir su vida.

— Oye, reina del popcorn, ¿vas a tardar mucho? — grita Olivia desde la sala, sacándome de mi triste ensimismamiento.

— Ya voy, ya voy, señorita impaciente.

Termino de llenar la palangana de palomitas y la llevo al salón, donde Olivia está sentada en el sofá con una manta y una almohada. Le paso la palangana a la devoradora de palomitas y me tiro en el otro extremo.

Mis ojos se desvían hacia la ventana cubierta con tablas que mi amiga improvisó hasta que el tipo que contratamos la repare. Intento no pensar en el lío que fue ese día, sobre todo porque eso me lleva directamente a él, a su dolor y su ira.

— ¿Estás segura de que se ha acabado? —Olivia me lanza una mirada astuta y misteriosa.

Está muy rara, se ha pasado el día intercambiando mensajes con alguien que no ha querido decirme quién es y ahora me hace la

misma pregunta que me ha estado haciendo desde que nos hemos levantado.

— Sí, siento que se ha acabado, además, ¿ves a algún CEO loco por ahí?

— Sí, tienes razón —dice, y escribe algo.

— Entonces, ¿qué vamos a ver, señorita misteriosa?

— Ya lo sabrás. De hecho, deberías saberlo desde hace tiempo, pero tienes cierto talento para el drama.

— ¿De qué estás hablando?

— De esto. — Ella señala la televisión.

— ¿Un programa de entrevistas? ¿Todo este alboroto es por eso? En serio, Olivia.

— No, Eva, mi charla es porque no escuchas nada de lo que hablamos cuando se refiere a Derek, pero ahora te vas a sentar ahí muy quieta y vas a escuchar lo que él tiene que decir.

Mis ojos se dirigen a la pantalla y lo veo sentado en una silla, junto a una presentadora cuyo nombre ni siquiera recuerdo, está guapísimo, con el pelo revuelto y sin afeitar, pero aún así perfecto.

— ¿Cómo...?

— Shiiii, te he dicho que te calles.

Vuelvo a mirar la pantalla cuando la presentadora rubia empieza a hablar.

— Y hoy, señoras y señores, tenemos aquí con nosotros nada menos que a Derek Preston, el guionista ganador de un Óscar y gran éxito de ventas del año. Gracias por venir, Derek, estamos encantados de recibirte.

— Gracias por recibirme, April.

— Entonces... —April comienza a hablar, mirándolo con curiosidad. Mi corazón se retuerce de nerviosismo—. Pensé que vendrías a contarnos un poco sobre tu trabajo, pero la producción me informó que tienes algo totalmente diferente que decirnos.

—Así es —declara, visiblemente incómodo por la exposición.

Miro a mi amiga y ella me observa con mucha atención.

— ¿Lo sabías? —le pregunto, pero Olivia se encoge de hombros—. ¿No es realmente un director ejecutivo?

— No, amiga, pero escucha, hay más.

—Bueno, hace unos años me comprometí y tenía intención de casarme, pero las circunstancias cambiaron y la boda se canceló.

La voz de Derek me mantiene pegada a la pantalla, ni siquiera puedo respirar bien, y mucho menos pensar con claridad.

—Ah, lo siento mucho.

— No pasa nada, fue mejor así —dice y suspira profundamente—. Pero pasé muchos años sin creer en el amor, hasta que hice ese viaje y conocí a la mujer más increíblemente charlatana del mundo. Sabes, me robó el taxi, me tiró café encima, me mandó a lavar mi propia ropa y me robó el corazón.

El público y la presentadora hacen un gran «ohhhh» al unísono y yo contengo la respiración.

— Pensaba que no era capaz de amar, pero ella me demostró que sí y por eso he venido aquí hoy.

— No es fácil, ¿verdad? Sabemos que eres más bien reservado y has evitado aparecer mucho en público.

— No se me da muy bien la exposición pública.

— Pero decidiste venir aquí de todos modos. — April asiente, impresionada.

—Y parece que volveré más veces, porque tuve que prometer algunas entrevistas para conseguir este espacio.

El público se ríe y Derek baja la mirada, avergonzado. Incluso así es guapo.

— Pero entonces, Derek, ¿qué le dirías a...

— Eva.

— ¿Qué le dirías a Eva si pudiera oírte en este momento?

— Sé que no lo crees, que piensas que el universo está conspirando contra nosotros, pero la verdad es que tú me has enseñado a amar de nuevo, me has hecho ver que es posible que alguien te vea de verdad, que te acepte con tus defectos y tus cualidades. Me enamoré de la chica que me robó el taxi. Te amo y prefiero pasarme la vida ahuyentando a los locos de esa convención que estar lejos de ti. Por cierto, el libro que está en tu mesita de noche, lo autografié mientras dormías, y fui yo mismo quien lo escribió.

Mi corazón late con fuerza cuando le oigo lidiar con la conmoción del auditorio. Derek, el CEO desempleado y hechizado, es en realidad un guionista de éxito, un escritor de éxito.

Corro al dormitorio, cojo el libro, lo abro y encuentro la dedicatoria.

«Eres la persona más terca que conozco, no te das cuenta de lo hermosa, inteligente y loca que eres. Eva, entiende de una vez por todas dos cosas: primero, eres pelirroja; segundo, te quiero muchísimo. Con todo mi corazón, Derek Preston».

Paso las páginas, apenas puedo oír el sonido por la fuerza con la que mi corazón golpea mi pecho, y entonces encuentro la foto y la biografía de Derek Preston en la contraportada.

— Él me ama de verdad.

—De verdad —dice Olivia al entrar y encontrarme fuera de mí por lo que acabo de descubrir.

La abrazo y las dos saltamos y reímos por la habitación.

— Me quiere, me quiere.

Lo celebro.

— Pero, ¿qué sigo haciendo aquí? Yo... tengo que irme y tú vas a llevarme.

— ¿No es mejor esperar a que él venga?

— No, tengo que irme.

Olivia corre al dormitorio y coge las llaves del coche y el bolso, mientras yo me pongo el primer zapato que encuentro.

— ¿Lista?

— Sí —respondo, sin pensar en nada más.

Mi mejor amiga tiene el pie pesado, pisa el acelerador sin piedad, aprovechando que el tráfico nocturno está más tranquilo. Nos lleva por calles por las que nunca había pasado antes, pero ni siquiera lo cuestiono, al fin y al cabo, lo único que quiero es encontrar al hombre que me ama y al que amo perdidamente.

Batuco impaciente en la puerta del coche y Olivia refunfuña que va tan rápido como puede.

Se acerca a la puerta de la emisora y ni siquiera espero a que pare el coche para salir corriendo. Paso como una loca junto al guardia, esquivándolo y corriendo hacia la puerta lateral, donde veo gente saliendo.

—Por favor, Derek, Derek Preston. —Respiro jadeando, apoyando mi mano en la rodilla.

— ¿Así que tú eres ella? —Una voz sonora y dulce me hace levantar el cuerpo. April me mira con una sonrisa. La sonrisa de las mujeres que aún creen en el amor.

— Soy ella, Eva. —Le tiendo la mano y ella me la aprieta ligeramente—. ¿Está Derek ahí?

— Ha ido a buscarte, cariño. Ese hombre te quiere de verdad.

—De verdad —asiento, riendo—. Y yo amo a ese gruñón. Tengo que irme.

—Buena suerte y no olvides enviarme una invitación si acabas casándote.

Saludo con la mano desde lejos.

— Por supuesto —grito y vuelvo al coche.

Me siento en el asiento del copiloto y respiro hondo, un pequeño dolor en el costado me hace arquear el cuerpo.

— ¿Estás bien? —pregunta Olivia y, aún encorvada, le hago un gesto con la mano.

— Casa —gruño y ella se ríe.

—Te dije que deberíamos habernos quedado en casa esperando.

— Sí, sí, siempre tienes razón, pero ya sabes cómo soy.

—Terca como una mula.

— Mejor terca que hechizada.



CAPÍTULO 35

Lo sé, lo que hice fue una locura, pero esa cabeza dura no me escucha, tenía que encontrar la manera de hacerle entender que, cuando digo que no estoy hechizado, no es el hechizo el que habla por mí, sino yo mismo.

Y la amo.

Así que, a grandes males, grandes remedios.

Conduzco y aparco delante de su casa. Bajo y llamo a la puerta varias veces, pero nadie responde.

Por supuesto, ella no podía hacer lo previsible, lo que yo esperaba que hiciera. Eva es un caos y yo estoy loco de nostalgia por sentir el aroma a fresa de su cabello, escuchar sus murmullos cuando no está de acuerdo con algo.

Me siento en el escalón de la puerta, de ninguna manera me iré de aquí sin arreglar las cosas con mi chica. Ella entenderá de una vez por todas que mi corazón es suyo y que el suyo es mío.

Mi móvil suena y lo cojo enseguida, buscando su nombre en la pantalla. Resoplo cuando veo que el mensaje es de mi agente.

James: Ha sido un concierto increíble, vamos a vender millones de libros después de esto.

Derek: Ese no es el objetivo.

James: Por eso mismo. Entonces, ¿ya te has reconciliado con tu pelirroja?

Derek: No está en casa.

James: JAJAJAJA

Derek: Eva quiere volverme loco.

James: Esa chica tiene todo mi respeto, ha puesto en su sitio al gruñón más grande del país.

Derek: Muy gracioso. Traidor.

James: ¿Qué pasa, Derek? Es mucho más divertido verte correr detrás de ella como un perrito que encerrado en un apartamento solo y enfadado.

Derek: Más le vale que me acepte, porque ya me ha robado hasta mi único amigo.

James: #TeamEva.

No respondo nada más, porque James está empezando a irritarme. Sé que no va a ser fácil cambiar mi mal genio, pero no me importa mover montañas si eso significa estar con Eva. Y, de hecho, mi agente y único ser humano en la faz de la tierra que me aguanta ya se ha dado cuenta de ello.

Respiro hondo, me paso la mano por el pelo, despeinándome, ansioso como si mi vida dependiera de ello.

¿Y qué hago si ella no me quiere? ¿Si decide que soy un canalla que le mintió y por eso me odia?

Sé que seguiré viviendo, al fin y al cabo, el mundo no se detiene. Pero la verdad es que no quiero vivir sin ella. Eva es el amor

de mi vida y solo cuando estoy con mi pelirroja rebelde me siento completo.

El coche de Olivia aparece en la otra esquina y siento que todo mi cuerpo se paraliza. Cuanto más se acercan, más fuerte late mi corazón, tan fuerte que casi me deja sordo.

Olivia detiene el coche en medio de la calle y baja la ventanilla, saluda con la mano y da una risita traviesa que no sé si me alivia o me pone más tenso. Es entonces cuando finalmente la veo.

Eva baja del asiento del copiloto y se acerca a mí, su rostro impasible es puro misterio y me siento como uno de esos tipos de una comedia romántica, esperando que la chica que ama le perdone.

En este caso, las cosas son un poco más complicadas.

Eva se detiene ante la escalera y se vuelve hacia su amiga, le dice adiós con la mano rápidamente y la otra acelera el coche y se marcha. Solo entonces la pelirroja levanta sus ojos azules en mi dirección.

Su mirada me llena el corazón de miedo, hay marcas de lágrimas en las comisuras y una expresión triste que se extiende por todo su rostro, y probablemente yo sea el culpable de su sufrimiento.

«Entremos», dice ella, y yo suspiro, sin poder contener el nerviosismo.

La sigo al interior de la casa, pasando la mano por mis pantalones vaqueros para limpiarme el sudor de las palmas. Me siento como un criminal esperando el veredicto, pero ni siquiera eso me hará renunciar a esta mujer. Nada en el mundo me hará salir de aquí antes de decirlo todo.

—Eva, yo...

Ella me calla con un gesto y yo exhalo con fuerza. Es un gran sacrificio mantener la calma, lo que quiero es saltar sobre Eva, coger su cara y pegar nuestras bocas.

Eva enciende la luz y se detiene en medio de la sala, es casi como si estuviéramos en el centro de un escenario con todos los focos sobre nosotros, esperando el gran clímax de la obra de teatro. Concéntrate, idiota, o perderás la oportunidad.

— ¿Quieres decir que has ganado un Óscar?

— Sí, pero no es gran cosa.

— ¿Y has escrito un best seller?

— Sí.

— ¿Y no es gran cosa?

— No —digo con toda sinceridad—. No me gusta la exposición pública, pero me encanta escribir.

— Es lo que te ves haciendo el resto de tu vida, ¿no? —Me lanza una mirada serena y ya no puedo esperar más.

— Intenté contártelo, pero solo escuchas lo que quieres oír — le digo, y ella arquea una ceja. — Al principio no quería, pensé que sería más fácil alejarme si pensabas que estaba hechizado, luego me dio miedo que me odiaras y me mandaras a freír espárragos. Y cuando finalmente me mandaste a freír espárragos, me di cuenta del error que había cometido al no contártelo. Lo siento.

Eva me mira por un instante y luego hace lo que siempre hace, algo impredecible que me desconcierta por completo: se echa a reír.

—Tienes una manía, ¿sabes? —dice, aún riendo—. Tienes la manía de soltar las cosas, parece que ni siquiera respiras y sueltas todo lo que se te pasa por la cabeza.

Me empuja para que me siente a su lado en el sofá y me veo riéndome con ella, un poco porque todavía estoy nervioso y otro poco porque su sonrisa me llena el corazón de felicidad y esperanza.

— Maldición, ¿tenía que enamorarme del idiota del ascensor?

Eva sonríe, acariciándome la cara con la mano. Y eso es todo lo que necesito para saber que nada más importa, que ella me

perdonará y que podré amar a esta mujer que casi me saca de quicio.

— ¿Entonces no estás enfadada porque no estoy hechizado? —pregunto, riendo como un idiota.

— Solo si escribes un final feliz para tu libro, odié lo que le hiciste, ¿tenías que matarlo?

— Escribiré tantos finales como quieras. Escribiré mil finales felices.

— Te quiero, Derek Preston. Me alegro de que fuera real y no un hechizo.

Ella sonríe y yo me rindo. Eva tiene mi corazón, mi alma, soy suyo y ahora sé que ella también es mía.

Me levanto del sofá y empiezo a celebrar, río, doy un saltito. No puedo contenerme, Eva me ama.

— Y el cretino arrogante gana la partida, damas y caballeros —empiezo a decir, tirando de Eva del sofá directamente a mis brazos —. Ha conquistado a la genial pelirroja que tiene la manía de robar taxis.

— Yo no robé el taxi —declara con un puchero.

—No me importa —digo, acercando su cara a la mía para mirarla de cerca.

Beso sus labios carnosos que, incluso sin pintalabios, siguen siendo lo más apetecible del mundo. Mi cuerpo reacciona y la mirada traviesa de mi pelirroja deja muy claro que ella está sintiendo cómo me pone, duro, ansioso y loco por llevarla a la cama.

— Te amo, Eva. De verdad y con todo mi corazón. Eres la única capaz de hacerme sentir como un ser humano de verdad, completo, y ahora ya no hay vuelta atrás, soy tuyo, cada parte de mí te pertenece.

— Y yo soy tuya. — Ella echa la cabeza hacia atrás y yo aprovecho para hundir la nariz en su cuello. — Toda tuya.

—Vaya, cómo echaba de menos este olor. —Paso la lengua por la curva del cuello de mi atrevida pelirroja, sentir su piel erizarse es como leña para el fuego que ella encendió cuando me tiró café helado encima, y que no se apagará tan pronto—. Ahora voy a hacer honor a mi buen hábito.

— ¿Buen hábito?

Ella frunce el ceño, sin entender que estoy a punto de desatar sobre ella todas las cosas traviesas que estoy planeando hacer. Sexo de reconciliación, no, sexo travieso de reconciliación, eso sí.



EPÍLOGO

Derek me coge de la mano para evitar que perdamos el avión porque me caigo de camino a la puerta de embarque. Es curioso cómo las cosas entre nosotros empezaron en un aeropuerto y están volviendo a empezar de la misma manera.

La diferencia es que ahora hemos venido juntos en taxi.

Este es nuestro primer gran viaje como marido y mujer. Hemos hecho otros durante el año, pero este es nuestro viaje de novios. Y adivina qué vamos a hacer.

Acertaste si dijiste que vamos a visitar castillos por toda Europa.

Derek ha reservado un hotel de cinco estrellas en Escocia y ha comprado varios paquetes turísticos con castillos en el programa. ¿Te puedes creer que vamos a pasar un mes entero visitando castillos milenarios donde personas reales lucharon por sus reinos?

Vale, estoy exagerando, pero es que estoy muy emocionada.

Los últimos tres libros de mi amor fueron un éxito total y por eso decidimos darnos estas vacaciones, que también son nuestra luna de miel. James no se quejó, pero tampoco es de extrañar, está nadando en dinero.

Todavía no sé qué quiero hacer el resto de mi vida, así que renuncié y, literalmente, le dije a Robert Sampson que buscara a otra persona para que le comprara los regalos para su novia. Bueno, no fue exactamente así. Pero el resultado fue el mismo.

Ella terminó perdonándolo, a pesar de que él le aseguraba que no recordaba nada, lo que solo la hizo creer aún más en la mentira de la hipnosis.

Mirando atrás hoy, me doy cuenta de lo perfectos que son y de lo mucho que tienen en común. Además, uno no elige a quién amar, ¿verdad?

Y yo no habría podido descubrir el amor verdadero si hubiera seguido creyendo que lo que sentía era amor, que la persona que quería nunca me amaría o que no merecía el amor.

La verdad es que no importa si soy una chica de talla grande, delgada o un alienígena azul. Hay miles de personas en este enorme mundo en el que vivimos, existe la persona adecuada para cada uno de nosotros, solo tenemos que entender que los kilos de más en la báscula o cualquier cosa que nos haga diferentes de los demás no nos disminuyen en nada, que ser diferente es parte de ser un ser humano en un planeta enorme.

Y si no nos amamos de verdad, ¿cómo vamos a encontrar a la persona que nos va a amar por encima de todo y que nos va a dar ese sexo tan bueno que nos deja las piernas temblorosas?

Derek me lanza una mirada extraña cuando nos detenemos cerca de la puerta de embarque.

— ¿Estás bien, amor?

— Estoy muy bien —le digo, tomándole la cara y dándole un beso recatado en los labios.

La última vez que decidí provocarlo con un beso más atrevido, casi perdemos la hora de embarque, follando como locos en nuestro dúplex, al que nos mudamos hace unos meses, cuando Derek decidió que no dormiría ni una sola noche más lejos de mí. No tardó mucho en pedirme matrimonio, adelantar la boda y enviarnos a este viaje de luna de miel.

Como el apartamento en el que vivía es de Olivia, decidí que no era justo hacerla convivir con nuestra rutina sexual, sobre todo después de que ella terminara su relación y decidiera sumergirse de lleno en su trabajo como arqueóloga. En este momento está en Egipto excavando momias de personas, gatos y cualquier otra cosa que encuentre por allí.

Acabamos comprando un precioso dúplex, con una suite espaciosa, un despacho, una habitación de invitados y otra que reservamos para un bebé. Nunca se sabe cuándo puede suceder.

—¿En qué piensas? —pregunta él, ansioso.

— En lo feliz que soy. Nunca pensé que esto fuera posible.

Derek sonríe con aire burlón y convencido, la misma sonrisa que me conquista cada mañana cuando me despierto y que me reconforta antes de dormir.

—Te quiero, Derek Preston.

— Yo también te quiero, pelirroja ladrona de taxis.

Pasamos por el proceso de embarque y comenzamos a bajar por la rampa que da acceso al avión. Antes, sin embargo, Derek me aprieta la mano y me hace mirarlo a los ojos.

—Prométeme una cosa.

— Lo que quieras —digo, riendo.

—Pase lo que pase, no vas a salvar a ninguna anciana sorda por ahí, no quiero tener que lidiar con más directores ejecutivos hechizados.

— Ahora no lo necesito, ya sé que merezco el amor.

—Mi amor.

— Claro, claro, merezco tu amor. Y no lo olvidemos, también merezco mi amor.

Más que el amor de cualquier persona en este mundo, merezco mi amor.

Lo merezco.



UN POQUITO MÁS...

Siento un ligero temblor en la rodilla y decido sentarme. No te preocupes, no me estoy muriendo, solo estoy cansada. No es fácil cargar con este viejo cuerpo durante tantos siglos, sobre todo cuando estoy en este... ¿cómo explicarlo sin asustarte? Digamos que, con este aspecto de anciana huesuda.

No sirve de nada preguntar, no voy a decir mi edad. ¿Nunca te han dicho que es una tremenda falta de educación preguntarle eso a una dama?

Pero ten por seguro que llevo aquí mucho, mucho tiempo, así que ni se te ocurra intentar engañarme.

Y hay más, al contrario de lo que piensa esa joven testaruda, oigo muy bien, mejor que bien, tanto que oí su dolor desde donde estaba.

Y también escuché su dolor. Derek y su enorme corazón roto. Todo ese rencor y tristeza ya sonaban como un disco rayado y yo ya estaba empezando a irritarme. Así que decidí dar un empujoncito y

poner esos dos corazones en el mismo lugar, a ver si resolvían pronto sus problemas.

Espera un momento, ya te lo explicaré mejor.

Estaban destinados a cruzarse en algún momento y podrían o no estar juntos, pero como no me gusta dejar todo en manos del azar, y como las quejas de esas almas necesitadas estaban cansando mi belleza, decidí adelantar el encuentro.

Y no podría haberlo hecho mejor.

Ni siquiera tuve que esforzarme mucho, se atrajeron como imanes. Creo que nacieron el uno para el otro.

Pero hay que reconocer que lo de los directores generales hechizados fue todo un detalle, ¿no?

Creo que mi humor se está agudizando con el paso del tiempo.

Me arreglo el pañuelo en la cabeza, la ropa colorida y llena de cuentas y medallones ruidosos es parte del propuesta, aunque estoy deseando deshacerme de ellos.

¿Por qué no?

Respiro hondo y estallo mi cuello y espalda, estiro las piernas y, en un abrir y cerrar de ojos, toda mi apariencia se transforma. De anciana colorida a joven hermosa y exótica.

Mi ropa de gitana se transforma en un precioso traje de alta costura, bien cortado y mucho más cómodo que todos los cachivaches que me han estado colgando últimamente.

Ah, no me he presentado bien, ¿verdad?

Bueno, encantada, me llamo Cleopatra, pero Eva me apodó Cleo y me gustó, le dio un toque moderno a las cosas.

Hablando de Eva, la veo sacudiendo ese pelo pelirrojo revuelto mientras corre para coger el avión. Derek la tira de la mano, tratando de evitar que ambos caigan de bruces al suelo.

Es curioso cómo estos dos parecen atraer cosas como café, taxis y tropiezos.

Pero me gustan, siento un cariño especial por estas dos almas que se han buscado durante mucho tiempo.

Es tan agradable ver el amor, ¿no crees?

Para ser sincera, no suelo meterme en la vida de los demás, pero también tengo que admitir que hacer de Cupido puede ser muy divertido, aunque para ello sea necesario hechizar a un hotel lleno de hombres poderosos.

Satisfecha por ver el hermoso resultado de mi pequeño proyecto personal, miro a mi alrededor y exhalo con ligereza.

Misión cumplida.

Pero entonces, ¿por qué siento que esto es solo el comienzo?

Encogiéndome de hombros, cojo la maleta con ruedas y la llevo hasta la puerta de embarque. La joven azafata me mira con simpatía.

«Buenos días», dice, y le entrego el billete.

«Me parece muy bien», respondo, dejando que el aire fresco penetre en mis pulmones.

«Buen viaje, señora». Me devuelve el billete y coge mi maleta.

Ah, va a ser un viaje estupendo. Vacaciones en Egipto, ¿qué puede salir mal?

Fin.

Mensage



¡Hola! ¿Hablamos un poco más?

¿Te gustaron Eva y Derek?

Tengo que decir que fue un gran desafío contar y vivir esta historia de amor cruzada, pero ahora, mientras termino el libro y me encuentro escribiéndote, siento con todo mi corazón que valió la pena.

Eva necesitaba venir al mundo y aprender a verse a sí misma, a superar sus dolores y entregarse al amor. Y Derek, bueno, él necesitaba, y aún necesita, aprender a lidiar mejor con los ladrones de taxis.

Espero sinceramente que hayas disfrutado de la lectura y que sigas acompañándome en mis próximas aventuras literarias.

Tengo algunos proyectos muy interesantes que quiero compartir contigo este año y, para empezar con buen pie, te voy a dejar un adelanto de mi próximo libro.

Así que, en las siguientes páginas, conocerás la historia de amor de la mejor amiga de Eva, Olivia, y su viaje nada convencional. Este libro será mi próxima traducción, así que sígueme en Amazon y

no te pierdas todas las historias de amor y locas aventuras que quiero hacerte vivir.

Y no lo olvides, te quiero, lectora.

Olivia



BONUS

Libro: Mi novio es una momia

Me froto la cara otra vez, incluso me doy una palmada en la mejilla, rogando despertar de este extraño sueño en el que acabo de ver a mi gato hablando con voz de mujer sobre un faraón que lleva muerto miles de años.

Bueno, al menos ahora sé que es una gata.

«Tú tampoco estás soñando», dice el gato, dice la gata (no sé), sentada tranquilamente frente a mí, mientras el hombre me mira con una expresión de total incredulidad.

Algo me dice que él también cree que se ha vuelto loco.

«Solo puedo haber contraído alguna enfermedad en esta última temporada», declaro, dando un paso incierto hacia el hombre, que todavía me observa con una expresión que roza el terror.

En cuanto intento acercarme, extendiendo las manos hacia el suelo en un intento de tranquilizarlo, el hombre egipcio comienza a hablar en una lengua entrecortada y rápida, gesticulando y dando un paso atrás.

He aprendido a comprender los jeroglíficos egipcios, pero la lengua hablada lleva muerta mucho tiempo. Y algo me dice que es esa lengua la que él está hablando.

«Dios mío, no puede ser», digo, mirando a la gata que se acerca al egipcio y se frota contra sus piernas, llamando su atención y casi matándolo del susto cuando le habla en su idioma.

Me quedo observando cuando él salta hacia atrás, señalando al gato y soltando un montón de palabras que no entiendo. Apuesto a que está asombrado.

A decir verdad, ni siquiera sé lo que estoy sintiendo en este momento, tengo a un hombre enorme en mi casa, supuestamente un faraón que decidió hacerse pasar por Jesús y resucitó no sé cómo, una gata que habla... Caramba.

— Pediste ayuda a los dioses, ellos respondieron a tu llamada, ahora debes pagar tu deuda —dice la gata, volviendo a acercarse a mí.

Me quedo mirando boquiabierta al animalito, tratando de digerir la locura que está sucediendo en mi casa.

— Estoy delirando —digo, y la gata hace un puchero irritado.

— Ya basta, Olivia, esto no es una broma ni una locura. Mentuhotep necesita ayuda y tú serás responsable de él.

La gatita negra se sube a mi cómoda y se sienta, mirándome con mucha atención.

— Soy Cleo, tu amiga Eva me conoce.

— ¡Joder! —Empiezo a reír como una loca—. Eso no es posible, ¿no eras una anciana?

— Es una larga historia —dice la gata y yo no puedo dejar de reír.

El propio Mentuhotep se acerca a nosotros y también empieza a reír, como si se diera cuenta de lo absurdo de nuestra situación o simplemente se sumara a la fiesta.

Señalo a Cleo/gata y me río, y él hace lo mismo, de una manera ronca que tengo que decir: es sexy.

— Por lo que parece, os vais llevar bien, así que ya me puedo ir.

— Ni lo sueñes, gata. Te vas a quedar ahí mismo. — La señalo y ella murmura algo en un idioma que ni yo ni el extraño grandullón entendemos. — ¿Por qué eres un gato?

—Porque los dioses pueden ser peores que los niños mimados —declara ella, sin decir nada más al respecto—. Pero lo más importante aquí no es mi condición, eso es temporal, lo importante es que debes ayudar a Mentuhotep a encontrar su camino.

— ¿Por qué? — Cruzo los brazos sobre el pecho.

— Porque sí... ¿o quieres acabar castigada, quieres pasar una temporada como un gato?

— ¿Me estás amenazando, Cleo? —Me agacho un poco, entrecerrando los ojos para poner cara de mala. — Que sepas que no te tengo miedo.

—No deberías, pero este favor no es para mí, es para los dioses... y a ellos debemos temerles.

—Mierda—, me enfado y empiezo a intentar desenredar todo este lío que está pasando en mi casa—. ¿Y cómo voy a ayudar a un hombre al que ni siquiera entiendo?

—Eso no será un problema —dice la gata, comenzando a recitar una especie de encantamiento en el mismo idioma misterioso que utilizó para quejarse.

Una ráfaga de viento, que viene no sé de dónde, gira dentro de mi habitación y termina de revolverlo todo, como si el temblor no hubiera hecho ya un buen trabajo, y luego el viento se dirige directamente a Mentuhopet, que observa en silencio mi conversación con Cleo.

Primero recibe una ráfaga de viento en el pecho, que lo hace volar al otro lado de mi habitación. Luego, la ráfaga lo envuelve en una especie de remolino y lo levanta del suelo.

Dios mío, qué locura.

He perdido completamente la cabeza, solo puedo haber enloquecido, primero un terremoto, luego un egipcio de miles de años mirándome como si yo fuera la extraña aquí, luego, una gata que habla y ahora un mini huracán que está sacudiendo al egipcio.

— Ahora se entienden —dice la gata, suspirando y empezando a lamerse la pata. Creo que a esta tal Cleo le está gustando pasar un rato en el cuerpo de un felino. — Ah, echa un vistazo a tu mesa, he conseguido unos documentos...

— ¿Cómo lo haces? ¿Y por qué? ¿Cuándo ha pasado? ¿Y qué voy a hacer con un faraón que debería ser una momia? ¿Es una momia? Dios mío, ¿qué come una momia? No, no puede ser una momia... ¿lo es? —pregunto, abrumando a la gata con mis muchas preguntas. — Le hiciste pasar un infierno a mi amiga Eva, solo espero que no pienses hacerme lo mismo a mí.

—Tienes que admitir que tu amiga necesitaba un poco de ayuda.

—Claro, y literalmente se le echaron encima un montón de hombres.

—Y encontró el amor verdadero —dice Cleo/gata, ocupándose de limpiar la otra pata—. En cualquier caso, quien necesita ayuda es Mentuhotep, ha tenido una nueva oportunidad, te corresponde a ti guiarlo.

— ¿Por qué yo?

— Porque no solo encontraste su cámara, sino que también les debes una a los dioses.

— ¿Entonces los dioses son reales? ¿Cuáles de ellos?

— Todos ellos... todos de todas partes, pero ese es un tema prohibido para los encarnados, dejémoslo estar.

— Ay, caramba, estoy jodido.

[1] La sala de guionistas es una práctica muy común en Estados Unidos cuando se crea una serie. Hay un showrunner, que suele ser el guionista jefe y creador de la serie, uno o dos guionistas sénior, un asistente que no abre la boca para nada y guionistas junior, que suelen ser los que escriben la mayoría de los episodios. En Brasil, es una práctica que está empezando a cobrar más fuerza, a medida que se intensifica la producción de series.

[2] El episodio piloto es el primer episodio de una serie, que suele utilizarse para probar la serie. Los argumentos y sinopsis son etapas del guion, contienen elementos de la historia y pueden utilizarse para la venta. Al igual que la Biblia de la serie, que es en realidad un documento de presentación que contiene varios aspectos de la serie, cuyo objetivo es venderla a productores u otros.

[3] El Morning Show es un tipo de programa matutino muy popular en Estados Unidos, con entrevistas y noticias.

[4] Es un tipo de café con leche.

[5] Se refiere al protagonista del libro Green Card: Un magnate en mi vida.

[6] Inteligencia artificial creada en el libro Green Card.

[7] Howard Gardner es un psicólogo cognitivo y educativo de Estados Unidos, responsable de la teoría de las inteligencias múltiples.

[8] Josh Howard es el multimillonario, director ejecutivo del conglomerado bancario Howard y marido de Mila, y también es el protagonista de Green Card: un magnate en mi vida, publicado en 2021.

[9] Referencia a la serie CSI Miami, muy popular en Estados Unidos hace unos años.

[10] Se refiere a Jacqueline Kennedy Onassis.

[11] Protagonista de varias películas, como «Entrenando al papá», «Bienvenido a la selva» y otras.

[12] Se refiere al valor pagado a algún artista, músico o escritor en concepto de derechos de autor.

[13] Es un tipo de agenda.